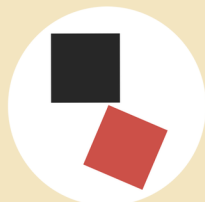


BAMBIRRA Y DOS SANTOS



**ESTRATEGIA Y TÁCTICA
EN MARX Y ENGELS**



**EDICIONES
DOS CUADRADOS**



“El juicio de Karl Marx” (2008) – Huang Zhongyang

**ESTRATEGIA Y TÁCTICA
EN MARX Y ENGELS**

Bambirra y Dos Santos.

Edición de
DOS CUADRADOS

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Marzo de 2023

Web: www.doscuadrados.es
Twitter: @2Cuadrados
Instagram: @2_cuadrados_

Índice

Prólogo: Táctica y ética (1919), Georg Lukács	7
Introducción: Apuntes sobre estrategia y táctica	17
Primera parte: La estrategia y la táctica socialistas en Marx y Engels	33
I. Concepciones estratégicas y tácticas del movimiento obrero antes del marxismo	35
II. Las concepciones estratégicas del Manifiesto comunista	51
III. La revolución de 1848 y la tesis de la revolución permanente	63
IV. La fundación de la I Internacional: nuevos avances estratégicos y tácticos	77
V. Las resoluciones de la Internacional y la maduración táctica	87
VI. La Comuna de París	97
VII. La crisis de la Internacional y la revolución española: la crítica del anarquismo	111
VIII: La formación del Partido Socialista Alemán: socialismo de estado, nación y sufragio universal	119
IX. La II Internacional y la estrategia revolucionaria de masas	135
X. Las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels: un balance	149

Segunda parte: Cuestiones estratégico-tácticas de la II Internacional	163
I. El contexto general del desarrollo de la II Internacional	165
II. El debate del revisionismo: Bernstein	171
III. La crítica centrista del revisionismo: Kautsky	185
IV. La crítica de la izquierda: Rosa Luxemburgo	201
V. La participación en los gobiernos burgueses	209
VI. La huelga de masas como instrumento revolucionario	215
VII. Imperialismo, nacionalismo, militarismo y guerra	231
VIII. La II Internacional: un balance	255

Prólogo: Táctica y ética (1919)¹

György Lukács

En la acción política, la posición y el significado de la táctica son, en todos los partidos y clases, muy disímiles, de acuerdo con la estructura y el papel histórico-filosófico de esos partidos y clases: si definimos la táctica como un medio para la realización de los objetivos escogidos por los grupos actuantes, como un lazo de unión entre el fin último y la realidad, se producen diferencias fundamentales según que el fin se encuentre categorizado como un momento que se halla dentro de la realidad social dada o más allá de ella. Esta inmanencia o trascendencia del fin último contiene, ante todo, en su interior la siguiente diferencia: en el primer caso, el orden legal existente se encuentra dado como un principio que determina necesaria y normativamente el marco táctico de la acción; por el contrario, en el caso de un objetivo social-trascendente, dicho orden se presenta como realidad pura, como poder real, y el hecho de contar con él puede tener, a lo sumo, un sentido utilitario. Subrayamos que se trata de un sentido utilitario en el mejor de los casos, ya que un objetivo tal como el de, por ejemplo, la restauración legitimista francesa —a saber: el reconocimiento, de algún modo cualquiera, del orden legal de la revolución— ya se aproximaba a un compromiso. Sin embargo, este ejemplo muestra también que los diversos objetivos trascendentes —en el marco de una sociología totalmente abstracta y desprovista de valores cualesquiera— han de ser colocados al mismo nivel. Si, pues, el orden social establecido como fin último existió ya en el pasado, si se trataba de restaurar un estadio de desarrollo ya superado, entonces el desconocimiento del orden legal vigente es solo una aparente superación del marco de los órdenes legales dados, entonces un

¹ Al tratarse de un texto de juventud de Lukács, de una época de su vida previa a su participación en la revolución y en la dictadura del proletariado, podemos apreciar aún esos elementos pequeñoburgueses como el kantianismo, el romanticismo o el sentimiento trágico que inundan el texto, de los que el revolucionario húngaro iría desprendiéndose a lo largo de su vida (n. de la ed.).

orden legal real se enfrenta con otro orden legal real. La continuidad del desarrollo no es rígidamente impugnada; el fin más extremo consiste, entonces, tan solo en anular un estadio intermedio. En cambio, todo objetivo esencialmente revolucionario niega la razón de ser moral y la actualidad histórico-filosófica de los órdenes legales vigentes y pasados; para dicho objetivo, se convierte en exclusivamente táctica la pregunta si habrá que tomar en consideración esos órdenes legales y, en el caso de que la respuesta sea afirmativa, en cuál medida habrá que hacerlo.

Pero en vista de que la táctica se libera, de esa manera, de las limitaciones normativas del orden legal, es preciso encontrar algún parámetro nuevo capaz de regular la toma de posición táctica. Puesto que el concepto de conveniencia es ambiguo, es preciso diferenciar, conforme a ello, si dicho concepto comprende un objetivo actual, concreto, o un fin último aún más alejado del suelo de la realidad.

Para aquellas clases y partidos cuyo fin último ya ha sido en realidad alcanzado, la táctica se rige, necesariamente, de acuerdo con la factibilidad de los objetivos actuales y concretos; para ellos, aquel abismo que separa el objetivo actual del fin último, aquellos conflictos que surgen de esa dualidad, simplemente no existen. Aquí se manifiesta la táctica bajo la forma de la *Realpolitik* legal, y no es ninguna coincidencia que, en tales casos (excepcionales) en que se presenta un conflicto de estas características, como, por ejemplo, en el contexto de la guerra, aquellas clases y partidos persigan la más trivial y catastrófica *Realpolitik*; no pueden proceder de otro modo, ya que el fin último actual solo admite semejante *Realpolitik*.

Esta contraposición es muy apropiada para ilustrar la táctica de las clases y de los partidos revolucionarios; para ellos, la táctica no está reglada de acuerdo con ventajas momentáneas, practicables en el presente; deben incluso rechazar algunas ventajas de esta índole, ya que estas podrían poner en peligro lo verdaderamente importante, el fin último. Sin embargo, puesto que el fin último no está categorizado como utopía, sino como realidad que debe ser alcanzada, la postulación del fin último no puede significar ninguna abstracción

de la realidad, ninguna tentativa para imponer sobre la realidad ciertos ideales, sino antes bien el conocimiento y la transformación práctica de aquellas fuerzas que actúan dentro de la realidad social; de aquellas fuerzas, pues, que conducen hacia la realización del fin último. Sin ese conocimiento, la táctica de cualquier clase o partido revolucionarios oscila sin orientación entre una *Realpolitik* desprovista de ideas y una ideología sin contenido real. Ese conocimiento estuvo ausente en la lucha revolucionaria de la clase burguesa. También allí existió, por cierto, una ideología orientada hacia un fin último; pero dicha ideología no pudo insertarse orgánicamente en la regulación de la acción concreta; antes bien, se desarrolló en gran parte en el sentido de lo actual; creó instituciones que pronto se convirtieron en fines en sí mismos, por lo cual desdibujaron el propio fin último y se rebajaron al nivel de una ideología pura, pero inefectiva. El singular significado del socialismo reside precisamente en haber encontrado una solución para ese problema. Pues el fin último del socialismo es utópico en el mismo sentido en que rebasa los marcos económicos, legales y sociales de la sociedad actual, y solo puede ser realizado a través de la destrucción de esa sociedad; sin embargo, no es utópico en la medida en que el camino hacia ese fin último implica una realización de ideas que se ciernen, vacilantes, más allá de los límites de la sociedad o por encima de esta. La teoría marxista de la lucha de clases, que a este respecto sigue escrupulosamente la obra conceptual hegeliana, convierte el objeto trascendente en inmanente; la lucha de clases del proletariado es el objeto y, al mismo tiempo, su realización. Ese proceso no es un medio cuyo sentido y valor habría que medir según el parámetro de un fin que lo excede, sino que representa una nueva aclaración de la sociedad utópica, paso a paso, salto a salto, de acuerdo con la lógica de la historia. Esto significa una inmersión en la realidad social actual. Este "medio" no es ajeno al fin (como ocurría con la realización de la ideología burguesa), sino una aproximación del fin a la autorrealización. Esto significa que entre los medios tácticos y el fin último hay transiciones conceptualmente

indeterminables; nunca es posible saber de antemano qué paso táctico habrá de hacer realidad ya el propio fin último.

Con ello tocamos el parámetro decisivo de la táctica socialista: la filosofía de la historia. El hecho de la lucha de clases no es más que una descripción sociológica y una elevación del acontecer a la condición de una legalidad que tiene lugar en la realidad social; la intención de la lucha de clases del proletariado rebasa, sin embargo, ese hecho. Por cierto, dicha intención es, en esencia, inseparable del hecho, si bien tiene en vista el surgimiento de un orden social distinto de cualquiera que haya existido hasta el presente, y en el cual ya no se reconocen opresores ni oprimidos; a fin de que cese la era de la dependencia de lo económico, que humilla la dignidad humana, es preciso —como dice Marx— quebrar el poder ciego de las fuerzas económicas, y colocar en su lugar un poder más elevado, adecuado y correspondiente a la dignidad del ser humano. La ponderación y el recto reconocimiento de las actuales coyunturas económicas y sociales, de las auténticas relaciones de fuerzas, son, pues, únicamente el presupuesto y no el criterio del proceder correcto, de la táctica correcta de acuerdo con los principios del socialismo. El verdadero parámetro solo puede ser si el cómo de la acción sirve en un caso dado para la realización de ese fin, del sentido del movimiento socialista; y, por cierto —puesto que para ese fin no sirven medios cualitativamente diferentes, sino que los medios en sí ya significan la aproximación al fin último—, han de ser buenos todos los medios por los cuales este proceso en el plano de la filosofía de la historia es despertado a la conciencia y a la realidad; por el contrario, han de ser malos todos los medios que oscurecen esta conciencia (como, por ejemplo, los que ofuscan la conciencia del orden recto y de la continuidad de la evolución "histórica", o los intereses materiales momentáneos del proletariado). Si existe un movimiento histórico para el cual la *Realpolitik* es funesta y siniestra, ese movimiento es el socialismo.

Esto significa, concretamente, que toda solidaridad con el orden social vigente encubre posibilidades de un peligro semejante. Si bien

subrayamos en vano, eón auténtica convicción interior, que toda solidaridad es solo una comunidad de intereses momentánea, actual, que no es más que una alianza provisoria para la obtención de un fin concreto, es sin embargo inevitable el peligro de que el sentimiento de solidaridad se afinque en aquella conciencia cuya necesidad obscurece la conciencia universal, el despertar a la autoconciencia de la humanidad. La lucha de clases del proletariado no es una mera lucha de clases (si se limitara a eso, solo se encontraría realmente regulada por la *Realpolitik*), sino que es un medio para la liberación de la humanidad, un medio para el verdadero comienzo de la historia humana. Todo compromiso oscurece precisamente ese aspecto de la lucha, y por eso —a pesar de todas sus ventajas eventuales, momentáneas, pero por sobre todo problemáticas— resulta funesto, en consideración de ese auténtico fin último. Pues en tanto persista el orden social vigente, las clases dominantes se encuentran en situación de compensar abierta o encubiertamente la ventaja económica o política obtenida de esa manera; y después de esa "compensación", la lucha solo proseguirá bajo circunstancias desfavorables, ya que, obviamente, el compromiso debilita el ánimo de lucha. Por eso, el significado de los desvíos tácticos tiene en el socialismo un efecto más profundo que en otros movimientos históricos; el sentido de la historia universal es aquí el parámetro táctico; y aquel que, sobre la base de consideraciones de fines, se desvía del camino del recto proceder prescrito por la filosofía de la historia —un camino que es estrecho y escarpado, pero que es el único que conduce a la meta—, ha asumido ante la historia una responsabilidad por todos sus actos.

Pareciera como si con ello también se hubiera aportado una respuesta al problema ético; como si la correcta táctica a seguir ya fuese en sí de carácter ético. Pero hemos arribado al punto en el que se hacen visibles las facetas peligrosas del legado hegeliano presente en el marxismo. El sistema de Hegel no tiene ética alguna; en él, la ética es reemplazada por aquel sistema de los bienes materiales, intelectuales y sociales en los cuales culmina su filosofía social. Esta forma de la ética ha sido asumida, en lo esencial, por el marxismo (así, por

ejemplo, en el libro de Kautsky)³, sólo que este estableció otros “valores” en lugar de los hegelianos, sin formular la pregunta por si la apetencia de los “valores”... socialmente importantes, de los fines socialmente correctos —con indiferencia de las fuerzas impulsoras internas de la acción — es ya en sí ética, aun cuando es ostensible que un interrogante ético solo puede tener su punto de partida en esos fines socialmente correctos. Quien niega el desdoblamiento que aquí se produce de los interrogantes éticos, niega también su posibilidad ética y entra en contradicción con los hechos anímicos más primitivos y más generales: la certeza subjetiva y la conciencia de responsabilidad. Todas esas cosas no estudian, en primer lugar, lo que hizo o quiso hacer el ser humano (esto se encuentra reglado por las normas de la acción social y de la acción política), sino que indagan si era objetivamente correcto o incorrecto lo que hizo o quiso hacer el ser humano, y por qué lo hizo o lo quiso hacer. Esa pregunta por el porqué sólo puede surgir a propósito de casos individuales; solo tiene sentido con relación al individuo, en aguda contraposición con la cuestión táctica de la adecuación objetiva, que solo puede encontrar una solución unívoca en la acción colectiva de grupos humanos. La pregunta que se nos presenta es: ¿cómo se comportan la certeza subjetiva y la conciencia de responsabilidad del individuo frente al problema de la acción colectiva tácticamente correcta?

Ante todo, habría que establecer aquí una dependencia mutua, justamente porque los dos tipos de accionar puestos en relación son, en lo esencial, independientes entre sí. Por un lado, la pregunta por si una decisión táctica dada es correcta o incorrecta, es independiente de la pregunta por si la decisión de aquellos que actúan con ese ánimo ha sido determinada por motivos morales; por otro lado, un acto derivado de la fuente ética más pura puede ser totalmente desacertado desde puntos de vista tácticos. Esa independencia mutua, sin embargo, es solo aparente. Pues si la acción individual determinada —como habremos de ver en lo que sigue — por motivos puramente éticos ingresa al ámbito de la política, su corrección o inco-

rrección (histórico-filosófica) objetiva no puede ser indiferente ni siquiera en lo ético. Y en virtud de la orientación histórico-filosófica de la táctica socialista, debe producirse en aquella voluntad individual —después de su asociación con otras voluntades — una acción colectiva, y la conciencia histórico-filosófica reguladora debe expresarse, ante todo porque sin esto sería imposible el necesario rechazo de la ventaja presente en función del fin último. El problema puede ser formulado ahora de la siguiente forma: ¿qué consideraciones éticas producen en el individuo la decisión para que la conciencia histórico-filosófica necesaria se convierta en él en la acción política correcta —es decir, en elemento de una voluntad colectiva —, se despierte y pueda también decidir esa acción?

Volvemos a subrayarlo: la ética se orienta hacia lo subjetivo, y, como necesaria consecuencia de esa actitud se presenta ante la conciencia y el sentido de la responsabilidad el postulado según el cual debe actuar como si de su acción o de su inacción dependiera el cambio del destino del mundo, cuya realización debe propiciar u obstaculizar la táctica presente. (Pues en la ética no hay neutralidad ni imparcialidad: el que no quiere actuar, debe poder responder también ante su conciencia por su inacción). Todo el que se decide actualmente por el comunismo está, pues, comprometido a cargar con la misma responsabilidad individual por cada vida humana que muere por su causa en la lucha, que la que le cabría si él mismo la hubiera matado. Pero todos los que se adhieren al otro lado —la defensa del capitalismo — deben cargar con la misma responsabilidad individual por la destrucción que se produzca en las nuevas guerras imperialistas que seguramente habrán de generarse en represalia, como también por la opresión futura de naciones y clases. Éticamente, nadie puede eludir la responsabilidad alegando ser meramente un individuo, del cual no depende el destino del mundo. Esto no solo no podemos saberlo objetivamente con seguridad —puesto que siempre es posible que dicho destino dependa precisamente del individuo —, sino que incluso la esencia más íntima de la ética, la conciencia y

el sentido de la responsabilidad, torna imposible un pensamiento semejante; quien no toma una decisión sobre la base de estas consideraciones —aunque en lo demás se muestre como un ser muy evolucionado— se encuentra, desde el punto de vista de la ética, al nivel de un instinto primitivo, inconsciente.

Esta determinación puramente ético-formal de la acción individual no basta, sin embargo, para esclarecer la relación entre táctica y ética. Por el hecho de seguir o desdeñar una táctica cualquiera, el individuo que toma una decisión ética dentro de sí se desplaza hacia un nivel de acción especial —a saber, el de la política—, y esa particularidad de su acción acarrea, desde el punto de vista de la ética pura, la consecuencia de que debe saber cómo actúa y bajo qué circunstancias.

El concepto de "saber" que se introduce con ello requiere, sin embargo, de una explicación más detallada. Por un lado, el "saber" no implica de ninguna manera un conocimiento perfecto de la situación política actual y de todas las consecuencias posibles; por otro, dicho "saber" no puede ser considerado como el resultado de reflexiones puramente subjetivas, según las cuales el individuo implicado actúa de acuerdo con "su mejor saber y conciencia". En el primer caso, toda acción humana sería imposible de antemano; en el otro se encontraría abierto el camino hacia la mayor ligereza y frivolidad, y todo parámetro moral se tornaría ilusorio. Puesto que, sin embargo, la seriedad y el sentido de la responsabilidad del individuo configuran un parámetro moral para cada acción —de acuerdo con el cual el individuo en cuestión habría podido saber la consecuencia de sus actos— surge la pregunta sobre si él, en la medida en que conoce esa consecuencia, habría podido responder por ella ante su conciencia. Esta posibilidad objetiva varía, ciertamente, de acuerdo con el individuo y de caso en caso, pero, en lo esencial, siempre puede ser determinada para cada individuo y de caso en caso. Ahora, para cada socialista, el contenido de la posibilidad objetiva de que se realice el ideal del socialismo y el hacerse posible de los criterios de posibilidad, están determinados por la actualidad histórico-filosófica de ese

ideal. La acción moralmente correcta se encuentra estrechamente relacionada, para todo socialista, con el conocimiento correcto de la situación histórico-filosófica dada; y la vía para la obtención de ese conocimiento sólo ha de alcanzarse cuando cada individuo se empeña en hacer consciente para sí esta autoconciencia. El presupuesto primero e ineludible para ello es el desarrollo de la conciencia de clase. Para que la acción correcta se convierta en un regulador verdadero y correcto, la conciencia de clase debe elevarse por encima de su existencia meramente dada y ajustarse a su misión histórico-universal y a su sentido de la responsabilidad. Pues el interés de clase cuya consecución es el contenido de la acción realizada con conciencia de clase, no coincide ni con la totalidad de los intereses personales de los individuos que pertenecen a la clase, ni con los intereses actuales, momentáneos de la clase como unidad colectiva. Los intereses de clase que hacen realidad el socialismo y la conciencia de clase que concede expresión a dichos intereses, significan una misión histórico-universal; y con ello, la posibilidad objetiva arriba mencionada significa también aquella pregunta por si ya ha llegado el momento histórico que ha de conducir —por vía de salto— del estadio de la aproximación continua al de la auténtica realización.

Cada individuo debe saber, sin embargo, que aquí, de acuerdo con la esencia de la cosa, sólo puede existir una posibilidad. No puede pensarse ninguna ciencia humana que con la misma exactitud y seguridad con que la astronomía establece la aparición de un cometa, pueda decir para la sociedad que ha llegado hoy la hora en que han de realizarse los principios del socialismo. Tampoco puede darse una ciencia que pueda decir que ha de llegar mañana, o recién dentro de dos años. La ciencia, el conocimiento, sólo puede mostrar posibilidades; y una acción moral, cargada de responsabilidad, una verdadera acción humana se encuentra sólo en el campo de lo posible. Pero para aquel que capta esa posibilidad, no existe, si es un socialista, ninguna opción ni vacilación.

Esto, sin embargo, no puede querer decir que la acción así constituida debe ser ya en forma necesaria moralmente incorrupta e intachable. Ninguna ética puede tener por fin encontrar recetas para la acción correcta, suavizar y negar los conflictos insuperables, trágicos del destino humano. Al contrario: el autoconocimiento ético señala, precisamente, que hay situaciones —situaciones trágicas— en las cuales es imposible actuar sin cargarse de culpa; al mismo tiempo, también nos enseña que, aun en el caso de que tuviéramos que elegir entre dos formas de culpabilidad, existiría un parámetro para la acción correcta y la incorrecta. Ese parámetro es el sacrificio. Y así como el individuo que elige entre dos clases de culpa encuentra, al fin, la elección correcta cuando sacrifica a su yo inferior en el altar de las ideas más elevadas, así también hay cierta fuerza en afirmar este sacrificio en función de la acción colectiva; aquí, sin embargo, se encarna la idea como un mandato de la situación histórico-mundial, como una misión histórico-filosófica. Ropschin (Boris Savinkov), el líder del grupo terrorista durante la revolución rusa de 1904-1906, formuló en los siguientes términos, en una de sus novelas, el problema del terror individual: el asesinato no está permitido, es una culpa absoluta e imperdonable; ciertamente, no "puede", pero "debe" ser ejecutado. En otro pasaje del mismo libro encuentra, no la fundamentación —ya que ella es imposible—, pero sí la raíz moral última del accionar del terrorista, en que este no solo sacrifica su vida por sus hermanos, sino también su pureza, su moral, su alma. En otras palabras: solo el crimen realizado por el hombre que sabe firmemente y fuera de toda duda que el asesinato no puede ser aprobado bajo ninguna circunstancia, puede ser —trágicamente— de naturaleza moral. Para expresar ese pensamiento de la más honda tragedia humana en las inimitablemente bellas palabras de la Judith de Hebel: "Y si Dios hubiera colocado el pecado entre mí y la misión que me ha sido asignada, ¿quién soy yo para poder sustraerme a él?".

Introducción

Apuntes sobre estrategia y táctica

Hacer un estudio del desarrollo de la concepción de Marx, Engels y Lenin sobre la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario marxista, como es nuestro objetivo, supone algunas aclaraciones preliminares acerca de estos conceptos. Ambos tienen su origen en el pensamiento militar del siglo XVIII. Por estrategia se entiende el arte de ganar la guerra; por táctica, el de organizar y dirigir las operaciones parciales dentro de los principios estratégicos generales.

Trasplantado al plano político, el concepto de estrategia se refiere a la definición del carácter de la revolución, del enemigo principal, de los aliados y de las fuerzas con que cuentan el partido revolucionario y la clase que representa, para disponerlas en la lucha de la mejor manera posible a fin de alcanzar el objetivo final: la toma del poder. La táctica corresponde a las maniobras, alianzas, compromisos y movimientos parciales que estas organizaciones realizan con el fin de alcanzar los objetivos estratégicos que las orientan.

La analogía militar debe, sin embargo, detenerse en este punto. Pasemos a estudiar ahora las consecuencias de estas definiciones. Si la estrategia es el arte de llegar al poder, su elaboración supone un estudio amplio y complejo. Para los marxistas, tomar el poder significa hacer una revolución social. Es decir, su estrategia global apunta a la revolución socialista, iniciadora de una etapa histórica nueva que conducirá al comunismo. Enunciado así el problema, puede parecer a muchos que estamos frente a una cuestión de principios: si la estrategia es el establecimiento de las fuerzas y los movimientos necesarios para la toma del poder, debería sintetizarse en afirmaciones generales sobre cuáles clases deben constituir el poder en una sociedad socialista. Así, la estrategia no sería más que la afirmación de la necesidad de constituir un Estado proletario, una dictadura del proletariado.

La estrategia del movimiento comunista, antes de llegar al poder, sería la ciencia y el arte de crear las condiciones para establecer la dictadura del proletariado. La estrategia del movimiento comunista en el poder, sería la ciencia y el arte de transformar la dictadura del proletariado en una sociedad comunista. Pero esta afirmación general es muy insuficiente. Hay que desarrollarla más. En primer lugar, es necesario tomar en consideración la relación existente entre el proletariado industrial y las otras clases de la sociedad capitalista. La dictadura del proletariado no es un objetivo moral derivado de algún principio abstracto: fue formulada como un principio revolucionario del proletariado, como resultado de un análisis de la lucha de clases en la sociedad capitalista. Éste demuestra que el proletariado tendrá que hacer uso —temporalmente— del poder estatal, es decir, de una dictadura de clases. No porque el Estado —es decir, la represión y administración organizadas y justificadas socialmente para defender los intereses de una clase— sea un bien moral; por el contrario, el objetivo del proletariado en el poder es terminar con el Estado eliminando aquello que lo originó: la existencia de las clases sociales. Por lo tanto, la dictadura del proletariado es un instrumento histórico, determinado por la necesidad de destruir el poder económico, político, militar e ideológico de la burguesía y por la necesidad de construir las bases de la nueva sociedad: sólo en esta medida deberá desarrollarse y afirmarse.

El proletariado industrial establecerá un Estado de nuevo tipo, pero no puede actuar solo y aislado socialmente. Su estrategia debe atraer el apoyo político de todas las clases opuestas a la dominación burguesa, como los asalariados en general, los campesinos, los pequeños propietarios y los intelectuales, con el objetivo de aislar y derrotar a la minoría burguesa. Estas otras clases y grupos sociales tendrán una participación distinta en la estrategia revolucionaria del proletariado, según las condiciones socioeconómicas y políticas de cada etapa histórica y de cada formación social.

La estrategia dependerá, pues, del nivel de desarrollo de la sociedad en que actúa el proletariado. Dependerá del grado de desarrollo

del capitalismo y, consecuentemente, del proletariado como fuerza organizada y consciente de su poder relativo en la sociedad y dependerá, también, del peso, desarrollo, organización y conciencia de las otras clases y grupos. Así, la estrategia del movimiento revolucionario socialista debe cambiar y adaptarse a las condiciones concretas —económicas, históricas, sociales y políticas— en que actúan los partidos marxistas. Entre esas condiciones se incluyen las de carácter internacional, que determinan la orientación del conjunto del movimiento; pero hay que considerar, también, las diversidades regionales y nacionales. La tarea de los distintos partidos marxistas es entonces elaborar la estrategia de la revolución en cada país, dentro de las condiciones históricas internacionales existentes.

1. LOS FACTORES DETERMINANTES DE LA ESTRATEGIA

¿Cómo se elabora una estrategia revolucionaria? ¿Qué elementos de la realidad tienen que considerarse para elaborarla correctamente? Básicamente tienen que apoyarse en:

- a) la estructura de clases en la sociedad;
- b) Las tendencias del desarrollo de la lucha de clases;
- c) las condiciones internacionales en que ésta se desarrolla.

Veamos cada uno de estos puntos.

a) La estructura de clases

La elaboración de la estrategia supone, como hemos dicho, el análisis de las clases que componen la sociedad existente. Esto significa que antes de proponer el tipo de alianzas de clases que permitirá al proletariado tomar el poder, es necesario estudiar las clases integrales de la sociedad, así como su importancia económica y numérica.

Estas clases pueden ser parte del modo de producción capitalista o de otros modos de producción que subsisten en el interior de la formación social existente. Su posición relativa depende del mayor o menor desarrollo de estos modos de producción y de las tendencias

históricas predominantes. Al definir la estructura de clases hay que determinar por un lado cuál es la clase dominante, su sector hegemónico y sus contradicciones con otros sectores; y por otro lado, cuáles son las clases dominadas, qué contradicciones las oponen a la clase dominante, su sector principal y las relaciones que éste establece —objetiva y subjetivamente— con los demás sectores dominados. Deben ser considerados otros factores que determina el país estudiado, como son: la situación de dominación o de dependencia dentro del capitalismo internacional, el grado de concentración económica, el peso relativo de las clases dominadas, el estudio del desarrollo de las contradicciones entre éstas y la clase dominante y de las contradicciones que se dan en el interior de cada una. Con esos elementos se puede componer un cuadro de la estructura de clases existente, pero hay que analizarla siempre desde una perspectiva dialéctica, relacionándola con las tendencias históricas de la lucha de clases y con su movimiento real; éste sería el segundo punto a considerarse.

b) Las tendencias de la lucha de clases

Para Marx, la lucha de clases es un producto de la lucha del ser humano para dominar la naturaleza y someterla a sus fines, así como de la relación que estos establecen entre sí con el mismo propósito. Cuando el desarrollo de las fuerzas productivas llega a un cierto nivel, las antiguas relaciones de producción en que se desarrollaron se muestran incapaces de continuarlo. Se establece así una contradicción que abre una época de revolución social en la cual las fuerzas sociales, que representan el futuro, buscan cambiar las relaciones de producción existentes, de manera que se pueda no sólo asimilar el desarrollo de las fuerzas productivas ya alcanzado sino también elevarlo a un nivel superior. Este periodo histórico revolucionario es marcado por un conjunto de movimientos sociales, rebeliones e insurrecciones que van abriendo el paso a la nueva sociedad.

La lucha de clases, a partir de fines del siglo XIX, se inscribe en el contexto global de la revolución socialista. Al llegar, en su desarrollo, a la fase imperialista, el capitalismo como sistema mundial inicia su

declinación histórica. Pero debido al carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista, se dan en su interior formas sociales de compromiso con antiguos modos de producción y formas diferenciadas de desarrollo en condiciones de dominación o de dependencia. Estas formas crean situaciones y estructuras complejas, se deben analizar tomando en cuenta su especificidad. La determinación del carácter de la revolución debe ser el resultado del análisis de las tendencias específicas de la lucha de clases. El análisis permitirá determinar las clases revolucionarias y las etapas por las que deberá pasar el proceso revolucionario en cada país, así como su ritmo y temporalidad.

c) Las condiciones internacionales

Pero las contradicciones de clase y las tendencias de su desarrollo en cada país sólo se explican en el cuadro de las tendencias internacionales de desarrollo de la economía y la sociedad. El capitalismo, como modo de producción, sólo pudo desarrollarse en el contexto de un mercado mundial, que se fue integrando históricamente como consecuencia del carácter cada vez más concentrador y centralizador del capital.

El desarrollo de las distintas etapas y formas de la sociedad capitalista a escala mundial fue definiendo el posible carácter del desarrollo de las distintas sociedades locales.

Como veremos en nuestro estudio, el cambio en las condiciones internacionales, durante el periodo estudiado, va a determinar un cambio en las definiciones estratégicas generales del movimiento obrero. Desde el siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XIX, el proceso de la revolución democrática determinaba el carácter de cualquier lucha revolucionaria. El proletariado, recién despierto a la lucha política, no tenía otro objetivo inmediato que conquistar, por los métodos más radicales, las reivindicaciones de una sociedad democrática e igualitaria, tal como la proponían los pensadores burgueses más avanzados. Con el fracaso de las revoluciones de 1848, en el cual se define la tendencia conciliadora de la burguesía con sus vie-

jos enemigos feudales, por temor a la radicalización de la lucha democrática en la que los proletarios participaban con entusiasmo creciente, se abre una nueva etapa revolucionaria. En ella, la clase obrera empieza a introducir sus propios objetivos dentro de la revolución democrático-burguesa, buscando radicalizarla y llevarla a sus últimas consecuencias hasta convertirla en revolución proletaria. La estrategia de la revolución permanente, que estudiaremos en este libro, daba cuenta de estos cambios en las condiciones internacionales. Esta estrategia alcanza su punto máximo durante la Comuna de París, en 1871, cuando la lucha del proletariado parisiense para defender la república se convierte en el punto de arranque para instaurar el primer gobierno proletario, que dura dos meses de intensa inventiva social.

Después de 1871, van cambiando progresivamente las condiciones internacionales de la lucha de clases. Se empieza a gestar y prácticamente a imponerse la etapa imperialista del capitalismo, en la que la revolución burguesa deja de ser el factor dominante de la historia mundial. La política reformista de la burguesía se convertirá en el elemento dominante del periodo, y la organización del movimiento obrero en grandes partidos de clase pasa a ser el corolario estratégico. En esas nuevas condiciones, la lucha de masas legal se convierte en la forma de lucha fundamental hasta que la legalidad burguesa no pudiera ya contener el avance de las organizaciones obreras y hasta que las conquistas obreras entrasen en contradicciones con el funcionamiento normal de la acumulación capitalista.

La etapa imperialista no se caracteriza solamente por la extensión a escala mundial del intercambio de mercancías y del capital dinero que se había desarrollado entre los siglos XVI al XIX, sino que, en esta etapa, es el propio modo de producción capitalista el que penetra y hegemoniza las economías nacionales, constituyéndose en el modo de producción dominante a escala mundial. Esta dominación se funda en el desarrollo de la concentración económica y en la centralización del capital. En consecuencia, se agudiza la competencia entre los grupos capitalistas dominantes en cada país así como entre

los monopolios, a escala mundial; y se agudiza la lucha entre las naciones y los bloques de naciones para controlar las fuentes de materias primas y los mercados de inversión. La expansión de la exportación de capital permite ampliar, a escala mundial, las fuentes de fuerza de trabajo explotadas por el capital monopólico. Permite también generar ganancias extras en el exterior, con las cuales se propicia el surgimiento de una aristocracia obrera que tiende a hegemonizar el movimiento obrero en los países dominantes y a apoyar la política expansionista de sus burguesías. Se refuerzan en consecuencia, los factores que llevan al enfrentamiento entre sí de las naciones capitalistas y a la solución militar de las contradicciones. La guerra mundial de 1914-18 aparece como una necesidad histórica del capitalismo para resolver la crisis que nace de su etapa imperialista. Se plantea así la posibilidad, para la clase proletaria, de explotar estas contradicciones interburguesas en un sentido revolucionario; la revolución socialista se pone al orden del día como la única forma de evitar los retrocesos sociales y la destrucción de las fuerzas productivas que resultaría del enfrentamiento militar.

La victoria de la revolución en Rusia, en octubre de 1917, inaugura una nueva era de la revolución mundial. Ésta se caracteriza por la construcción del socialismo en un solo país y posteriormente en un grupo de países; por la crisis del imperialismo, marcada por la intensificación de la lucha de clases en los países adelantados; y por la aparición del fascismo como forma de contrarrevolución burguesa. Por otra parte, se caracteriza por la emergencia de las luchas de liberación nacional en las colonias y su progresiva inserción en la etapa de la revolución socialista, realidad que encontró su primera expresión completa en las revoluciones china, indochina y coreana. Lo más específico de este periodo iniciado en 1917 (el cual se proyectará hacia nuevas etapas que se extienden hasta nuestra realidad actual y cuyo análisis desborda los marcos de este libro) es la necesidad de combinar estos tres elementos de la nueva etapa estratégica (construcción socialista, y lucha de liberación nacional) en una nueva visión coherente del proceso de las contradicciones internacionales.

En sus tres primeros congresos, la III Internacional, con la activa participación de Lenin, dio los pasos iniciales para intentar establecer por primera vez una estrategia (y táctica) internacional única, coherente y sistemática. El intento de establecer esta correlación estrecha entre las condiciones internacionales de la crisis imperialista, la construcción del socialismo y las luchas de liberación nacional reveló que la tarea era demasiado compleja para alcanzar resultados revolucionarios inmediatos. Ese intento reveló la complejidad de los problemas existentes para llevar a cabo un análisis de la realidad internacional que permitiera establecer la conexión entre las tendencias internacionales y las nacionales; entre los ritmos diferentes de los tres procesos; entre los intereses de Estado de la nación socialista y los de la revolución internacional, etcétera. Nuestro libro no alcanzará más que a plantear los rasgos preliminares de esta nueva etapa de la estrategia y la táctica. La elaboración de la estrategia y la táctica contemporáneas tiene, pues que tomar en consideración las oscilaciones de la coyuntura internacional; los periodos de crisis de la producción (depresiones o recesiones) o de auge económico; el estado de las contradicciones interimperialistas (acuerdos, alianzas, guerras, etcétera); la agudización de las contradicciones en el mundo colonial (guerras de liberación, crisis de la hegemonía imperialista, etcétera) ; y muchos otros aspectos económicos, políticos, sociales e ideológicos que cambian a un ritmo cada vez más rápido con la evolución de la tecnología y las comunicaciones internacionales y con la intensificación de la lucha de clases en el plano internacional.

2. LA CUESTIÓN DE LAS ETAPAS DE LUCHA

Al identificar las clases de una sociedad determinada y las tendencias de evolución de la lucha de clases, a nivel nacional e internacional, el marxista no puede excusarse de definir claramente cuáles dentro de ellas son las clases o la clase dominante y cuáles son las clases revolucionarias. Además, como lo ha planteado Lenin, hay que

localizar aquellas clases o sectores que están en una posición intermedia y que ejercen un papel definitivo en la lucha de clases. De ahí que toda estrategia revolucionaria debe identificar:

a] cuál es el enemigo de clase principal, cuál su sector hegemónico y cuáles las contradicciones dentro de la clase dominante;

b] cuáles son las clases revolucionarias que se oponen a este enemigo y cuál es la clase que detendrá hegemónicamente el poder;

c] cuáles son las clases intermedias que deben ser liberadas de la influencia de la clase dominante y que pueden aliarse eventualmente con las clases revolucionarias.

En una sociedad capitalista pura, en la que existieran solamente propietarios de los medios de producción y asalariados, la elaboración de la estrategia sería muy fácil. El enemigo principal serían los capitalistas, la clase revolucionaria sería el proletariado y, dentro de éste el sector fundamental sería la vanguardia obrera. Pero esta sociedad capitalista pura no existe y al parecer nunca existirá. En la realidad concreta, las estructuras sociales aparecen con una mezcla de varias formas sociales combinadas, en que una de ellas es la predominante. De ahí viene la dificultad de elaborar una estrategia revolucionaria correcta. En primer lugar, hay que identificar la estructura social existente y describirla en un esquema teórico general capaz de plantear, como lo ha subrayado Mao Zedong, cuál es la contradicción principal de la sociedad, cuál es el aspecto principal de esta contradicción y cuáles son las contradicciones secundarias que de ella dependen, Armados con este esquema general, los revolucionarios pueden plantear las tareas fundamentales a realizar, es decir, a qué clases se va a combatir directamente, con cuáles clases se van a hacer alianzas, a qué clases o sectores se va intentar neutralizar o ganar como apoyo.

En segundo lugar, los marxistas tienen que estar atentos a los constantes cambios en su sociedad, a las condiciones internacionales que hacen que cambie la estructura social (los cambios de estructura

de las clases dominantes no siempre son muy claros por la falta, muchas veces, de choques abiertos entre ellas) y, necesariamente, a la estrategia que ha de ser adoptada.

La determinación del carácter y de las etapas de la revolución debe precisar claramente sus tareas destructivas, que dependen fundamentalmente del carácter del orden social existente (una revolución es en primer lugar la destrucción de un orden existente y de las formas políticas correspondientes) y sus tareas constructivas, es decir, el nuevo orden social que deberá suceder al anterior y construirse en su lugar. Es necesario señalar que esa sucesión temporal nos indica la existencia de varias etapas dentro de una lucha revolucionaria, que son muy difíciles de precisar en su duración y sus modalidades concretas.

La lucha revolucionaria supone la existencia de un periodo de acumulación de fuerzas en que la lucha ideológica, la propaganda de las ideas, y la organización de la clase revolucionaria, a través de las luchas parciales, son los aspectos principales. En seguida, hay que suponer la existencia de un periodo prerrevolucionario, en el cual el poder represivo de la clase dominante es paralizado relativamente por el alto grado de la lucha de clases y por la desarticulación del sistema de poder existente (situaciones de fin de guerra, crisis económica, luchas interburguesas agudas, etcétera).

En esas situaciones, se plantea el problema del poder como tarea inmediata; emergen fuerzas antes aplastadas no sólo en la política, sino también en el campo de la cultura, del arte, de la ciencia. El enfrentamiento de clases tiende progresivamente a asumir la forma de una confrontación militar: la guerra civil. En consecuencia, el golpe de Estado o la insurrección se ponen al orden del día.

La revolución triunfa cuando se produce la convergencia de una preparación colectiva anterior, una dirección revolucionaria altamente entrenada y una profundización de la crisis total.

La revolución llega al poder fundamentalmente para destruir un viejo orden, contra el cual se vuelcan todas las fuerzas sociales (incluso la clase dominante, que ya no puede dominar y gobernar en

base a él). La capacidad de resolver correctamente la etapa destructiva es esencial para la consolidación de un proceso revolucionario. A través de su resolución correcta y rápida los revolucionarios se convierten en expresión de la voluntad nacional, creando las condiciones —objetivas y subjetivas— para aprovechar ese impacto social y canalizarlo hacia la construcción del nuevo orden superior. La revolución bolchevique de octubre de 1917 se llevó a cabo en lo inmediato para poner fin a la guerra y al hambre y entregar las tierras, medidas que los gobiernos surgidos de la revolución democrática de febrero no podían realizar debido a sus compromisos de clase; la revolución china fue el producto de la lucha consecuente del ejército rojo contra la invasión japonesa y por la reforma agraria y la unidad nacional, que el gobierno del Kuomintang no podía establecer a causa de su compromiso con el imperialismo y la oligarquía rural; la revolución cubana nació de la lucha radical del ejército rebelde contra la dictadura batistiana y la estructura agraria opresiva de los campesinos que formaban ese ejército y en seguida contra la dominación imperialista en la cual se apoyaba esa dictadura.

La etapa destructiva ya plantea en su seno tareas constructivas, pero éstas son secundarias pues no existen las condiciones sociales para organizar un nuevo orden. Se trata de una típica etapa de transición que se supera al demostrarse la capacidad del poder revolucionario para destruir la oposición de las clases dominantes y comenzar un nuevo periodo histórico de construcción socialista.

De esa manera, la resolución correcta de las distintas fases de la lucha va creando las condiciones para dar los pasos posteriores, La capacidad de formar una conciencia social revolucionaria, en la etapa de acumulación de fuerzas —organizando a las masas y su vanguardia en colaboración orgánica, estableciendo una visión histórica y programática dentro de una estrategia y táctica acertadas—, crea las condiciones para aprovechar revolucionariamente la situación prerrevolucionaria, resolviéndola mediante la toma del poder y la canalización de la voluntad mayoritaria hacia la destrucción del

orden existente. La destrucción de este orden caduco abre las perspectivas para consolidar la revolución e iniciar la construcción de una nueva sociedad. Durante esas distintas etapas (que son marcadas por marchas y contramarchas del proceso revolucionario), se van estableciendo distintas alianzas tácticas, dentro de una concepción estratégica general (corregida por la autocritica y el análisis científico de las tendencias de la lucha de clases).

Todos estos aspectos de la estrategia, que hemos tomado de manera muy general, quedarán más claros al analizar sus varias manifestaciones históricas. Por el momento, lo fundamental es subrayar el hecho de que la estrategia se basa, en último término, en el análisis de las fuerzas materiales de la sociedad. Si la subjetividad de la mayoría de los individuos y de las clases revolucionarias no alcanza todavía a comprender y a apoyar una concepción estratégica correcta, esto obliga a una larga tarea táctica para lograr convencerlos, pero no cambia la definición de la estrategia revolucionaria. Los problemas de cómo hacer triunfar esta estrategia general se resuelven a través de la táctica revolucionaria.

3. LOS DETERMINANTES DE LA TÁCTICA

La elaboración de la táctica es una tarea todavía más compleja. Esto se debe a que la táctica no sólo supone una adecuación de la acción inmediata a los objetivos generales de la estrategia, sino que exige además que se tome en consideración un gran número de factores mucho menos controlables científicamente. El arte de la lucha cotidiana exige, además de un espíritu científico, una flexibilidad que se expresa en una cierta aptitud de manejo político que depende de los rasgos personales y de una larga experiencia; un razonamiento rápido y una capacidad de decisión frente a las diversas alternativas que la situación entrega. En la táctica política se ponen definitivamente a prueba los liderazgos.

La lucha cotidiana puede llevar a una desviación muy común, que consiste en abandonar los objetivos finales para dedicarse sólo a los inmediatos. Se puede caer muy fácilmente en el pragmatismo, transformándose en un político “realista” en el mal sentido de la palabra. Todo “realismo” o inmediatismo o pragmatismo político es conservador o reformista. Ahogarse en los aspectos de la lucha cotidiana conduce a una lucha sin sentido revolucionario que sacrifica el avance revolucionario a las conquistas del presente. Así, la capacidad para elaborar una táctica correcta es el gran reto para el revolucionario, quien solamente aprobará este examen de la historia si ajusta su capacidad para actuar en la política cotidiana a los objetivos estratégicos generales de la revolución.

¿Qué elementos tiene que tomar en cuenta la táctica? Además de los objetivos estratégicos generales, la táctica política tiene que tomar en consideración la correlación de fuerzas en cada momento histórico, la psicología de las masas, el grado de organización y conciencia alcanzado por ellas, los objetivos políticos del enemigo y de los aliados. Sería muy extenuante y formal analizar cada uno de esos factores en abstracto, pero es necesario hacer algunas aclaraciones.

El análisis de la correlación de fuerzas, en cada momento histórico, no puede ser nunca estático. Desde un punto de vista estático, la clase dominante siempre tiene más fuerza que las clases dominadas. Sin embargo, la acción correcta y audaz de los revolucionarios hace cambiar rápidamente la correlación de fuerzas cuando la situación es favorable. Por otro lado, las acciones erradas, por la vacilación o por el carácter aventurero de los que las realizan, hacen cambiar la correlación de fuerzas en detrimento de los revolucionarios. En este aspecto, la táctica se encuentra muy próxima de la estrategia, pues son las tendencias del desarrollo de la lucha de clases las que pueden asegurar si la correlación de fuerzas cambiará en una dirección u otra. Pero el análisis de la acción táctica debe incluir siempre los elementos subjetivos (psicología, organización, manifestaciones ideológicas y planes de acción del adversario y de los aliados), pues de no

hacerlo, se estaría reduciendo la táctica a los elementos de la estrategia general. Claro está que no siempre se pueden trazar límites muy claros entre la estrategia y la táctica, pues éstas son complementarias. Esta confusión, sin embargo, trae muchos peligros.

La reducción de la estrategia a las cuestiones tácticas que caracteriza al inmediatismo pragmatista lleva inevitablemente al reformismo. La actuación inmediatista siempre aísla los actos parciales de los objetivos generales del socialismo. Busca también apoyarse en fuerzas externas, básicamente en los sectores más progresistas de la clase dominante, ya que su visión lleva siempre a subestimar las potencialidades de lucha de las clases revolucionarias. Este tipo de política, a pesar de que aparentemente mantiene las conquistas actuales de las clases populares, a largo plazo las debilita y permite la contraofensiva de las clases dominantes para arrancarles sus conquistas. La reducción de la táctica a los problemas estratégicos provoca por otro lado una desviación de tipo aventurero y/o intelectualista. Al reducir los problemas inmediatos de las masas a movimientos a largo plazo la dirección política se aparta de ellas, las desorienta y pierde toda capacidad para transformar en práctica las posiciones revolucionarias. Nuestro análisis se propone estudiar no sólo esas desviaciones tan comunes sino también su contenido clasista.

Históricamente la intelectualidad pequeñoburguesa ha representado un papel muy importante en la conducción política y en el desarrollo teórico del movimiento obrero. Éste, por lo general, ha tendido a responder de manera inmediata y pragmática a las exigencias defensivas de la lucha de clases, económica y política, dentro del sistema económico social imperante.

El esfuerzo teórico es un aspecto fundamental en la definición de las leyes más generales de la lucha de clases que muestra el carácter antagónico de ésta y su resolución en un sistema socioeconómico superior. El mayor o menor rigor teórico de los intelectuales pequeñoburgueses que se inclinan hacia la clase obrera será pues un factor decisivo en el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de las clases revolucionarias. Pero no basta el rigor teórico. Vimos

que la estrategia y la táctica son un campo aplicado de la ciencia que se aproxima a un arte cuyo aprendizaje sólo se conquista en un difícil y complejo proceso histórico de desarrollo de la clase revolucionaria y su dirección política. Ésta en gran medida se compone de tránsfugas de las clases decadentes y transitorias como la burguesía y, sobre todo, la pequeña burguesía.

Es pues natural que el desarrollo de la teoría socialista y, sobre todo, su aplicación práctica en la lucha política sufran una fuerte influencia tanto de las tendencias subjetivas del intelectual pequeño-burgués, como de las tendencias reformistas de la clase obrera, particularmente de sus capas privilegiadas. Radicalismo pequeño-burgués, reformismo obrero y oportunismo de ambos orígenes son tendencias constantes en la definición estratégica y táctica del movimiento obrero y popular.

En el curso de este trabajo, pretendemos examinar cómo Marx, Engels y Lenin (hacemos también un estudio de los teóricos de la II Internacional) lucharon por encontrar los elementos teóricos, generales y particulares, que permitiesen desarrollar una orientación estratégica y táctica correcta para el movimiento obrero. El análisis de los textos que representaron momentos privilegiados de este esfuerzo, el estudio de cómo estos revolucionarios variaron sus concepciones en función de los cambios objetivos de la situación socio-económica y política, y el planteamiento de las autocríticas de sus errores pueden entregar algunos elementos para entender el fenómeno general de la elaboración de la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario. Bajo ese supuesto se escribieron las páginas que siguen.

Primera parte

La estrategia y la táctica socialistas en Marx y Engels

I. Concepciones estratégicas y tácticas del movimiento obrero antes del marxismo

El movimiento obrero y socialista europeo tiene una larga tradición anterior a Marx. Desde la guerra civil inglesa, e incluso en los movimientos campesinos de Alemania, se pueden encontrar tendencias socialistas utópicas. En el siglo XIX, después de una larga maduración, aparecen tendencias mucho más claramente proletarias. Entre ellas podemos distinguir el igualitarismo revolucionario que tiene su origen en Babeuf, el socialismo utópico, el anarquismo proudhoniano, el cartismo y el socialismo pequeñoburgués.

1. EL IGUALITARISMO REVOLUCIONARIO Y LA INSURRECCIÓN DE LAS MINORÍAS

En Babeuf (1760-1797) encontramos ya claramente planteada la idea de la revolución proletaria como parte y desarrollo de la revolución burguesa, idea que sería esencial en la elaboración de la estrategia revolucionaria marxista. En el *Manifiesto de los Iguales* y en el *Análisis*, Babeuf planteaba:

“La Revolución francesa no es sino la vanguardia de otra revolución mayor, más solemne: la última revolución”². Basado en la experiencia del gobierno revolucionario de Robespierre y en su fracaso, Babeuf sacaba las lecciones de la revolución francesa desde un punto de vista proletario. Definía así el carácter de esta nueva revolución, que sería la continuación y la superación de la revolución burguesa: “No solamente tenemos necesidad de esta igualdad, cual resulta de la

² Graco Babeuf, “*Manifiesto de los iguales*” en G. Babeuf et al, *El socialismo anterior a Marx*, ed. Grijalbo, México, 1969, p. 22.

*Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano: la que-remos ver entre nosotros, bajo el techo de nuestras casas*³.

Denunciaba pues el carácter formal de la igualdad burguesa y planteaba la necesidad de una igualdad social y económica de hecho.

Como aliados de los proletarios Babeuf identificaba a los campesinos. Pero veía la necesidad de profundizar la reforma agraria: “Nosotros reclamamos, nosotros queremos el disfrute común de los frutos de la tierra; los frutos pertenecen a todos”⁴.

Atacaba, por último, las constituciones aristocrático-burguesas de 1791 y 1795, esta última como contrarrevolucionaria e ilegal, y consideraba que la Constitución del gobierno revolucionario de Robespierre era “un gran paso hacia la igualdad social”⁵.

Babeuf concebía la toma del poder como tarea de una minoría de conspiradores. La idea de un socialismo igualitario al cual se llegaría a través de la toma del poder por una minoría, va a encontrar su pleno desarrollo en Blanqui, el más grande seguidor de Babeuf. Blanqui representó, en el siglo XIX, la tendencia proletaria que abogaba por una revolución radical contra los explotadores del trabajo. Esta revolución instauraría una dictadura de la vanguardia proletaria que haría las transformaciones buscadas a través de un fuerte apoyo de masas y, al mismo tiempo, las educaría para el comunismo.

Para él, la república no era sino un medio; el fin era el comunismo igualitario. Sus concepciones insurreccionales promoverán el levantamiento fracasado de 1893, Esta tendencia proletaria, a la cual Marx estuvo ligado en los primeros años de la radicalización que lo condujo del movimiento democrático hacia el comunismo, se expresará en Alemania a través de la Liga de los Justos, en la cual participaron Marx y Engels, y que fue el núcleo de la Liga de los Comunistas.

Los límites de esa tendencia revolucionaria eran: su concepción de un socialismo igualitario distributivo que no comprendía el papel

³ *Ibíd.*

⁴ *Ibíd.*, p.23.

⁵ *Ibíd.*, p.26.

de la producción y de la acumulación y la función protagonista que atribuía a los revolucionarios como conspiradores, lo que representaba una falta de confianza en el movimiento proletario y en la organización de las masas. El blanquismo fue, sin embargo, la gran tendencia revolucionaria del proletariado en el siglo XIX, e influyó notablemente sobre las primeras concepciones estratégicas de Marx y Engels.

2. EL SOCIALISMO UTÓPICO Y EL PROBLEMA DE SU IMPLANTACIÓN

El socialismo utópico como corriente filosófica se caracteriza por criticar la sociedad capitalista, localizando el origen de sus males en la propiedad privada y proponiendo, en seguida, una sociedad ideal donde la propiedad sería colectiva. Estas sociedades ideales, como la *Utopía* de Tomás Moro, están dibujadas a veces con gran riqueza de detalles. Se conciben en función de los principios morales aceptados por sus creadores, mezclándose aspectos religiosos e idiosincrasias personales y dando origen con frecuencia a experiencias prácticas que buscan hacer realidad estas formas ideales. Larga sería la lista de los socialistas utópicos desde Saint Simon.

La característica principal de la concepción estratégica de esta tendencia es la sustitución de la lucha revolucionaria para lograr el poder, por la implantación de comunidades, grupos o instituciones, a través de la prédica, el ejemplo y la educación de los responsables de la sociedad. En el primer número de la Revista Comunista, de la Liga de los Comunistas, encontramos el ataque al intento, hecho por Cabet, de organizar comunidades en los Estados Unidos. La revista denunciaba estos intentos como formas de organización que desviaban a los obreros de su lucha revolucionaria. Al contrario de las experiencias de carácter agrario, como las de Cabet, otro socialista utópico, Robert Owen, concibió la organización de las fábricas inglesas en cooperativas dirigidas por los obreros que recibían sus ingresos

personales en razón del tiempo de trabajo que dedicaban a la empresa. El dinero era sustituido por el carnet de horas de trabajo. Marx y Engels atacaron también los intentos de Owen, que se frustraron tanto en su propia fábrica como en las comunidades que intentó fundar en Estados Unidos. A pesar de los descubrimientos económicos representados por sus cooperativas, que mostraban la posibilidad de hacer funcionar una unidad económica sin patrones, el intento de convencer a la clase dominante de la superioridad de sus cooperativas muestra la ingenuidad y el apoliticismo del socialismo utópico.

La participación de Owen al frente de la Gran Alianza Nacional de Sindicatos mostraba las tendencias del owenismo a convertirse en un movimiento de masas. Pero su concepción utópica lo llevaba más a buscar el establecimiento inmediato del sistema cooperativo como ejemplo a seguir por la humanidad, que al desarrollo de la lucha por el poder mismo o por reformas que elevaron la capacidad de lucha de la clase obrera. Tales ideas determinaron el fracaso de este movimiento. Para ilustrar esos planteamientos generales, pasamos a reproducir algunos textos de Saint-Simon, Owen y Cabet en los cuales bosquejan su concepción en torno a cómo se operaría el cambio hacia la nueva sociedad, cuyos principios de organización ellos creían haber descubierto. En su *Catecismo de los industriales*, Saint-Simon busca responder a la cuestión del nuevo poder. Después de caracterizar a las clases ociosas y en contraste con ellas a la clase de los “industriales” que debería ocuparse de organizar la nueva sociedad y dirigirla y que estaría compuesta por todo aquel “que trabaja en producir, o en poner al alcance de la mano de los diferentes miembros de la sociedad, uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades, o sus gastos físicos”, pasa a considerar cómo se impondría en el poder esta nueva clase. Es así que el *Catecismo* plantea y responde la siguiente pregunta:

P. ¿Así, pues, predicáis en este catecismo la insurrección y la revuelta? Porque las clases que se encuentran especialmente investidas del poder y de la consideración no están, voluntariamente a las ventajitas a buen seguro, dispuestas a renunciar de las cuales disfrutaban.

R. Lejos de predicar la insurrección y la revuelta, presentaremos el único medio que puede impedir la violencia con la cual podría verse amenazada la sociedad, y a la cual escaparía difícilmente, si la potencia industrial continuase su pasividad en medio de las facciones que se disputan el poder.

La tranquilidad pública no podrá ser estable mientras los industriales más importantes no se encarguen de dirigir la administración de la riqueza pública⁶.

Pero queda la pregunta: ¿es posible alcanzar un ideal revolucionario, el cambio de las clases en el poder, sin el uso de la revolución? El catecismo enfrenta la cuestión revelando así el contenido político del utopismo de Saint-Simon:

P. ¿Es posible hacer salir de la alta dirección de los intereses pecuniarios de la sociedad a los nobles, militares, juristas y rentistas que la tienen en sus manos, en una palabra, a las clases que no son industriales, para hacerla pasar a manos de los industriales, sin utilizar medios violentos?

R. Los medios violentos valen para derribar, para destruir, pero sólo sirven para eso. Los medios pacíficos son los únicos que pueden ser empleados para edificar, para construir, en una palabra, para establecer las constituciones sólidas. Pues bien, el acto de investir a los más importantes industriales con la dirección suprema de los intereses pecuniarios de la nación es un acto de construcción; es la disposición política más importante que pueda ser tomada; esta disposición servirá de base a un edificio social completamente nuevo; esta disposición acabará la revolución y pondrá la nación al abrigo de nuevas sacudidas⁷.

En seguida, Saint-Simon define aún más claramente su separación de las tendencias insurreccionales de la revolución francesa:

Los industriales saben, lo saben bien, que son los más capaces para dirigir como es debido los intereses pecuniarios de la nación,

⁶ Henri de Saint-Simon, “*Catecismo de los industriales*”, en Dominique Desanti, *Los socialistas utópicos*, ed. Anagrama, Barcelona, 1973, p. 115.

⁷ *Ibíd.*, p. 116.

pero no llevan hacia adelante esta idea por temor a turbar momentáneamente la tranquilidad; esperan pacientemente a que la opinión se forme con respecto a eso y el que una doctrina verdaderamente social les llame al timón de los negocios públicos⁸.

Robert Owen, a pesar de su concepción más elaborada de la nueva sociedad y de apoyarse en un análisis de la industria moderna sobre la cual asienta su “nuevo mundo moral”, a pesar incluso de haberse vinculado al movimiento de masas cartista en los años treinta, no se diferencia sustancialmente de los demás socialistas utópicos en su concepción sobre la forma de generar una nueva sociedad.

Para él, era la propia fuerza racional de sus descubrimientos científicos lo que garantizaba la introducción de la nueva sociedad, en oposición a una situación social insostenible:

El momento favorable para introducir el sistema racional, para reformar el carácter del ser humano y para gobernar la población mundial en la unidad, la paz, el perfeccionamiento y la progresiva felicidad, se acerca a grandes pasos: ningún poder humano podrá impedir este cambio.

Los signos precursores de ello son evidentes: la situación de los países más avanzados en ciencia, riqueza y poderío que, no obstante, todavía se encuentran en germen y la mayoría más industriosa de su población sufre o teme todavía la necesidad, la existente anomalía que representa la coexistencia de los extremos de saber e ignorancia, de riqueza y pobreza, del lujo más desenfrenado y de la indigencia más absoluta, las innumerables mejoras y descubrimientos científicos y mecánicos que, aun cuando aumentan todas las fuerzas productoras, disminuyen de tal modo el valor del trabajo que el trabajador no puede obtener lo necesario, y provocan la miseria y degradación creciente de las masas, mientras aumentan la riqueza y el poder de las naciones. Todas estas circunstancias demuestran que una reorganización social es necesaria e inevitable. A esto puede añadirse

⁸ *Ibíd.*, pp. 116-117.

el escaso éxito de las diversas formas de gobierno, la toma de conciencia y el descontento progresivo, de los pueblos y la urgencia, que todos admiten, de una gran mejora de la educación nacional⁹.

En primer lugar, Owen sostenía que era necesario convencerse de que el propio fracaso de la civilización actual llevaría a los hombres a comprender las leyes inexorables que los obligarían a organizarse según sus descubrimientos. Su lógica es clara:

Pronto los gobiernos se verán forzados, en su propia defensa, a adoptar este sistema superior con el fin de evitar que se vean arrastrados a la anarquía, la guerra civil y la destrucción. [. . .] Este cambio desarraigará y destruirá por completo el antiguo sistema social, vicioso y deplorable, lleno de ignorancia, de miseria, de incompetencia, de luchas individuales y de guerras internacionales. Este sistema sería sustituido por el sistema racional, bajo el cual la discordia y la guerra cesarían definitivamente y todos serían educados en el deseo de conseguir la felicidad de sus semejantes.

El mejor método para iniciar este sistema consiste en convencer a los gobiernos de la verdad de los principios en que se basa. También es preciso encontrar un número suficiente de individuos imbuidos por el espíritu de una caridad auténtica y filantrópica, e instruidos sobre la mejor manera de llevarlo a la práctica¹⁰.

Había que superar las formas en que se hicieron las revoluciones anteriores, apoyadas en la violencia y en simples cambios de gobernantes. Había que convencer a los gobernantes y a los ricos de buena voluntad de la verdad contenida en sus ideas:

No siempre se ha atacado a los gobiernos de esta manera, sino, que, por el contrario, alguna facción con escasos conocimientos y

⁹ Robert Owen, "*El libro del nuevo mundo moral*", en D. Desanti, op. cit, p. 364

¹⁰ *Ibíd.*, p. 365.

menos dulzura todavía ha recurrido a las medidas civiles o militares más hostiles para destronar al poder gobernante, y cuando ha vencido, ha utilizado los mismos principios de fuerza y de fraude, sólo con algún ligero cambio en su aplicación. Quienes deseen remplazar el sistema actual por el sistema racional no actuarán nunca de esta manera. Deben empezar por convencer a los gobernantes y a los gobernados de la verdad y del valor de los principios, sin lo cual el éxito es imposible. El paso siguiente, también difícil, consistirá en explicarles claramente todas las medidas necesarias para efectuar con orden, prudencia y previsión, la transición del sistema falso al sistema verdadero¹¹.

En su *Viaje a Icaria* Etienne Cabet, después de haber combatido el derecho de propiedad, defendido la igualdad y descrito la comunidad rural en que se debería organizar la sociedad del futuro, enfrenta con bastante detalle el problema de su implantación. Habiendo sido un revolucionario que participó en las barricadas de 1830, Cabet combate con mayor ímpetu la concepción insurreccional y concibe con más cuidado la necesidad de un régimen de transición, bastante amplio, antes que se imponga su comunidad:

¿Es posible sustituir, de modo súbito, el sistema de desigualdad y de propiedad por el de la Comunidad? No; es indispensable un régimen transitorio.

¿Qué régimen transitorio es éste?

Un régimen que, aun manteniendo la propiedad privada, vaya destruyendo lo más rápidamente posible la miseria y, de una forma progresiva, la desigualdad de riqueza y poder; que forme, mediante la educación, nuevas generaciones para la Comunidad; que permita sobre todas las cosas, la libertad de expresión y de asociación, y que introduzca el sufragio universal.

¿Por qué no abolir de inmediato la propiedad privada?

Porque los propietarios no lo consentirían, y hay que evitar a toda costa la violencia; porque, por otra parte, resultaría materialmente

¹¹ *Ibíd.*, p. 365-366.

imposible poner inmediatamente en marcha los trabajos necesarios para la Comunidad.

¿Cuál es la duración de este régimen transitorio? Treinta, cincuenta o cien años, según los países.

¡Muy largo!

Es cierto; pero es absolutamente imposible obrar de otra manera; y, por otra parte, la felicidad se dejará sentir inmediatamente e irá en aumento cada día una vez que haya sido adoptado el sistema transitorio y el principio del sistema de la Comunidad¹².

Su ataque a las revoluciones violentas es sistemático y refleja también su desilusión con la revolución francesa y con los levantamientos obreros democráticos:

Las revoluciones violentas significan la guerra, con todos los inconvenientes que ésta lleva aparejados; las revoluciones son extremadamente difíciles, porque un gobierno, por el solo hecho de serlo, dispone de una fuerza inmensa dimanante de su organización gubernativa, de la influencia de la aristocracia y del poder económico: porque tiene en sus manos los poderes legislativo; ejecutivo, así como el tesoro, el ejército, la guardia nacional, los tribunales, las audiencias y la policía con sus mil medios de división y de corrupción. Nada se resuelve para los oprimidos por el mero hecho de ser éstos muy numerosos. Si bien, es, en efecto, posible y necesario que éstos se organicen militarmente, el gobierno usa toda su potencia para impedir tal organización¹³.

Y, por fin, después de descartar la insurrección por ineficaz y porque impone la violencia en lugar de la armonía, Cabet se vuelve completamente hacia el camino de la educación de los ricos:

¹² Etienne Cabet, "Viaje a Icaria" en R. Owen et al, *Precursores del socialismo*, ed. Grijalbo, México. 1970, pp. 153-54.

¹³ *Ibid.*, pp. 154-55.

¿No es acaso a los ricos sobre todo a quienes es menester convertir?

Sobre esta necesidad no puede haber duda alguna, y hasta quizá fuera más útil empezar por iniciarlos a ellos; porque los ricos y los sabios son quienes gozan de mayor influencia para convertir a los demás ricos y hasta a los mismos pobres [...]

Pero, ¿puede uno confiar en la conversión de los ricos?

¿Y cómo dudar de ello? ¿Acaso no hay ricos iluminados, justos, generosos?¹⁴

¿En qué bases sociales se apoyaba el socialismo utópico? ¿Qué llevaba a sus precursores a pensar de manera tan detallada las características de un nuevo orden social, cuya implantación se hacía necesaria para la humanidad?

Analizando el socialismo utópico en su Historia de la socialdemocracia alemana, Franz Mehrring plantea los siguientes puntos:

Antes de tomar el poder, la burguesía ya había desarrollado el sistema capitalista de producción y junto con él, había creado al proletariado.

Antes que el proletariado se desarrollara como fuerza independiente, ya se vislumbraba una nueva sociedad opuesta a la sociedad burguesa pero que, paradójicamente, sería también la expresión del desarrollo extremado de los mismos ideales burgueses.

La ausencia de un proletariado organizado como fuerza independiente, en el momento en que se desarrollaban las concepciones utópicas de una sociedad proletaria, conducía a un apoliticismo de estas teorías.

Las expectativas de éstas se dirigían hacia la clase dominante y no hacia el proletariado, del cual no se esperaba un papel dirigente. El desprecio por la capacidad política del proletariado era común tanto a los socialistas utópicos como a los revolucionarios igualitarios.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 158-159.

3. EL ANARQUISMO PROUDHONIANO Y LA LUCHA SINDICAL

Leroux y Proudhon representaban una tendencia muy combativa y dinámica del movimiento obrero en el momento en que Marx se liga a éste. Proudhon había llegado a la idea de la propiedad privada como clave de la explicación del capitalismo. No vio, sin embargo, la unión natural existente entre los componentes del proceso histórico: quería la sociedad burguesa pero sin los elementos que le son esenciales y la desarrollan. Es decir, quería la sociedad burguesa sin el capital y el capitalista. Así, reduce la lucha social a la destrucción de la gran propiedad privada. Sus ideales son todavía pequeñoburgueses: la justicia, la anarquía, el individualismo.

En *Confesiones de un revolucionario*, Proudhon define en palabras que se hicieron célebres, su concepción política global:

Así que aspiran al poder, todos los partidos sin excepción, no son más que formas particulares del absolutismo, y no habrá libertad para el ciudadano, orden en la sociedad, ni unidad entre los trabajadores, antes de que en nuestro catecismo político la renuncia a la autoridad haya ocupado el lugar de la creencia en la autoridad. ¡No más partidos, no más autoridad, libertad incondicional del hombre y del ciudadano!: esas tres consignas contienen mi credo político y social.

Este credo político no impidió a Proudhon elegirse diputado a la Asamblea Nacional francesa en 1848, donde presentó incluso el proyecto de un banco de trueque; ni tampoco le impidió apoyar a Napoleón III, que liquidó esa Asamblea.

Proudhon se opone al avance del sistema capitalista al defender la pequeña propiedad agrícola, y subraya su carácter pequeñoburgués al buscar transformar al obrero en pequeño propietario. Su gran influencia sobre el proletariado francés hizo al joven Marx atacarlo duramente en su *Miseria de la filosofía*; sobre todo frente al rechazo de Proudhon a participar en la Sociedad de Correspondencia (ensayo de organización comunista europea) que Marx y Engels intentaban realizar desde Bélgica, en 1848.

4. EL CARTISMO Y EL REFORMISMO COMO CONCEPCIÓN ESTRATÉGICA

El cartismo fue otro movimiento que tuvo una gran influencia sobre el proletariado inglés y también sobre las concepciones de Marx y Engels. El proletariado inglés ya vivía, a principios del siglo XIX, bajo los efectos de la gran industria: la proletarización y pauperización crecientes, el trabajo de los niños y las mujeres, las grandes concentraciones obreras y las pésimas condiciones de trabajo ya revelaban la esencia explotadora del capitalismo, que se cristalizarían en su etapa más avanzada. Las organizaciones obreras secretas tenían una larga tradición en Inglaterra, así como en otras partes de Europa. En 1824 se suspende la prohibición a la asociación obrera y surgen las “trade-unions” legales. Con las nuevas restricciones a la asociación obrera en 1834, se forma la Liga Comunista que fracasa al mismo tiempo que las “trade-unions” continúan avanzando.

La reforma del parlamento británico en 1834 abrió el camino del poder a la clase media. Esto estimuló al movimiento obrero a lanzar, en 1835, la carta del pueblo de la Liga Obrera, en torno a la cual se forma el movimiento cartista. Sus principios: 1) Sufragio universal para todo hombre que esté en uso de sus facultades mentales y no sea un concripto; 2) Elección anual del parlamento; 3) Sueldo para los miembros del parlamento que permita asegurar la posibilidad de representación obrera; 4) Voto secreto; 5) Igualdad del colegio electoral; y 6) Elegibilidad de todos los electores.

El entusiasmo de Marx y Engels por el cartismo se debía a su carácter de movimiento obrero independiente, el cual le permitió obtener la ley de las diez horas de trabajo —utilizando las contradicciones entre la burguesía y la aristocracia— y realizar la huelga de 1842. Sobre todo, les entusiasmaba la capacidad de este movimiento para plantear la lucha política como el medio adecuado para lograr los objetivos de la clase obrera.

El límite fundamental del cartismo, que explicaría el futuro rompimiento con Marx y Engels, era el carácter reformista de sus objetivos y su renuncia a la acción revolucionaria. En los próximos capítulos trataremos de mostrar la evolución de estas relaciones.

La existencia de un ala dura del cartismo, que llamaba al uso de la “fuerza física” en contra de los que apelaban al uso de la “fuerza moral”, y que asimiló en gran parte la tradición blanquista, no altera sustancialmente su carácter de movimiento obrero de masas. El ala de la “fuerza física” nunca pudo intentar movimientos insurreccionales amplios en Inglaterra, donde la clase obrera no se concentraba en la capital y donde la vida parlamentaria nunca llegó a interrumpirse. Por otro lado, el cartismo no alcanzó a elaborar un programa de gobierno ni un modelo de sociedad nueva y tendía a seguir el cooperativismo de inspiración owenista. Solamente después de haber perdido el apoyo de las masas, luego del fracaso de la gran manifestación de 1848, algunos líderes cartistas se hicieron socialistas e internacionalistas bajo la influencia de Ernest Jones y George Julian Harley, que se hicieron amigos de Marx y otros exiliados alemanes.

El cartismo había perdido su carácter de movimiento amplio y se dividió en pequeños grupos con orientaciones opuestas, cuyo significado teórico: estratégico y táctico había perdido importancia.

5. EL SOCIALISMO PEQUEÑOBURGUÉS, OTRO TIPO DE REFORMISMO

La oposición burguesa a los regímenes monárquicos se desarrollaba en todas partes y buscaba el apoyo del movimiento obrero. Uno de sus representantes más avanzados fue Louis Blanc en Francia, quien estaba en contacto con Marx y la Liga de los Comunistas. Louis Blanc luchaba por la República, por la organización de los trabajadores y por el derecho al trabajo frente a una muy grave situación de cesantía. Louis Blanc ponía especial énfasis en la lucha política para

establecer, a través del Estado, las reformas sociales que garantizaran el trabajo a todos los obreros y la justicia social. En su obra sobre la organización del trabajo, Blanc resume sus concepciones del cambio político:

El poder es la fuerza organizada. El poder apoya sus intereses, ciegos, pero obstinados en su obcecación, sobre pasiones enemigas de todo lo que es nuevo. El poder tiene Cámaras que os amenazarán con sus leyes, tribunales que os atraparán en sus juicios, soldados que os agredirán con sus bayonetas. Aduñaos del poder, si no queréis que éste os despedace. Tomadlo como instrumento, si no queréis encontraroslo como obstáculo.

Más aún: la emancipación del proletariado es una tarea harto compleja: va ligada a demasiadas reformas, rompe con demasiados hábitos, arremete contra demasiados prejuicios, es contraria —en apariencia aunque no en realidad— a demasiados intereses, de forma que es verdaderamente una locura creerla factible por mediación de una serie de fuerzas parciales y de tentativas aisladas. Hay que consagrar a esta emancipación toda la potencia del Estado, lo cual, para una tarea de tal envergadura no resulta, ni mucho menos, una exageración. Lo que el proletariado necesita para realizar su emancipación son instrumentos de trabajo: que se encargue de eso el gobierno. No; sin la reforma política, no es posible ninguna reforma social; porque, si la segunda es la meta, la primera es el medio para llegar a ella¹⁵.

A pesar del contenido político que prestaba a la lucha obrera, lo cual lo aproximaba a Marx, Blanc era anticomunista y su “socialismo” no pasaba de algunas reformas al capitalismo; su diario *Reforma* tenía influencia sobre el movimiento democrático y obrero francés.

¹⁵ Louis Blanc, “*La organización del trabajo*” en R. Owen et al, op. cit., pp. 87-88.

Otras expresiones menos políticas de este “socialismo” pequeño-burgués eran John Gray y Sismondi. Sus teorías económicas buscaban mejorar las relaciones capitalistas (a las que criticaban duramente), pretendiendo conservarlas en lo esencial.

6. CONCLUSIONES

Fue este panorama, confuso y disperso, el que conoció el joven Marx cuando hizo su evolución política: de radical demócrata a comunista. Desde el punto de vista teórico, Marx encuentra una gama de posiciones confusas que van desde el socialismo utópico hasta el reformismo pequeño-burgués, pasando por las teorías anarquistas. Marx y Engels ya habían roto filosóficamente con el neohegelianismo y habían sentado las bases del marxismo en *La ideología alemana*.

En *La miseria de la filosofía*, Marx había sometido el proudhonismo a la más rigurosa crítica y había planteado las bases de sus ideas económicas.

Del punto de vista político, existían las posiciones más diversas: desde el reducido grupo conspirativo, blanquista o parablanquista, hasta el reformismo obrero de los cartistas y el reformismo pequeño-burgués de Blanc y otros, pasando por el economicismo anarquista y antinsurreccional de Proudhon y muchas corrientes.

Esta diversidad de teorías y movimientos se erguía sobre bases muy débiles. El movimiento obrero en este tiempo era extremadamente frágil. Como veremos, después de fracasar en los intentos revolucionarios de 1848, el gran esfuerzo de Marx en la I Internacional se orientará hacia la creación de un movimiento obrero fuerte. Esto nos permite comprender el carácter de sus posiciones estratégicas y tácticas en estos años.

La característica principal del marxismo va a ser su capacidad para dar no sólo el salto teórico hacia una ciencia de la historia y de

la sociedad, que situará al socialismo en un plano científico, sino, sobre todo, para ligar este desarrollo teórico a un movimiento social concreto, a la organización política del proletariado europeo. En tanto el socialismo utópico y el anarquismo conducían a la pasividad política, y el movimiento obrero más desarrollado, el inglés, era llevado al pragmatismo político de carácter reformista, Marx y Engels van a lograr unir el socialismo científico a la lucha revolucionaria del proletariado. Es la historia de este proceso la que vamos a estudiar en la primera parte de este trabajo, que concluye con la formación de la II Internacional de los trabajadores.

II. Las concepciones estratégicas del *Manifiesto comunista*

Cuando Karl Marx inició su vida política fue bajo la influencia del movimiento democrático alemán, particularmente de los neohegelianos de izquierda, como Bruno Bauer, Max Stirner y otros. Su vida pública se inició en la dirección de La Gaceta Renana, órgano democrático de la región más industrializada de Alemania.

Según nos cuenta Marx, fue en su experiencia como periodista que entró en contacto con el comunismo y empezó a estudiarlo para poder opinar sobre él en su diario. Descubrió que estaba frente a un tema que no conocía lo suficiente y se dispuso a iniciar una investigación sistemática de la economía política y del pensamiento socialista, para así poder responder a las cuestiones prácticas que se le planteaban en su actividad periodística. Por esta época entra también en contacto con el pensamiento de Feuerbach, que lo dirige hacia el materialismo. Feuerbach hacía una crítica de Hegel desde el punto de vista materialista; Marx y Engels contarán posteriormente cómo el contacto con Feuerbach les pareció una verdadera revelación. Las actividades de Marx como redactor o director de La Gaceta Renana lo llevarán a un enfrentamiento con las autoridades alemanas que finaliza con su deportación de Alemania.

En el exterior, Marx se radica en París y luego en Bruselas, desde donde intenta publicar una revista: Los Anales Franco-Alemanes. Entra entonces en contacto con Engels, junto al cual trabajará el resto de su vida. Este trabajo común empieza con un proceso de crítica de su formación hegeliana y neohegeliana e incluso del pensamiento de Feuerbach, que se expresa en *La Sagrada Familia* (un libro sobre los neohegelianos, principalmente Bruno Bauer), *La ideología alemana*, *Tesis sobre Feuerbach*, *Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel* y otros libros de esta época. En ellos, Marx y Engels rompen fundamentalmente con el pensamiento hegeliano y neohegeliano en el que habían iniciado su formación filosófica y empiezan a desarrollar su

pensamiento propio, que cristalizará en el materialismo dialéctico e histórico. Paralelamente a este desarrollo intelectual, Marx y Engels mantienen una amplia actividad política. En primer lugar, intentan formar una organización que coordine los distintos movimientos obreros de la época, a través de un centro de correspondencia, que funcionaba en Bélgica desde 1846. Este “centro de correspondencia” buscaba vincular entre sí a los movimientos más diversos; incluía a Proudhon, quien finalmente se retirará debido a su desacuerdo con las tendencias de tipo insurreccionalistas sostenidas por Marx y Engels.

De hecho, el contacto más profundo y de mayor consecuencia política es el que se da con los miembros de la Liga de los Justos. La Liga de los Justos tenía como principal figura a Weitling, con quien Marx tiene choques bastante fuertes en torno a la conducción del movimiento obrero y la futura sociedad comunista. Weitling tenía profundas inclinaciones blanquistas, que en cierta manera influían sobre Marx, pero que ya no representaban su pensamiento estratégico fundamental. Con la partida de Weitling a Estados Unidos se allana el camino para que los restantes miembros de la Liga de los Justos constituyesen una nueva organización que entra en contacto con Marx y Engels. Ellos participaron de sus dos primeros congresos en 1847 y fueron designados para redactar su manifiesto y estatutos. Para este acontecimiento escribe Engels un bosquejo de los Principios del comunismo, que se discute en una reunión de 1847 y que será la base de un futuro documento cuya discusión debería haberse efectuado en el frustrado tercer congreso de la Liga de los Comunistas; se trata del *Manifiesto del Partido Comunista*. El manifiesto se sitúa en el momento en que Marx y Engels han coronado su pensamiento filosófico y político: su nueva teoría del materialismo histórico y dialéctico. En esa época, Marx ya había escrito *La miseria de la filosofía*, donde atacó, con una crítica dura y feroz, el libro de Proudhon *La filosofía de la miseria*. En esta ocasión Marx rompía definitivamente con el periodo precientífico de su pensamiento. La miseria de la filosofía nos revela el profundo conocimiento que ya había alcanzado Marx de

la economía política de su época. Ahí mismo se aprecia el bosquejo de los nuevos conceptos científicos que van a servir de base al desarrollo de *El Capital*.

De esta manera, debemos considerar *El Manifiesto del Partido Comunista* como un bosquejo de la visión del mundo de Marx y Engels, todavía bajo una forma no muy desarrollada, muchas veces intuitiva. *El Manifiesto Comunista* trata, en su primera parte, de una serie de temas que compondrán el materialismo histórico marxista. En la segunda parte establece la necesidad de la constitución de una sociedad comunista, el papel del proletariado en la constitución de esta nueva sociedad y la necesidad de la etapa intermedia bajo la centralización y dirección proletarias. Se bosqueja, por lo tanto, la tesis de la dictadura del proletariado, que será desarrollada posteriormente en función de la experiencia de la Comuna de París, en 1871. En la tercera parte, se presenta el programa del Partido Comunista. En la cuarta parte se hace la crítica del pensamiento socialista de la época, de carácter pequeñoburgués y utópico, y en la quinta parte se hace una serie de consideraciones de carácter táctico, que todavía tienen vigencia para la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario.

Para comprender la temática del *Manifiesto* es necesario bosquejar el conjunto de la situación europea en aquel momento. La burguesía había alcanzado un alto grado de desarrollo económico; sin embargo, no había logrado instalar la república en ninguna parte. Había sido obligada a aceptar varias formas de compromiso con el orden existente, dentro del cual obtenía gradualmente sus objetivos de clase. No obstante, la agitación republicana y democrática la seguían desarrollando los sectores más progresistas de la burguesía y de la pequeña burguesía. Los trabajadores acababan de aparecer en el escenario político, con reivindicaciones independientes en interés de su clase, nacida del avance del capitalismo industrial. Hasta entonces habían sido arrastrados por la burguesía a su campo político e ideológico. El creciente compromiso de las burguesías con el orden monárquico y con sus proyecciones ideológicas hacía pasar a manos

de los movimientos populares sus banderas democráticas. Los blanquistas, los cartistas, los proudhonianos, los reformistas de Louis Blanc, recogían esas banderas agregando nuevas demandas, ya relativas a la asociación obrera en cooperativas, ya relativas a la intervención estatal en defensa de los obreros, ya exigiendo, en lo político, la ampliación del voto a los trabajadores en su conjunto.

Las demandas democráticas se radicalizaban y el clima político europeo se aproximaba a una gran crisis que estalló en 1848. La evolución de Marx y Engels les permitía asimilar esta situación en su conjunto y reconocer, al mismo tiempo, la especificidad de los intereses obreros de este contexto.

Sus estudios económicos ya habían demostrado la falsedad de los análisis de la economía política clásica y la debilidad de sus críticas al orden económico precapitalista. La miseria y el desempleo generados por el capitalismo no se solucionarían con un mayor desarrollo del capital ni de las iniciativas aisladas de las asociaciones obreras particulares. Sólo la eliminación del propio capital y del régimen asalariado en que se sostenía permitiría la emancipación de los trabajadores. Al contrario de los blanquistas, nuestros autores entendían tal resultado histórico como consecuencia de la acción de la propia clase trabajadora; como resultado de un proceso social complejo.

Pero la clase trabajadora aún no tenía la conciencia de su papel específico en la historia. Faltaba organizarla y concientizarla. En lo inmediato las cosas se precipitaban: la revolución democrática se agigantaba y si no era impulsada firmemente por los trabajadores, tendería a moderarse y a comprometerse con el orden existente.

Las sectas obreras, como la Liga de los Comunistas, no podían proponerse tomar en sus manos el poder, como los blanquistas lo intentaron en 1839. Había que asumir el papel de ala izquierda de la revolución democrática y radicalizarla. El *Manifiesto* buscaba resolver este complejo problema determinando la relación entre las luchas inmediatas y los objetivos finales, entre la lucha democrática y la lucha contra el capital y la propiedad privada, entre las masas obreras, desorganizadas e ideológicamente sometidas, y una vanguardia que

recién asumía conciencia de su papel, dividida en muchas corrientes y sectas. Veamos cómo bosquejan su planteamiento sobre cada una de esas cuestiones, vitales en su momento pero a la vez de gran proyección histórica.

Hagamos un breve resumen de las tesis de Marx y Engels sobre estrategia y táctica del periodo. Para apreciar bien su valor, hay que considerar que la Liga de los Comunistas estaba bajo una fuerte influencia del blanquismo y que Marx y Engels, en este periodo, no escapan a esta influencia; pero ya en el Manifiesto se presentan concepciones absolutamente distintas al blanquismo, que no se encontraban desarrolladas en ningún otro pensamiento del periodo.

En la primera parte del *Manifiesto*, los autores realizan un somero bosquejo histórico del proceso de la lucha de clases, que vino a desembocar en el moderno enfrentamiento entre burgueses y proletarios. En lo esencial, el capitalismo simplifica las contradicciones de clase y lleva al gran enfrentamiento entre burgueses y proletarios. La burguesía desarrolló fuerzas productivas que ya no caben en los límites del capitalismo y las crisis económicas revelan esta situación en toda su dimensión. Aún más: la burguesía creó la clase social que tiene las condiciones y las posibilidades de hacer emerger, del propio seno de la sociedad actual, una nueva sociedad. Pero la nueva clase, que se ha desarrollado como consecuencia de la propia revolución burguesa, no está aún organizada y preparada para esta tarea. Marx y Engels definen la relación burguesía-proletariado al decir:

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía

absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía¹⁶.

Pero la burguesía no puede escapar a las condiciones que la obligan a desarrollar sus enemigos históricos, sea económica o políticamente. La revolución burguesa crea las bases de la unión y educación política de los obreros:

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma¹⁷.

La burguesía no sólo crea las condiciones de la concentración, el desarrollo político y la integración internacional del proletariado; también lanza nuevas masas de pequeños burgueses y campesinos a la proletarización. Así se vuelcan en contra de la burguesía amplios sectores sociales, lanzados por ella a la miseria y a la inestabilidad. Sin embargo, solamente el proletariado expresa las tendencias históricas del desarrollo del sistema: las otras capas sociales son expresiones de su decadencia. Marx y Engels afirman:

¹⁶ C. Marx, "Manifiesto del Partido Comunista" en C. Marx, F. Engels, Obras escogidas, 2 t., ed. Progreso, Moscú, 1971, t. I, p. 27.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 28.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarios únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpemproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras¹⁸.

La revolución proletaria nace pues de las propias contradicciones del capitalismo y el partido del proletariado tendrá por misión atraer hacia sí a las demás clases sociales para producir un nuevo movimiento revolucionario en contra de la burguesía.

La esencia del problema está, sin embargo, en la relación dialéctica entre el desarrollo del capitalismo y las condiciones históricas de su superación. La estrategia y la táctica del partido del proletariado

¹⁸ *Ibíd.*, p. 29.

tendrán que recoger esta relación dialéctica, originada con las propias condiciones sociales generadas por el desarrollo del capitalismo.

En la segunda parte del *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels dicen cuál es la posición de los comunistas frente a los proletarios en general:

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros [...] Prácticamente los comunistas son, pues, el sector resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de una clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generados del movimiento proletario¹⁹.

En esta cita se caracteriza la visión de Marx y Engels del Partido Comunista esencialmente como un partido de vanguardia. Según ellos no se trata de formar una fracción en el interior de la clase obrera, sino de formar un grupo de revolucionarios con una visión clara del conjunto del proceso revolucionario. Ellos dan a esta vanguardia comunista la función de dirigir el movimiento político de la clase según una visión teórica que permita comprender el conjunto de las circunstancias revolucionarias concretas, así como de las transformaciones sociales que constituyen la base de la nueva sociedad.

Pero al mismo tiempo, los comunistas no son de ninguna manera un grupo de teóricos que plantean problemas generales: sus tareas están ligadas a las luchas cotidianas de la clase, a las luchas diarias del movimiento revolucionario, y les cabe conducir este movimiento en esas luchas diarias. Así pues, en la cuarta parte, que se refiere a la posición de los comunistas frente a los demás partidos, Marx y Engels dicen: “Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e in-

¹⁹ *Ibíd.*, p. 42.

tereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento”²⁰. Esta dialéctica entre la lucha diaria, los objetivos inmediatos y, por otra parte, los objetivos finales del movimiento y la lucha por la obtención de estos objetivos finales, ya se presenta en el *Manifiesto del Partido Comunista* con gran fuerza y se convertirá, durante el desarrollo futuro del movimiento revolucionario, en la cuestión política más importante.

La formulación de Marx y Engels en el *Manifiesto* es muy clara en el sentido de que los comunistas actúan en los movimientos de carácter inmediato, no los abandonan nunca a su propia suerte, pero que en ellos defienden y representan el futuro del movimiento. Es decir, su participación en las luchas parciales tiene siempre, como contenido fundamental, la conducción de estas luchas parciales a resultados revolucionarios.

Así, después de demostrar que a los partidos comunistas les correspondía luchar por las transformaciones democráticas, que en este periodo eran las fundamentales, Marx y Engels señalan: “Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar en los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que, en la hora precisa, los obreros alemanes sepan convertir las condiciones inmediatas sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía”²¹.

Marx y Engels planteaban la necesidad de participar en la lucha democrática, pero llamaban a realizarla demostrando y clarificando la irreconciliable diferencia de clases que existe entre el proletariado y la burguesía. Pero en este momento particular, luchaban por transformaciones democráticas que no rebasaban el nivel del régimen

²⁰ *Ibíd.*, p. 43.

²¹ *Ibíd.*

burgués. Profundizando esa idea señalan más adelante: “En resumen, los comunistas apoyan cualquier movimiento revolucionario contra el estado económico, social y político existente”, es decir los movimientos en contra del régimen absolutista entonces dominante. Sin embargo, aclaran en seguida: “en todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista”; y finalmente señalan que la actividad comunista en la revolución burguesa no es de ninguna forma pasiva: “los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países”²².

Estas afirmaciones se deben ver en su contexto histórico. En este periodo Marx y Engels postulaban que la lucha democrática era el principal objetivo de la lucha revolucionaria, pues estaban en vísperas de las revoluciones burguesas de 1848. Pero, a pesar de postular de inmediato la unión de todos los partidos democráticos, consideraban indigno ocultar sus ideales y propósitos finales. Proclamaban abiertamente que sus objetivos sólo podían alcanzarse mediante el derrocamiento violento de todo el orden social existente. Las clases dominantes deberían temblar ante la idea de una revolución comunista: “Los proletarios no tienen nada que perder en ella, más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo a ganar. ¡Proletarios de todos los países uníos!”²³

El Manifiesto del Partido Comunista dibuja los elementos esenciales de las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels, que serán posteriormente desarrolladas, refinadas y mejoradas por ellos.

La Liga de los Comunistas, como vimos nosotros, no había absorbido perfectamente estas ideas de Marx y Engels, puesto que su manifiesto había sido escrito en vísperas de la revolución de 1848; no fue de ninguna manera, un elemento esencial en la formación ideológica y doctrinaria del movimiento revolucionario del periodo. Por otro

²² *Ibíd.*, p. 50.

²³ *Ibíd.*

lado, la Liga de los Comunistas era una organización esencialmente conspirativa: era una pequeña secta y sus estatutos revelan este carácter. Al mismo tiempo, en estos estatutos en cuya redacción influyeron Marx y Engels, se notaba ya la constitución por células, que serían centralizadas de manera democrática. Representaba así el bosquejo de futuras organizaciones obreras, al mismo tiempo que reflejaba las experiencias de las organizaciones conspirativas del periodo anterior.

La Liga de los Comunistas, aun cuando ejerció una actividad política restringida, llegó a publicar la Revista comunista, cuya importancia consistió en servir de base a la crítica de ciertas tendencias dentro del movimiento comunista de la época, permitiendo, sobre todo a Marx y Engels, reafirmar su pensamiento y su concepción revolucionaria. Antes de que la Liga de los Comunistas lograra consolidarse como una organización tuvo que vivir un importante hecho histórico: la revolución de 1848, que estimularía una revisión importante de las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels.

III. La revolución de 1848 y la tesis de la revolución permanente

Durante la revolución de febrero de 1848 en Francia, Louis Blanc, que participaba en el gobierno revolucionario y también en el centro de correspondencia creado por Marx y Engels, invita al ciudadano Marx a Francia.

Una vez en Francia, Marx y Engels van a reorganizar inmediatamente el comité central de la Liga de los Comunistas, disolviendo el anterior y estableciendo un programa de varios puntos para Alemania. Es interesante analizar este programa en sus líneas generales. Se presenta como un programa democrático, antifeudal, estatizante y laico, atendiendo a las características que Marx y Engels veían para el proceso revolucionario que vivía Alemania en ese momento. Se trataba, por lo tanto, de llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución democrático-burguesa en Alemania, destruir el feudalismo, estatizar al máximo la economía y promover la separación entre la Iglesia y el Estado, para permitir realmente un régimen democrático-republicano.

Con el ascenso del movimiento revolucionario en Alemania, Marx y Engels se dirigen a este país, específicamente a las provincias del Rin. Esto no sólo se debía a que Marx tenía ya una tradición anterior en la región, sino a que allí estaba concentrado el sector más avanzado de la burguesía, allí el desarrollo industrial había alcanzado la etapa más elevada. En Alemania, Marx estableció contacto con el movimiento democrático revolucionario y creó la Nueva Gaceta Renana, desde donde ejerce un papel importante en la lucha democrática de este momento en Alemania. La posición de Marx y Engels no era aceptada por todos los sectores del movimiento obrero. Éste era el caso de Stefan Bonn, quien defendía la tesis de que no tenía sentido en ese momento hacer hincapié en la lucha democrática; por el contrario, se trataba de orientar las luchas de la clase obrera hacia reivindicaciones propias, pues el contenido del movimiento democrático

era esencialmente burgués. La diferencia entre la posición de Stefan Bonn y la de Marx y Engels debe ser estudiada cuidadosamente: va a repetirse en muchas otras ocasiones, entre los marxistas y los otros sectores del movimiento obrero respecto de la revolución burguesa. Marx y Engels dicen que lo esencial en este momento es la lucha de carácter democrático, que ella moviliza a todo el pueblo y proporciona un marco en el que todas las demás reivindicaciones deben ser encauzadas. En esta posición se ve, de manera clara, la concepción de Marx y Engels: al movimiento obrero no le compete de ninguna manera comportarse como un grupo, una casta o un estamento. La clase obrera es clase revolucionaria no porque defiende sus propios intereses inmediatos dentro del sistema existente, sino por su capacidad para dirigir el conjunto de las clases sociales en las luchas revolucionarias.

En el periodo democrático su tarea es o la dirección o la participación, lo más avanzada posible, en esa revolución.

Reflexionando mucho tiempo después sobre esa experiencia, Engels defiende las posiciones asumidas en este periodo en su artículo "*Marx y la Nueva Gaceta Renana (1848-1849)*". Engels afirma en una larga cita que nos permitimos reproducir:

La burguesía alemana, que empezaba entonces a fundar su gran industria, no tenía la fuerza, ni la valentía precisa para conquistar la dominación absoluta dentro del Estado; tampoco se veía empujada a ello por una necesidad apremiante. El proletariado, tan poco desarrollado como ella, educado en una completa sumisión espiritual, no organizado y hasta incapaz todavía de adquirir una organización independiente, sólo presentía de un modo vago el profundo antagonismo de intereses que le separaba de la burguesía. Y así, aunque en el fondo fuese para ésta un adversario amenazador, seguía siendo, por otra parte, su apéndice político. La burguesía, asustada no por lo que el proletariado alemán era, sino por lo que amenazaba llegar a ser y por lo que era ya el

proletariado francés, sólo vio su salvación en una transacción, aunque fuese la más cobarde, con la monarquía y la nobleza. El proletariado, inconsciente aún de su propio papel histórico, hubo de asumir por el momento, en su inmensa mayoría, el papel de ala propulsora, de extrema izquierda de la burguesía. Los obreros alemanes tenían que conquistar, ante todo, los derechos que les eran indispensables para organizarse de un modo independiente, como partido de clase: libertad de imprenta, de asociación y de reunión; derechos que la burguesía hubiera tenido que conquistar en interés de su propia dominación pero que ahora les disputaba, llevada por su miedo a los obreros. Los pocos y dispersos centenares de afiliados a la Liga de los Comunistas se perdieron en medio de aquella enorme masa puesta de pronto en movimiento. De esta suerte, el proletariado alemán aparece por primera vez en la escena política principalmente como un partido democrático de extrema izquierda.

Esto determinó el que nuestra bandera al fundar en Alemania un gran periódico no fuera otra que la bandera de la democracia; pero de una democracia que destacaba siempre, en cada caso concreto, el carácter específicamente proletario, que aún no podía estampar de una vez para siempre en su estandarte. Si no hubiéramos procedido de este modo, si no hubiéramos querido adherirnos al movimiento, incorporándonos a aquella ala que ya existía, que era la más progresista y que, en el fondo, era un ala proletaria, para impulsarlo así hacia adelante, no nos hubiera quedado más remedio que ponernos a predicar el comunismo en alguna hojita lugareña y fundar, en vez de un gran partido de acción, una pequeña secta. Pero el papel de predicadores en el desierto no nos cuadraba; habíamos estudiado demasiado bien a los utopistas

para caer en ello. No era para eso para lo que habíamos trazado nuestro programa²⁴.

Posteriormente, la actitud de Marx en la Nueva Gaceta Renana será utilizada por el pensamiento reformista para justificar una política indiscriminada de alianza con la burguesía. En respuesta a estos planteamientos, Rosa Luxemburgo dice que si bien fue verdad que Marx apoyó el movimiento democrático (más que eso, Marx asumió en él un papel directivo), no lo apoyó desde la perspectiva de respaldar al movimiento burgués, sino en una lucha violenta en contra de las vacilaciones burguesas, llamando a llevar la revolución democrático-burguesa hasta sus últimas consecuencias. Marx apoyaba la burguesía —dice Luxemburgo— pero con un látigo en la mano.

En 1848, Marx no sólo desempeñó un papel importante desde la Nueva Gaceta Renana, sino que, además participó en la dirección de la Federación Democrática del Rin. Desde ahí trabajó para llevar la revolución democrática hasta sus últimas consecuencias, a pesar de los titubeos burgueses. Cuando las armas de la monarquía se levantaron en contra de las federaciones democráticas, Marx llamó a la insurrección para defender las conquistas realizadas y convocó a la acción de las milicias revolucionarias para defender el gobierno revolucionario establecido. Derrotada su posición y habiéndose realizado un acuerdo entre la burguesía y la monarquía, Marx es llevado al tribunal de Colonia, acusado de incitar a la subversión. La defensa de Marx frente a este tribunal es una bella pieza jurídica y se fundamenta en que en ese momento, en Alemania, la toma de las armas era un llamado a la defensa del régimen revolucionario, régimen que los mismos burgueses, componentes del tribunal, deberían garantizar. La brillante defensa de Marx consigue su absolución, en 1849, seguida inmediatamente de su expulsión de Alemania.

²⁴ F. Engels, “*Marx y la Nueva Gaceta Renana (1848-1849)*” en C. Marx, F. Engels: Obras..., cit., t. II, pp. 328-29.

Marx se dirige a Francia y posteriormente a Inglaterra, donde vivirá el resto de su vida. Desde Inglaterra, Marx y Engels esperan un nuevo levantamiento en Alemania, al mismo tiempo que realizan una autocrítica de su actuación en la revolución de 1848. En este periodo, que va de 1849 a 1851, Marx y Engels desarrollaron sus concepciones estratégicas y tácticas en un documento enviado por el comité central a la Liga de los Comunistas en Alemania. El documento será fundamental en la historia del movimiento revolucionario, pues servirá de punto de partida para profundas discusiones y reflexiones, ya que plantea la estrategia de la revolución permanente, base de posiciones tácticas y estratégicas posteriores.

El Manifiesto del comité central de la Liga de los Comunistas se inicia con una autocrítica respecto a la forma en que se participó en la revolución de 1848. Básicamente, Marx y Engels se autocritican por haberse entregado de manera muy directa a la acción pública, sin haberse dedicado a fortalecer el partido (“no basta solamente la acción pública, es necesario fortalecer el partido”). De hecho, Marx y Engels habían dedicado muy poco esfuerzo al partido, lo que permitió el dominio del pensamiento pequeñoburgués sobre el conjunto del movimiento revolucionario. En conclusión: para que la clase obrera logre ejercer el liderazgo sobre el movimiento democrático y pueda llevarlo hasta sus últimas consecuencias, frente a las vacilaciones burguesas, debe organizarse independientemente, fortalecerse con una organización propia.

Al ver Marx y Engels la posibilidad inminente de una nueva situación, revolucionaria en Alemania, preveían que la burguesía tal vez mantendría una posición vacilante. Su sector financiero ya había logrado ocupar una posición de poder en la nueva sociedad posrevolucionaria, en conciliación con el poder absolutista, y de él habría que esperar un comportamiento incluso contrarrevolucionario. La pequeña burguesía democrática defendería la posición más revolucionaria del periodo, asumiendo un rol de vanguardia, y debía ejercer el papel hegemónico en la nueva situación revolucionaria que se esperaba. Suponiendo este contexto revolucionario, la táctica que Marx y

Engels recomendaban a la Liga de los Comunistas era la siguiente: “marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su posición en provecho propio”²⁵. No se trata, por tanto, de llevar a una coalición partidaria, sino que es necesario constituir una organización autónoma de la clase obrera. “Para luchar contra un enemigo común —dicen Marx y Engels— no se precisa ninguna unión especial”²⁶.

Había que tener plena claridad sobre las acciones comunes con la pequeña burguesía: “Los pequeñoburgueses —señalaban Marx y Engels— son vacilantes en la lucha, pero muy firmes para desarmar a los obreros cuando están en el poder”. Los obreros no tenían entonces fuerza suficiente para impedir el ascenso de los pequeñoburgueses, ni para impedir que ellos actuasen de esta forma, “pero sí está en su poder dificultar a los demócratas burgueses la posibilidad de imponerse al proletariado en armas y dictarles condiciones bajo las cuales su dominación contenga en sus orígenes los gérmenes de su muerte, facilitando así considerablemente su ulterior suplantación por el poder del proletariado”²⁷.

De esta manera, se caracteriza muy claramente cuál es el papel de la clase obrera en el proceso de la revolución democrática, y se esclarece porqué es tan necesaria su participación en ella. Dos son las razones: la primera, la necesidad de luchar contra la conducción que dan la burguesía y/o la pequeña burguesía a la revolución democrática, es decir, la necesidad de impedir sus vacilaciones y obligarlas a llevar el movimiento hasta sus últimas consecuencias. Sólo la participación de la clase obrera en esta revolución puede garantizar que llegue hasta sus últimas consecuencias. En segundo lugar, son las posiciones conquistadas en el periodo de la revolución democrático-

²⁵ C. Marx y F. Engels, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas” en C. Marx, F. Engels, Obras..., cit. t. I, p. 94.

²⁶ *Ibíd.*, p. 96.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 96-97.

burguesa las que permiten a la clase obrera ganar fuerzas suficientes para impedir la consolidación definitiva de la burguesía y/o pequeña burguesía en el poder después de la revolución, y es la utilización de estas posiciones lo que sirve de base para la posterior revolución proletaria.

¿Cómo veían nuestros autores el desarrollo del proceso revolucionario y el papel que deberían cumplir los obreros dentro de la revolución democrática?

La primera tarea de los obreros era impedir “los intentos contemporizadores de la burguesía y obligar a los demócratas a llevar a la práctica sus actuales frases terroristas”²⁸. Deben actuar de tal manera que la excitación revolucionaria no sea reprimida de nuevo inmediatamente después de la victoria”²⁹.

En segundo lugar, cabe al proletario, “durante la lucha y después de ella, aprovechar todas las oportunidades para presentar sus propias demandas al lado de las demandas de los demócratas burgueses”³⁰. En seguida, le corresponde constituir sus propias formas de poder, manifestando abiertamente su desconfianza hacia el nuevo gobierno. [...]. En una palabra, desde el primer momento de la victo-

²⁸ La palabra terror aquí se refiere al terrorismo de masas y no individual, que se desencadena en todos los procesos revolucionarios. En el texto, Marx y Engels se refieren a “actos de venganza popular contra individuos odiados o contra edificios públicos”, pero el terror revolucionario se refiere al conjunto de medidas represivas tomadas por las masas o por el gobierno revolucionario en contra de los representantes del régimen derrocado y de los conspiradores en contra del nuevo orden. Lenin y Trotsky sostuvieron una dura polémica con Kautsky y la socialdemocracia en defensa del terror revolucionario. Sin embargo, Lenin y también Trotsky tuvieron gran preocupación de evitar que el terror rebasara los límites tácticos de desorganizar y paralizar la reacción. La experiencia de la revolución francesa les mostraba que el ejercicio del terror como instrumento de lucha política en contra de la oposición terminaba por volcarse en contra de los revolucionarios.

²⁹ *Ibíd.*, pp. 97.

³⁰ *Ibíd.*

ria es preciso encauzar la desconfianza no ya contra el partido reaccionario ya derrotado, sino contra los antiguos aliados, contra el partido que quiera explotar la victoria común en su exclusivo beneficio³¹.

Para lograrlo, los obreros tienen que tener no solamente sus formas propias de organización de masas (comités, consejos, clubes, etcétera), sino que además, tienen que estar armados y organizados en sus propias milicias, impidiendo el resurgimiento de la vieja milicia burguesa en contra de los obreros.

“Tan pronto como los nuevos gobiernos se hayan consolidado un poco, comenzarán su lucha en contra de los obreros”³². Para impedirlo, los obreros deberán, además de mantener sus organizaciones autónomas, coordinarlas y centralizarlas para, entre otras cosas, participar en la elección de la Asamblea Nacional convocada por los demócratas. En estas elecciones, los obreros deberían garantizar el derecho al voto de todos los núcleos obreros y presentar sus propios candidatos al lado de los candidatos burgueses, rechazando las presiones burguesas que sostienen que dividir al partido democrático fortalecería a la reacción. Los éxitos que el partido proletario alcanzara con semejante actitud independiente pesarían mucho más que el daño que pueda ocasionar la presencia de unos cuantos reaccionarios en la asamblea representativa. “Si la democracia actúa desde el principio resueltamente y con medidas terroristas contra la reacción, la influencia de ésta en las elecciones quedará liquidada de antemano”³³.

Pero las divergencias entre el partido proletario y el partido democrático se harían más evidentes en el desarrollo de las medidas de gobierno. El primer punto de conflicto sería la abolición del feudalismo. Los demócratas buscarían entregar las tierras en propiedad a los campesinos, para formar una pequeña burguesía en el campo. Los obreros deberían luchar para estatizar la tierra y hacerla producir mediante colonias obreras explotadas por el proletariado agrícola

³¹ *Ibíd.*, pp. 97-98.

³² *Ibíd.*, p. 98.

³³ *Ibíd.*, p. 99.

asociado, el cual deberá aprovechar todas las ventajas de la gran explotación agrícola. De este modo, y en medio del resquebrajamiento de las relaciones burguesas de propiedad, el principio de la propiedad colectiva obtendrá inmediatamente una base firme. Del mismo modo que los demócratas se unen con los campesinos, los obreros deben unirse con el proletariado agrícola³⁴.

En estas afirmaciones, Marx y Engels apuntan hacia lo que será uno de los puntos centrales de las revoluciones burguesas posteriores, y que será superado por la revolución socialista: la alianza de los obreros con los campesinos en la fase democrática, y la alianza de los obreros con los asalariados agrícolas y con el campesinado pobre en la siguiente fase socialista, que sucedería a la democrática en un proceso permanente e ininterrumpido.

Otro elemento de divergencia entre los obreros y demócratas es la concepción descentralizada del poder defendida por la pequeña burguesía frente a la posición centralizadora de los obreros que “no sólo deberán defender la República alemana una e indivisible, sino luchar en esta República por la más resuelta centralización del poder en manos del Estado”. La centralización del poder tenía por objetivo acabar con todos los vestigios feudales de fuerte vigencia en el caso de Alemania, así como con los particularismos locales y provinciales.

En fin, la lucha entre los demócratas y los obreros se haría más evidente aún cuando los demócratas se vieran obligados a proponer medidas más o menos socializante. Los obreros buscarían, en estas condiciones, obligar a los demócratas a irrumpir en todas las esferas posibles del régimen social existente, a perturbar su curso normal, a forzarles a que se comprometan ellos mismos a concentrar el mayor número de fuerzas productivas, medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etcétera, en manos del Estado³⁵.

³⁴ *Ibíd.*

³⁵ *Ibíd.*, p. 101.

De esta manera, los obreros se preocuparían por “llevar al extremo las propuestas de los demócratas que, como es natural, no actuarán como revolucionarios, sino como simples reformistas. Estas propuestas deben ser convertidas en ataques directos contra la propiedad privada”³⁶.

En el documento citado, Marx y Engels desarrollaron todo un programa sistemático de acciones que permitieran a la clase obrera, entonces minoritaria y sin organización partidaria propia, aprovechar las condiciones de la revolución democrática. Aprovecharlas no sólo para conseguir derechos que le posibilitaran desempeñar una oposición democrática sino, sobre todo, para prolongar el periodo revolucionario y radicalizar sus medidas hasta sus últimas consecuencias, creando condiciones para extender el proceso revolucionario a toda Europa y particularmente a Francia, donde se creía posible “un triunfo directo de su propia clase”. De esta manera, la revolución democrática en Alemania se encauzaría con la revolución proletaria en Francia y transformaría su propio carácter, a través del desarrollo de la organización y conciencia del obrero alemán, cuyo “grito de guerra hade ser: la revolución permanente”³⁷.

La concepción estratégica y táctica de Marx y Engels se mostró incorrecta para las condiciones específicas de aquel periodo histórico. De hecho, la situación revolucionaria no se produjo y Alemania había de seguir un curso revolucionario muy distinto. En él, las tareas democrático-burguesas serán realizadas, de manera autocrática, por la propia burguesía en alianza con sectores de los terratenientes, a través de un líder nacional autoritario que será Bismarck. Sin embargo, la visión estratégica y táctica esbozada en este documento revela un contenido más general, que le permitirá ser utilizada en otras épocas históricas. La concepción de la revolución permanente será invocada, como inspiración metodológica, por los revolucionarios rusos,

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ *Ibíd.*, p. 102.

particularmente por Lenin y Trotsky, y desempeñará un papel importante en otros procesos históricos. Por el momento, lo que nos interesa es entresacar del texto los elementos metodológicos y teóricos generales de la estrategia de la revolución permanente. Ésta debe entenderse fundamentalmente como el procedimiento mediante el cual la clase obrera, en condiciones en que es minoritaria y no puede determinar el conjunto de un proceso revolucionario cuyo contenido es fundamentalmente democrático, puede, a través de una intensa y correcta participación en él, por un lado, profundizar la revolución democrática y, por otro, impedir la estabilización de la pequeña burguesía en el poder, abriendo el camino hacia la revolución socialista. Marx y Engels concebían entonces la revolución democrática, en un país que entraba con retraso al capitalismo moderno, como el inicio de un proceso revolucionario que rebasaría el nivel nacional alemán y se extendería, en forma permanente, hasta una revolución de carácter continental europeo y, por consiguiente, mundial.

Ésta es pues la táctica de la revolución de 1848. Ella se aplicaría, con los ajustes necesarios, a toda situación en que la revolución burguesa fuera todavía el elemento dominante: en que la clase obrera no pudiera ejercer el dominio del proceso revolucionario ni darle un contenido socialista. Cabría entonces a la clase obrera participar intensamente en la revolución democrático-burguesa; llevar esta revolución hasta sus últimas consecuencias; conquistar posiciones en su seno para desarrollarse posteriormente como clase revolucionaria: mantener su independencia absoluta, e impedir la consolidación en el poder de la pequeña burguesía que tendería a conducir este proceso, creando así las condiciones para continuarlo en un flujo permanente, hasta convertirse en revolución socialista, de carácter mundial. A pesar de que la Liga de los Comunistas logró reorganizarse en el periodo, no pudo sobrevivir.

En 1850, la burguesía había logrado controlar la situación en Europa, y en Alemania en particular, dominando la crisis económica y aplazando para un periodo posterior cualquier posibilidad revolucionaria. Marx y Engels llegaron rápidamente a la comprensión de

esta nueva coyuntura. En consecuencia, se produce una lucha interna en la Liga de los Comunistas entre la fracción dominada por Willich y Schapper, que defendían la necesidad de una preparación insurreccional inmediata independiente del análisis de la nueva situación objetiva, y la posición de Marx y Engels, que estaban en contra de cualquier intento insurreccional en el momento, basados en el análisis de la situación mundial. Ésta, debido a la recuperación económica y política burguesa, no llevaría, según ellos a una situación insurreccional durante un periodo bastante largo.

Comentando la posición de Willich y Schapper, Marx dice: “la minoría suplanta la observación crítica por la intuición dogmática, la intuición materialista por la idealista. Para ella, la rueda motora de la revolución no son las circunstancias reales sino la simple voluntad”³⁸. Esta pequeña observación de Marx se transformó en un texto clásico de crítica al voluntarismo pequeñoburgués, que ha vuelto constantemente a repetirse en el desarrollo del proceso revolucionario mundial. Marx y Engels hacen un análisis de la situación y llegan a la conclusión de que la Liga de los Comunistas estaba superada. La Liga de los Comunistas se había organizado dentro de la perspectiva de una secta, de un pequeño grupo insurreccional. Este periodo —decían Marx y Engels— estaba superado, estaba ya pasada la fase de las sectas: se trataba ahora de organizar un movimiento de carácter masivo, de organizar la clase en tanto clase, en su conjunto. Por esta razón, Marx y Engels deciden disolver la Liga de los Comunistas y, en noviembre de 1852, logran obtener la aceptación de sus compañeros. El desarrollo posterior del movimiento revolucionario va a confirmar en gran medida la visión de Marx y Engels: si de hecho ellos estuvieron equivocados en 1850, cuando vieron un nuevo ascenso revolucionario en Alemania, rectificaron correctamente su posición, en 1851.

Al analizar la situación económica en su conjunto, entendieron que venía un proceso de carácter contrarrevolucionario y que, para

³⁸ C. Marx, F. Engels et al, *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, p. 481.

enfrentar un nuevo ascenso revolucionario, no se podría utilizar el aparato organizativo entonces existente, sino que había que organizar algo nuevo en el movimiento obrero. Los hechos posteriores van a confirmar este análisis, tanto en lo que respecta al control por la burguesía de la situación económica europea, que se va a prolongar hasta 1865-66, como en sus apreciaciones sobre el carácter del nuevo movimiento revolucionario que se gestaba y sobre la necesidad de fundamentarlo en nuevas bases. En la década de 1860, el movimiento obrero se va a reorganizar bajo la forma de la Asociación Internacional de los Trabajadores, abriendo un nuevo capítulo en la historia de la estrategia y la táctica socialistas.

IV. La fundación de la I Internacional: Nuevos avances estratégicos y tácticos

En el capítulo anterior vimos cómo Marx y Engels trazaron, a través de la táctica de la revolución permanente, la forma de participar en la posible situación insurreccional que debería haberse abierto en Alemania en 1850, pero que finalmente no se produjo. Por el contrario, lo que se produjo fue un control de la situación económica y política por parte de la burguesía, originándose un periodo contrarrevolucionario más o menos largo. Durante este periodo, que se prolongó de 1852 a 1862, Marx y Engels se dedicaron fundamentalmente al trabajo intelectual.

Marx trabajó en los libros que servirían de base a *El Capital*: la *Contribución a la Crítica de la economía política* y los *Fundamentos de la Crítica de la economía política*; este último no fue publicado sino hasta 1930. En este periodo Marx y Engels, particularmente Marx, se dedicaron también al periodismo, escribiendo en diarios obreros y, algunas veces, en diarios de circulación más amplia. Por razones de orden económico, Marx se hizo corresponsal en Europa del New York Tribune, en el cual colaboró durante muchos años; también escribió en forma continua, para el Peoples Paper y otros diarios ingleses bajo la influencia cartista. En los importantes y significativos trabajos políticos que produjo entonces, se hacen evidentes las divergencias entre Marx y Lasalle, discípulo con el cual Marx jamás concordó debido a sus erróneas concepciones económicas y políticas.

En lo referente a los trabajos sobre economía, nos interesa señalar que, en estos diez años, Marx llegó a tener el cuadro total de lo que sería posteriormente *El Capital*. Escribió la *Contribución a la Crítica de la economía política* y preparó los borradores de los que surgirían los *Fundamentos de la Crítica de la economía política* y la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, el llamado cuarto volumen de *El Capital*. Su pensamiento económico estaba ya delineado a fines de la década del

cincuenta y comienzos de la del sesenta. De hecho, en el periodo posterior, Marx se dedicó fundamentalmente a la redacción final, pues trabajaba de manera perfeccionista y necesitaba rehacer muchas veces sus manuscritos.

Por otro lado, Marx había entrado en contacto con el grueso de la información existente en Inglaterra sobre la situación de la clase obrera en este periodo. Básicamente la información se encontraba en los informes de los inspectores de fábrica, que constituían un estudio bastante detallado de las condiciones de trabajo y de vida de los obreros ingleses de la época; este material fue utilizado abundantemente por Marx en *El Capital*. El dominio de estos materiales y de la teoría económica que alcanzó en esta etapa, así como su profundo conocimiento de la historia europea contemporánea, permitieron a Marx convertirse en el cerebro más importante del movimiento obrero en Europa. Llegó a ser una persona indispensable, no sólo para lograr una visión teórica correcta de la situación de la clase obrera y de las perspectivas históricas del movimiento, sino también para comprender los procesos coyunturales.

En cierta forma, Marx y Engels lograron cumplir con la tarea que se propusieron en 1851, cuando abandonaron la vida pública. Esta decisión está expresada en una carta muy categórica que Engels dirigió a Marx, en la que decía que deberían abandonar totalmente la vida pública por un largo periodo, dedicarse fundamentalmente a su trabajo intelectual y no aceptar ningún cargo político en ningún partido hasta que realmente pudieran crear las bases para un partido que reflejara su pensamiento. Terminaba la carta diciendo: “lo principal en este momento es que tengamos posibilidad de publicar lo que escribimos, sea en revistas trimestrales, sea en volúmenes macizos. ¿Qué restará de todo lo que habla la población de emigrados a tu respecto, cuando publiques, a guisa de réplica, tu trabajo económico?” Queda clara la posición de Engels y Marx en 1851; su trabajo intelectual sería la respuesta a los enfrentamientos políticos sectarios en que se consumían los distintos grupos integrantes del movimiento obrero alemán, emigrados a Inglaterra, y otros sectores del

movimiento obrero. Éste entraba, como consecuencia de las derrotas acaecidas en 1848, en un proceso de depresión, en una situación de gran debilidad y división interna, de peleas de carácter secundario y personal, que no reflejaban los problemas fundamentales de la clase.

Después de un largo periodo de reacción y de receso empieza a darse un renacimiento del movimiento obrero europeo en 1857-1858. Ocurre como efecto de la guerra civil en Estados Unidos, que provocó una grave crisis de abastecimiento de algodón para los textiles ingleses, llevándolos a una situación de desempleo masivo. A partir de entonces, el movimiento obrero empieza a revivir, para defenderse de esta situación.

Otro tema que empezaba a movilizar a la clase obrera inglesa, y en general del continente europeo, era la utilización de obreros de distintos países para sustituir a los trabajadores en huelga. Pasaba especialmente en Inglaterra, a donde se llevaban obreros desde Francia, Alemania, Bélgica, España, etcétera, para ocupar los lugares de los huelguistas ingleses. Empieza a generarse, entonces, una reacción de parte de los huelguistas, a fin de protegerse.

Por otro lado, el movimiento obrero inglés llevó a cabo una importante movilización de apoyo a la insurrección polaca. En Polonia, donde existía una larga lucha de liberación, el movimiento democrático se encontraba en una situación difícil, sometido a la dominación rusa. Se produce en su favor una movilización revolucionaria, con gran propaganda internacional. Se llama a la realización de actos solidarios, para lo cual se empiezan a establecer contactos entre los obreros ingleses y franceses.

En fin, la relación entre los obreros de Inglaterra y de Francia se posibilita también con ocasión de la Exposición Industrial Universal de 1862. Luis Bonaparte, sintiendo muy debilitado su dominio político en Francia, intenta una relación más próxima con el movimiento obrero y lo invita a participar en esta Exposición. Los proudhonianos aceptan, pero exigen que se haga la elección de los obreros participantes. Luis Bonaparte está de acuerdo. Así, se realiza la elección y

un grupo de obreros viaja a Inglaterra, donde comienzan a establecerse algunos contactos. Durante mucho tiempo se consideró que esta reunión fue la que dio origen a la I Internacional; aun hoy se encuentran varios artículos, documentos e historias del movimiento obrero, que lo sostienen. Riazánov refuta esta afirmación de manera brillante en su libro *Marx y Engels* y demuestra que las reuniones de la Exposición y los obreros asistentes a ellas, estaban, en general, ligados a posiciones del tipo “amarillas”, que no van a formar la base de la futura Internacional. Pero indudablemente, durante esta ocasión, se pudieron producir algunas relaciones y sentar las bases para posteriores reuniones.

En 1864 se reúne una asamblea con el objetivo de fundar la I Internacional. Tuvo lugar el 28 de septiembre, proponiéndose asociar a los obreros de Inglaterra, Francia y otros países que estuviesen interesados en la defensa de los intereses de la clase obrera.

Marx —debido a la influencia de sus compañeros de la ex-Liga de los Comunistas— es llamado a participar en las reuniones, y va a ser luego encargado de redactar el manifiesto de inauguración de esta Asociación Internacional de Trabajadores, así como su estatuto³⁹.

¿Por qué se encargó a Marx esta tarea tan importante? En este momento estaba, como nosotros vimos, un poco alejado de la actuación política. Sin embargo, en cuanto tomó parte en estas reuniones, logró imponer de inmediato sus puntos de vista dada la gran debilidad teórica que prevalecía en el movimiento. La asociación estaba inspirada por figuras de tipo democrático-radicales, por los proudhonianos, etcétera, que no lograban ofrecer una visión de conjunto ni una base ideológica para la organización del movimiento.

Marx, un poco reticente al comienzo, después de algunas reuniones llegó a la conclusión de que realmente se habían echado las bases para una reorganización seria del movimiento obrero europeo. Por eso se concentró en esa actividad, en detrimento de su trabajo perio-

³⁹ Véase C. Marx, F. Engels, *Obras...*, cit., t. I, pp. 357-69.

dístico —con el cual sustentaba a su familia— y de su actividad intelectual —que si bien no fue abandonada, sí disminuyó considerablemente—, lo que le impidió acabar *El Capital*. El documento que Marx redacta como manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores es eminentemente táctico. Su preocupación básica en ese momento es establecer algunos principios fundamentales que pudieran unir a la clase obrera, entonces dividida por posiciones políticas y económicas distintas y aun opuestas. Algunos grupos se definían contra la lucha económica reivindicativa, como los proudhonianos; otros se dedicaban fundamentalmente a ella, como los continuadores del movimiento cartista inglés. Había, en fin, una gran dispersión, por falta de una base común para el movimiento obrero. La preocupación de Marx en este documento, el cual se convertirá en un clásico de la estrategia y táctica del movimiento socialista, es —reiteramos— la de encontrar elementos para unir estas fuerzas, haciendo a un lado todo lo que pudiera significar un factor de desunión de la clase en tanto tal.

¿Cuáles son sus inquietudes básicas? En primer lugar, conseguir una condena clara del capitalismo como sistema, cosa que no era evidente para el conjunto del movimiento obrero en ese periodo. En segundo lugar, lograr que la clase comprendiera la necesidad de la actuación política, cosa que tampoco estaba clara, insistiendo fundamentalmente en la necesidad de un partido de la clase obrera.

En tercer lugar, demostrar a la clase la importancia y los límites de la lucha económica que le permitiría organizarse en torno de objetivos inmediatos y avanzar orgánicamente.

El mensaje inaugural se inicia con una crítica al sistema capitalista. A pesar de que Inglaterra —sede de la reunión— era el país capitalista más avanzado del mundo, el que se había desarrollado hasta niveles inimaginables para muchos obreros europeos, la miseria crecía allí junto con el avance capitalista afectando amplios sectores de la clase obrera. Eso demostraba la imposibilidad de una solución capitalista para los problemas de la clase obrera.

Marx llamaba la atención sobre el reflujo del movimiento obrero después de 1848, el cual a pesar de las difíciles condiciones políticas de este periodo, logró no sólo mantener una posición solidaria sino, además, ganar la lucha por las diez horas de trabajo a la cual se refirió en un texto que se hizo clásico y fue objeto de mucha discusión, Decía lo siguiente: “la ley de la jornada de diez horas no fue tan sólo un gran triunfo práctico, fue también el triunfo de un principio; por primera vez la economía política de la burguesía había sido derrotada en plena luz del día por la economía política de la clase obrera”⁴⁰. ¿Qué significaba esto? En la medida en que conseguía victorias económicas e imponía límites al funcionamiento capitalista debido a su capacidad de organización, la clase obrera introducía, en el interior del sistema capitalista, una dinámica económica distinta, obligándolo a adaptarse a sus intereses. Esta dinámica tendía a transformarse en un factor de desorganización del sistema capitalista, profundizando sus contradicciones internas. Es decir, Marx planteaba la posibilidad de una ofensiva obrera en el seno del capitalismo a través de las victorias concretas obtenidas por la clase. La clase obrera podía imponer al sistema medidas económicas concretas, que llevarían a la economía política de la burguesía a una posición defensiva, forzándola a adaptarse y ajustarse a las conquistas concretas proletarias.

Estas frases de Marx van a ser interpretadas posteriormente en el sentido de que las bases de la futura economía socialista se desarrollarían en el interior de la economía capitalista. Ésta es una exageración de la tesis expuesta. Lo que Marx llama en su mensaje la “economía política de la clase obrera”, se refiere solamente a las medidas que imponen una restricción a las leyes económicas del modo de producción capitalista puro, y no bastan para constituir relaciones de producción socialistas en el interior de la economía capitalista. Lo que hacen es introducir elementos contradictorios al funcionamiento normal de la economía capitalista, obstaculizando el desarrollo de un capitalismo puro, liberal. Posteriormente, en *El Capital*,

⁴⁰ Ibid., p. 363.

Marx realizará una amplia demostración del efecto que la ley de diez horas de trabajo tuvo respecto de la adopción de cambios tecnológicos, para acentuar el mecanismo de la plusvalía relativa sobre la absoluta. De esta forma, el modo de producción capitalista pudo adaptarse a las conquistas obreras con una modificación histórica de largo alcance, misma que profundizaría sus contradicciones internas, la concentración económica, la centralización del capital, el monopolio y la necesidad de la intervención estatal. Éstos llevarían al capitalismo a la etapa imperialista, en la cual se inicia su descomposición histórica.

Continuando su análisis sobre la importancia de las luchas económicas de la clase obrera, Marx subrayaba la importancia de las cooperativas que, de cierta manera, eran la base de actuación de los obreros cartistas ingleses y de los proudhonianos en Francia. Sin dejar de reconocer sus aspectos positivos, destacaba, sin embargo, las limitaciones de ese tipo de lucha. Según él, las cooperativas eran una prueba práctica de que el capitalista se convertía en un ser inútil en la sociedad nueva y de que era posible que los obreros dirigiesen la producción en su ausencia. Sin embargo,

el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. [. . .] Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y por consecuencia debe ser fomentada por medios nacionales. La conquista del poder político ha venido a ser por lo tanto, el gran deber de la clase obrera⁴¹.

En este planteamiento general, se encuentra la esencia de la amplia lucha ideológica del periodo de formación de la I Internacional:

⁴¹ *Ibíd.*, p. 364.

hacer comprender a la clase obrera que el aspecto fundamental de su lucha era el político y que sólo a través de la lucha por el poder podría cambiar de manera sustancial sus condiciones de vida, así como el sistema económico que las generaba.

A falta de una claridad ideológica que lo orientara, el avance del movimiento obrero en los últimos tiempos se mostraba limitado. En una frase célebre, Marx dice: “la clase obrera posee un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber”⁴².

Al mismo tiempo, Marx llamaba la atención del movimiento acerca de su carácter internacional y de la necesidad de que los obreros de cada país intervinieran en la política internacional. Se insistía en ejemplos de la movilización de los obreros ingleses: tanto en el momento del apoyo a la insurrección polaca, como cuando se trataba de impedir la ayuda del gobierno inglés a los esclavistas del sur de Estados Unidos, durante la guerra civil que decidió el destino de la democracia y del liberalismo en este país. En seguida, el *Manifiesto Inaugural* mostraba la importancia que para los obreros ingleses revestía la necesidad de impedir la contratación de obreros del continente, cuyo objeto era rebajar las condiciones de negociación salarial en Inglaterra. Marx concluía que se hacía necesario que la clase obrera perfeccionase su política internacional a través del estudio, de la vigilancia del combate y de la protesta.

En resumen, el “*Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores*” pretendía crear un movimiento unificado de la clase obrera, organizarla en un solo partido, y demostrarle que el capitalismo era su enemigo fundamental: el enemigo al que había que vencer en base a una concepción socialista, conductora de la clase en una lucha esencialmente política, de carácter internacional y nacional, para conquistar mejorías concretas e inmediatas. Estas conquistas desafiarían el funcionamiento del capitalismo puro y prepararían a la clase para enfrentarse a nuevas luchas.

⁴² *Ibíd.*

Esta concepción política entraba profundamente en conflicto con las sectas que entonces luchaban dentro del movimiento obrero. Se trataba de superarlas y desarrollar una política de masas, lo que se expresa en el preámbulo de los estatutos redactados por Marx para la I Internacional: “la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera”⁴³.

⁴³ *Ibíd.*, p. 366.

V. Las resoluciones de la Internacional y la maduración táctica

Para nuestro tema, lo más importante de la Internacional fue el esclarecimiento de ciertos principios tácticos que fue produciéndose en el transcurso de sus distintos congresos. En ellos se dibujaron las bases tácticas y estratégicas de un movimiento obrero de masas fundamentalmente político.

Para lograr este objetivo, Marx tuvo que aliarse al sector más próximo a sus posiciones en este periodo, los continuadores del movimiento cartista inglés. Ya vimos sus límites ideológicos en el segundo capítulo. No defendían una política socialista, no planteaban el socialismo como objetivo: buscaban solamente abrir a la clase obrera un camino de participación política dentro de la democracia burguesa. A pesar de estas posiciones estratégicas, eran, desde el punto de vista que le interesaba a Marx en este periodo, los más cercanos a sus planteamientos: primero, por impulsar a la clase obrera a trabar una lucha política; segundo, por evitar la lucha de sectas en el interior de la clase y concebir el movimiento obrero como un movimiento de la clase en su conjunto; tercero, por comprender la importancia de la lucha económica, de la organización sindical.

En último análisis, los obreros ingleses, a pesar de sus debilidades ideológicas, representaban una forma más avanzada de organización de la clase en relación a los enemigos que Marx tenía en la Internacional. Éstos fueron, en primer momento, los proudhonianos, con su concepción estrecha que buscaba convertir a los proletarios en pequeños propietarios. La concepción proudhoniana era, ante todo, eco de los artesanos que buscaban la división de la propiedad y la organización cooperativa del trabajo, representando así una etapa muy atrasada del movimiento obrero. Posteriormente, fueron enemigos de Marx los anarquistas bakuninistas, cuya lucha contra toda forma de poder y autoridad, así como contra la religión, coronaban con un insurreccionalismo aventurero llevando al movimiento obrero a la

dispersión, el cansancio y la confusión. Marx combatirá también, pero sólo en parte, el insurreccionalismo del movimiento blanquista que, aun cuando no participaba en la Internacional, continuaba actuando en Francia y Europa y tendría un papel muy significativo en la Comuna de París, en 1871.

A largo plazo, la alianza táctica con los cartistas se muestra inviable, debido al legalismo de éstos, que los lleva a oponerse a la Comuna de París.

La lucha de Marx era muy difícil y muy compleja. Los documentos y las resoluciones que se tomaron en el periodo deben ser vistos en el contexto de la gran batalla por crear un movimiento obrero de masas, por darle un contenido político y por organizar a la clase para su lucha económica, apartándola de todas las luchas sectarias, de todos los tipos de manifestaciones verbalistas y de las concepciones pequeñoburguesas y de aficionados que todavía dominaban el movimiento obrero. Su principal aliado en esa difícil tarea —aliado transitorio, por lo demás, pues Marx nunca logró influir profundamente en él—, era el movimiento obrero inglés. Aún actualmente, el inglés es uno de los movimientos obreros más indiferentes al marxismo, a pesar de todo el tiempo que vivió Marx allí y de todas las relaciones amistosas que tuvo con los líderes obreros ingleses.

Vamos a ver que las diferencias se hacen muy evidentes, sobre todo con ocasión de la Comuna de París, que llevó a la división definitiva entre Marx y quienes aún permanecían en el movimiento cartista inglés.

Desde el principio se manifestaron las divergencias entre Marx y los proudhonianos, sobre lo que debía constar en el orden del día del primer congreso. Los proudhonianos querían discutir las cuestiones de la participación de los intelectuales y de la religión, lo que parecía a Marx desviarse de los problemas principales.

Hacia la época de la conferencia de 1865, en que se discutió el orden del día del primer congreso, la Internacional tenía un pequeño número de afiliados en Inglaterra; cerca de 460 miembros en Francia; cerca de 550 en Suiza y cerca de 60 en Bélgica. Las divergencias

de Marx con el líder del movimiento obrero alemán, La salle, condujeron a la marginación de este importante sector de la I Internacional. Ésta fue, pues, en sus comienzos, una pequeña organización muy poco significativa.

Cuando se realizó el primer congreso en Ginebra, en 1866 (en el cual Marx no pudo participar), se vivía un periodo de un cierto distanciamiento de la lucha de clases, sin ningún movimiento significativo. El congreso giró así en torno de las cuestiones que los proudhonianos planteaban: la participación de los intelectuales en la Internacional, la religión, la participación política y la reglamentación del trabajo.

En todos estos problemas, se logró una victoria del punto de vista defendido por Marx, que fue representado básicamente por los obreros ingleses.

En lo relativo a los intelectuales, Marx y los obreros ingleses defendían su participación en el movimiento en igualdad de condiciones con los obreros y condenaban la separación como una posición artificial que llevaba a la clase a sectarizarse y a no comprender el papel que la actividad intelectual, el pensamiento, el estudio, etcétera, jugaban en su desarrollo. La posición resulta victoriosa.

En lo que respecta a la religión, los proudhonianos, y los anarquistas en general, se oponían a la participación de obreros religiosos en el movimiento, exigiendo de la Internacional un pronunciamiento en favor del ateísmo. Marx llama la atención sobre el gran número de obreros religiosos y sobre el carácter erróneo de una posición tal, que desviaba a la clase de su organización integral para lanzarla en una lucha de sectas respecto de problemas metafísicas. Desde un punto de vista materialista, tener o no tener religión es un problema absolutamente falso, que sólo puede ser resuelto con el creciente dominio del hombre sobre la naturaleza y la sociedad. Una vez más vence su posición.

Se logra también un pronunciamiento a favor de la participación política de la clase, en contra de la posición proudhoniana que la entendía como una conciliación con el Estado y el orden existentes.

Para Marx, la lucha de clases no es sólo económica, sino que genera los elementos de una sociedad alternativa en el seno de la existente. Su objetivo es sobre todo la toma del poder, así la participación política de la clase es el coronamiento de su organización y de su concientización como clase para sí.

Enseguida, se abre la polémica respecto al problema de la reglamentación del trabajo. Los proudhonianos, al no aceptar ninguna forma de negociación con el Estado burgués, se negaban a luchar por cualquier reglamentación del trabajo, de las condiciones de vida del obrero, de los salarios. Todo ello aparecía como una conciliación con el Estado existente, al que se le permitía definir las reglas de vida y de comportamiento de los trabajadores. En último análisis, aceptar que el Estado interviniera en la lucha de clases, a favor de la clase obrera o de quien fuera, era considerado como conciliación. Al final se impone la posición de que la obrera está interesada en obtener conquistas inmediatas, en mejorar sus condiciones de vida. Significa esto que son condiciones necesarias para su desarrollo intelectual y político: que se reglamente el trabajo; que se restrinja la actuación de los patrones; y que se aumente la capacidad y el derecho del Estado a intervenir en favor de la clase obrera.

Como consecuencia del problema de la reglamentación del trabajo, se plantea en seguida la cuestión de la organización sindical. Es evidente que los proudhonianos, al no aceptar la reglamentación y al llamar conciliación con el Estado a cualquier lucha que se diera en el cuadro de la sociedad existente, estaba también en contra de la organización sindical, esta tenía por objetivo preparar a los trabajadores para defenderse dentro del régimen capitalista, aceptando así la condición de asalariados.

El congreso sacó una resolución en defensa de los sindicatos como órgano de reivindicación, organización y educación de la clase, órganos que crean las bases para avanzar hacia la abolición del propio sistema de salarios y permitir a la clase obrera desarrollar su capacidad ofensiva y política. Con la resolución se trataba de hacer más eficiente la acción de los sindicatos como centros organizadores con

miras a la emancipación total; de hacerlos defender los intereses de todas las capas de obreros, tanto los calificados, como los más pobres; urbanos y agrícolas. Como va a ser común en la historia del movimiento obrero, son las capas más altas de la clase las que logran organizarse sindicalmente con más facilidad. La resolución llamaba la atención sobre la necesidad de evitar que los sindicatos asumiesen un carácter corporativo en defensa de estas capas privilegiadas, exigiendo que defendieran y organizaran al conjunto de la clase.

Como vemos, todas estas posiciones fueron victoriosas en el primer congreso. Se convirtieron así en un importante arsenal de principios tácticos del movimiento obrero, echando las bases para una concepción estratégica que sirviera al conjunto de la clase, organizándola nacional e internacionalmente para la toma del poder político y para abrir paso a un nuevo régimen social en el plano internacional.

El segundo congreso se realiza en 1867, en un periodo de grave crisis económica, iniciada en 1866. En este contexto, la Internacional empieza a tener una actuación concreta e inmediata, impidiendo la movilización de trabajadores de un país a otro para sustituir a los obreros en huelga. La Internacional logra impedir esa política patronal, imponiendo a la burguesía un serio límite a su capacidad de explotación: empieza a constituirse en una organización que crea actos políticos inmediatos y supera la etapa de la propaganda en general. Todo lo cual, evidentemente, provoca una reacción mucho más fuerte de la burguesía.

En el segundo congreso se discute el tema de las nacionalizaciones. Los proudhonianos sectarios estaban en contra de cualquier intervención del Estado y, por lo tanto, en contra de que se nacionalizase la tierra y las minas; se oponían también a cualquier forma de centralización del poder económico en manos del Estado. Con el surgimiento de la facción políticamente menos sectaria de los proudhonianos, se logró el voto favorable a las nacionalizaciones estatales.

Se plantea la cuestión de la participación política y se vota otra resolución en su favor: “la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política”⁴⁴.

La lucha en contra de los proudhonianos estaba más o menos ganada en los dos primeros congresos: a partir del congreso siguiente se inicia la confrontación con el grupo dirigido por Bakunin, que representa un nuevo avance del anarquismo. Bakunin, revolucionario ruso, escapa del exilio en Siberia y se une a los obreros suizos para desarrollar una amplia propaganda política. Lo hace también en Italia y España, países de menor desarrollo económico, donde la clase obrera tiene todavía una característica artesanal que la inclina hacia las sectas de estilo pequeño burgués.

Bakunin no solamente defiende la vieja política cooperativa, que plantea la asociación libre de la clase en torno de la actividad productiva, sino que también reconoce la importancia de la organización sindical de la clase. Ésta se había impuesto por la vía de los hechos, a través de las victorias de los obreros ingleses y de la Internacional, que empezaba a cosechar resultados favorables debido a los amplios criterios adoptados para la organización de la clase. Bakunin organiza en Suiza la Liga de la Paz, que pide su ingreso a la Internacional. A partir de este momento, comienza una lucha bastante dura entre Marx y Bakunin. Este centra el fuego en el líder Intelectual y político de la Internacional, quien exige la disolución de la Liga y la entrada individual de sus militantes a la Asociación. Esas divergencias se van a plantear en el tercer congreso de la Asociación, que se realiza en Bruselas en 1868, año en que arrecian los ataques de la burguesía en contra de la Internacional. En primer lugar, se reabre el problema de las nacionalizaciones; pero como no hay una mayoría suficiente para votarlo favorablemente, se llega al acuerdo de no votar esta resolución.

⁴⁴ Citado en Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1975, p. 153.

Enseguida, venía la cuestión de las huelgas, que hoy día es un método de lucha reconocido universalmente, pero que en aquella época todavía no lo era. Se discutía si se debía o no hacer huelgas; cuál era su significado real y su papel estratégico; éstos últimos siguen siendo problemas actuales. Es evidente que los proudhonianos no apoyaban las huelgas, ya que éstas suponen alguna forma de negociación con los patrones y el Estado, pues son una forma de presión para obtener un resultado concreto. Aceptarlas como recurso legítimo sería reconocer la negociación con la clase patronal y el Estado, y, por lo tanto, las denunciaban como un instrumento de adaptación al sistema capitalista.

La resolución que vota la Internacional es la siguiente: “la huelga no es un medio de libertar completamente al trabajador, pero es a menudo una necesidad en la actual situación de lucha entre el capital y el trabajo”. Se declara, además, que “es preciso someter la huelga a ciertas reglas, a condiciones de organización, de oportunidad, de legitimidad”⁴⁵ pues los sectores anarquistas sindicalistas rehusaban discutir la oportunidad de las huelgas, y rechazaban una legislación sobre las mismas, les parecía una política de conciliación de clases. Marx y los cartistas defendían la necesidad de que las huelgas fueran organizadas y no simplemente espontáneas y, por lo tanto, de que existiese alguna forma de organización y autoridad en el interior de la clase; se acepta así la necesidad de crear sociedades de resistencia y de aceptar consejos de arbitrajes en que los obreros tuviesen representación.

Además de la posición contraria a la huelga como instrumento de la lucha de clases, defendida por los proudhonianos, estaba la posición de Bakunin, quien consideraba la huelga como el instrumento revolucionario por excelencia. Propugnaba Bakunin la liquidación del Estado a través de la huelga general universal. Si la clase obrera lograba impedir el funcionamiento de la economía durante un periodo largo, a través de una huelga general, se crearía una situación

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 160.

de anarquía tal, que se abrirían las condiciones para la creación de una sociedad nueva, para la destrucción del Estado y la eliminación de la opresión de la clase obrera. La huelga general, universal, era la consigna máxima a que aspiraba el movimiento sindical de filiación bakuninista. Consigna que sería posteriormente la fundamental para ciertos sectores del movimiento obrero bajo su influencia. El más significativo será, a principios del siglo, el sector de George Sorel, quien fue primero socialdemócrata y después anarcosindicalista (evolución del bakuninismo que tuvo bastante peso en Italia y en España). Para Sorel, la huelga general era el gran mito revolucionario de la clase; un mito necesario para movilizarla a liquidar el orden existente.

La posición de Marx era contraria a la concepción de la huelga general universal. En esa época, Bakunin rompe con la Liga de la Paz y funda la Alianza Internacional de la Democracia Socialista. El programa de la Alianza se pronuncia, como ateo, por la abolición de los cultos, por la sustitución de la fe por la ciencia, y de la justicia divina por la justicia humana; por la igualdad política, económica y social de las clases y de los individuos de ambos sexos; por la abolición del derecho de heredar; por el disfrute de la producción de cada uno; por la propiedad colectiva de la sociedad entera enemiga del despotismo; por la unión universal de las asociaciones libres. Es decir, se conjuntan un radicalismo democrático, el igualitarismo y ciertas ideas sobre la colaboración y asociación universal de los trabajadores como forma de convivencia.

Marx definió el programa de la Asociación Internacional por la Democracia Socialista como “una olla podrida de manoseados lugares comunes, de una charlatanería vacua, rosario de oquedades que pretendían infundir espanto, de una improvisación insípida a la que tan sólo preocupaba producir una cierta sensación”⁴⁶.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 170.

El 28 de septiembre de 1868, la Alianza pidió inscripción en la Internacional. Ésta le negó el ingreso y le exigió disolverse para ingresar a través de las comisiones locales de la Internacional, pues no podía aceptar que otra asociación internacional se integrase en su interior como una fracción. La decisión fue aceptada y los bakuninistas se integran en España, Italia, Francia y Suiza, pero se mantienen organizados clandestinamente.

En 1869, se realiza el cuarto congreso en Basilea, que fue una demostración del avance de la Internacional en este periodo. Había ochenta delegados de nueve países; entre ellos, Estados Unidos y Francia. En 1866 había sólo 500 miembros de la Internacional; en 1868, 2 000; en 1869, 70 000. Las diferentes asociaciones de la Internacional contaban con cerca de 245 000 afiliados, ligados a la asociación a través de sus organizaciones locales.

En este congreso se abrió una discusión muy importante para comprender la concepción marxista de la táctica, la estratégica y la organización revolucionaria del proletariado. Se refería a la función del Consejo General que dirigía la Internacional y del cual formaba parte Marx. Bakunin inicia una lucha violenta en contra del Consejo General y de toda forma de autoridad sobre el movimiento; acusa a Marx de autoritario y mueve una campaña en contra de la existencia y atribuciones del Consejo General, campaña que se prolongará por varios años y será muy negativa para la Internacional. En el transcurso de esa lucha Marx reafirmó su concepción del centralismo democrático, destacando el papel de la dirección centralizada y de los jefes, sólo sometidos al congreso de la Internacional. Combatió violentamente la descentralización y el fraccionalismo anarquista y afirmó el papel de la disciplina y de la unidad en la organización partidaria de la clase trabajadora. El centro secreto dirigido por Bakunin realiza dos congresos en Suiza, donde hay una lucha bastante intensa y donde la Internacional se divide en dos. El Consejo General apoya a los internacionalistas en contra de Bakunin. Por su lado, éste logró hacer otro congreso de su Internacional en España. En el año de 1871,

cuando se abre el proceso de lucha revolucionaria que lleva a la Comuna de París, la Internacional está dividida y debilitada por la lucha interna, factor que va a pesar bastante en su actuación durante la Comuna de París.

La Comuna será acaudillada por los blanquistas y proudhonianos, que cometerán errores de conducción muy graves; será un laboratorio donde estas concepciones estratégicas van a demostrar sus límites definitivos. En los años hasta entonces transcurridos de organización de la Internacional, un amplio sector de los trabajadores europeos había abierto un nuevo camino organizativo y había conformado una concepción distinta de su lucha y de los objetivos que la orientaban. Con ocasión de la guerra franco-prusiana, que dio origen a la Comuna de París, estos principios no habían sido aún asimilados por la mayoría de la clase; por esta razón, la Internacional tuvo un papel secundario en los acontecimientos. Pero los análisis realizados por Marx entonces pudieron ser comprendidos y asimilados posteriormente por un número mucho mayor de trabajadores, debido a la mayor clarificación estratégica y táctica que se había producido en estos cinco años de lucha ideológica y organización política. La I Internacional consolidó algunos principios básicos de la estrategia y táctica socialistas: la revolución es obra de la clase proletaria; sólo puede alcanzarse a través de su organización política y de la lucha por el poder político. Esta lucha empieza dentro del capitalismo a través de su organización económica en sindicatos y política en partidos de clase que arrancan reivindicaciones parciales al Estado y empujan las transformaciones democráticas y económicas, transformaciones que van aumentando el carácter colectivo de la producción capitalista, la acción reguladora del Estado sobre la economía y sobre las relaciones sociales. Estos objetivos parciales van permitiendo a la clase mejorar sus condiciones de vida, organizarse, formar conciencia, acumular fuerzas, en fin, para el momento definitivo del asalto al poder. La I Internacional fue, en consecuencia, la primera escuela de organización y de política de la clase obrera europea.

VI. La Comuna de París

Vimos que la Asociación Internacional de Trabajadores, que ya había logrado realizar cuatro congresos antes de 1870, era una unión de distintos movimientos obreros que empezaban a buscar y discutir una estrategia y una táctica comunes a nivel europeo y norteamericano. Esta preocupación por llegar a una estrategia y táctica unificadas era, en sí misma, un gran avance en relación a lo que había sido el movimiento obrero: significaba reconocer a la clase obrera como una clase internacional que como tal debía actuar. Si bien un sector importante del movimiento obrero se había consolidado en el periodo a través de la Asociación Internacional de Trabajadores, todavía se trataba de un movimiento ideológicamente muy confuso.

Indudablemente, entre 1864 —cuando se reúne la asamblea constituyente de la Asociación— y 1870 hubo un avance significativo. Primero, a través de acciones importantes de la clase, como impedir el reclutamiento de los obreros de un país por los capitalistas de otro. Segundo, por los avances de concepción táctica y estratégica, a través de las discusiones y debates que se hicieron y de las resoluciones que se adoptaron definiéndose una línea de masas para un movimiento obrero que empezaba a superar los pequeños grupos y sectas. En cierta forma, la consigna que Marx había levantado en 1864 empezaba a realizarse: la emancipación de los trabajadores empezaba a transformarse en una tarea de ellos mismos. Ellos empezaban a asumir la responsabilidad histórica de actuar como clase para lograr su emancipación, con una concepción táctica y estratégica unificada.

Sin embargo, Marx sólo logra imponer sus posiciones en la Internacional en alianza con los sindicalistas ingleses de origen cartista; por lo tanto, tiene que hacer hincapié en los aspectos en que hay concordancia con ellos —como la lucha económica, la organización política, las conquistas inmediatas y la organización de la clase en su conjunto—, dejando un poco de lado los problemas más generales como la lucha por el socialismo, las discusiones sobre el contenido de

las transformaciones revolucionarias y las consignas de carácter más revolucionario. La alianza de Marx con los cartistas ha servido de base a la tesis de que, en 1860, pasó a defender posiciones opuestas a las de 1848-50. Las posiciones de 1860 serían más moderadas y reformistas, constituyéndose en la base de las desviaciones de la socialdemocracia que se van a manifestar posteriormente. Es decir, se afirma que Marx había “madurado” políticamente, y había moderado su concepción revolucionaria. Sin duda, el Marx de 1860 tiene una concepción política mucho más avanzada que la que tuvo en los años cincuenta en lo que respecta a la necesidad de desarrollar y organizar a la clase. Es un Marx que realiza y experimenta maniobras tácticas mucho más en detalle que en 1850. Pero no hay en la alianza con los cartistas una adhesión a su concepción reformista, sino la intención de buscar aliados en contra de enemigos que era preciso derrotar en ese momento: las concepciones proudhonianas y bakunistas. También se enfrentó a Lasalle en este periodo, a pesar de la mayor afinidad política que pudiera tener con él. Afinidad manifiesta en el hecho de que el Partido Socialdemócrata Alemán surge de la alianza entre los lasalleanos y los “marxistas”. Marx tenía, sin embargo, profundas divergencias con los sindicalistas ingleses en la teoría, en la estrategia y en la táctica. La demostración práctica de ellas (que va llevar incluso a la liquidación de la I Internacional) será su posición frente a la Comuna de París.

Como nosotros vimos, Marx centraba sus esperanzas en ese momento en el fortalecimiento organizativo de la clase, postergando un enfrentamiento político más radical. Él no quería, no buscaba y no alentaba a la clase a un enfrentamiento radical, porque veía como principal tarea del periodo la acumulación de fuerzas y a ella apuntaba sus esfuerzos, para crear un fuerte movimiento internacional de la clase obrera. Cuando se configura la situación que llevaría a la Comuna de París; Marx llama la atención de la clase obrera francesa sobre el error que constituiría una insurrección en ese momento. Pero después de que los obreros franceses se comprometen en una política insurreccional y ésta se realiza, Marx, en nombre de la Internacional,

da todo su apoyo a los obreros insurrectos tratando de sacar todas las consecuencias políticas del movimiento. Jamás utilizará a su favor las predicciones negativas que había hecho sobre los resultados de una insurrección en ese periodo. Marx y Engels jamás adoptaron aquellos procedimientos muy característicos de ciertos intelectuales y grupos políticos que quieren demostrar que ellos siempre tienen la razón: su actitud constante fue participar en el movimiento concreto y hacerlo avanzar sin preocuparse por demostrar que ellos estaban en lo cierto y los otros estaban errados, simples vanidades intelectualistas sin ningún valor para la lucha de clases, La Comuna de París va a ser hija de la guerra franco-prusiana de 1870-71.

Esta guerra era bastante previsible sobre todo para Marx, que dedicaba gran parte de su tiempo al estudio de la coyuntura europea. De esta forma se podía prever que Luis Bonaparte buscaría, a través de la guerra con Prusia, encontrar alguna forma de unificación interna que le permitiera salvar su imperio. Bonaparte se encontraba en plena decadencia, incapaz de mantener el conjunto de intereses de clase que le habían dado apoyo y de realizar la tarea de conciliación que le permitió llegar al poder al ponerse, como un juez, por encima de las clases en conflicto en Francia. El conflicto latente entre la república y las sobrevivencias monárquicas había sido dejado en suspenso como resultado del fracaso de la revolución de 1848.

Luis Bonaparte había surgido entonces como conciliador por sobre la lucha de clases, apoyándose en sectores del campesinado y del lumpenproletariado de París, presentándose como una figura carismática que podía poner en suspenso la lucha de clases. Pero, veinte años después, esta fórmula ya había llegado a su fin: se desataba el conflicto entre todas las fuerzas que habían estado contenidas por largos años y que incluso habían entrado en una nueva fase de desarrollo, como consecuencia de los cambios económicos producidos. Bonaparte intenta una jugada para mantenerse como expresión de unidad nacional: el llamado a la destrucción de la amenaza prusiana. Por su lado, Prusia procuraba crear desde hacía tiempo una situación conflictiva con Francia. Buscaba un conflicto militar que le

permitiera recuperar las tierras de Alsacia y Lorena donde estaba el hierro al que Alemania, en proceso de centralización económica y de afirmación nacional burguesa, aspiraba, para así poder dar continuidad a su desarrollo económico con el crecimiento de la industria pesada.

Así es que, el 19 de julio de 1870, Luis Bonaparte declara la guerra a Prusia. En el contexto de esta situación conflictiva, tres días después, el 22 de julio de 1870, la Asociación Internacional de Trabajadores dirige un manifiesto a los trabajadores europeos, escrito por Marx. En él se dice que la declaración de guerra significaba el fin del imperio de Luis Bonaparte. Doblaban las campanas del imperio y se iniciaba una nueva etapa en Europa.

Alemania, que llamaba a la guerra en contra del imperio de Bonaparte, buscaba ganarse la opinión progresista, con objetivos puramente demagógicos, pues de ninguna manera pondría fin a la guerra con la caída del imperio. Sus objetivos eran sobre todo anexionistas y la lucha que se iniciaba demostraba ser una lucha de grandes dimensiones que, a través del debilitamiento de los países europeos, abría camino para que Rusia interviniera en Europa, aprovechándose de esta lucha y aumentando la extensión del enfrentamiento en curso. Hay que tener en cuenta que Marx consideraba a Rusia como el país más conservador de Europa, cuya victoria había que impedir a toda costa.

En el contexto de esa situación, en la que la burguesía europea, junto con los representantes de la vieja aristocracia y de la nobleza, amenazaban con llevar a Europa a una situación de destrucción sin fin, los obreros de París y de Alemania daban una demostración completamente distinta. Los obreros de París habían sacado un manifiesto en el que apoyaban a los obreros alemanes y planteaban su posición clara en contra del imperio de Luis Bonaparte, convocando a la unión de la clase obrera contra este enemigo común y llamando a una política fraternal entre obreros franceses y alemanes, que no estaban dispuestos a matarse entre sí en favor de los intereses minori-

tarios de la burguesía. Al mismo tiempo, los obreros alemanes respondían a este manifiesto apoyando a los obreros franceses en su lucha contra el imperio de Luis Bonaparte y rehusando apoyar cualquier política de anexión por parte de Alemania, en contra del pueblo francés. En su manifiesto, Marx elogia esa actitud de las clases obreras francesa y alemana, y dice:

La clase obrera inglesa tiende su mano fraternal a los obreros de Francia y de Alemania. Está firmemente convencida de que, cualquiera que sea el giro que tome la horrenda guerra inminente, la alianza de los obreros de todos los países acabará por liquidar las guerras. El simple hecho de que, mientras la Francia y la Alemania oficiales se lanzan a una lucha fratricida, entre los obreros de estos países se cruzan mensajes de paz y de amistad; ya tan sólo este hecho grandioso, sin precedentes en la historia, abre la perspectiva de un porvenir más luminoso. Demuestra que, frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será la paz, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: el trabajo. La precursora de esta sociedad nueva es la Asociación Internacional de los Trabajadores⁴⁷.

Los acontecimientos evolucionan en la dirección que Marx previó: del 6 de agosto al 2 de septiembre de 1870, hay varias manifestaciones callejeras e intentos de instalar la república en Francia. El 2 de septiembre Luis Bonaparte capitula y el 4 del mismo mes se declara la república y se crea un gobierno de defensa nacional. Este gobierno empieza de inmediato a practicar una política traicionera, buscando negociar la entrega de los intereses de la nueva república francesa a

⁴⁷ C. Marx, “*La guerra civil en Francia*” en C. Marx, F. Engels, *Obras...*, cit., t. I, p. 470.

la Alemania autocrática. El 9 de septiembre, Marx escribe un segundo manifiesto de la Asociación Internacional de Trabajadores en el que analiza la nueva situación. En ese manifiesto dice: “se terminó la guerra defensiva en contra del imperio: Alemania inicia ahora la guerra en contra del pueblo francés”⁴⁸.

En esta nueva situación se abre la negociación entre las burguesías francesa y alemana, y un periodo de ocupación aceptada del territorio francés.

Los obreros alemanes, planteaba Marx, que apoyaron la lucha defensiva y el derrumbe del imperio, ahora exigen una paz honrosa para Francia y el reconocimiento de la república francesa. Sin embargo, el gobierno de la república se muestra débil y la clase obrera teme que ceda frente a la oposición que intenta restaurar el viejo orden aristocrático. La situación se presenta, por lo tanto, difícil y compleja.

Marx dice textualmente:

Como vemos, la clase obrera de Francia tiene que hacer frente a condiciones difícilísimas. Cualquier intento de derribar el nuevo Gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. [...] Que aprovechen serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana para trabajar más a fondo en la organización de su propia clase. Esto le infundirá nuevas fuerzas hercúleas para la regeneración de Francia y para nuestra obra común, la emancipación del trabajo. De su fuerza y de su prudencia depende la suerte de la república⁴⁹.

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 471.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 477.

Este texto es de gran importancia y claridad histórica: Marx llamaba la atención de la clase obrera francesa acerca del peligro representado por una política insurreccional en contra de la república que, en vez de buscar fortalecerla para impedir sus conciliaciones, tendiera a derrumbarla y poner al proletariado como único defensor de la Francia revolucionaria.

Si se producía esa situación, el proletariado se aislaría políticamente y se pondría en una situación difícil que lo llevaría a una derrota inevitable.

Marx trabajaba en Inglaterra por una salida correcta de la situación. Los obreros ingleses presionan a su gobierno para que reconozca a la República Francesa y se pronuncie en contra de la anexión de su territorio por Prusia. “Si los obreros dividen su deber, si permanecen pasivos, la horrible guerra actual no será más que la precursora de nuevas luchas internacionales todavía más espantosas y conducirá en cada país a nuevas derrotas de los obreros por los señores de la espada, de la tierra, del capital”⁵⁰. La clase obrera debía ponerse en el centro de la lucha por la defensa de la Francia democrática. Y una vez más vemos la clara posición de Marx. El marxismo defenderá siempre la tesis de que la clase obrera, en las circunstancias de una revolución democrático-burguesa, no puede de ninguna manera adoptar una posición de expectativa, de defensa de sus intereses particulares, sino que debe ponerse a la vanguardia de todo el pueblo para defender la revolución democrática, profundizarla, llevarla hasta sus últimas consecuencias.

En este manifiesto Marx insistía en la importancia de la Guardia Nacional de París como brazo armado del proletariado francés: la Guardia se convertirá efectivamente en elemento central de la acción proletaria en el proceso de formación de la Comuna de París.

La invasión alemana continúa y, en enero de 1871, el proletariado defiende la ciudad de París. El 8 de febrero, se debate en Francia la

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 478.

opción entre una política de enfrentamiento con Alemania o una política de capitulación. Las elecciones a la Asamblea Nacional, el 8 de febrero de 1871, presentan un París cerrado en torno a la lucha contra la invasión alemana. De los 42 diputados elegidos en París, sólo 6 defienden la capitulación. El 17 de febrero, la Asamblea Nacional escoge a Thiers como jefe del Ejecutivo, entregándole amplios poderes. El 10 de marzo, la Asamblea escoge la ciudad de Versalles como sede, huyendo del control del proletariado de París. El 13 de marzo se forma la Federación de la Guardia Nacional de París con 270 batallones, que elige sus delegados y constituye el comité central, con cuatro delegados por distrito. Se forma así una organización militar altamente democrática y bajo el control directo de la clase obrera.

El 18 de marzo, Voinov, el comandante en jefe de Versalles, intenta retirar los cañones de la Guardia Nacional y ocupar París. Los generales Clemente Thomas y Lecomte, que son encargados de esta acción, son ejecutados por sus propios soldados. El 19 de marzo hay una proclama de la Federación de la Guardia Nacional, en la cual el comité central decreta elecciones de la Comuna. Se establecen nuevas comunas en varias partes de Francia: en Marsella el 23 de marzo; en Lyon del 22 al 25 de marzo; en Saint Etienne, del 24 al 28; en Creusot, el 26 de marzo, y la Comuna de París, instalada el 27 de marzo. Se inicia por lo tanto, el primer gobierno obrero en la historia de la humanidad, gobierno que no sólo tomó actitudes de gran importancia desde el punto de vista económico sino también desde el punto de vista político, y representó una experiencia fundamental para el desarrollo de la clase obrera. Por su heroísmo y por su capacidad de lucha escribió una página revolucionaria de enorme alcance, y representó un ejemplo vivo en la historia que se grabó en la mente del proletariado europeo y se transformó en su inspiración constante en los años sucesivos.

La Comuna de París promulgó varios decretos que indicaban la constitución de una sociedad nueva: entre ellos, establecía un salario y renta máxima de 6 000 francos por año, igual al ingreso de un tra-

bajador calificado; estableció la separación entre la Iglesia y el Estado, vieja reivindicación democrática. También decretó el 12 de abril la suspensión de las deudas, medida que favorecía a pequeños propietarios y asalariados. El 19 de abril se hace la Declaración al Pueblo Francés, que establece el programa de la Comuna. El 22 de abril se establece el Tribunal Revolucionario. El 28 de abril se establece la prohibición del trabajo nocturno en las panaderías. El 10. de mayo se constituye el Comité de Salud Pública con 5 miembros, que indica la necesidad de garantizar el orden público nuevo en contra de la reacción de la derecha. El 28 de mayo el jefe del Estado republicano, Thiers, hace un ultimátum a los parisienses, El 10 de mayo frente a la irreductibilidad de la Comuna, Thiers firma la paz con, Alemania, y prepara el cerco y la destrucción de la Comuna. Los obreros, se veían ahora aislados políticamente frente a la unidad de la burguesía en el plano nacional e internacional.

Del 21 al 28 de mayo resiste la Comuna. Durante la resistencia hay una violenta represión por ambas partes, pero de contenido esencialmente distinto: mientras los proletarios actúan en función de la defensa de la Comuna, la burguesía actúa en función de un verdadero genocidio del proletariado revolucionario. Una política de destrucción masiva, de represión sin piedad, se estableció en el fracaso del movimiento revolucionario. De fines de mayo de 1871 a junio del mismo año, fueron fusilados 17 000 comuneros por los oficiales versalleses, según cifras oficiales de Versalles. Del 26 de mayo de 1871 al 31 de diciembre de 1874, se establecieron veinticuatro consejos de guerra y se juzgó a 80 niños, 32 mujeres y 9 950 hombres; se dictaron 13 450 condenas, 270 a muerte, 410 a trabajos forzados, 4 106 a deportación a los fuertes, 3 507 a deportación simple, 1 320 a detención o reclusión, 322 fueron expulsados, 8 407 fueron enviados a la prisión.

En la fase final de la Comuna, Marx redactó un tercer manifiesto en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores, sobre la guerra civil en Francia. Este manifiesto, escrito al calor de la lucha, sólo llegó a Francia después de la victoria de la derecha.

¿Qué planteaba Marx en este manifiesto que ha quedado como uno de los más poderosos análisis de una coyuntura revolucionaria y de la estrategia y táctica correcta a adoptarse en ella?

Marx denunciaba que la unión de la Francia republicana con la Alemania monárquica demostraba la supremacía del interés de la clase sobre el interés nacional. La República demostraba el carácter antiproletario de su política. Por otro lado, el comité central de la Guardia Nacional, al que, como vimos, Marx había llamado a la moderación en el periodo anterior, y que había sido muy radical en contra de la vacilación de los republicanos, frente a esta nueva coyuntura revolucionaria, frente a la insurrección abierta, no tuvo la misma decisión. En este manifiesto, Marx critica las vacilaciones del comité central de la Guardia Nacional. No marchó sobre Versalles y dejó intacto al partido del orden, realizando elecciones el 26 de marzo. La Internacional había llamado a marchar sobre Versalles sin lograr ser escuchada. Criticando esta vacilación, Marx dice que la experiencia demostraba (lo que más tarde va a ser entendido por Lenin con mucha claridad) que no bastaba con apoderarse de la máquina del Estado tal cual es y servirse de ella para sus propios fines. Es necesario destruir esta máquina.

Decía Marx:

el poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerarquía del trabajo—, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. Sin embargo, [...] el poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo [...] Pero estas cruzadas ininterrumpidas contra las masas productoras, les obligaba, no sólo a revestir el poder ejecutivo de facultades de represión

cada vez mayores, sino, al mismo tiempo a despojar a su propio baluarte parlamentario —la Asamblea Nacional—, uno por uno, de todos sus medios de defensa contra el poder ejecutivo⁵¹.

Se hacía clara, por lo tanto, la necesidad de enfrentar este poder centralizado, suprimiendo el ejército y sustituyéndolo por el pueblo armado. El poder de la Comuna se había conformado como poder ejecutivo y legislativo y los funcionarios eran elegibles y revocables. Se había planteado la unificación de los salarios. Se había hecho la separación entre el clero y la enseñanza, estableciendo una enseñanza libre. En lo judicial, también los cargos eran elegibles y revocables. En las comunas rurales se había desarrollado un poder campesino. Se había establecido un tipo de organización nacional en base a comunidades federales que, al mismo tiempo, no destruían la unidad. El nuevo gobierno obrero se mostraba como un gobierno de bajo costo social, que destruía las formas de parasitismo estatal.

En fin, Marx resume así la experiencia práctica del poder obrero:

una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era esencialmente un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo⁵².

Crítica, sin embargo, la falta de visión del comité central de la Guardia Nacional sobre la necesidad de eliminar el poder republicano que se mantenía paralelamente. También sus vacilaciones eco-

⁵¹ *Ibíd.*, pp. 496-98.

⁵² *Ibíd.*, p. 502.

nómicas fueron profundamente criticadas, particularmente su actitud frente a la estatización de la banca nacional, que sería esencial para financiar la lucha del pueblo y las medidas del gobierno. A pesar de esas vacilaciones, las formas de gobierno generadas demostraban la creatividad de la clase. Demostraban también su capacidad para buscar apoyo en la clase media, a través de la eliminación de sus deudas, y en sectores del campesinado que tendieron a apoyar la Comuna, llegando a organizar comunas rurales. Por otro lado, el gobierno que se constituyó no era solamente nacional, sino que tenía aspiraciones internacionales de unidad con la clase obrera de toda Europa. Sus medidas sociales son extremadamente importantes: la represión fue siempre moderada y se estableció una profunda moralidad social. Todos éstos eran fenómenos altamente positivos, que Marx analizó con mucho cuidado, extrayendo de ahí las enseñanzas para una posible victoria revolucionaria de la clase obrera en otras circunstancias más favorables.

La misma actitud van a tener otros grandes revolucionarios marxistas, principalmente Lenin, quien estudió con mucho cuidado la experiencia de la Comuna considerándola esencial para comprender las nuevas formas de poder que debían nacer en la nueva sociedad revolucionaria.

Las lecciones más importantes sobre estrategia y táctica de la Comuna fueron:

En primer lugar, el error político de plantearse una tarea superior a sus fuerzas, al derrumbar la república en vez de utilizarla como base de acumulación de fuerzas del proletariado y sostenerla, aun con sus vacilaciones. El heroísmo de la Comuna no puede ocultar el error político de intentar un gobierno obrero aislado en una Europa burguesa y noble.

En segundo lugar, alzado el proceso revolucionario, aun sin perspectiva de victoria, no se puede dar marcha atrás y ponerse a discutir sobre su carácter correcto o no. Se trataba de actuar de manera consecuente, aplastando la asamblea burguesa y tomando, entre otras medidas, el control de la banca. Los blanquistas y proudhonianos

que dirigieron la insurrección se mostraron vacilantes y no aprovecharon todas las ventajas de la situación, como ocurre siempre con las direcciones pequeñoburguesas.

La actitud de Marx frente a la Comuna de París es ejemplar desde el punto de vista revolucionario. Opuesto a la insurrección, se pone inmediatamente a su lado cuando la clase la intenta, busca en seguida deducir sus consecuencias y, derrotado el movimiento, se dedica durante años a ayudar a los revolucionarios exiliados en Inglaterra, aguantando las consecuencias políticas de esta posición. La principal de ellas fue la destrucción de la Internacional, debido a la retirada de los sindicalistas ingleses que no concordaron con el apoyo a la Comuna, cuyo terrorismo y violencia condenaban desde un punto de vista liberal pequeñoburgués y en función de las necesidades de alianza con las clases medias en su propio país.

VII. La crisis de la Internacional y la revolución española: La crítica al anarquismo

La posición de apoyo de Marx a la Comuna produjo una profunda crisis en la Internacional. El segundo Manifiesto sobre la Guerra Civil en Francia no solamente apoyaba a la Comuna, sino que incluso llamaba a radicalizar sus medidas y demostraba la necesidad de no vacilar en una circunstancia revolucionaria, por lo que condujo al rompimiento de Lucraft y Odger. Éstos se separan del consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores, llevando así a la ruptura con la facción más importante en que se apoyaba Marx en sus luchas dentro de la Internacional.

Frente a esta crisis general que vivía la Internacional —causada por el abandono de los cartistas, por la situación de represión casi absoluta en Francia, donde estaba una de sus bases fundamentales, y por las luchas internas con la facción de los anarquistas de Bakunin—, Marx y Engels se preocupan por desplazar la Internacional a Estados Unidos, para terminar progresivamente con ella y abrir camino hacia una nueva Internacional.

En la Conferencia Internacional privada de Londres, realizada en septiembre de 1871, Marx redacta importantes resoluciones que tienen que ver con el sentido y el carácter de la lucha llevada a cabo en la Internacional. Se trata de resoluciones dirigidas contra el grupo de la alianza bakuninista, cuya disolución fue ratificada por esta conferencia. Como persistían las actividades fraccionalistas de los bakuninistas, el Consejo General redactó una circular, en marzo de 1872, donde definía con gran claridad el sentido de la Internacional para el movimiento obrero.

En ella se decía:

la primera fase en la lucha del proletariado contra la burguesía, estuvo marcada por el movimiento de las sectas. Este

movimiento tenía su razón de ser en una época en que el proletariado no estaba aún bastante desenvuelto para reaccionar como clase. Los pensadores individuales hacían la crítica de los antagonismos sociales, dándoles soluciones utópicas que la masa de los obreros no hacía más que aceptar, propagar y poner en práctica. [...] Por su propia naturaleza, las sectas formadas por estos iniciadores son abstencionistas, extrañas a toda acción real, a la política, a las huelgas, a las alianzas, en una palabra, a todo movimiento de conjunto [...] En fin, ésta fue la infancia del movimiento proletario, como la astrología y la alquimia fueron la infancia de la ciencia. Para que la función de la Internacional fuese posible, fue necesario que el proletariado traspasara esta fase. Frente a las organizaciones utópicas y de sectas, la Internacional es la organización real y militante de la clase proletaria de todos los países unidos los unos con los otros, en su lucha común contra los capitalistas, los propietarios de la tierra y su poder de clase organizado en el Estado[...] Lo mismo que en toda nueva fase histórica, los viejos errores reaparecen un instante para desaparecer después; del mismo modo la Internacional ha visto renacer en su seno , grupos de sectas aunque bajo una forma poco acentuada⁵³.

Así, la Conferencia de Londres de 1871 y la circular de marzo de 1872 habían dado a Marx oportunidad de definir, de manera muy clara y muy precisa, la concepción táctica que orientó su participación en la Asociación Internacional de los Trabajadores. Sin embargo, el movimiento escisionista dirigido por Bakunin continuó y, en el V Congreso, realizado en La Haya en 1872, la Internacional se trasladó a Estados Unidos por treinta votos contra catorce y dos abstenciones, a proposición de Marx y Engels, que participaron activamente en el

⁵³ Citado en Amaro del Rosal, o. cit., p. 225.

congreso. Era un nuevo triunfo sobre el bakuninismo; se consolidaba la exclusión de Bakunin.

La lucha contra los bakuninistas continúa durante más de un año. En un congreso que los reúne en 1872, los bakuninistas formulan la siguiente resolución:

Considerando que toda organización política no puede ser más que la organización de la dominación en provecho de una clase y en detrimento de las masas, y que el proletariado si quiere apoderarse del poder tiene que pasar él mismo a ser una nueva clase dominadora y explotadora; el congreso declara:

1o. que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado;

2o. que toda organización de un poder político pretendidamente provisional y revolucionario para llevar a esa destrucción no puede ser más que un engaño y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos que existen hoy día;

3o. que rechazando todo compromiso para llegar a la realización de la revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer, fuera de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria⁵⁴.

El documento del comité central de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la actuación de la Alianza en España, que analizaremos enseguida, respondía a estas postulaciones anarquistas: “Cobarde en la acción —decía el documento—, audaz en la frase, he ahí la Alianza en España como por todas partes”⁵⁵.

El VI Congreso de la Internacional se realiza en Ginebra en 1873; paralelamente, se realiza un congreso escisionista en Ginebra el mismo año. Pero los errores de la actuación bakuninista en la insurrección española de 1873 llevaron a un agotamiento de sus cuadros y a una amplia desmoralización política.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 253.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 275.

Durante la fracasada insurrección española, los bakuninistas estimularon los gobiernos locales, impidiendo la formación de un poder central y debilitando así al conjunto del movimiento revolucionario. Su fracaso fue definitivo y lo analiza Engels en su trabajo *Los bakuninistas en acción*, publicado en *Der Volksstrat* en 1873, cuyas conclusiones lo caracterizan como ejemplo de una actuación equivocada de tipo extremista en condiciones revolucionarias. Decía Engels en esas conclusiones finales:

1. En cuanto se enfrentaron con una situación revolucionaria seria, los bakuninistas se vieron obligados a echar por la borda todo el programa que hasta entonces habían mantenido. En primer lugar, sacrificaron su doctrina del abstencionismo político y, sobre todo, del abstencionismo electoral obligatorio. Luego, le llegó el turno a la anarquía, a la abolición del Estado; lo que hicieron fue intentar erigir una serie de pequeños Estados nuevos. A continuación, abandonaron su principio de que los obreros no debían participar en ninguna revolución que no persiguiese la inmediata y completa emancipación del proletariado, y participaron en un movimiento cuyo carácter puramente burgués era evidente. Finalmente, pisotearon el principio que acababan de proclamar ellos mismos, principio según el cual la instauración de un gobierno revolucionario no es más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera, instalándose cómodamente en las juntas gubernamentales de las distintas ciudades, y además casi siempre como una minoría impotente, paralizada y políticamente explotada por los burgueses.

2. Al renegar de los principios que habían venido predicando siempre, lo hicieron de la manera más cobarde y más embustera y bajo la presión de una conciencia culpable, sin que los propios bakuninistas ni las masas acaudilladas por ellos se lanzasen al movimiento con ningún programa ni supiesen remotamente lo que querían. ¿Cuál fue la consecuencia natural de esto? Que los bakuninistas entorpeciesen todo movimiento, como en Barcelona, o se viesen arrastrados a levantamientos aislados, irreflexivos y estúpidos, como

en Alcoy y Sanlúcar de Barrameda, o bien, que la dirección de la insurrección cayera en manos de los burgueses intransigentes, como ocurrió en la mayoría de los casos. Así pues, al pasar a los hechos, los gritos ultrarrevolucionarios de los bakuninistas se tradujeron en medidas apaciguadoras, en levantamientos condenados de antemano al fracaso en la adhesión a un partido burgués, que, además de explotar ignominiosamente a los obreros para sus fines políticos, los trataba a patadas.

3. Lo único que ha quedado en pie de los llamados principios de la anarquía, de la federación libre de grupos independientes, etcétera, ha sido la dispersión sin tasa y sin sentido de los medios revolucionarios de lucha, que permitió al gobierno dominar una ciudad tras otra con un puñado de tropas sin encontrar apenas resistencia.

4. Fin de fiesta: No sólo la sección española de la Internacional —lo mismo la falsa que la auténtica— se ha visto envuelta en el derrumbamiento de los intransigentes, y hoy esta sección —en tiempos numerosa y bien organizada— está de hecho disuelta, sino que, además, se le atribuye todo el cúmulo de excesos imaginarios sin el cual los filisteos de todos los países no pueden concebir un levantamiento obrero; con lo que se ha hecho imposible, acaso por muchos años, la reorganización del proletariado español.

5. En una palabra, los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de cómo no debe hacerse una revolución⁵⁶.

Ese texto de Engels es muy importante; su validez teórica rebasa el mero análisis específico de la actuación de los bakuninistas. Nos sirve, en general, para comprender cuáles son las desviaciones de izquierda en un proceso revolucionario y, sobre todo, sus efectos terriblemente negativos. La afirmación de Engels de que el proletariado español no se reorganizaría quizás por muchos años, a resultas de los errores que se cometieron en este proceso, resultó ser verdadera. Sin embargo, el movimiento anarquista continuó siendo influyente en

⁵⁶ F. Engels, "Los bakuninistas en acción", en Marx, Engels, Lenin, *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*, ed. Progreso, Moscú, 1973, pp. 130-31.

España y tuvo una responsabilidad muy grande en el fracaso posterior del movimiento revolucionario español.

Este análisis, que es parte importante en la historia de la táctica y estrategia marxistas, señala la necesidad de evitar posiciones que lleven a una ausencia de dirección centralizada en circunstancias revolucionarias. Muestra la necesidad proletaria de defender una política de independencia de clase, sin dejar de participar en las coyunturas concretas; de proceder como clase independiente, que impulse los procesos revolucionarios en la forma en que éstos se presentan y hasta sus últimas consecuencias. Señala también la necesidad de saber utilizar las alianzas, de centralizar el poder en toda circunstancia revolucionaria y de golpear, junto con los aliados, al enemigo principal.

Asimismo, prueba la necesidad de actuar en las contingencias revolucionarias con claridad, evitando los excesos y la pérdida de energías que puede ser inevitable en la ausencia de una organización más sólida, pero que se debe reducir al mínimo indispensable.

El fracaso de los bakuninistas y la disolución de la Internacional en España, aliados a una situación política general desfavorable, dejaban a la Internacional en muy mala situación. De hecho, el VII Congreso de la Internacional, que se realizó en Filadelfia en 1876, votó por la disolución de este organismo.

Cuando hacemos un balance de la I Internacional en sus diez años de vida, de 1866 a 1876, podemos verificar que:

En primer lugar, la Internacional permitió la penetración del marxismo en amplias capas sociales, particularmente en el movimiento obrero europeo.

En segundo lugar, representó, por los resultados políticos concretos y por las experiencias prácticas de clase vividas, el fracaso del blanquismo, del proudhonismo y del bakuninismo.

En tercer lugar, permitió la formación de los primeros núcleos partidarios de masas, que de hecho sirvieron de base al nuevo ascenso del movimiento revolucionario.

En cuarto lugar, permitió también verificar en la práctica las concepciones tácticas del marxismo respecto a la necesidad de la organización política y sindical de la clase y a la acumulación de fuerzas para poder aprovechar las coyunturas revolucionarias. Finalmente, demostró la necesidad de una orientación ideológica clara.

La experiencia de este periodo, estudiada en detalle por Marx y por Engels, les permitió comprender el verdadero carácter del nuevo Estado socialista, la dictadura del proletariado (sobre todo a través del estudio profundo y detenido de la Comuna de París) y les permitió, por lo tanto, tener una mayor claridad estratégica.

Refiriéndose a las perspectivas inmediatas del periodo que sucedió al fin de la I Internacional, Engels dijo entonces: “Estimo que la nueva Internacional será —después de que las obras de Marx hayan ejercido su influencia durante una serie de años— una Internacional netamente comunista y proclamará unos principios que serán precisamente los nuestros”⁵⁷. Una vez más los teóricos y dirigentes del movimiento proletario mundial estaban en lo correcto. Sus principios y sus concepciones orientarían la reorganización del movimiento revolucionario y crearían la II Internacional, en base a los partidos socialistas que en su gran mayoría se definieron por los principios del marxismo.

⁵⁷ Carta de F. Engels a F. A. Sorge en C. Marx, F. Engels, *Obras...*, cit., t. II, p. 480.

VIII. La formación del Partido socialista alemán: Socialismo de estado, nación y sufragio universal

Después de analizar las concepciones utópicas del cambio al socialismo antes del surgimiento del marxismo, hemos considerado la formación de la Liga de los Comunistas, las posiciones estratégicas y tácticas del *Manifiesto Comunista* y su aplicación en la revolución de 1848: también analizamos el “*Manifiesto del Comité Central a la Liga de los Comunistas*”, posterior a la revolución de 1848, que preveía una nueva coyuntura revolucionaria, y en el cual se establece la revolución permanente como un principio táctico del movimiento obrero. En seguida, examinamos la formación de la I Internacional y el conjunto de medidas y de principios tácticos adoptados por ella en sus distintos congresos, como fruto de la alianza que Marx estableció en su seno con los sindicalistas ingleses, logrando imponer una situación mayoritaria. Estudiamos en seguida la Comuna de París y vimos que, a pesar de su posición contraria al levantamiento en 1871, Marx dará todo su apoyo a la Comuna, lo que produjo una división interna dentro de la dirección de la I Internacional, con la salida de los sindicatos ingleses. Después examinamos la lucha con los bakuninistas y la negativa experiencia de su participación en la revolución española de 1873. Finalmente, vimos las razones que liquidaron la I Internacional.

En este proceso histórico, la concepción estratégica y táctica de Marx y Engels sufrió un proceso de evolución. Entre 1848 y 1850, tenemos una concepción que ya se desprendía del blanquismo, pero que todavía estaba en el marco de un movimiento obrero minoritario, sin una gran expresión social, que participaba aún del contexto de una revolución burguesa. Durante la I Internacional, vimos a Marx obligado a hacer una alianza con un movimiento de carácter reformista, en torno a la idea central para él en ese momento: la necesidad de la organización política de la clase, con la cual concordaba este movimiento. De ahí que Marx se viera forzado a hacer una serie

de concesiones, a no profundizar en la lucha ideológica y a quedarse en un nivel bastante general en la lucha política, situación que termina con la Comuna de París, en 1871. La eclosión revolucionaria del proletariado francés acabó con esta alianza entre posiciones políticas tan contradictorias y evidenció violentamente sus diferencias.

En todas estas ocasiones el movimiento obrero estaba todavía en formación. Pero como vimos anteriormente al analizar la experiencia y la disolución de la I Internacional, Engels consideraba maduro este proceso formativo y afirmaba que la próxima Internacional sería producto ya de la expansión del pensamiento marxista y de su conversión en pensamiento mayoritario dentro del movimiento obrero europeo.

De hecho, la nueva Internacional surgirá bajo la hegemonía teórica del marxismo. Así como la I Internacional giró en torno del movimiento obrero inglés y en parte del francés, la nueva Internacional se constituirá en torno del alemán.

El Partido Socialdemócrata Alemán va a surgir de la unión de dos facciones políticas: los lassalleanos, es decir, los discípulos de Lassalle, y los eisenachnianos, que recibieron su nombre de la ciudad de Eisenach, en la cual realizaron su congreso de formación, y que tenían como líderes a dos discípulos de Marx: Wilhelm Liebknecht y August Bebel.

El movimiento creado alrededor de la figura de Lassalle tuvo una gran importancia política en Alemania. Lasalle era un abogado que se consideraba discípulo de Marx. Éste no lo reconocía como tal, debido a una serie de posiciones políticas y científicas, o pretendidamente científicas, de La Salle con las cuales no concordaba de ninguna manera. Estas divergencias van a llevar a Marx, después de un intento de mantener por cierto tiempo una política común, a un rompimiento con Lasalle. Debido a ese choque, el movimiento obrero alemán más significativo de esta época (la Asociación General de los Obreros Alemanes, fundada por Ferdinand Lassalle en 1873) no participó en la Asociación Internacional de Trabajadores.

En estas divergencias, tres eran las cuestiones más importantes: primero, la concepción de Lassalle respecto de la “ley de bronce de los salarios”; segundo, su concepción de las cooperativas y, tercero, su concepción de la distribución equitativa de los ingresos de la sociedad, es decir, una cierta tendencia distributiva de Lassalle.

La tesis de la ley de bronce de los salarios es una aplicación de la posición malthusiana a la economía. La idea es que los salarios están determinados por el volumen de la población. Eso significa que hay una ley de bronce que determina que los salarios no pueden elevarse más allá de cierto nivel. Cuando los salarios empiezan a elevarse, tiende a aumentar la población; aumentando la población, aumenta la oferta de mano de obra; aumentando la oferta de mano de obra, tienden a caer los salarios. Cayendo los salarios, tiende a bajar la población; bajando la población, disminuye la oferta de mano de obra y tienden a aumentar los salarios, que varían en torno a un margen pequeño que no permite que se eleven más allá de determinado nivel. Evidentemente Marx no aceptaba de ninguna manera esta concepción. Hizo críticas muy violentas a todas estas ideas, que consideraba absolutamente mitológicas y sin ninguna base científica. Someter las leyes de la economía política a la población era cosa que Marx consideraba absurda, puesto que las leyes que regulan la población, su crecimiento o disminución, están determinadas por la economía, y no es la economía la determinada por las leyes que regulan el crecimiento de la población. No es necesario que entremos más en detalle sobre este punto, a pesar de que varios autores imputan a Marx haber defendido la ley de bronce de los salarios.

Lo mismo respecto a las cooperativas. Lassalle creía que la sociedad socialista debería nacer del desarrollo de las cooperativas, para las cuales esperaba obtener el apoyo del Estado (al contrario de los anarquistas). A esa tesis, central para los lassalleanos, también se oponía Marx por las razones que vimos anteriormente.

Planteaban los lassalleanos la idea de que había que distribuir los frutos del trabajo, de manera equitativa, entre todos los miembros de la sociedad. Esa tesis es combatida muy duramente por Marx, puesto

que la distribución igual del producto social es absurda. Lo que Marx demuestra es que cualquier forma de distribución está determinada por las formas de producción; plantear el problema de la distribución independiente del de la producción lleva a una política completamente falsa y a un equívoco total desde el punto de vista económico. Además de que el producto social tiene que dividirse en muchos rubros, no es posible su distribución directa. Entre esos rubros está, por ejemplo, el fondo social que la sociedad tiene que reservarse para nuevas inversiones y que no puede consumir ni distribuir entre sus miembros; están los costos de administración, la reposición de las máquinas utilizadas; están las medidas de apoyo a los sectores que no pueden trabajar, como los ancianos y los niños, o los enfermos, que también dependen de la sociedad; además están los servicios sociales. En fin, hay una serie de gastos sociales que no pueden ser distribuidos entre los individuos.

Y, finalmente, en lo que respecta a la parte de la producción que se distribuye entre los individuos, la sociedad socialista, que precede a la sociedad comunista, no la puede dividir equitativamente. La distribución tiene que hacerse en función de la participación de cada uno en el trabajo; es decir, el socialismo paga a cada uno según su capacidad, según su participación en la producción, lo que implica una desigualdad porque no todos participan en la producción de la misma manera. La sociedad sólo podrá pensar en términos de una distribución que no tome en consideración la capacidad y participación de los individuos, cuando se hayan superado las condiciones que generan la división del trabajo manual e intelectual, del rural y urbano, del calificado y no calificado. Y esto sólo puede ocurrir cuando se llegue a un nivel de abundancia productiva suficientemente grande para poder regir la distribución en la sociedad por otra regla: a cada uno según su necesidad. Es claro también que, aun en este caso, no habrá igualdad en el sentido burgués; pues se supone que las necesidades variarán de individuo a individuo.

Estas tesis de Lassalle representaban un retorno a las concepciones utópicas de la sociedad y de la economía, y no permitían dar una

orientación científica a la organización política de la clase obrera. Por otro lado, las divergencias entre Marx y Lassalle se proyectaban también hacia el plano político. Lassalle concebía el Estado nacional como la base fundamental de organización del socialismo. En esto daba un paso atrás, y Marx lo señalaba con firmeza, en relación a la experiencia de la I Internacional. Ésta ya había demostrado el carácter internacional del proletariado y, por lo tanto, pensar que el Estado nacional debería ser la base de la organización revolucionaria del proletariado, era dar un paso atrás en sus conquistas concretas. Incluso la burguesía, ya en ese periodo, actuaba desde una perspectiva internacional. Es claro que con eso Marx no quería decir que el Estado nacional no fuese el centro principal de la lucha del movimiento. Obrero, sino que éste era esencialmente un movimiento de contenido internacional, que asumía una forma nacional debido a factores históricos muy concretos y determinados. Por el propio carácter de la economía capitalista, su lucha nacional debía llevarse dentro del contexto de la economía y la sociedad internacionales.

Además de ver la lucha dentro de ese marco exclusivo nacional, Lassalle planteaba, particularmente para el caso de Alemania, la necesidad de un acuerdo con los sectores burgueses favorables al fortalecimiento del Estado alemán. Bismarck, a pesar de su origen “junker”, estaba realizando lo que se llamó la revolución burguesa desde arriba manteniendo la monarquía, y creando las bases del capitalismo en Alemania. Hizo esto desde el gobierno, a través de un Estado fuerte en el que la burguesía, más que ser la fuerza dominante conductora de las transformaciones, estaba sometida a una posición de simple apoyo a la burocracia estatal dirigida por Bismarck. Lassalle creía que era imposible para Bismarck lograr estas transformaciones sin contar con el apoyo de la clase obrera, lo que posibilitaba un acuerdo con él a cambio de concesiones para el movimiento obrero.

Esa política llevó, incluso, a un enfrentamiento de Lassalle con los sectores de la burguesía liberal alemana y a la postergación del enfrentamiento político con los terratenientes y los “junkers”, que te-

nían gran fuerza dentro del Estado alemán. Cuando Marx supo de estos entendimientos rompió con Lassalle y posteriormente con sus seguidores. La condesa Hatzfelat, de la cual fuera abogado y que fue protectora y una especie de testamentaria ideológica de Lassalle, continuó la tradición de éste en Alemania, prorrogando acuerdos con Bismarck y utilizando la prensa y el movimiento lassalleano para tales fines.

El enfrentamiento de Marx con Lassalle fue interno. Marx no rompió públicamente con Lassalle hasta después de su muerte, cuando quedaron claros los tratos con Bismarck y todas sus consecuencias políticas. Además, era evidente para Marx que Lassalle no hacía esos pactos en busca de provecho personal, sino dentro de una concepción política equivocada.

Sin embargo, a pesar de estas discordancias, de todos estos problemas que indudablemente los separaban, Marx respetaba en Lassalle al gran agitador político que había organizado un fuerte movimiento obrero nacional en tomo a su figura.

Por otro lado, Wilhelm Liebknecht, August Bebel y otros amigos de Marx vuelven a Alemania en los años sesenta, con la perspectiva de reagrupar fuerzas y reorganizar el partido. Después de muchos y prolongados choques, establecen un acuerdo político con los lassalleanos, posición que Marx combatió bastante, pues creía que había que desarrollar una lucha ideológica más clara antes de llegar a un acuerdo político con estas fuerzas.

En los años setenta, la aproximación entre los eisenachnianos y los lassalleanos se hizo cada vez más íntima. En muchas cosas, Lassalle demostró que tenía razón; sobre todo en lo que respecta al acuerdo con Bismarck para obtener el voto universal, Marx creía absolutamente improbable que Bismarck concediese el voto universal en Alemania y permitiese a la clase obrera ganar ese instrumento de organización independiente dentro del Estado alemán, considerado por él como un Estado altamente burocratizado, atrasado, prerrepblicano, predemocrático y rusófilo.

Bismarck concede el voto universal masculino y en 1874, los partidos obreros se presentan a los comicios electorales obteniendo 350 mil votos; llegan al congreso alemán tres lassalleanos y seis eisenachnianos. Los eisenachnianos demuestran, con su actuación en el congreso, su debilidad política. Marx estaba contra la unión de las dos facciones parlamentarias; sin embargo, éstas se unen. Esa alianza, lograda dentro del Parlamento, desembocará en el congreso de 1875, celebrado en la ciudad de Gotha.

Marx escribió una carta dirigida a Liebknecht y a sus compañeros, criticando muy duramente el programa de Gotha, el cual demostraba claramente la debilidad ideológica de sus compañeros en Alemania, estos no tenían ninguna claridad respecto a las desviaciones y errores de los lassalleanos y aceptaban varias de las tesis de Lassalle. El programa de Gotha resulta así una mezcla del manifiesto inaugural de Marx para la I Internacional y las posiciones de Lassalle. Esa carta de Marx se reunió posteriormente en un opúsculo con el título de *Crítica al Programa de Gotha*⁵⁸, en que ataca el programa de punta a cabo, mostrando sus imprecisiones y su absoluta incapacidad como base de orientación al movimiento obrero. No tenía sentido que un movimiento obrero que nacía después de la experiencia de la Internacional, no asimilase todo el desarrollo político que la clase obrera había tenido en Europa ni tampoco el desarrollo científico que Marx y Engels habían logrado en sus obras. Sus compañeros demostraban que no las habían leído; de hecho, el “marxismo” de Liebknecht, Bebel, etcétera, no pasaba básicamente del conocimiento del *Manifiesto Comunista*, del *Mensaje inaugural* y de algunos pocos documentos y obras, muy generales, de Marx y Engels.

Pero había que aceptar esta situación de hecho; no tenía sentido plantear la ruptura de la unidad que se había logrado en el congreso de Gotha. Así Marx termina su carta afirmando que, al final, un paso

⁵⁸ C. Marx, “*Crítica del programa de Gotha*” en C. Marx, F. Engels, *Obras...*, cit., t. II, pp. 5-29.

práctico del movimiento era mucho más importante que muchos pasos teóricos. A pesar de lo correcto de esta apreciación final, desde el punto de vista del realismo político, lo cierto es que el desarrollo posterior de la socialdemocracia alemana va a demostrar que estas concesiones iniciales limitaron enormemente tanto su pureza ideológica como su eficacia revolucionaria.

Inmediatamente después de que se forma el partido empieza a ganar un gran apoyo político, se llena de intelectuales, académicos, semintelectuales, etcétera, con una serie de concepciones confusas y equivocadas. Entre ellos, la principal figura va a ser un señor Dühring, un *privatdozent* de la Universidad de Berlín. Este profesor, en sus clases, defiende concepciones distintas a las de Marx y Engels; sea en la economía política, inspirándose en la posición nacionalista burguesa de List, el teórico del proteccionismo alemán; sea en el plano político, bajo la influencia del movimiento reformista francés de Louis Blanc; sea en el plano filosófico, en el cual adopta una perspectiva kantiana, recibida a través de seguidores menores de esta línea en Alemania. Entre sus jóvenes discípulos está una figura —Eduard Bernstein— que se convertirá en el gran líder del partido, junto a Karl Kautsky. August Bebel recibe los escritos de Dühring en la prisión, en 1875, enviados por Bernstein; los considera una gran obra y escribe un elogioso artículo donde considera a Dühring a la altura de Marx y Engels, en suma, como el otro gran teórico de la socialdemocracia alemana. Cuando Marx y Engels ven el artículo, y descubren que su autor es su gran amigo Bebel, en quien ellos confiaban para dirigir el Partido Comunista en Alemania, se ven obligados a escribir un conjunto de artículos contra Dühring, reunidos en el libro *Anti-Dühring*⁵⁹. Al hacer la crítica de Dühring, Engels se vio obligado a tocar todos los campos del conocimiento: la filosofía, la economía, la política, produciéndose así la primera exposición sistemática del conjunto del pensamiento teórico de Marx y Engels.

⁵⁹ F. Engels, *Anti-Dühring*, ed. Grijalbo, México, 1964

Por esta razón el *Anti-Dühring*, que se escribe entre 1877 y 1878, se convirtió en el libro fundamental de formación de la primera generación marxista alemana. El *Anti-Dühring* constituyó la base de la formación de Kautsky. Bernstein también se adhiere, en ese entonces, al conjunto de la concepción marxista. Este libro va a ser el que forme a Plejánov en Rusia y va a influir sobre el pensamiento austriaco, el francés y el italiano. El liderazgo político de la II Internacional va a formarse, básicamente, entorno de este libro y del primer volumen de *El Capital*, único que era conocido en la época, puesto que el segundo y el tercer volumen sólo se conocerán a fines de la década del ochenta. La II Internacional se desarrolla bajo la influencia del *Anti-Dühring* y del trabajo de agitación política de Engels, pues Marx se enferma y va a tener muy poca influencia directa en ella.

En la década de 1880 se configura la vanguardia política del movimiento revolucionario europeo, que va a dirigirlo hasta 1917; es decir, hasta el advenimiento de la Revolución Rusa.

Los textos fundamentales que consolidaron el pensamiento marxista del periodo son: el *Manifiesto Comunista*, el *Mensaje del Comité Central*, el *Mensaje Inaugural de la Internacional*, el primer volumen de *El Capital*, el *Anti-Dühring*, *Del socialismo utópico al socialismo científico* (que es un capítulo del *Anti-Dühring*, destacado especialmente para los obreros franceses con objeto de darle una divulgación más amplia; es la parte más importante del libro desde el punto de vista del materialismo histórico). El marxismo logra no sólo constituir una vanguardia de intelectuales y dirigentes políticos, sino penetrar, también, en sectores obreros significativos. Evidentemente la formación intelectual de esos dirigentes marxistas es importante, pero no profundizaron en el estudio de toda la obra de Marx, que sólo será publicada hacia fines del siglo. Apenas en 1938 se publican textos importantes como los *Elementos para la Crítica de la Economía Política*, y sólo en 1968 se terminó la publicación de las *Obras Completas* de Marx y Engels.

Después de la muerte de Marx, Engels se dedicó a completar el segundo y el tercer volumen de *El Capital*; Kautsky, a la preparación

de lo que conocería como el cuarto volumen de *El Capital*, que es la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*; y Bernstein se aplica, posteriormente, a organizar la publicación de la rica correspondencia entre Marx y Engels. Vemos que se va afirmando, en todo el periodo, un pensamiento marxista cuyas limitaciones son evidentes, pero que se liga al movimiento político de masas. En el nivel de la lucha de masas, hay un gran avance de las formas de lucha económica y parlamentaria.

En las elecciones de 1877, en Alemania, se obtienen 493 mil votos con 13 mandatos. En 1878, frente al crecimiento de la socialdemocracia, se decreta la ley de persecución a los socialistas, que coloca al partido en la ilegalidad. Éste se reorganiza en la clandestinidad, teniendo como órgano de expresión la revista *Sotsial-Demokrat*, editada en Londres, bajo la dirección de Bernstein y bajo la influencia de Engels. Con este órgano se reorganiza desde el exterior el movimiento (en 1900, Lenin va a tomar esa idea para la Rusia zarista, al crear un diario en el exterior para organizar el partido en torno a él). No obstante la represión, el partido continúa organizado y participa en las elecciones de 1881. A pesar de la ilegalidad se consiguen 312 mil votos. En 1884, se obtienen 550 mil votos; en 1887, éstos aumentan a 763 mil y en 1888 se logran 1 422 128 votos, eligiéndose 35 diputados. Esta victoriosa lucha de masas hace que se suspenda la ley de excepción en contra de los socialistas y éstos realizan en Erfurt un congreso que establece un nuevo programa.

Este programa de 1888, escrito por Karl Kautsky, difiere del programa de Gotha por su carácter claramente marxista, particularmente en su parte económica y en su visión histórica.

Engels escribe una serie de rectificaciones al programa, que son adoptadas en su mayoría por la comisión política del partido. Sin embargo, en sus observaciones al programa de Erfurt, Engels acepta muchas de las recomendaciones que Kautsky, Bernstein y otros dirigentes del partido le habían planteado. Engels está en Inglaterra y no está suficientemente informado de la situación política interna de Alemania. En general, él acepta la argumentación política de sus

compañeros: acabamos de volver a la legalidad, no podemos caer en provocaciones y, por lo tanto, tenemos que presentar un programa moderado desde el punto de vista político; no podemos plantear abiertamente ciertos aspectos revolucionarios del socialismo. Por esta razón, el programa hace concesiones muy importantes que son aceptadas por razones de orden táctico; estas concesiones tácticas se convierten después en concesiones estratégicas.

El programa no se refiere a la dictadura del proletariado ni llega a plantear de manera clara la necesidad de una república con el respectivo derrumbe de la monarquía. Refiriéndose a esto, Engels llama la atención sobre el nivel en que se encontraba la lucha en Alemania, donde la revolución burguesa había seguido caminos muy particulares.

En su crítica al programa de Erfurt, Engels señala también las desviaciones que se estaban desarrollando en el partido respecto al problema de la lucha legal. Después de reafirmar que la lucha legal era muy importante, que era preciso continuarla y llevarla adelante, destaca la ausencia de condiciones favorables para una transformación legal y pacífica hacia el socialismo en la situación de Alemania. Al crear expectativas favorables en ese sentido, el programa podía llevar al desarme ideológico del partido. Asimismo, hacía notar que no se había podido discutir una serie de cuestiones importantes de la organización del partido y de la sociedad en su conjunto, y que la ausencia de debate sobre estos puntos podía llevar a una falta de claridad cuando se planteasen en la práctica. En tales circunstancias, el partido estaría condenado a disolverse y dividirse, pues no sabría responder a las situaciones prácticas.

A pesar de no creer en la posibilidad de una toma del poder a través de las elecciones en Alemania, Engels creía que era posible una transformación socialista relativamente pacífica en algunos países donde existía una república democrática, con constituciones que admitían su propia reforma sustancial. En estos países se podía concebir que una mayoría parlamentaria pudiera ser un instrumento de transformación revolucionaria. Pero tales procesos no podían darse,

de ninguna manera, en la situación alemana, donde todavía existía una monarquía bajo la cual era una osadía siquiera plantear la cuestión de la república.

La cuestión táctica fundamental del periodo volvía, así, al terreno de la antigua discusión con Lassalle sobre las relaciones con el movimiento democrático alemán y con el bonapartismo de Bismarck.

La debilidad de la burguesía alemana y su derrota en la revolución de 1848 la habían llevado a una gran capitulación de sus principios democráticos, sometién dose al ejército y a la burocracia para lograr, a través de ellos, la aplicación parcial de su programa económico. Bismarck, al realizar “la unificación de Alemania — problema clave de la revolución burguesa alemana— de manera reaccionaria, con el mantenimiento del viejo aparato de Estado junker. Al cumplir las exigencias económicas de la burguesía hizo posible que sus exigencias políticas se cumplieran de la manera elegida por él mismo”⁶⁰.

Engels reivindica, sin embargo, la pertinencia de haber mantenido en aquella oportunidad las banderas democráticas sin concesiones a los junkers y a la burocracia, concesiones resultantes de la política de Lassalle, que apoyaba las blandas medidas democráticas de la monarquía. Si bien esta posición tenía un fundamento social y se adaptaba a las circunstancias tomando en cuenta la debilidad del movimiento y de la prensa obrera (que “existe únicamente *par la grâce de la police*”, carta de Marx a Kugelman, Londres, 23 de febrero de 1865) así como de la oposición burguesa liberal, Marx había insistido sin embargo, en que la clase obrera realizase una oposición democrática firme, sin dejar de criticar a los liberales. En este sentido, Marx y Engels se remiten a un viejo artículo de 1847 en el que plantean:

El proletariado no pregunta si el bienestar del pueblo es para el burgués motivo principal o secundario, si ellos quie-

⁶⁰ C. Marx-F. Engels, *Correspondencia*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1972, p. 180.

ren utilizar al proletariado como carne de cañón o no. El proletariado no pregunta lo que quiere la burguesía, sino lo que está obligado a hacer. Pregunta si la situación política actual, en que domina la burocracia, o aquella por la cual luchan los liberales, en que gobernaría la burguesía, le ofrece más medios de alcanzar sus propias finalidades⁶¹.

Posteriormente, Engels confirmará este punto de vista, a pesar de aceptar como un hecho que no era posible realizar los cambios liberales preconizados por él, debido al carácter del bonapartismo de Bismarck.

Es verdad que desde el punto de vista de la clase obrera, se manifestaba el hecho de que era ya demasiado tarde para establecer un dominio burgués duradero [...] Pero aun cuando es demasiado tarde para un régimen burgués pacífico y establecido con seguridad en Alemania, en el año 1870 fue con todo la mejor política, en favor de los intereses de las clases poseedoras en general, la de tender a esta dominación burguesa⁶².

De esta manera, la política de Bismarck era reaccionaria aun desde el punto de vista burgués, a pesar del “realismo político” de los que la apoyaban. Para la clase obrera no sólo se abría un camino independiente, sino que le era posible aprovecharse en parte de la existencia de estas dos facciones de la burguesía: la propaganda del partido “debía oponérsele tanto a Bismarck como a los progresistas”, atacar duramente a los junkers, terratenientes, burocracia y vacilaciones de la burguesía democrática.

La socialdemocracia alemana no se liberará completamente de sus errores de origen. Cuando el partido vuelve a la legalidad, en 1888, reduce su programa mínimo, dejando de lado la cuestión de la república democrática; se dedica a un obrerismo que aísla a la clase

⁶¹ *Ibíd.*, p. 169.

⁶² *Ibíd.*, p. 181.

obrero del campesinado y de la pequeña burguesía, poniendo en segundo plano la lucha contra los terratenientes, para atacar solamente a los patrones burgueses y sus concepciones políticas liberales. En vez de comandar un amplio frente democrático, antilatifundista y antiburocrático, levantando firmemente la bandera del socialismo como su objetivo político supremo, la socialdemocracia se dedicó al economicismo, ayudó a la clase obrera a volcarse hacia sí misma y no hacia la sociedad en su conjunto, a aislarse políticamente y a sentirse llamada a instalar un socialismo cada vez más abstracto y menos vinculado al proceso político concreto.

Fueron muchas las oportunidades en que los dirigentes de la socialdemocracia alemana dieron muestras de este “principismo abstracto”. El caso de la guerra franco-prusiana de 1870 es muy significativo. A pesar de sus ataques a los acuerdos con Bismarck por parte de los lassalleanos, Marx apoyaba la Alemania que se afirmaba como nación en contra del chovinismo francés. Esto significaba en la práctica un apoyo a Bismarck. Marx y Engels lo sabían, pero no titubearon en llamar al apoyo a la nación alemana. Wilhelm Liebknecht, sin embargo, no se disponía a apoyar a la Prusia militarista y a Bismarck; propugnaba una posición de neutralidad, declarándose “opositor de principio a toda guerra”. La posición neutral de Wilhelm “causa gracia”, decía Engels en una carta a Marx; “magnificar el antibismarckismo al punto de transformarlo en el único principio conductor, sería absurdo”. Y reconocía, junto a Marx, que las medidas del caudillo habían realizado transformaciones económicas progresistas y “nos están limpiando el terreno mejor que antes”. Llamaba así a unirse al movimiento nacional “en la medida y durante el tiempo en que se limite a la defensa de Alemania”; a subrayar la diferencia entre los intereses nacionales alemanes y los intereses dinásticos prusianos; a trabajar contra la anexión de Alsacia y Lorena y, “tan pronto como en París tome el timón un gobierno republicano no chovinista, trabajar por una paz honorable con él”. En fin, subrayaba la unidad de intereses entre los obreros alemanes y franceses, “que no aprobaron la guerra y tampoco se hacen la, guerra entre sí”.

Las diferencias entre la visión dialéctica de Marx y Engels, que ponían en primer lugar la consideración principal de la situación concreta, y los planteamientos abstractos y formales de Liebknecht, configuran el marco de los errores futuros de la II Internacional y de todo pseudomarxismo liberal. Discutiendo con Plejánov, que invocaba esta posición de Engels para justificar su apoyo a la Rusia zarista, en la guerra de 1914-18, Lenin resume muy bien el punto de vista dialéctico:

Pero inténtese remplazar la sofística (es decir, el aferrarse a la semejanza externa de los hechos fuera de los nexos de los acontecimientos) por la dialéctica (es decir, por el estudio de toda la situación concreta de un acontecimiento y de su desarrollo). La unificación de Alemania era necesaria, y Marx siempre lo reconoció así, tanto antes como después de 1848. Todavía en 1859 Engels llamó abiertamente al pueblo alemán a la guerra por la unificación. Y cuando fracasó la unificación revolucionaria, Bismarck la realizó de modo contrarrevolucionario, a lo junker. El antibismarckismo, como principio único, se convirtió en un absurdo, pues la unificación necesaria se había realizado, era un hecho⁶³.

⁶³ V. I. Lenin, *Obras completas*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1970, t. XXXII p. 21

IX. La II Internacional y la estrategia revolucionaria de masas

El proceso político que se desarrolla en Alemania y otros países europeos en los tres últimos decenios del siglo XIX, empezaba a crear un estilo de lucha de tipo parlamentario y sindical que despertaba gran entusiasmo. El Partido Socialdemócrata Alemán va a crecer enormemente: en 1912 alcanzó cuatro millones 250 mil votos, 34.8% del total de votos en Alemania, con 110 diputados; de 1890 a 1914, los efectivos sindicales del partido crecen de 238 mil a más de 2 millones.

En Francia, después de la Comuna de 1871, se produce una situación de receso del movimiento obrero francés, debido al miedo generalizado, al pánico, que produjo una gran cantidad de refugiados. Después de la victoria sobre la Comuna, Thiers afirma que por muchos años no se escucharía hablar de socialismo y comunismo en Francia.

Sin embargo, ya en 1876, el movimiento principia a reorganizarse en Francia. En torno de Jules Guesde —un socialista, no marxista, de tendencias anarquistas— y su diario, *L'Égalité* (La Igualdad), se empieza a reorganizar la clase. En 1878 se realiza el Segundo Congreso de los obreros franceses, con veinte delegaciones dirigidas por Guesde, quien empieza a ser perseguido en 1879. En ese momento Paul Lafargue llega a Francia. Había sido una figura muy significativa de la Comuna. Muy joven entonces, va a exiliarse en España y después en Inglaterra, donde hace amistad con Marx y se casa con su hija. Lafargue había recibido una gran influencia de Marx, pero conservaba muchas convicciones anarquistas. Marx lo llamaba el último de los anarquistas, a pesar de que fue el gran divulgador de su pensamiento en Francia. Lafargue vuelve a Francia en 1879, retorna la publicación de *L'Égalité* y crea la *Revue Socialiste*. En 1880 el Partido Socialista ya había sido creado en Francia y una delegación, en la que se encuentran Guesde —ya convertido al marxismo— y Lafargue, va

a Inglaterra a pedir a Marx que escriba la introducción al programa del partido, lo que él acepta.

En este programa, Marx incorpora la experiencia del voto universal como instrumento de organización de la clase. Refiriéndose al sufragio universal, Marx llamaba a “transformar este instrumento de engaño que fue hasta hoy día, en un instrumento de emancipación de la clase”. La parte económica del programa destacaba la tendencia histórica de desarrollo del capitalismo como modo de producción; la consecuente disolución de la pequeña burguesía y de los sectores atrasados; y la formación de una economía capitalista moderna y el consiguiente desarrollo de la clase obrera.

Se planteaba, en seguida, la necesidad de oponer a ese desarrollo burgués un desarrollo socialista, con la formación de un Estado obrero⁶⁴.

La historia del Partido Socialista Francés va a ser una historia de divisiones y uniones. Ya en 1882 hay una escisión en el partido, dirigida por Paul Brousse y por Benoît Malon: los “posibilistas”. Este grupo tendrá mucha influencia hasta 1889 y formará el primer sector que asimila parte del marxismo y lo adopta desde una perspectiva revisionista. Ellos planteaban la tesis de que el determinismo económico torna secundaria la lucha política. Puesto que, naturalmente, por una determinación económica, se llegaría al socialismo, era inútil la lucha política y, por lo tanto, una política revolucionaria. La política correcta a seguir era ampliar la lucha económica, hasta llegar a la sociedad socialista. Ésta es la primera forma, un poco burda, del reformismo posmarxista: llegó a tener una influencia bastante grande.

Después de 1892, el movimiento obrero se divide aún más: en la Federación Socialista Revolucionaria (dirigida por Jean Allemanne), el Partido Blanquista (dirigido por Edouard Vaillant) y los socialistas

⁶⁴ Citado en Amaro del Rosal, op. cit., pp. 336-37.

independientes (dirigidos por Millerand, Viviani y Briand, que posteriormente van a ser expulsados de la Internacional por su política de participación en el gobierno burgués).

El movimiento socialista francés va a mantenerse desunido hasta 1904, cuando se hace una nueva unión y se forma el Partido Socialista. Se expulsa entonces a Millerand, Viviani y Briand y las otras tendencias se reunifican, teniendo como principal figura de dirección partidaria a Jean Jaurès, quien, pese a tener una formación doctrinaria propia, se identifica mucho con Marx y con el marxismo.

Este partido en 1906 va a obtener 877 mil votos y 54 diputados. En 1910, un millón 100 mil votos y 76 diputados. En 1919, un millón 400 mil votos y 110 diputados.

El movimiento sindicalista sufre también varias divisiones y fusiones, pero en su conjunto es un movimiento en ascenso, completándose en 1902 la fusión de los distintos grupos.

El otro partido socialista importante es el Partido Socialista Austriaco, que tiene una historia muy particular. En 1871 Austria se separa de Alemania y se crea un imperio aparte. El Partido Socialista Austriaco no va a poder actuar legalmente sino hasta 1908. Se forma después de la crisis económica de 1873 y tiene en su interior dos grupos: uno revolucionario y otro moderado. Pero estos grupos no llegan a tener una participación legal, lo que disminuye bastante esas diferencias. En 1880, en la clandestinidad, este partido se reunifica bajo el liderazgo de Víctor Adler, en el congreso de Einsfeld. El primero de mayo de 1883, organiza una huelga general por las ocho horas de trabajo que fue la primera realizada por un partido clandestino. En 1907 logra el sufragio universal y en 1908 llega al parlamento con un millón 42 mil votos y 87 diputados.

En Inglaterra el cartismo tiene hasta 1855 una influencia fundamental. Los sindicalistas, vinculados a la I Internacional, juegan también un papel importante en la dirección del movimiento obrero inglés, pero se separan después de 1871. En 1872, se forman el Movimiento Socialista y la Federación Democrática, después Socialdemócrata: en ninguna de las dos pesó la orientación directa de Marx, no

obstante su influencia teórica sobre los líderes. En 1874, se formó la Sociedad Fabiana, que va a ser el principal centro de influencia intelectual e irradiación de la posición socialista en el movimiento obrero inglés. La Sociedad Fabiana respeta a Marx, pero al no aceptar su pensamiento filosófico y económico, desarrolla una concepción reformista del socialismo. En 1893 se forma el Partido Obrero Independiente y en 1900 se forma el Labour Party, Partido Laborista Inglés, que obtiene 376 mil votos.

Las características doctrinarias y la forma de aplicación que adopta el Partido Laborista Inglés hacen de éste un partido muy peculiar. Su membresía se compone de los sindicatos que se integran al partido en su conjunto, además de las afiliaciones individuales. Esta forma de organización se mantiene hasta hoy en el Partido Laborista Inglés y sólo existen formas similares en los países nórdicos, donde las cooperativas y algunos sindicatos se integran como militantes a los partidos socialistas. A pesar de sus diferencias internas y de la ausencia de una coherencia ideológica, el partido crecerá mucho y en 1914 va a tener un millón 612 mil miembros y 76 diputados.

En Italia, el Partido Socialista Italiano se va a unificar en un congreso realizado en Génova, en 1892, obteniendo 10 asientos en las elecciones generales de 1893. En 1897, obtiene 175 mil votos y 16 diputados. En 1912, 883 mil votos y 52 curules. En esta época está dividido en tres alas: un ala derecha, revisionista, dirigida por Bissolati, Bonome y Cabrini, que se retiró del partido en 1912; un ala izquierda, anarcosindicalista, dirigida por Arturo Labriola; y un ala centrista, dirigida por Turati, Treves, Mussolini y E. Ferri. Mussolini forma posteriormente un movimiento propio que dará origen al movimiento fascista y se orientará hacia la extrema derecha.

En Estados Unidos también tenemos un movimiento socialista importante. Están ahí los amigos de Marx: Joseph Weydemeyer, Herman Mayer F. A. Sorge, Joseph Dietzgen, todos obreros alemanes que emigraron a Estados Unidos y que formaron en 1877 el Socialist Labour Party. En 1876, la huelga general de Chicago lleva a la condena de tres comunistas, y el Labour Party recibe la adhesión de Daniel de

León y Lucio Samal, que pertenecen al sector anarquista, muy influyente en la clase obrera norteamericana. Se forma la American Federation of Labour, Federación Americana del Trabajo, que es un movimiento bastante fuerte. De León funda el Socialist Trade and Labour Alliance, un movimiento de tipo sindicalista, socialista industrial. Es decir, un movimiento de concepción anarquista, pero que se apoya en una organización básicamente sindical. Ese tipo de organización es muy influyente en Estados Unidos y otros países como Italia, donde un ex-marxista se transforma en su gran teórico: Sorel: en España, el anarcosindicalismo también va a desarrollarse como una corriente importante. En Italia mantendrá una amplia influencia.

En 1901, hay una escisión de la cual nace el Socialist Party of America, que se desarrolló mientras el Socialist Labour Party permaneció más o menos estacionario. Una visión de la importancia política de esos partidos nos la permiten las elecciones presidenciales.

En 1904, el Socialist Labour Party tenía 31 mil votos y el Socialist Party of America 402 mil votos. En 1908, el Labour Party tenía 13 mil y el Socialist Party 420 mil votos; el Labour Party, 29 mil en 1912 y el Socialist Party 897 mil. En 1920, el Labour Party cuenta con 31 mil y el Socialist Party con 915 mil votos.

Los datos muestran que, en su conjunto, el movimiento obrero mundial entre 1880 y 1914 estuvo en ascenso en torno de su organización partidaria, la lucha parlamentaria y la organización sindical, obteniendo una serie de conquistas importantes en el plano económico: leyes de previsión social, las ocho horas de trabajo y una serie de otros objetivos que la Internacional persiguió en este periodo. En esa situación de conjunto, ¿qué posición estratégica y táctica debe orientar al Partido? Con motivo del Congreso de Erfurt, Engels ya discutía ciertas desviaciones que se estaban dando en la dirección partidaria, pero aceptaba tácticamente la necesidad de no presentar ciertas posiciones públicamente, para no perjudicar el desarrollo legal del partido.

Con la muerte de Marx, Engels se convierte en la principal figura de la Internacional. Su influencia no sólo es doctrinaria sino política.

Sostiene correspondencia y contacto constante con todos los dirigentes de partidos, que lo siguen muy de cerca, y es leído y admirado por las masas obreras, como lo pudo comprobar en un viaje por el continente europeo en 1895, cuando es saludado por grandes manifestaciones de masas. Su participación en la II Internacional es constante; está detrás de todas las decisiones, a pesar de que sólo va a uno de sus congresos. Marx tampoco había asistido a la mayoría de los congresos de la I Internacional y no obstante mantuvo una gran influencia siempre y fue reconocido como su figura principal.

Así, también Engels, identificado como seguidor de Marx, fue la principal figura de la II Internacional. Sus concepciones tienen, por tanto, mucha importancia para comprender el conjunto del movimiento. La concepción táctica de Engels se expresa en la introducción a la reedición del libro de Marx, *Las luchas de clases en Francia* escrita el 6 de marzo de 1895, en el auge del ascenso de masas del movimiento obrero.

En ese documento, Engels hace una autocrítica de la posición que él y Marx adoptaron en 1848 y establece las bases que deben orientar la lucha política en este nuevo periodo histórico. La introducción empieza por destacar el hecho de que la nueva Internacional no solamente es ahora un fuerte movimiento de masas políticamente organizado, sino también que está bajo la influencia ideológica del marxismo, una orientación científica y clara. Comparando la II Internacional con la organización que se tenía en 1848, se ve que se había superado definitivamente la etapa de las sectas. La clase obrera se había convertido en una clase revolucionaria y no era ya un movimiento amorfo, donde pululaban distintas formas de grupos con ideas extrañas y esotéricas. Se había formado un movimiento real de la clase organizada.

Hoy una sola teoría, reconocida por todos, la teoría de Marx, clara transparente, que formula de un modo preciso los objetivos finales de la lucha. Entonces (en 1848), las masas escindidas y diferenciadas por calidades y nacionalidades, unidas solo por el sentimiento de las penalidades comunes, poco desarrolladas, no sabiendo qué partido

tomar en definitiva y cayendo desconcertadas unas veces en el entusiasmo y otras en la desesperación; hoy, el gran ejército único, el ejército internacional de los socialistas que avanza incontenible y crece día a día en número, en organización, en disciplina, en claridad de visión y en la seguridad de su victoria⁶⁵.

Enseguida Engels hace la autocrítica de lo que caracteriza como la posición de la revolución de la minoría:

La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios⁶⁶.

Estos fragmentos indican claramente que, para Engels, se trata de un periodo de acumulación de fuerzas. En la I Internacional, se buscaba crear una base mínima de masas para poder empezar una lucha ideológica más profunda: ahora se trata de una acumulación de fuerzas en el contexto de una visión ideológica fundamentalmente correcta. Es decir, dentro del socialismo científico.

Enseguida Engels llama la atención sobre el límite de las antiguas barricadas que se utilizaron en la revolución francesa, en los movimientos revolucionarios de 1848 y en la Comuna de París. Las barricadas, decía Engels, eran esencialmente defensivas y buscaban, un

⁶⁵ C. Marx, F. Engels, *Obras...*, cit., t. I, p. 110.

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 119.

efecto psicológico. Ya en 1895, con el desarrollo de las armas modernas, entre las cuales se encontraba el fusil de repetición, las barricadas se habían transformado en algo inútil desde el punto de vista militar. Más aún el desarrollo del urbanismo moderno había creado las grandes avenidas que impedían la construcción de barricadas, como instrumento de paralización de los ejércitos. De esa manera, la barricada como medida de lucha revolucionaria, de toma del poder, se mostraba en este momento superada. Ya no se podía pensar en la toma del poder sin contar con un importante apoyo dentro de las fuerzas armadas. En el contexto del periodo, se planteaba la necesidad de mantener el plano legal de lucha, hasta el punto en que el adversario imposibilitado de parar el avance popular rompiera él mismo la legalidad, originando una situación revolucionaria, esta es la primera formulación clara de una estrategia revolucionaria basada en el desarrollo legal del movimiento obrero.

En la medida en que estamos creciendo políticamente, decía Engels, no podemos aceptar de ninguna manera un combate en las calles que en este momento sería desventajoso para nosotros. Habría que crecer mucho más antes de poder aceptar cualquier provocación, que en este momento lanzaría a la clase a una política autodestructiva. Si este avance de masas proseguía, Engels creía posible conquistar, hacia el fin del siglo, a la mayor parte de las capas medias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos, y crecer hasta convertirse en la potencia decisiva del país.

Merece una nota aparte la relación entre el proletariado, convertido en la fuerza principal de enfrentamiento con la burguesía, y las otras clases y capas sociales cuyo apoyo le permitiría convertirse en una fuerza mayoritaria. De entre esas capas medias la preocupación de Engels se concentró especialmente en los campesinos. En su artículo “El problema campesino en Francia y en Alemania” plantea claramente el valor estratégico del apoyo campesino:

La conquista del poder político por el partido socialista se ha ido dibujando como una meta próxima. Pero, para conquistar el poder político, este partido tiene antes que ir de la ciudad al campo y convertirse aquí en una potencia. Este partido, que lleva a todos los demás la ventaja de tener una visión clara de la concatenación existente entre las causas económicas y los efectos políticos y que, por esa razón, hace ya mucho tiempo que ha adivinado el lobo que se esconde debajo de la piel de cordero del gran terrateniente disfrazado de amigo importuno de los campesinos, ¿va este partido a dejar tranquilamente al campesino, condenado a la ruina, en manos de sus falsos protectores, hasta que se convierta de adversario pasivo en un adversario activo de los obreros industriales?

La actitud débil de la socialdemocracia alemana (que tenía su origen en las concepciones de Lassalle) en relación a la aristocracia, la llevaba a adoptar una actitud de rechazo a la burguesía y un obre-rismo definitivamente peligroso para la clase obrera. Es por esto que, en su *Crítica al Programa de Gotha*, Marx ataca airadamente la afirmación del programa de que frente a la clase obrera “todas las otras clases no forman más que una masa reaccionaria” Marx afirmaba:

En el *Manifiesto Comunista* se dice: “De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es un producto más peculiar”.

Aquí, se considera a la burguesía como una clase revolucionaria —vehículo de la gran industria— frente a los señores feudales y a las capas medias, empeñados, aquéllos y éstas, en mantener posiciones sociales que fueron creadas por modos caducos de producción. No forman, por tanto, juntamente con la burguesía, sólo una masa reaccionaria.

Por otra parte, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque habiendo surgido sobre la base de la gran industria, aspira a despojar a la producción de su carácter capitalista, que la burguesía quiere perpetuar. Pero el *Manifiesto* añade que las “capas medias [...] se vuelven revolucionarias cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado”.

Por tanto, desde este punto de vista es también absurdo decir que frente a la clase obrera “no forman más que una masa reaccionaria”, juntamente con la burguesía, y, además —por si esto fuera poco— con los señores feudales. ¿Es que en las últimas elecciones se ha gritado a los artesanos, a los pequeños industriales y a los campesinos: Frente a nosotros, no formáis, juntamente con los burgueses y los señores feudales, más que una masa reaccionaria?⁶⁷

La preocupación de ampliar la alianza de las fuerzas populares era constante en Marx y Engels, frente al sectarismo de sus compañeros. Es en este sentido que Engels habla de la eminente transformación del partido del proletariado en mayoría, en una

[...] potencia ante la cual tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones provocativas esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal. Y sólo hay un medio para poder contener momentáneamente el crecimiento constante del ejército socialista en Alemania e incluso para llevarlo a un retroceso pasajero: un choque en gran escala con las tropas, una sangría como la de 1871 en París. Aunque, a la larga, también esto se superaría. Para borrar del mundo a tiros un partido de millones de hombres, no bastan todos los fusiles de repetición de Europa y América. Pero el desarrollo normal se

⁶⁷ *Ibíd.*, pp. 17-18.

interrumpiría; no se podría disponer tal vez de la fuerza de choque en el momento crítico; la lucha decisiva se retrasaría, se postergaría y llevaría aparejados mayores sacrificios⁶⁸.

Estas consideraciones de Engels son muy importantes desde el punto de vista de la estrategia y la táctica. Habrán de repetirlas varios pensadores marxistas en otras circunstancias históricas. Todos ellos han señalado la necesidad de utilizar racionalmente las fuerzas de la clase, de no desperdiciarlas en un momento equivocado, de reservarlas para el momento decisivo. La concepción del enfrentamiento de clases es muchas veces expresada por los marxistas desde un punto de vista muy similar a la ingeniería y a la física, concibiéndose el proceso de acumulación de fuerzas como un proceso de acumulación de energías, y los enfrentamientos parciales como desgastes de energía cuando son equivocados y como medios de su acumulación cuando son correctos. La lucha parcial puede tener un carácter u otro, conforme sea su conducción. La cuestión de la acumulación de fuerzas pasa a ser el elemento esencial para el desarrollo de la lucha. Esos principios se presentan mucho más desarrollados en Lenin. Este gran estratega del marxismo concebirá muy claramente la organización política como una especie de ejército, que tiene que actuar con una concepción militar. Es decir, pensando que las fuerzas hay que guardarlas para actuar en el momento correcto, retirarlas o hacerlas avanzar, con una conducción muy clara. Para Lenin, la necesidad del estado mayor que dirige el partido es fundamental; como también lo es su conocimiento científico de las leyes de la lucha de clases.

Después de trazar el panorama de avance organizado de las masas en la legalidad burguesa, así como la negativa del partido socialdemócrata a romper por su cuenta esta legalidad, Engels llama la atención, en la introducción a *Las luchas de clases en Francia*, sobre la paradoja de la situación:

⁶⁸ *Ibíd.*, pp. 120-21.

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los “revolucionarios”, los “elementos subversivos”, prosperamos mucho más con los medios legales que con la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados con Odilón Barrot: *La Légalité nous tue*, la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos con esta legalidad músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el sople de la eterna juventud. Y si no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos, esta legalidad tan fatal para ellos.

Según Engels, el desarrollo del movimiento en un nivel legal, llevaría a la burguesía a romper ella misma la legalidad y a buscar otra forma de enfrentamiento. Por lo tanto, Engels no concebía el desarrollo del movimiento como algo progresivo, como un aumento gradual de fuerzas que se iban acumulando de manera lineal. Por el contrario, con una visión dialéctica, comprendía que el desarrollo de la organización de la clase lleva a la burguesía a la contrarrevolución y la obliga a quebrar, incluso, los instrumentos legales que había entregado a la clase obrera para su actuación en el cuadro de la legalidad burguesa.

Engels, al redactar ese texto y enviarlo al partido socialdemócrata, estudia la situación de la época y lo hace pensando en esta situación concreta. Pero los compañeros del partido, particularmente Kautsky, responsable directo de su publicación, eliminan las referencias al inevitable enfrentamiento. Estos cortes de Kautsky son muy significativos pues muestran la diferencia entre las concepciones estratégicas revolucionarias y las reformistas acerca de la utilización de la legalidad. Kautsky no defendía una concepción reformista en ese momento, lo hacía por razones tácticas, pero las razones tácticas se van convirtiendo en razones estratégicas. Y como decía Engels en su

crítica al programa de Erfurt, no se puede impunemente ocultar y dejar de discutir ciertos problemas políticos, porque el partido se verá desprevenido frente a las situaciones concretas.

De la constatación empírica de que el movimiento está creciendo y acumulando fuerzas, nace la idea equivocada de que el movimiento automáticamente se va a convertir en mayoría y es posible, por lo tanto, evitar el enfrentamiento revolucionario. Desde esta errónea concepción, el enfrentamiento pasa a ser entendido como una idea catastrofista de algunos sectores. Estas y otras concepciones tácticas que se desarrollan en el periodo van oscureciendo la visión partidaria de las situaciones más conflictivas que se van presentando. La historia de la socialdemocracia es la historia de un terrible fracaso político, fracaso que culminará en la guerra de 1914 y que será objeto de estudio en partes posteriores de este libro. El predominio en el partido de la concepción evolucionista, que rehúye la discusión del problema de la contrarrevolución, minimiza el análisis del salto cualitativo que supone la revolución y debilita el estudio de la cuestión de las alianzas, fue una de las principales razones de este fracaso.

X. Las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels: Un balance

El pensamiento de Marx y Engels sobre la estrategia y la táctica revolucionarias nunca llegó a sistematizarse en un libro o artículo específico. Se encuentra disperso en los análisis de varias situaciones concretas y se reflejó, también, en su actuación política, cuyo alcance solamente se pudo medir a fines del siglo. Con la dimensión histórica que tenemos hoy día, es posible sistematizar, sin grandes errores, la concepción general que nace de estos análisis particulares y de esta actuación política.

Sin duda, un aspecto central de su concepción estratégica es la relación entre revolución democrática y revolución proletaria. Marx y Engels vivieron en la época de las revoluciones democráticas. En tales circunstancias, cualquier actuación política significativa tenía que enfrentar agudamente la cuestión de la lucha democrática, e intentar vincularla con la revolución proletaria en perspectiva.

Marx y Engels participaron activamente en las luchas democráticas de su tiempo y criticaron toda pasividad o sectarismo —en nombre de los intereses particulares de la clase obrera— frente a ellas. Para ellos, la revolución democrática tenía el máximo interés histórico para la clase obrera, como condición necesaria para alcanzar el socialismo. Esta afirmación no debe ser entendida de una manera rígida y esquemática.

En primer lugar, la participación obrera en la revolución democrática no debía tener el sentido de apoyar a la burguesía. Más bien, debía disputarle el liderazgo de la revolución democrática para radicalizarla y llevarla rápidamente hacia el camino del socialismo, a través de la táctica de la revolución permanente.

En segundo lugar, ellos entendieron que, dado el avance general del movimiento obrero, era posible realizar, en situaciones específicas, importantes saltos históricos que permitían superar en un proceso único las formas precapitalistas y soslayar, en parte, una etapa

capitalista. Esta concepción general queda muy clara en el apoyo que Marx y Engels brindaron a los populistas rusos, en contra de Plejánov y Vera Zasúlich. Sólo un poco antes de su muerte, Engels reconoció que la penetración del capitalismo en el campo ruso había destruido la vieja comuna rural y hacía imposible el paso de ésta a un régimen próximo al socialismo, sin mediar un periodo capitalista.

En todas las circunstancias históricas, Marx y Engels se jugaron totalmente por la lucha democrática. Trataron siempre de impedir que el movimiento obrero se encerrara en un mundo de reivindicaciones puramente económicas, que lo llevaría a despreciar el proceso revolucionario concreto en curso y a abandonar a las otras clases revolucionarias de su tiempo. Quien no entiende la relación dialéctica entre la revolución democrática y la revolución socialista no ha aprendido el ABC del marxismo. Este tema estará en el centro de todos los debates, no sólo en el periodo de las revoluciones burguesas, sino aun después de 1917, cuando se inicia un proceso revolucionario nuevo, de contenido proletario y socialista. A pesar de que en este periodo nuevo la revolución democrático-burguesa pasa a depender, en muchos casos, de una dirección proletaria (como lo demostró la revolución rusa y las revoluciones posteriores), la esencia del leninismo, y de todos los movimientos revolucionarios del periodo, está en su capacidad para entender la relación dialéctica entre estos dos procesos históricos, al mismo tiempo excluyentes y complementarios.

La revolución democrática, como la concibe el marxismo, no es de ninguna manera un proceso que interese solamente a la burguesía, en principio su beneficiaria privilegiada. Es un proceso histórico, de carácter secular, que consiste en la formulación de un mercado interno y una integración nacional en el plano económico; una centralización estatal y la formación de un parlamento o una instancia de poder democrático, en el plano político; una democratización de la enseñanza y de la cultura, con la consiguiente imposición del concepto de ciudadanía y del respeto a los derechos individuales y de asociación, en el plano superestructural. La burguesía entiende estos

objetivos como fin último del hombre, como valor universal, como meta histórica a ser alcanzada. La clase obrera ve en la revolución burguesa únicamente un instrumento histórico que le entrega importantes elementos para continuar el proceso revolucionario en el sentido de la destrucción de las clases y de la imposición de una sociedad absolutamente superior.

Por esta razón, a pesar de su fuerte apoyo a la revolución burguesa, el marxismo jamás se deja confundir por sus ideales, ni sobrepone los valores burgueses a los intereses de la revolución proletaria. La revolución burguesa no tiene ningún valor en sí misma: sólo tiene un valor histórico y mediador de la revolución proletaria. Ésta es la cuestión dialéctica central. ¿Cómo pudieron Marx y Engels jugarse a sí mismos y a la clase obrera, arriesgando incluso su vida, para defender una revolución que no era la suya, que sólo tiene un valor histórico, que sólo es un momento de una revolución posterior? La razón es muy simple: el marxismo es un pensamiento dialéctico, histórico, concreto. Para él, sólo hay historia; no hay valores perennes, ni luchas que trasciendan el marco de los procesos históricos concretos. La revolución proletaria es también un momento de un proceso histórico más amplio, que nosotros sólo podemos entrever en las brumas del futuro. Los liberales, con su idealismo, luchan por valores ahistóricos, y pueden dispensarse de participar en una revolución concreta porque ella no se ajusta a “sus” valores. Sólo un pensamiento no dialéctico puede negarse a participar en un proceso histórico concreto, de carácter progresista, en nombre de un ideal abstracto de sociedad. Si no, ¿qué sentido hubiera tenido la lucha contra el socialismo utópico y el idealismo?

Como lo veremos en la tercera parte de este libro, Lenin entendió, en toda su fuerza dialéctica, la relación entre la revolución burguesa y la revolución proletaria. Él convocó al proletariado ruso no sólo a apoyar la revolución democrática en su país, sino a dirigirla junto con el campesinado, atacando sin piedad a los mencheviques. Estos, en nombre de la pureza revolucionaria, se negaban a comprometerse con la revolución burguesa y apoyaban desde fuera a los partidos

burgueses, para así resguardar su independencia y poder atacar “desde abajo” a la democracia burguesa triunfante, Marx y Engels participaron en la primera línea de fuego de la revolución de 1848; apoyaron la unión norteamericana en contra del sur, la guerra alemana en contra del imperio de Bonaparte, la república francesa nacida de esta guerra, llamando a la clase obrera a respaldar la lucha nacionalista de los polacos; criticaron firmemente a Lassalle por no aliarse a los liberales alemanes, aun cuando parecía que el movimiento democrático alemán no mostraba ninguna consecuencia, etcétera, etcétera. Marx y Engels sin embargo, no se dejaron confundir nunca con liberales o demócratas. Jamás tuvieron ningún prejuicio liberaloide; y cuando los obreros franceses se levantaron en 1871 contra el gobierno de la República, no sólo se pusieron a su lado, sino que exigieron una política consecuente de confiscación de los bancos y destrucción del parlamento republicano y su poder militar.

Tal comportamiento puede aparecer incomprensible, y aun oportunista, para un liberal o cualquier tipo de idealista. Sin embargo, es absolutamente coherente y consecuente. Las mismas razones tácticas que recomendaban que los obreros franceses no se rebelasen contra la república recién conquistada en 1871, exigían que, una vez ocurrida la rebelión, buscasen tomar todo el poder sin vacilaciones. En la Comuna de París quedó muy clara la verdad histórica para los que creían que Marx se había convertido en un reformista, juzgándolo por su actuación moderada en la I Internacional (al tratar de encauzar la lucha obrera hacia su organización política y sindical dentro de la sociedad burguesa entonces dominante). El partido de Marx era el de la revolución obrera y no le asustaba ninguna forma de lucha para alcanzar tales fines. El Marx viejo no era menos revolucionario y menos incendiario que el Marx joven.

Estas consideraciones nos remiten enseguida a otro gran tema de la estrategia marxista, la relación entre reforma y revolución. La comprensión de la relación dialéctica entre estos dos procesos es aún más esencial que la antes analizada para la estrategia y la táctica socialistas. Marx y Engels lucharon firmemente contra los socialistas

utópicos y los anarquistas por su rechazo a participar en las luchas de la sociedad burguesa. La lucha por la ley de diez horas de trabajo fue no sólo saludada con entusiasmo por Marx y Engels, sino que fue el centro de la concepción estratégica que orientó su actuación en la I Internacional. Así también las luchas por el voto universal, por la organización sindical de la clase obrera y por las leyes de seguridad social, fueron elementos principales del avance obrero, en la segunda mitad del siglo XIX, que ellos apoyaron.

A través de las luchas por demandas inmediatas en el interior del sistema actual, la clase obrera no sólo mejora temporalmente sus condiciones materiales de vida —obteniendo posibilidades más favorables de educación y organización— sino que puede acumular fuerzas, ganar posiciones de poder en el interior de la sociedad existente y desde allí atacar sus bases en el futuro. Pero, aún más, las reformas que se obtienen, las conquistas que se alcanzan, imponen en el interior de la sociedad burguesa leyes económicas que permiten y a veces obligan a este sistema a agotar sus posibilidades históricas profundizando sus contradicciones. Esta tesis quedó impresa en *El Capital* y en el Mensaje inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores.

En este sentido, es necesario comprender el papel de las reformas en el proceso revolucionario. No son pasos acumulativos que se van sumando progresivamente hasta convertirse mecánicamente en una sociedad nueva. Los gérmenes de la sociedad socialista nacen en el interior de la sociedad capitalista, pero son su negación dialéctica, su contrario. El parto de la nueva sociedad no es, por lo tanto, un proceso lineal y gradual. Las reformas de carácter proletario se vuelven contra las ganancias de los capitalistas y los obligan a buscar otras formas de compensar estas pérdidas. Si las reformas son eficaces en la defensa de los intereses obreros, tienden a entorpecer el funcionamiento de la economía capitalista, basada en la búsqueda constante de una alta tasa de ganancia. Desde el punto de vista político, la conquista relativa de posiciones, por parte de la clase obrera, empieza en

un momento dado a amenazar la supervivencia de todo el orden social capitalista. Es lógico, por lo tanto, que los avances realizados por la clase obrera en el interior de la sociedad capitalista desarrollen la contrarrevolución y lleven a la polarización de la lucha de clases, en vez de conducir a un proceso de transformación gradual y unilineal hacia una sociedad superior. No hay pues una oposición mecánica entre reforma y revolución. Según lo expresó magistralmente Engels, en su Introducción a Las luchas de clases en Francia, el crecimiento del movimiento obrero, dentro del orden legal capitalista, engendraba la contrarrevolución burguesa y el abandono de su propia legalidad. La guerra de 1914-1917, el movimiento conservador que la precedió, la fracasada ola revolucionaria de la posguerra y su destrucción por el nazifascismo, revelan cuán verdadera y lúcida era la visión de Engels, nacida de su razonamiento esencialmente dialéctico.

Las discusiones sobre reforma y revolución que se presentarán en la Internacional, después de la muerte de Engels, van a ser extremadamente significativas para elucidar la importancia estratégica que tiene la comprensión correcta de esta relación dialéctica entre los dos procesos. Ni un reformismo gradualista, ni un revolucionarismo catastrofista pueden dar cuenta del conjunto del proceso revolucionario; ambos están equivocados y son incapaces de llevar a buen término la dirección del proceso revolucionario.

La comprensión del papel de la conciencia, para la correcta dirección de la lucha de clases, nos conduce de inmediato a otra cuestión candente de la estrategia marxista: la relación entre la vanguardia revolucionaria y las masas. Marx y Engels no plantearon, de una manera sistemática, su concepción del partido revolucionario. Pero de sus ideas puede extraerse un claro bosquejo, si acompañamos sus pasos políticos. En 1848, Marx y Engels participan en un típico grupo de carácter jacobino, conspirativo y secreto, cuya disolución proponen en 1852. Critican su carácter de secta y se proponen superar este tipo de organización lanzándose enérgicamente a la formación de una Internacional obrera en 1864. La Internacional no logró unificar

al conjunto de la clase obrera, como lo querían Marx y Engels, manteniéndose restringida a un nivel de vanguardia e infiltrada por varias sectas: proudhonianos, blanquistas y bakuninistas. Esto llevó a Marx y Engels a abogar por su extinción en 1876. Para ellos, sólo valdría la pena reorganizar una Internacional obrera cuando se contase con fuertes partidos obreros en Inglaterra, Francia y Alemania que, orientados por claros propósitos socialistas y un conocimiento científico de la realidad, sobrepasaran el nivel de las sectas y grupos de vanguardia, para convertirse en expresión real de la clase obrera. Tal fue lo que ocurrió con la II Internacional.

La concepción partidaria de Marx y Engels no despreciaba, de ninguna manera, el papel de los cuadros de vanguardia en la constitución y dirección del partido obrero. Se trataba, sin embargo, de hacer realidad aquella fórmula más bien intuitiva que ya se esbozara en el Manifiesto del Partido Comunista: los comunistas no forman ninguna facción aparte del movimiento obrero, sino que luchan por su unificación revolucionaria. Los comunistas son la expresión consciente, avanzada, teóricamente desarrollada de la clase que pretenden representar. El partido comunista, cualquiera que sea su nombre, es por lo tanto el partido de la clase obrera y sólo como tal tiene vigencia histórica. La vanguardia y la clase se encuentran unidas férreamente a través del partido. Cuando los revolucionarios no logran identificarse con la clase y estar a su cabeza, no son vanguardia y no hay partido revolucionario. Si no se establece este vínculo orgánico, si el partido obrero no tiene a su cabeza una ideología revolucionaria y una vanguardia consciente capaz de implementarla, no es un partido revolucionario.

Las discusiones posteriores, en que participaron activamente Lenin y Rosa Luxemburg, van a esclarecer bastante la verdadera relación entre la vanguardia y las masas. Pero queda aún mucha confusión sobre esta relación dialéctica que se expresa en un partido revolucionario. Engels veía en los partidos de la II Internacional la encarnación del futuro partido revolucionario, y demostró bastante opti-

mismo en relación a ellos. Pero, al mismo tiempo, criticaba muy duramente sus debilidades ideológicas y sus concesiones, que empezaron ya en el Congreso de Gotha (tan acerbamente criticado por Marx) y que se prolongaron en el Congreso de Erfurt, frente al cual Engels planteó muchas reservas. No hay duda que la gran debilidad de la II Internacional ya no estaba en el espíritu de secta o de organización vanguardista, que había logrado superar brillantemente, reflejando los grandes avances del movimiento obrero europeo de fines de siglo; sino que estaba en la formación política de su vanguardia y en la orientación ideológica del partido.

Revolución democrática y revolución proletaria, reforma y revolución, masas y vanguardia, forman polos dialécticos de un proceso revolucionario único que lleva a la revolución socialista. Esta concepción estratégica se corona con la comprensión del papel del internacionalismo y del nacionalismo en este proceso histórico. Marx y Engels lucharon insistentemente por el carácter internacional de la organización del proletariado. Esto no los llevó, sin embargo, a despreciar el problema nacional, al cual siempre dedicaron un gran interés. Su preocupación por impedir la anexión de Alsacia-Lorena por los alemanes, su llamado a la defensa militar de los derechos franceses en la región, su defensa del nacionalismo polaco (sobre el cual cambiaron de posición), su apoyo al movimiento revolucionario ruso, demuestran que no tenían una posición abstracta frente a las luchas de liberación nacional; las consideraban parte del proceso revolucionario democrático y, en consecuencia, de interés para la clase obrera. Será posteriormente, con el leninismo y la discusión con Rosa Luxemburgo sobre el problema de la autonomía nacional, cuando se esclarecerán definitivamente estas cuestiones.

Es claro, sin embargo, que en estos problemas como en otros, Marx y Engels no defendieron una posición de principios abstractos. No se trataba de defender a todas las naciones indiscriminadamente y oponer los intereses nacionales a los de la revolución proletaria, justificando el paralizar un proceso revolucionario si éste afectara la consolidación de una nación cualquiera.

En éste, como en los otros aspectos discutidos de la estrategia marxista, son los intereses de la revolución proletaria los que sirven de guía para la apreciación de los procesos históricos concretos y de los valores involucrados en ellos. Así como su participación en las revoluciones burguesas jamás hizo liberales de Marx y Engels, su participación en la lucha por reformas nunca los transformó en reformistas; su defensa del papel de las masas en la creación del partido no los hizo espontaneístas; ni tampoco su defensa de la autodeterminación de los pueblos oprimidos, y de sus derechos nacionales, los transformó, jamás, en nacionalistas.

La historia de las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels revela, sobre todo, su concepción dialéctica de los procesos históricos, imposible de comprender dentro de un pensamiento mecanicista.

En el desarrollo de la lucha de clases en que participaron, Marx y Engels llegaron a elaborar tres grandes líneas tácticas: la revolución permanente, en 1856; la lucha por imponer la economía política proletaria en el interior del orden capitalista; y la concepción revolucionaria de la lucha legal de masas. Stanley Moore, en su libro *Tres tácticas marxistas*, ha llamado a esas concepciones: la táctica de minoría, la táctica de la competencia pacífica y la táctica de mayoría. En el transcurso de este estudio hemos analizado cada una de estas concepciones.

En 1850, Marx y Engels esperaban una nueva ola revolucionaria en Alemania, conducida básicamente por la pequeña burguesía, desplazada del gobierno de conciliación que sucedió al fracaso de la revolución de 1848. Reconocían la impotencia del proletariado para comandar un proceso revolucionario y su condición minoritaria. Auto-criticando su actuación en 1848, insistieron sobre la necesidad de mantener la independencia orgánica del proletariado, golpeando junto con la pequeña burguesía a la aristocracia, pero marchando separados. La esencia de la concepción de la revolución permanente estaba en la táctica que debería seguir el proletariado: no sólo tenía que denunciar las vacilaciones de la pequeña burguesía para cumplir su

programa y sus promesas; debía también abrir progresivamente el camino hacia un programa cada vez más radical, que impidiese la consolidación de la pequeña burguesía en el poder y abriera el paso a la dirección obrera, no sólo para realizar la revolución democrática, sino para iniciar el socialismo.

La táctica de la revolución permanente fue autocriticada por Engels posteriormente, cuando el movimiento obrero tomó cuerpo y se transformó en una posible alternativa de poder en Europa. Pero no se puede creer que su posición autocrítica se extendiera a los países fuera de Europa desarrollada. En este sentido, hay que tomar en consideración el apoyo que Marx y Engels brindaron a los populistas rusos, incluso en contra de los marxistas ortodoxos. Marx y Engels no sistematizaron su concepción de la revolución permanente, pero es bastante probable que la viesen como una orientación táctica global para el proletariado en el seno de la revolución burguesa en los países atrasados de Europa. En los años sesenta, el proletariado europeo empieza a despertar del letargo que sufrió el movimiento en Inglaterra, el movimiento proletario logró obtener resultados concretos dentro del orden existente, principalmente la ley por las diez horas de trabajo.

En el Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, Marx busca sistematizar este proceso de conquistar posiciones dentro del orden capitalista, a través de lo que él llamó la economía política obrera. En este periodo, escribió también su célebre prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política, donde planteaba la tesis de que los gérmenes de la nueva sociedad se gestan en el interior de la vieja y que el nuevo orden no puede nacer mientras el anterior continúe desarrollando las fuerzas productivas. Muchos han visto en esta concepción táctica, que Marx desarrolla en su actuación dentro de la I Internacional, un cambio de posición hacia una táctica de reformas graduales dentro del orden capitalista, que implicaba un abandono de las formas de lucha insurreccionales por la clase obrera. Esto no es verdadero, ni teórica ni prácticamente. Teó-

ricamente Marx no veía en el desarrollo de las restricciones al funcionamiento de la economía de mercado, el embrión de un nuevo orden que se impondría gradualmente sobre ésta: sino que esas restricciones irían profundizando la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas. La competencia pacífica entre los dos órdenes sociales en choque no era una situación definitiva, sino el producto de equilibrios relativos de fuerza que anunciaban graves enfrentamientos y conflictos. Desde el punto de vista práctico, hay que subrayar el fuerte apoyo de Marx a la Comuna de París cuando ésta asumió el poder, para comprender que la táctica de ganar posiciones dentro del orden capitalista, jamás fue concebida por él como un medio para llegar al poder gradualmente, sino como una forma de acumular fuerzas, en espera de una situación decisiva. Finalmente, la táctica revolucionaria de masas que elaboró Engels en 1895 corresponde a esta misma concepción. Engels vio en el desarrollo de la lucha legal, en las últimas décadas del siglo XIX, un instrumento de acumulación de fuerzas que permitiría a la clase obrera conducir, a través de una política de alianzas, a las clases medias rurales y urbanas hacia una política socialista. En ese momento, la revolución burguesa ya se había consolidado en los países capitalistas más avanzados, y las tareas que quedaban por realizar asumían el carácter de reformas.

La única revolución que se planteaba entonces era la socialista. Cabía analizar esta nueva situación histórica, así como los cambios que provocaba en la estrategia y la táctica del partido revolucionario. La táctica de Engels no era gradual y él no creía posible que el proletariado llegara tranquilamente a ser mayoría. Mostró muy bien que, en el caso de Alemania, esta lucha legal llevaría a la burguesía, los terratenientes y la burocracia civil y militar del imperio a romper el marco legal que permitía este fortalecimiento del proletariado. Refiriéndose, en otros textos, a las situaciones de Estados Unidos e Inglaterra, donde la democracia burguesa era mucho más sólida, Marx y Engels planteaban la hipótesis de un triunfo electoral seguido de una rebelión burguesa.

En todos los casos, aún donde era posible un camino electoral, la lucha por obtener la mayoría nacional no debía separarse de una concepción revolucionaria y debería prever el enfrentamiento abierto de clase, incluso en el plano militar. De ahí la insistencia de Engels sobre la necesidad de la propaganda revolucionaria en las fuerzas armadas, a fin de ganar su mayoría hacia la revolución.

Las interpretaciones equivocadas de las concepciones estratégicas y tácticas de Marx y Engels son el producto de una visión unilateral de su pensamiento y de su práctica. La concepción materialista-dialéctica que los inspiraba, los llevaba a adaptar sus concepciones estratégicas y tácticas a las circunstancias socioeconómicas, sin sectarismos y sin prejuicios revolucionarios o liberales, de izquierda o de derecha.

Marx y Engels jamás se propusieron hacer la revolución de cualquier manera; lo que proponían era aprovecharse de las condiciones objetivas favorables, para crear las condiciones subjetivas, orgánicas y políticas que la hiciesen posible. La revolución proletaria siempre fue su meta; cuanta concepción estratégica y táctica elaboraron, fue para servir a este objetivo. Esto no los llevaba, sin embargo, a una actitud unilateral, sino a una sutil adaptación de estos objetivos generales a las situaciones históricas concretas.

El proceso histórico no ha seguido los caminos concretos que ellos esperaban. Aquel movimiento revolucionario ruso que tanto interés a Marx al final de su vida y que tantas esperanzas despertó en él y en Engels, terminó por abrir camino a la primera revolución socialista, la cual se restringió por varios años a la experiencia imprevisible del socialismo en un solo país.

El método que ellos elaboraron, las teorías que desarrollaron y el movimiento político que inspiraron, fueron los orientadores en este nuevo camino, a través de un discípulo genial que supo adaptarlos a las nuevas condiciones de la fase imperialista del capitalismo. Fue este discípulo quien nos enseñó la verdadera lección de estrategia y táctica marxistas, así como todo el valor de su teoría y práctica. Lenin

nos dijo: la esencia del materialismo histórico es el método materialista dialéctico, es decir, el análisis concreto de una situación concreta.

Esperamos haber podido demostrarlo en el transcurso de estas páginas, en lo que respecta a las concepciones estratégico-tácticas de Marx y Engels. En la próxima parte, analizaremos los debates dentro de la II Internacional. En la tercera parte, veremos cómo Lenin elevó a nuevos niveles estas concepciones.

Segunda parte

Cuestiones estratégico-tácticas de la II Internacional

I. El contexto general del desarrollo de la II Internacional

Como vimos en los capítulos anteriores, la II Internacional es el resultado de una larga maduración estratégico-táctica del movimiento obrero. Después de superar el espíritu de secta, que había prevalecido hasta 1860, la Asociación Internacional de los Trabajadores vio renacer en su seno esta enfermedad infantil del socialismo, expresada en particular por las aventuras anarquistas. Vimos que esta situación llevó a la liquidación de la I Internacional. Pero las líneas de un nuevo estilo de trabajo político y de organización se gestaron en los años de 1860 a 1870.

Después de estos años de debate político, de acumulación de conocimientos prácticos organizativos y de la experiencia de la Comuna de París, maduró, en la clase obrera europea, una clara visión ideológica de su objetivo histórico (el socialismo), así como de la necesidad de la lucha política dirigida por su partido independiente para la toma del poder y construcción de una sociedad socialista.

En consecuencia, se había clarificado también la necesidad de crear un partido revolucionario que unificara la clase y la orientara hacia una política autónoma frente a los partidos liberales burgueses; política caracterizada por una constante oposición al estado de cosas existente. Se hacía también evidente, por un lado, la necesidad de luchas inmediatas para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y por otro, el papel fundamental de los sindicatos en la conducción de esas luchas.

Quedaban, sin embargo, por esclarecer muchos problemas: ¿Qué relación establecer entre la lucha legal por reformas, dentro del orden económico, social y político existente, y los objetivos finales del movimiento obrero? Ya casi nadie dudaba del valor de las luchas inmediatas económicas y políticas. Pero había grandes divergencias sobre el modo de vincularlas a la transformación revolucionaria del orden capitalista.

Era difícil establecer el vínculo dialéctico entre esos dos procesos. El revisionismo aparece como una solución unilateral del problema. Para esta corriente, la lucha por las reformas era contradictoria con la revolución y debía seguir su camino sin las perturbaciones aventureras del revolucionarismo.

El debate con el revisionismo fue indudablemente el punto central de la lucha ideológica y política del periodo, y marcó un conjunto de temas subsidiarios: la cuestión de la participación en los gobiernos burgueses; el papel de la huelga general; las cuestiones colonial y nacional; la cuestión del imperialismo y la de la guerra interburguesa.

En el transcurso del debate se fueron definiendo dos realidades, poco claras al principio. En primer lugar se fue constatando que las derrotas del revisionismo, en los congresos del Partido Socialdemócrata Alemán y de la II Internacional, no habían anulado la existencia de esa corriente, cuyo crecimiento era alimentado por las condiciones concretas de la lucha parlamentaria y sindical.

En segundo lugar se fue definiendo, en el campo del marxismo ortodoxo, una división entre dos sectores. Por un lado, se dibujaba una línea centrista que, en su condena al revisionismo, dejaba abierto el problema de la dictadura del proletariado y de la lucha revolucionaria, postergándola hasta un momento indefinido, mientras que en el plano de la lucha inmediata, se identificaba de manera cada vez más alarmante con los planteamientos reformistas. Por otro lado, se caracterizaba una tendencia revolucionaria, que exigía una actitud más clara frente al revisionismo y frente a la lucha revolucionaria.

Karl Kautsky, el teórico más influyente de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional, había asumido una posición de vanguardia en la condena al revisionismo, junto con otros importantes teóricos marxistas, como Plejánov en Rusia, Labriola en Italia, Adler en Austria.

Al mismo tiempo, otros intelectuales más jóvenes del partido, como Rosa Luxemburgo, Parvus y Lenin, producen importantes tra-

bajos de crítica al revisionismo, identificándose en el primer momento con los “ortodoxos” y separándose posteriormente de los mismos, para conformar un ala izquierda que, con la excepción de Parvus, va a terminar rompiendo con la II Internacional.

Las vacilaciones del centro evidencian su carácter capitulador durante la primera guerra mundial y frente a la revolución rusa de 1917; acaba transformándose en una línea de oposición a la dictadura del proletariado y al marxismo revolucionario. La revolución rusa y el Estado soviético trazan una nueva línea de separación entre el reformismo y la posición revolucionaria. Dentro de la socialdemocracia se desarrolla, hasta sus últimas consecuencias, el carácter no socialista del revisionismo, que terminará arrastrando al campo burgués no sólo a su teórico, Eduard Bernstein, sino también a buena parte de sus antiguos opositores.

Para entender esta evolución, es preciso analizar las cuestiones que dieron origen a las principales divergencias sobre estrategia y táctica socialistas en la II Internacional. Si bien al principio el campo se dividía en revisionistas y ortodoxos, intentaremos distinguir, dentro de los ortodoxos, las posiciones del centro y de la izquierda, que ya se diferenciaban desde entonces, aun cuando aparecían como unitarias dentro de la rúbrica general de la ortodoxia marxista.

Antes de pasar al análisis de las divergencias, señalaremos algunas características generales de la II Internacional que enmarcaron el debate estratégico-táctico del periodo.

Como vimos, la II Internacional, al contrario de la I —que estuvo caracterizada por bases nacionales ideológicamente inmaduras, poco organizadas y sin gran participación de masas—, se presentaba como una organización basada en fuertes partidos nacionales de masas. Su dirección central conformaba una secretaría ejecutiva, que aplicaba las decisiones de los congresos, pero sin el poder centralizador del comité central de la AIT. La misma fuerza nacional de los partidos disminuía la posibilidad de una centralización. La II Internacional alcanzaba, también, una extensión geográfica más amplia. En sus congresos participaron, además de los representantes europeos y

norteamericanos, delegaciones de Canadá, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur, India, Turquía, Indonesia, Argentina, etcétera. La influencia del socialismo tanto en Rusia como en Europa central, era creciente y representaba un papel importante en su desarrollo. El movimiento socialista dejaba de ser un fenómeno de los países adelantados de Europa, para ganar una dimensión mundial. Si, en el periodo anterior, los movimientos obreros de Inglaterra y Francia habían tenido un carácter de vanguardia, en esta nueva fase, el partido socialista alemán ocupaba el papel predominante. Construir un partido político fuerte, con representación parlamentaria, con una organización poderosa y un cuerpo de funcionarios, parecía ser el paradigma a seguir.

La relación del movimiento sindical con el partido fue objeto central de discusiones en todos los países. A pesar de la fuerza del modelo alemán, su sistema de organizar los sindicatos como un área de acción e influencia del partido pero con una independencia relativa fue difícilmente asimilable en todos los países. En Francia, el sindicalismo revolucionario postulaba la completa independencia respecto del partido incluso en el plano estratégico, como lo revelaron la adopción de la resolución de Amiens sobre la huelga general y la aceptación generalizada de la tesis sobre la gestión sindical en la futura economía socialista.

En Inglaterra, un movimiento sindical reformista y muy tradicional servía de base a la organización partidaria, sometiénola a sus tendencias y despreciando en gran parte a los cuadros intelectuales y políticos. En algunas partes, el sindicalismo y el movimiento cooperativo tendían a confundirse, sirviendo de base a la estructura partidaria, mientras en otras se rechazaba el cooperativismo como base de acción.

En Alemania, las ramas juvenil, femenina, de periodistas y otras actividades se desarrollaban en asociación íntima con el partido, conformando un poderoso aparato de masas, base de una estructura

partidaria que se expresaba en las múltiples publicaciones del partido y de los órganos de masas, en sus bibliotecas y escuelas de cuadros.

La existencia de este amplio aparato fue identificada, por Robert Michael, como la fuente de una burocracia que conducía al tradicionalismo y al reformismo y profundizaba el enraizamiento del partido en la sociedad capitalista. Por otro lado, la actividad parlamentaria, así como la participación en los gobiernos provinciales y de las comunas, indicaban otras formas de vínculo del partido con el orden social y político existente, formas que amenazaban progresivamente sus objetivos revolucionarios.

El surgimiento de capas bien pagadas del proletariado, y su integración al sistema de vida pequeñoburgués, reforzaban dichas tendencias. El desarrollo de una capa de asalariados no obreros y su progresiva tendencia a la sindicalización así como la atracción de capas pequeñoburguesas e intelectuales cada vez más amplias hacia el partido, empezaban a cambiar su rostro proletario y contribuían a ahogarlo ideológicamente en el reformismo. La tendencia reformista del partido encontraba así una amplia base social que tendía a arrastrar incluso a los sectores marxistas “ortodoxos”.

La superación de las crisis económicas graves dio origen a un periodo de auge económico desde 1895 hasta 1913 que parecía responder a una tendencia profunda del capitalismo. La observación empírica de los hechos parecía indicar una tendencia a la conversión gradual de la socialdemocracia en mayoría, en el plano económico tanto como en el político; las conquistas logradas y la relativa estabilidad parecían indicar un avance progresivo hacia una nueva economía. La oposición puramente ideológica y teórica a la tendencia reformista parecía agotarse en un doctrinarismo formal, poco identificado con la práctica.

Así, la crisis política europea de 1905 y las crisis económicas de 1902, 1907 y 1912 no parecieron suficientes para estremecer este sólido edificio social junto con las esperanzas que creaba. Fue necesaria la gran guerra de 1914-18, y la crisis que la sucedió, para abrir camino

nuevamente a una actitud revolucionaria del proletariado que se expresó en la revolución rusa, en las revoluciones de posguerra y en la III Internacional. Las luchas por la jornada de ocho horas de trabajo y por el voto universal fueron el principal factor de unificación de la II Internacional. En los otros campos, el debate era amplio y las divergencias demasiado profundas para que no se notaran al final, los graves problemas internos que dividían al movimiento. Los particularismos nacionales, y la política de colaboración de clases con la burguesía, terminaron por prevalecer de manera aplastante, al pasar por la prueba definitiva de la guerra. La Internacional se rompió en pedazos, siguiendo el destino de las burguesías nacionales involucradas en el gran enfrentamiento.

El internacionalismo proletario que parecía triunfar en los partidos, a juzgar por sus congresos, se desmoronaba de una forma desastrosa cuando se planteaban cuestiones prácticas. Las tendencias expresadas por el revisionismo alcanzaron su grado máximo, aun cuando su líder Eduard Bernstein hubiera adoptado, en el momento decisivo de 1914-18, una posición centrista.

Ésta se definía por la paz y por criticar la participación en la guerra sin oponerse radicalmente a ella; en la esperanza de que su pronta conclusión permitiría reconstruir la Internacional. Después de bosquejar este cuadro muy general, podemos estudiar, uno por uno, los temas estratégicos y tácticos más importantes de la II Internacional.

II. El debate del revisionismo: Bernstein

A Eduard Bernstein se le consideraba, al lado de Kautsky, el principal teórico marxista de la socialdemocracia alemana. Como director del Socialdemócrata, órgano del partido en el exterior durante los años de represión, había superado aparentemente su formación pequeñoburguesa; su estrecho contacto con Engels le había permitido asimilar profundamente sus puntos de vista. Incluso, Engels le había conferido el honor de ser su testamentario intelectual. Por todas estas razones, la adopción por Bernstein de los puntos de vista reformistas representaba un fuerte golpe al pensamiento marxista. El reformismo tenía bases políticas muy importantes en el sur de Alemania y en países como Inglaterra y Bélgica. Intelectualmente reflejaba una corriente que tenía representantes de importancia en todos los países europeos. Los puntos de vista de Bernstein no adelantaban mucho a los de los fabianos en Inglaterra, a los de Croce en Italia, a los de Sorel y en cierta medida Jaurès en Francia, al “marxismo legal” dirigido por Struve, en Rusia. Sin embargo, Bernstein desarrolló sus ideas como una autocrítica desde dentro del marxismo y utilizaba su prestigio de compañero de los fundadores del marxismo para justificar sus planteamientos. Asimismo, su obra acopiaba de manera sistemática un conjunto de afirmaciones dispersas en textos de otros autores y daba al reformismo el aspecto de una doctrina coherente, a pesar de las vacilaciones y confusiones que encerraba. Bernstein inició su revisión del marxismo en una serie de artículos en la *Neue Zeit*, revista teórica de la socialdemocracia alemana, dirigida por Kautsky. Estos artículos llevaban el título general de “Problemas del socialismo”. A pesar de su escasa repercusión al principio, el autor fue poco a poco obligando al partido a tomarlos en consideración. Después de varias reacciones parciales, el congreso de 1899 tuvo que discutir una carta de Bernstein donde exponía el conjunto de sus puntos de vista. La carta fue leída por August Bebel, quien se oponía al contenido pero había sugerido su redacción para esclarecer las divergencias existentes. El congreso rechazó los planteamientos de la

carta y pidió a Bernstein que los redactara de manera más extensa, lo que dio origen al libro *Socialismo teórico y socialismo práctico*⁶⁹, donde expone de la manera más exhaustiva hasta hoy conocida, el punto de vista del revisionismo.

Pasaremos a hacer en seguida un resumen de las tesis principales de este libro, con especial énfasis en sus aspectos estratégicos y tácticos.

La argumentación de Bernstein se desarrolla en tres planos: el filosófico y metodológico, que expondremos sumariamente, el económico y el político. En el filosófico y metodológico, se opone al materialismo dialéctico, considerándolo un razonamiento especulativo que se aparta de los hechos. En este mismo plano, reivindica el papel creador de las ideas y de la moral, para fundamentar la doctrina socialista desde un punto de vista ético y no económico. El socialismo sería el resultado de un imperativo ético, crecientemente asimilado por los trabajadores y por toda la humanidad, como consecuencia del ejercicio permanente de la democracia.

En el plano económico, Bernstein sostiene un conjunto de tesis cuyo objeto central es demostrar la capacidad del capitalismo para adaptarse a las reformas sociales planteadas por el movimiento obrero, en vez de dirigirse a una polarización social creciente; al mismo tiempo, concluye afirmando la capacidad del sistema para superar sus crisis económicas. Se aleja así de la tesis de un inminente “derrumbe” final del capitalismo que, según él, sería la única justificación para imponer una estrategia y una táctica revolucionarias.

En el plano económico, Bernstein empieza su crítica del marxismo negando un carácter concreto a la teoría del valor y de la plusvalía.

Apoyándose en la problemática de la conversión del valor en precio (que Marx soluciona en el tercer volumen de *El Capital* al mostrar

⁶⁹ Este título corresponde a la edición en español publicada por Editorial Claridad, Buenos Aires 1966. Nosotros utilizamos para este trabajo la versión revisada en 1900 y traducida al francés bajo un título más próximo al alemán: *Les pré-supposés du socialisme*, ed. du Seuil, París, 1974.

que el carácter social del valor permite establecer una relación entre la plusvalía y la tasa media de ganancia), Bernstein concluye, junto con otros teóricos del periodo, que la categoría de valor es un concepto abstracto que no tiene correspondencia en la realidad; un instrumento teórico, como el concepto de utilidad marginal del valor de Jevons. Se trata de dos aspectos diferentes de un mismo fenómeno que las dos teorías abstraen de manera arbitraria y unilateral. Para Bernstein, pues, “el valor económico tiene un doble carácter: la noción de utilidad (valor de uso y de necesidad) y la de gastos de fabricación (valor-trabajo)”.

Al oponerse a la teoría del valor como categoría concreta, se opone Bernstein a la noción de la explotación como categoría económica, para reducirla a un fenómeno moral.

La tesis de que el desarrollo del capitalismo conduciría a la profundización de sus contradicciones es combatida por Bernstein al demostrar, con cifras muy poco representativas, que la explotación mediana y pequeña en los sectores urbanos y rurales no tiende a desaparecer; al contrario, según los datos que entrega, aumenta el número absoluto de estas empresas y de sus trabajadores.

En consecuencia, “la socialización de la producción y de la distribución exige como condición material anterior una centralización avanzada de las empresas que no se ha realizado hasta ahora sino parcialmente”⁷⁰.

Por otro lado, si bien continúa la explotación de los trabajadores, es falso afirmar que disminuye el número de los poseedores. El desarrollo de las sociedades anónimas ha aumentado el número de poseedores de acciones, y el ingreso de la sociedad en su conjunto aumenta. Bernstein argumenta de la siguiente forma:

Las estadísticas del ingreso en los países industrializados avanzados revelan por una parte la movilidad, la fluidez y la inseguridad del capital en la economía moderna; los ingresos

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 129.

y las fortunas son, en proporción creciente, riquezas de papel que una ráfaga de viento puede fácilmente dispersar. No es menos verdad que la jerarquía de los ingresos no entra de ninguna manera en contradicción con la jerarquía de las unidades económicas en la industria, el comercio y la agricultura. Las escalas de los ingresos y de las empresas revelan en su estructura un paralelismo creciente, sobre todo en lo que concierne a las categorías medias. Estas no disminuyen en ninguna parte; por el contrario, las vemos aumentar en casi todas partes en proporciones considerables. Lo que abandonan en favor de la gran industria, lo retornan por el sistema de ascenso social; la proletarización se compensa por la proliferación de la riqueza general debida a la industrialización. Si la ruina de la sociedad moderna depende de la desaparición de las categorías medias situadas entre la cima y la base de la pirámide social, si tiene por condición su absorción por los extremos, la gran empresa y el proletariado, entonces esta ruina, en Inglaterra, en Alemania, en Francia, no está más cercana hoy, en 1899, que en cualquier otro momento del siglo XIX⁷¹.

De esta manera, quedaría sin base también la “teoría del crecimiento de la miseria” que según los revolucionarios sería una condición necesaria para la revolución. Los capitalistas no pueden ampliar su consumo indefinidamente pues “aunque los magnates del capital tuvieran estómagos diez veces más repletos que los que el espíritu popular les atribuye, y un número de domésticos más considerable que el que en realidad tienen, su presencia en el total de la producción nacional, su consumo, no pesaría gran cosa en la balanza”. Con estos argumentos primarios, Bernstein arremete contra la teoría del subconsumo que Marx criticó también pero con otros argumentos y, al mismo tiempo, critica la teoría de la acumulación, que muestra las

⁷¹ *Ibíd.*, pp. 103-4.

razones que llevan a una desproporción creciente entre los ingresos de los trabajadores y los del capital: uno de los fundamentos de la teoría de la crisis.

Por otro lado —continúa Bernstein— el concepto de miseria es relativo, y muchos sectores obreros demostraron ser capaces de organizarse y sobreponerse a ella. No se puede esperar, por tanto, una miseria creciente de la clase trabajadora como consecuencia del desarrollo del capitalismo. Si se agrega a esto la no desaparición de las pequeñas empresas y el crecimiento de las clases medias, las esperanzas de los revolucionarios acerca de una polarización creciente de la lucha de clases deberían ser abandonadas para dar lugar a la concepción de un proceso paulatino de reformas sociales.

Así en el plano económico, Bernstein corona su análisis afirmando que las crisis económicas no son inevitables y que el sistema puede superarlas. La tesis de Bernstein no sólo se apoya en la tendencia del sistema a superar una baja del consumo, sino, sobre todo, en la capacidad creciente del sistema para eliminar la anarquía, a través del desarrollo de los trusts y cárteles, del sistema bancario y del crédito, así como de las comunicaciones internacionales que disminuirían la especulación.

Bernstein afirma sobre los cárteles: [el cártel] constituye [...] un medio de adaptar la producción a los movimientos del mercado. Está fuera de duda que busca establecer igualmente una explotación de tipo monopolista. Pero, por otro lado, es innegable que representa hasta el momento el mejor medio de luchar contra la sobreproducción.

Según Bernstein, el propio Engels se había visto obligado a reconocer, en 1894, que los ciclos de las crisis tendían a espaciarse en el tiempo. A pesar de reconocer la posibilidad de crisis limitadas, en ciertos sectores, Bernstein creía que la existencia de los cárteles y del sistema de crédito podrían impedir su generalización. Además, los periodos de renovación del capital que podrían provocar las crisis no se dan en todos los sectores económicos al mismo tiempo.

Bernstein resume así su punto de vista sobre las crisis:

Hemos llamado la atención sobre el análisis que Marx y Engels hacían de las crisis. Hemos citado un cierto número de hechos indiscutibles. Son los que demuestran que este problema no puede resolverse con algunas fórmulas de moda. Podemos designar los factores de crisis y los de equilibrio en la economía moderna, pero es imposible establecer a priori cuál será su juego recíproco y su evolución. Si acontecimientos exteriores imprevisibles no provocan una crisis general —lo que, dígase de paso, puede pasar en cualquier momento—, no hay ninguna razón que obligue a pensar que una crisis propiamente económica pudiese producirse próximamente. Son inevitables las depresiones locales y parciales pero un bloqueo general del sistema es improbable debido a la organización y extensión actuales del mercado mundial y sobre todo a la gigantesca expansión de la producción de bienes de consumo. Este último fenómeno es determinante: quizás nada ha contribuido más a la atenuación de las crisis que la baja de las rentas y de los precios de los bienes de consumo⁷².

El tercer plano en que desarrolla sus tesis el teórico alemán del revisionismo es el político. De esas tesis económicas resultan muy claramente los puntos de vista estratégico-tácticos del revisionismo. Pero, para postular, claramente la posición reformista, tiene que establecer una oposición formal y definitiva entre las reformas y la revolución. Esta separación la establece tajantemente Bernstein al inicio de su libro, demarcando claramente el sentido ideológico de su camino teórico:

Podemos distinguir en el movimiento socialista moderno, dos corrientes principales que, según las épocas y bajo formas diferentes, se oponen entre sí. Una se fundamenta en los proyectos de reforma

⁷² *Ibíd.*, pp. 122-23.

elaborados por los teóricos del socialismo: es esencialmente constructiva. La otra se inspira en los levantamientos revolucionarios: es destructiva. Según las circunstancias, la primera aparece como utópica, societaria, pacífica, evolucionista, la segunda como conspiradora, demagógica, terrorista. En la medida en que nos aproximamos al periodo contemporáneo, la primera preconiza, de manera cada vez más clara, la organización económica, mientras que la otra insiste sobre todo en la emancipación por la expropiación política. En el pasado, la primera corriente estaba representada esencialmente por pensadores aislados y la segunda agrupaba a movimientos populares de carácter ilegal [...].

La teoría marxista intenta una síntesis de esas dos corrientes. Toma de los revolucionarios la idea de una lucha de clases y de los socialistas el conocimiento de las condiciones económicas y sociales necesarias para la emancipación de los trabajadores. Tal amalgama no significa, sin embargo, la superación de la contradicción: se trata más bien de un compromiso. En su libro *La situación de la clase obrera*, Engels le da prioridad a la tendencia revolucionaria en relación a la tendencia socialista, imprimiendo así a la teoría socialista este carácter de dualismo del cual no se apartará jamás. Es pues ahí donde debemos buscar las razones por las que el marxismo nos aparece, por breves intervalos, bajo aspectos diferentes. Estas variaciones no son el producto de las circunstancias o de los virajes tácticos. Son sobre todo el reflejo de contracciones inherentes a la doctrina⁷³.

Bernstein concluye su argumento acusando a Marx y Engels de un vínculo sentimental con el blanquismo que debilita sus análisis empíricos. Para demostrar esa tesis, pone especial énfasis en los análisis de Marx de la revolución de 1848 en Francia, en *Las luchas de clases en Francia*, donde toma un claro partido a favor de los blanquistas, a pesar de reconocer posteriormente la imposibilidad de la transformación socialista de la economía capitalista europea del periodo. Pero, comenta Bemstein, si la aspiración comunista del blanquismo

⁷³ *Ibíd.*, pp. 61-62.

era absolutamente falsa, su táctica revolucionaria, en consecuencia, también lo era.

Bernstein ataca así el carácter dialéctico del marxismo en el centro mismo del problema propuesto. Para él, Marx no realiza una síntesis (imposible de entender para su pensamiento antidialéctico) entre reforma y revolución, sino un compromiso que finaliza con su adhesión emocional al revolucionarismo. La tarea de Bernstein es depurar al marxismo de esa “contradicción”, optando claramente por el camino de la reforma. Para ello rompe con el método dialéctico, sin entender que es la única posibilidad teórica de superar esa aparente contradicción.

Si se rompe la síntesis dialéctica entre reforma y revolución —dos aspectos de una totalidad histórica concreta— queda, pues, el problema moral y doctrinario de decidir entre los dos métodos de lucha. Bernstein pasa a analizar las dos condiciones marxistas para el socialismo: la existencia de una economía basada en la gran empresa que haya avanzado en la socialización de la producción a su punto máximo; y por otro lado, la dirección del Estado por la clase obrera, es decir la dictadura del proletariado.

Como vimos, en sus análisis económicos el teórico del revisionismo niega que el capitalismo haya alcanzado el grado máximo de socialización de la producción, dejando entrever, aún más, que todo indica que la pequeña empresa tiende a sobrevivir indefinidamente en el capitalismo. Bernstein afirma:

No se cuestiona una apropiación del conjunto de la producción y de la distribución por el Estado. ¡Pero no hay ninguna duda de que esto no tiene dificultades! Y sin embargo el Estado estaría imposibilitado para apropiarse de la totalidad de las medianas y grandes empresas. Las municipalidades no serían una gran ayuda. Podrían comunizar las empresas de interés local y aún quedaría mucho por hacer. Pero en lo que concierne a las empresas que hasta entonces trabajaban para

el mercado nacional e internacional, ¿se cree que se puede comunizarlas de la noche a la mañana en su conjunto?⁷⁴

La cuestión fundamental a enfocar es, pues, la de la toma del poder político por la clase obrera. Pero en este punto se oponen dos métodos: la actuación parlamentaria —alcanzada o por alcanzar casi universalmente por los partidos socialistas, a través del derecho al voto y otros medios legales paralelos al parlamentario— y la violencia revolucionaria, que ya comprobó su creciente ineficacia en los últimos años (y en este punto cita las críticas de Engels al uso de las barricadas, ocultando sus planteamientos sobre la conquista de las fuerzas armadas y las acciones militares masivas).

Pero si, desde el punto de vista económico, hay un evidente retraso de la socialización de la producción, hay además, en el plano político, fuertes obstáculos para la unificación de la clase obrera y su conversión en gobierno. Bernstein encuentra que no sólo existen profundas divergencias de intereses entre sectores de la clase obrera por ramas, por profesiones y por rentas; sino además una gran falta de solidaridad entre ellos. Por otro lado, a pesar de que los proletarios y otros sectores de desposeídos sean la mayoría, las enormes diferencias que hay entre ellos tenderán a aparecer si se debilitan las actuales clases poseedoras. En fin, los votos que recibe la socialdemocracia no reflejan a la mayoría de los desposeídos, ni siquiera de los obreros. Además, estos votos revelan una simpatía por el partido, pero no una actitud socialista convencida. Los votos reaccionarios correspondían entonces al doble de los socialdemócratas. Los sindicatos reunían, entonces, sectores minoritarios, cerca de un décimo de la clase. Todo esto lleva a Bernstein a una conclusión clara: no hay condiciones económicas ni políticas para empezar la construcción del socialismo. Ni mucho menos hay un proceso de polarización y de crisis que pudiese justificar un alzamiento.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 37.

Pero sí hay un movimiento político y social creciente que se apoya en el voto universal, en la democracia y en las reformas. No hay que dudar del creciente poder de la democracia política como instrumento de elevación de la humanidad.

El derecho de voto hace de aquel que lo ejerce un miembro de la colectividad. Aunque esta participación sea por el momento solamente virtual, termina, a largo plazo, por transformarse en efectiva.

Mientras la clase obrera permanece débil numéricamente, y políticamente poco formada, el derecho de voto puede parecer que carece de importancia. Pero, en la medida en que los obreros se tornan más numerosos y que su nivel de conocimiento se eleva, el sufragio universal se transforma en el instrumento por el cual ellos pueden transformar a los parlamentarios en servidores del pueblo⁷⁵.

Pues si la democracia es un valor en sí, la clase obrera tiene que abandonar toda pretensión de romperla, aceptando la consecuencia natural y lógica de esta actitud: la adaptación de su estrategia y táctica, de manera definitiva y sin ambigüedades, a la lucha parlamentaria y reformista dentro del Estado actual. La tesis de la revolución fracasó frente a los hechos. El comportamiento real del partido se va ajustando a las nuevas condiciones políticas. Así también sus objetivos políticos. El partido debe abandonar las tesis de la dictadura del proletariado. Citamos al propio Bernstein:

La noción de la dictadura del proletariado es hoy a tal punto obsoleta que es necesario, para continuar usándola, desproveerla de su significación original y darle no se sabe qué segundo sentido. Toda la práctica de la socialdemocracia tienen conciencia de ser los pioneros de una civilización pacífico del sistema actual a un orden social mejor. Los militantes de la socialdemocracia tienen conciencia de ser los pioneros de una civilización superior. Es en ello donde ponen su entusiasmo y donde encuentran un estímulo. Es en ello

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 176.

donde apoyan su proyecto de expropiación colectiva. Pues bien, la dictadura de clases es una idea que pertenece a una cultura ya muerta. Sin hablar de sus finalidades y de la posibilidad concreta de ponerla en práctica (lo que es más problemático), representa una regresión; es un sinsentido político creer que el paso de la sociedad capitalista a la socialista debe necesariamente tomar prestadas las formas de una época que ignoraba los métodos modernos de propaganda y no conocía ninguna de las instituciones de que se dispone actualmente para imponer una nueva legislación.

[...] La socialdemocracia tiene que reconocer sus vínculos profundos con el liberalismo, ella es su hija más legítima. Para ella la garantía de las libertades civiles ha sido más preciosa que las reivindicaciones económicas⁷⁶.

La actitud frente al liberalismo llevaba también a una reformulación de la política de alianzas con el liberalismo y los campesinos. Hemos visto la importancia que daban Marx y Engels al problema de las alianzas y su preocupación ante la evolución de la socialdemocracia alemana hacia un aislamiento de la clase obrera, aislamiento que la encerraba dentro de sí misma, que la llevaba a minimizar el enfrentamiento con la aristocracia terrateniente y la burocracia reaccionaria y que la hacía despreciar la defensa de los intereses liberales, comunes a la clase obrera y a la burguesía. Pero Bernstein no se vuelca hacia los liberales desde el punto de vista socialista y revolucionario, sino con una admiración creciente que pronto fue captada por los liberales progresistas y los llevó a considerar el revisionismo como un ala izquierda del liberalismo. Tesis correcta, defendida también por la izquierda del partido socialdemócrata, y que corroborará la evolución histórica de la socialdemocracia cuando abandona sus objetivos socialistas para sustituirlos por un radicalismo liberal.

⁷⁶ *Ibíd.*, pp. 178-180.

Las tesis revisionistas coronan su carácter de adhesión al sistema al enfrentarse a las cuestiones de la guerra y del colonialismo, ambas íntimamente interrelacionadas. Enseguida de criticar la propuesta de armar al pueblo, hecha por el programa de Erfurt, planteaba Bernstein la necesidad de que la defensa nacional fuera ejercida por un ejército regular, y hasta la posibilidad de apoyarlo en una política ofensiva, cuando ésta respondiese a una posible agresión.

A pesar de que Bernstein no apoyó la participación alemana y socialdemócrata en la primera guerra mundial, esta actitud no se debe a una posición antibelicista consecuente sino a razones meramente circunstanciales, pues él intentaba identificar, en su libro, los intereses militares nacional burgueses con los de la clase obrera.

Pero donde su nacional chauvinismo se revela plenamente, mostrando el vínculo profundo entre el reformismo y la defensa del Estado nacional burgués, es en su posición sobre la cuestión colonial, que atañía a vastos sectores del partido:

Es necesario examinar seriamente las perspectivas ofrecidas por la conquista colonial. Los indígenas deben ser bien tratados e indemnizados, todas las cuestiones administrativas deben ser objeto de control riguroso. Pero no hay ninguna razón para condenar a priori toda nueva adquisición. Evidentemente, en el sistema actual, la socialdemocracia no puede dejar de criticar la política gubernamental e impugnar el hecho de que Alemania tiene necesidad de nuevas colonias. Pero debemos igualmente soñar con el futuro. Alemania importa cada año cantidades considerables de productos coloniales: vendrá el día en que desearemos, al menos en parte, encontrar esos productos en nuestras propias colonias. Es bello hacerse ilusiones sobre la rapidez de la evolución social en Alemania, pero no debemos olvidarnos que será necesario un largo tiempo antes de que el socialismo triunfe en un cierto número de países. Ahora bien, no es más reprehensible que consumir los productos tropicales el hecho de organizar

nosotros mismos su producción. Todo depende de la manera. No es fatal que la ocupación de los países tropicales por los europeos signifique un prejuicio para los indígenas; y en varios casos, es más bien lo contrario lo que se produce. No es la conquista la que crea derechos, sino la valorización del suelo. Una civilización evolucionada tiene pues, en definitiva, derechos superiores⁷⁷.

El revisionismo conforma así un esquema teórico coherente, a pesar de las incoherencias y vacilaciones que revela en su desarrollo lógico.

Empieza por separar al marxismo de su base dialéctica, para poder apoyarse en la analítica burguesa de inspiración kantiana. Pasa inmediatamente a negar la necesidad material, económica de la revolución, al querer demostrar la capacidad de adaptación y supervivencia del capitalismo. Enseguida, tiene que apoyar al socialismo en una razón moral, que sobrepasa la lucha de clases. Y termina, en lo político, por oponer la reforma y la revolución para optar éticamente por la primera, ajustando así el conjunto de su táctica al funcionamiento del Estado burgués. El pequeño burgués se concilia así con el Estado burgués sin abandonar su simpatía sentimental por la clase obrera. La ideología surgida de este encuentro cumple un papel mediador importante entre el orden burgués y la subversión obrera, en favor de la conservación del primero.

Al final del camino del revisionismo, no queda ya nada ni del marxismo ni del socialismo pese a que, sinuosamente, Bernstein trata de ocultar esta realidad.

Bernstein concibe, pues, el socialismo como un imperativo ético, que no depende de las contradicciones económicas del capitalismo ni de un acto de violencia para asumir el poder y que será un producto natural de la evolución de la democracia. Esta noción culmina con la negativa de Bernstein a apoyarse en los objetivos generales del

⁷⁷ *Ibíd.*, pp. 202-3.

movimiento. Esta afirmación, que provocó muchas discusiones y que él reafirma en el prólogo de su libro, es la expresión más clara del pragmatismo antisocialista que encierra todo reformismo:

Yo no creo que se puedan saltar las etapas. Por eso yo me atengo primeramente a los deberes inmediatos de la socialdemocracia, a la lucha por los derechos políticos de la clase obrera, a las reivindicaciones y a la organización de los obreros. Es en este sentido que he escrito esta frase, la que suscribiré siempre: el movimiento es todo, y lo que se llama comúnmente el objetivo del socialismo no es nada⁷⁸.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 16.

III. La crítica centrista al revisionismo: Kautsky

El más importante oponente de Eduard Bernstein, en el debate sobre el revisionismo, fue Karl Kautsky, principal teórico del partido socialdemócrata alemán y de la II Internacional. Su libro *La doctrina socialista*, réplica al libro de Eduard Bernstein, *El socialismo teórico y socialismo práctico*⁷⁹ fue considerado durante muchos años como la base de la posición marxista ortodoxa en contra del revisionismo. Esta apreciación parecía universal, hasta que se empezó a caracterizar la divergencia de Kautsky con Rosa Luxemburgo, a partir de 1908, y con Lenin, sobre todo durante la primera guerra mundial y más particularmente ante la revolución rusa.

El propio Lenin, quien en los años de la polémica hizo un resumen muy elogioso de la anticrítica de Kautsky, mostrará posteriormente las debilidades de esta crítica en su artículo *La polémica de Kautsky con los oportunistas* y en sus libros *El Estado y la revolución* y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. En esas dos obras, Lenin destaca fundamentalmente la actitud vacilante de Kautsky frente a las críticas de Bernstein a la dictadura del proletariado, actitud que lo llevará posteriormente al reformismo y al antisovietismo.

De esta manera nos cabe destacar, en el libro de Kautsky que examinamos, los gérmenes de su posición centrista, sólo evidenciada claramente en los años posteriores. La crítica o anticrítica de Kautsky a Bernstein se divide en tres partes: el método, el programa y la táctica.

En la primera parte, Kautsky defiende la corrección del materialismo histórico y dialéctico, así como de la teoría del valor de Marx. Acepta que la importancia de los factores superestructurales es plenamente reconocida por Marx y Engels; pero que de ahí no se puede,

⁷⁹ Las siguientes citas corresponden a la versión en español publicada por Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966. Esta edición reproduce la traducción al español hecha por los dirigentes socialistas españoles, Pablo Iglesias y Juan A. Mella, en 1909.

sin embargo, pasar a un idealismo que sea sustento de la superioridad del factor espiritual y moral en una época, como lo afirma Bernstein.

En el capítulo sobre la dialéctica, Kaustky destruye la argumentación de Bernstein sobre la oposición entre la revolución y la reforma así como sus conclusiones sobre la evolución del movimiento obrero, después de los fracasos de 1848 y de 1871. Estas dos revoluciones, en lugar de afirmar la democracia burguesa como base para el desarrollo de la democracia proletaria, mostraban que cada vez más el desarrollo de la democracia dependía de la acción de la clase obrera. “Allí donde ya no existe la democracia, sólo aparecerá ésta como democracia proletaria”⁸⁰.

De esta manera, Kautsky recogía correctamente la evolución de la estrategia y táctica marxistas que señalamos en la parte dedicada a Marx y Engels y que será comprendida con todas sus consecuencias prácticas por Lenin, como veremos en la parte siguiente de este trabajo.

Esta tesis, esencial para entender la estrategia y la táctica marxistas, se aplica no sólo a países más atrasados, que no completaron la revolución burguesa, sino también a los países capitalistas desarrollados. En la parte final de su libro Kautsky afirma:

Una democracia progresista no es ya posible en un país industrial sino en tanto sea democracia proletaria. De ahí la decadencia de la democracia burguesa. Cuando el tema de la dominación del proletariado se apodera de la democracia burguesa, ésta renuncia a sus ideas democráticas de otros tiempos. Si tiene interés en conservar la democracia progresista, debe familiarizarse con la idea de la soberanía del proletariado⁸¹.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 49.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 240.

Al oponer la lucha del proletariado por el poder y la revolución social a la democracia y las reformas, Bernstein rompía la unidad esencial del proceso histórico concreto.

A título de paréntesis, es necesario señalar la debilidad de Kautsky, cuando responde a las observaciones de Bernstein respecto a la autocrítica de Engels sobre el Estado en ocasión de la Comuna de París.

Como vimos en la primera parte de este libro, Engels afirmaba que la Comuna había demostrado que no bastaba apoderarse de la máquina del Estado burgués, sino que era necesario destruirla antes.

Con especial mala fe, Bernstein utiliza la primera parte de la autocrítica sosteniendo que Engels dudaba acerca de la capacidad de la clase obrera para gobernar y sobre la dictadura del proletariado.

Kautsky acepta esta interpretación de Bernstein, lo que causa enorme indignación a Lenin al criticar sus vacilaciones. Cerremos aquí este ilustrativo paréntesis. Kautsky continúa su crítica a Bernstein defendiendo el carácter concreto del concepto de valor en Marx, y mostrando el eclecticismo de Bernstein al intentar compararlo con el concepto del valor utilitarista.

En el plano económico, Kautsky destruye una a una, y con gran abundancia de cifras, las pretendidas revisiones de Bernstein. Además tiene que negar constantemente las falsas interpretaciones del marxismo del teórico revisionista.

No hay en el marxismo una teoría del derrumbe. Por el contrario, Marx y Engels pusieron el énfasis fundamental del proceso revolucionario en el desarrollo político e ideológico de la clase obrera. Pero este desarrollo dependía de la profundización de las contradicciones del modo de producción capitalista, y no de una evolución puramente moral del proletariado. Esta teoría —dice Kautsky— ve en el modo de producción capitalista el factor que empuja al proletariado a la lucha de clases contra los capitalistas, que aumenta su fuerza numérica, su cohesión, su inteligencia, el sentimiento que tiene de su fuerza, su maduración política, que acrecientan cada vez más su im-

portancia económica, que hacen inevitable su organización en partido político y la victoria de este partido, y no menos inevitable, también el modo de producción socialista, como consecuencia de esta victoria⁸².

Esa teoría está, pues, intrínsecamente ligada a las leyes generales del capitalismo que Marx enuncia en *El Capital*. Por eso Kautsky pasa a examinar las críticas del revisionismo a la concentración económica, a la polarización creciente entre capital y trabajo y a las crisis económicas. Nos es éste el lugar apropiado para exponer en detalle esos análisis; debemos hacer un resumen muy sumario pese a que ocupan la mayor parte del libro. Kautsky reúne toda la información disponible sobre el proceso de concentración industrial y agraria. Señala, muy justamente, que la mayor concentración sólo crea las condiciones para resolver el problema del paso al socialismo, pero no lo resuelve ella misma. “Esta solución —señala— sólo puede salir de la lucha del proletariado, de su fuerza de voluntad y del sentimiento que de sus deberes tiene”⁸³.

Los datos que presenta demuestran irrefutablemente la debilidad de las críticas revisionistas. Sólo en el sector agrario se podría notar un cierto estancamiento de la tendencia a la concentración en Alemania; pero de cualquier manera, la población agraria tiende a disminuir su peso relativo en el conjunto de la población.

Así, es de esperarse que, con el desarrollo del capitalismo en el campo, se acentúe el proceso de proletarización y concentración, como de hecho ocurrió históricamente. Kautsky hace notar, con todo, que esta tendencia general a la concentración no implica una destrucción absoluta de la pequeña empresa; indica solamente una tendencia cuya mayor o menor aceleración depende de muchas circunstancias concretas. Además, hay un proceso de decadencia de la

⁸² *Ibíd.*, p. 70.

⁸³ *Ibíd.*, p. 76.

pequeña propiedad, que la va asociando a las actividades semiproletarias y marginales del sistema. Kautsky resume muy bien esos aspectos de la manera siguiente:

Observemos, ante todo, que la concentración del capital no se produce con la misma progresión en todas las ramas de la industria. La gran explotación acapara sucesivamente estas diversas ramas, y suplanta a la pequeña explotación, sin arrojar, por esto, a las filas del proletariado a todos los pequeños emprendedores de esta explotación. Expulsados de una industria, buscan otra nueva, venden, por ejemplo, un producto, después de haberlo fabricado, y de industriales se convierten en intermediarios. El dominio de la pequeña explotación se reduce así cada vez más, sin que disminuya el número absoluto de las pequeñas explotaciones. La progresión de la gran explotación se manifiesta, por un lado, por un aumento excesivo de las pequeñas explotaciones; por otro lado, si la competencia de las grandes explotaciones conduce a la desaparición de las pequeñas, determina además su propia ruina, haciéndose la competencia entre ellas. De este modo van cayendo cada vez más en la dependencia del capital, son impedidas cada vez más a especializarse y preparan así el terreno a la gran explotación, que, tarde o temprano, hace también su aparición en este dominio⁸⁴.

En la sociedad tiende a aumentar el número de los no propietarios en relación a los propietarios y, dentro de éstos, la diferencia entre los burgueses y los pequeñoburgueses. Las estadísticas de Bernstein sobre el aumento del número de propietarios son demasiado elementales y fácilmente destruidas por los datos más directos y concretos presentados por Kautsky.

⁸⁴ *Ibíd.*, pp. 83-84.

Kautsky demuestra la manera equivocada en que Bernstein entiende la propiedad de acciones y la naturaleza de las sociedades anónimas. Éstas expresan el dominio de capital sobre los pequeños ingresos privados, antes que el aumento de los propietarios, como lo sostiene Bernstein. Además, las estadísticas sobre el número de acciones no esclarecen el problema del número de propietarios, ni revelan el dominio de los grandes capitalistas sobre un capital ajeno.

El sistema de las sociedades anónimas lejos de impedir los efectos de la acumulación de capitales es, por el contrario, un medio de exagerarlos. Él sólo favorece las empresas gigantescas que el capital aislado no podría emprender⁸⁵.

Las sociedades anónimas aumentan el número de poseedores ociosos inútiles, en la sociedad capitalista. Tales consideraciones explican muy claramente la cuestión en que se embrolla Bernstein, sobre el consumo de la plusvalía por el capitalista.

Kautsky muestra cómo el crecimiento de la plusvalía aumenta el parasitismo y el desperdicio en la sociedad capitalista, produciendo una forma de consumo que va en contra de los intereses de las mayorías. El parasitismo se expresa sobre todo en el militarismo, forma de consumo improductivo de los excedentes de plusvalía; el despilfarro se expresa también en la moda, que provoca el rápido desuso de los productos antiguos y el sobreprecio de los nuevos, aumentando el consumo de la minoría rica. Otra forma de absorber la plusvalía es el aumento de los servicios personales que, en parte, absorben periódicamente, por otro lado, el creciente número de desempleados.

Tales planteamientos permiten al autor analizar lo que el revisionismo llama “la teoría del crecimiento de la miseria”, la cual, como señala Kautsky, no existe en el marxismo, como tampoco existe en él la “teoría del derrumbe” o de las “catástrofes”, tan citadas por Bernstein.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 136.

La tendencia a aumentar la miseria de los trabajadores es un resultado de la acumulación capitalista, como se puede constatar en el razonamiento presentado por Kautsky, y que resumimos en seguida:

La tendencia del capitalista es a aumentar su tasa de plusvalía, sea absoluta o relativa. En tal sentido, el sistema, por su propia dinámica, lleva inexorablemente a la progresión de la miseria del trabajador. A esta tendencia se oponen la organización de los trabajadores y sus luchas por obtener mejoras de salarios, sistemas de previsión, cooperativas de consumo, etcétera.

Sin embargo, a pesar de las conquistas de mejoría física, vital, que puedan lograrse con muchas luchas y en largos periodos, no hay que descuidar la miseria social que deriva de la mayor intensidad del trabajo, “la miseria moral del subordinado que intelectualmente es superior a su jefe, la miseria moral del genio desconocido”, la distancia creciente entre las conquistas materiales de la clase obrera y la riqueza creciente de los capitalistas. Asimismo, la incorporación de la mujer y de los niños al trabajo desorganiza a la familia obrera y baja el nivel de vida.

Por otro lado, el aumento constante del número de proletarios en la sociedad agrava las condiciones de vida de la población tomada en su conjunto.

Hay que analizar el problema desde un punto de vista más amplio, que incluya los nuevos sectores y regiones que caen bajo el dominio del capital. Así lo analiza Kautsky:

Pero el aumento del número de los proletarios no es a su vez más que un síntoma y al mismo tiempo una nueva causa de la agravación de la miseria en las demás clases del pueblo. En los dominios nuevamente adquiridos por la industria capitalista y damos a la palabra “dominio” su sentido geográfico a la vez que el económico— la tendencia del capitalismo a acrecentar la miseria se manifiesta con una energía particular, y de ella resulta, no ya tan sólo la miseria social, sino

también una profunda miseria física, el hambre, la privación de lo que es indispensable para la vida.

Es un hecho conocido y también generalmente reconocido. Pero el economista burgués se consuela diciendo que sólo se trata de un hecho pasajero que es tan sólo la consecuencia de un periodo de transición, al que seguirá el mejoramiento de las clases populares.

Ello es verdad para algunas regiones y algunas ramas de la industria, pero no para el conjunto de la sociedad capitalista. Ciertamente es que una buena parte de las facciones del proletariado se librarán tarde o temprano de su miseria física. Pero la forma de producción capitalista progresa continuamente, se extiende constantemente sobre nuevas ramas de la industria y sobre nuevas regiones donde arruina a los propietarios de la pequeña industria, los convierte en proletarios, los hunde en la miseria, y ese movimiento sólo acabará cuando acabe la producción capitalista, porque ésta sólo puede existir extendiendo su dominio sin cesar⁸⁶.

El aumento de la riqueza genera también una nueva clase media de asalariados, intelectuales y profesionales que sustituyen a los antiguos artesanos y trabajadores individuales, y reciben sueldos relativamente altos. Se crea una capa social intermedia.

Según Kautsky, apuntando hacia una problemática que adquirirá un papel central en la discusión sobre la estructura social de los países capitalistas avanzados, esa clase media tiende a aumentar como resultado de la separación creciente del capitalista de la actividad directamente productiva, así como del desarrollo de las actividades intelectuales y científicas debidas a la mayor complejidad del aparato productivo y social:

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 163.

La principal causa del crecimiento de esta capa y de la población consiste en que los miembros de las clases explotadas delegan cada vez más sus funciones en trabajadores inteligentes asalariados, que venden sus servicios uno a uno, los médicos, los abogados, los artistas, o que reciben en cambio un sueldo fijo como los funcionarios de todas clases⁸⁷.

Continúa Kautsky:

La clase capitalista ha empezado ya también a delegar sus funciones comerciales e industriales encomendadas a trabajadores asalariados, comerciantes, ingenieros y otros. Al principio sólo fueron auxiliares del capitalista que les encargaba la parte de sus funciones relativas a la vigilancia, la organización del trabajo, la compra de medios de producción, la venta de los productos, de que él mismo no podía encargarse, por falta de la educación profesional especializada, cada vez más necesaria. En fin, el capitalista resulta superfluo con el sistema de las sociedades anónimas, que hasta entregan a los asalariados la alta dirección de las empresas. No cabe duda que el sistema de las sociedades anónimas contribuye a aumentar el número de los empleados bien retribuidos y favorece la formación de la nueva clase media⁸⁸.

Esta nueva clase media es en general asalariada, pero sus orígenes burgueses y sus condiciones de vida la aproximan más a la burguesía que al proletariado. Sin embargo, en la medida en que esos especialistas crecen en número, y las escuelas que los producen aumentan masivamente, no sólo se van introduciendo los hijos de los obreros

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 167.

⁸⁸ *Ibíd.*, pp. 167-68.

en esas capas, sino también se van desvalorizando actividades anteriormente elitistas. En consecuencia de este análisis, Kautsky concluye:

Pero cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan para salvar las apariencias, llega, para cada una de estas fracciones “proletarizadas” de la clase intelectual, el momento en que se sentirá proletaria, se interesará en la lucha del proletariado y tomará en ella una parte activa. Esto es lo que ha ocurrido en Alemania con los empleados del comercio, los escultores y los músicos, a los que imitarán otros muchos⁸⁹.

En el plano económico, queda solamente por analizar la teoría de las crisis. Sabemos que para el marxismo la revolución depende de la profundización de las contradicciones del modo de producción capitalista, y no de las crisis periódicas. Éstas crean, sin embargo, situaciones sociales que revelan más claramente esas contradicciones. La relación entre las crisis económicas y la revolución ocupa un papel importante en la estrategia y táctica marxistas. Por eso, Kautsky se ve obligado a responder una por una a las afirmaciones de Bernstein sobre el tema: primeramente, el marxismo no estableció una periodicidad definida de diez años para las crisis, como lo pretendía Bernstein. Ello fue fruto de la observación de las crisis de 1815, 1825, 1836, 1847 y 1857. Desde esta fecha había fallado la ley empírica decenal, como lo advirtió el propio Engels. En 1873 ocurrió una crisis de quince años, que duró hasta 1888 y que Kautsky consideró desusada. En 1893 se había producida una crisis de menores proporciones. Y desde este año hasta 1898, ninguna crisis. En segundo lugar, Kautsky muestra la contradicción, inherente al sistema capitalista, entre la estrechez del mercado y las potencialidades crecientes de la producción. Pero insiste en que no hay un límite absoluto para tal contradicción. El

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 171.

problema de la crisis final o derrumbe del capitalismo no es, pues, económico y depende fundamentalmente de la lucha de clases.

En lo que se refiere a la capacidad de los cárteles, del sistema de crédito y de la extensión de las comunicaciones para detener las crisis, el teórico ortodoxo muestra que los cárteles no pueden detener el aumento de la producción sin herirse a muerte. Sus ganancias, ampliadas por sus ventajas monopólicas, exigen el aumento de las inversiones en el exterior y amplían las crisis. De cualquier manera, aunque logran regular la producción y disminuir el efecto de las crisis, los cárteles y trusts no dejarían de imponer su tiranía de manera creciente sobre los trabajadores si, para detener la crisis, tuviesen que limitar la producción en detrimento del consumo de los trabajadores y en función del aumento de sus ganancias.

Kautsky se ve obligado a denunciar el verdadero carácter liberal del revisionismo al afirmar:

Las objeciones que opone a la teoría marxista del capital, son las mismas que alega desde hace mucho tiempo el liberalismo económico contra el socialismo. Y hasta que se pruebe lo contrario, no veo que de estas objeciones puedan deducirse otras consecuencias que las que los liberales han deducido. Si los grandes inconvenientes de la forma de producción capitalista son inherentes tan sólo a sus principios y han de disminuir con el tiempo; si el número de los que poseen aumenta; si los contrastes sociales se atenúan cada vez más; si los proletarios tienen cada vez más probabilidades de llegar a ser independientes, o al menos de obtener una situación satisfactoria, ¿para qué el socialismo? Si yo pensara de la evolución capitalista lo que piensa Bernstein, confieso francamente que consideraría al socialismo como un gran error. Si Bernstein llegase a persuadirme también de la exactitud de las objeciones que hace a la concepción socialista de nuestra forma de producción, yo diría: nuestro sitio no está ya en el Partido Socialista, sino en un partido sencillamente radical,

o mejor aún, porque no quisiera separarme de un partido, yo propondría que se adoptase, en vez del programa colectivista revolucionario, un programa reformista⁹⁰.

Pero después de esta clara definición del verdadero sentido del pensamiento de Bernstein, Kautsky trata de excusarlo destacando su voluntad y convicción socialistas, que lo separarían de los liberales. Esta actitud conciliatoria se refleja también en el voto del congreso de la socialdemocracia alemana de 1900 redactado por Kautsky. Es una posición que permite la permanencia de los revisionistas en el partido y su influencia creciente.

La victoria de la ortodoxia marxista se traduce pues en un compromiso táctico con los revisionistas, inspirada por el centrismo que Kautsky reflejaba, preocupándose fundamentalmente por la unidad del partido.

Este compromiso se hace más claro en las cuestiones tácticas abordadas por el teórico de la II Internacional, que resumimos en seguida.

Frente a las propuestas de Bernstein para desarrollar los sindicatos, las cooperativas y el socialismo municipal, Kautsky insiste sobre todo en el principio general de que la lucha política es la decisiva. Pero no se detiene mayormente en las cuestiones tácticas que vinculan la lucha política por el poder a las formas de lucha señaladas. Su respuesta es bastante general:

Nadie ha negado aún que un proletariado fuertemente organizado en sindicatos, disponiendo de ricas cooperativas de consumo, de numerosas imprentas, de diarios muy leídos, obtenga resultados muy diferentes en las elecciones y en el Parlamento de los que obtendría un proletariado que careciera de todas aquellas armas de combate. Pero la potencia económica fundamental del proletariado es la potencia

⁹⁰ *Ibíd.*, pp. 200-1.

creada espontáneamente por la evolución económica. Y la forma más elevada de la lucha de clases, la que da su carácter a todas las demás, no es la lucha entre organizaciones económicas aisladas, sino la lucha sostenida por la colectividad del proletariado para la conquista de la más poderosa de las organizaciones sociales, el Estado; es la lucha política. Ésta es la que todo lo decide⁹¹.

Además de afirmar la flexibilidad táctica del partido para adaptarse a los periodos pacíficos o revolucionarios, Kautsky demuestra los límites de la democracia. La caracteriza como un sistema formal de derechos de participación cuyo contenido varía, fundamentalmente, en razón del contenido de estos derechos. La democracia moderna no tiene, de ninguna manera, el contenido moral y civilizador en sí mismo que exalta el liberalismo revisionista. Así lo demuestran las represiones a los trabajadores, los choques raciales, las luchas económicas y militares interburguesas. En este sentido, la soberanía del proletariado se muestra como un instrumento necesario para dar un contenido real a la democracia. Hasta aquí, el teórico ortodoxo se muestra seguro. Sus vacilaciones se hacen evidentes cuando trata el tema de la dictadura del proletariado. La posición de Kautsky se torna titubeante y confusa. Veámosla en sus propias palabras. No quiero asegurar que la supremacía del proletariado debe tomar inevitablemente la forma de una dictadura de clase. Pero la experiencia no ha demostrado hasta el presente, ni las previsiones que puedan hacerse para el porvenir permiten creer, que las formas democráticas hacen innecesaria la supremacía de la clase proletaria para su emancipación. Compréndase bien. No tengo intención de negar que la democracia, con sus libertades, su clara noción de las relaciones de los diversos partidos y de las clases sociales, sea a propósito para quitar la mayor aspereza posible a la lucha de clases. Siempre lo ha reconocido el Partido Socialista. Aquí no se trata de esto, sino de

⁹¹ *Ibíd.*, p. 206.

saber si la democracia puede atenuar la agravación de los antagonismos sociales que resultan de la evolución económica hasta el extremo de hacer inútil la supremacía de la clase proletaria. La teoría y la práctica contestan negativamente esta pregunta. Podemos confiar tranquilamente al porvenir la solución del problema de la dictadura proletaria. En este punto es inútil todavía que nos atemos de manos⁹².

El análisis de Kautsky se va haciendo más indeterminado mientras más se aproxima a las tareas concretas de la socialdemocracia. Todas las hipótesis son posibles:

En otros términos, la producción capitalista y el poder en manos del proletariado son dos cosas incompatibles. Es difícil decir más. No sabemos ni cuándo ni cómo se establecerá esta supremacía del proletariado, si será después de una gran tormenta o a consecuencia de una serie de catástrofes, o si se realizará poco a poco y gradualmente. Tampoco sabemos cómo serán entonces la sociedad y el proletariado, porque estos dos factores se modifican sin interrupción; no sabemos cuántas cosas todavía imprevistas se realizarán entonces, ni cómo se dificultarán o se facilitarán más todavía los problemas del régimen proletario. No podemos más que reconocer la ley fatal que obligará al proletariado victorioso a reemplazar la forma de producción capitalista por la forma de producción socialista⁹³.

El centrismo de Kautsky revela así su carácter capitulador frente al revisionismo. Kautsky se contenta con restablecer la ortodoxia en las cuestiones de principio en general, abandonando la tarea de vincular las creadoramente con los procesos políticos concretos. No tiene ningún sentido revolucionario plantear en general las posibles

⁹² *Ibíd.*, pp. 216-17.

⁹³ *Ibíd.*, p. 226.

formas de transición del capitalismo al socialismo, incluso admitiendo una forma gradual evolutiva, y despreocuparse de las tareas concretas, de la forma que —en las condiciones concretas de Alemania y de Europa del período— debería asumir este proceso.

Acordémonos de las advertencias de Engels a Kautsky en ocasión del programa de Erfurt. Engels señalaba entonces que el abandono de las cuestiones tácticas concretas, en favor de los planteamientos doctrinarios generales, dejaba un vacío fácil de ser llenado por una práctica reformista y pragmática. Aquí encontramos la esencia del centrismo social-demócrata y los límites de la crítica de Kautsky a Bernstein.

IV. La crítica de izquierda: Rosa Luxemburgo

Rosa Luxemburgo iniciaba a fines del siglo XIX su vida política en Alemania. Nacida en Polonia, donde principió su militancia, se había exiliado en Suiza desde 1890. Organizó en el exterior un partido socialista polaco antinacionalista e inició su actuación en la Internacional socialista, como representante de su discutido partido, cuyas tesis, contrarias a la autonomía nacional polaca, fueron rechazadas en el congreso de 1896. En 1898 se dirigió a Alemania, habiendo conseguido la ciudadanía, y comenzó su militancia en el PSD alemán, organizando a los obreros polacos de Silesia.

A pesar de su juventud (28 años), y de estar apenas iniciando su vida política en Alemania, Rosa Luxemburgo ya era conocida por sus artículos y su actuación en la Internacional. En ese momento, Bernstein empezaba a publicar los artículos iniciadores del debate revisionista. Parvus, amigo de Luxemburgo, había levantado una fuerte polémica en contra de Bernstein que obligó a la dirección del PSD alemán (renuente a llevar hasta sus últimas consecuencias un debate teórico tan amplio, contra una de las figuras centrales del partido) a tomar en cuenta el problema. Rosa Luxemburgo, que sucedió a Parvus en la dirección del diario del PSD de Silesia, continuó el debate exigiendo una definición partidaria. En este momento, Kautsky se vio obligado a entrar en la discusión en su calidad de teórico principal de la socialdemocracia alemana.

El libro que recogió los principales artículos de Rosa Luxemburgo sobre el revisionismo, publicado en 1899 bajo el título de *Reforma social o revolución*, representa el punto de vista marxista ortodoxo de izquierda, frente a los intentos de transformar el marxismo en un apéndice del liberalismo.

En el momento de su publicación el libro de Rosa Luxemburgo no aparecía como una posición diferente de la oficial. La posición oficial estaba representada por el libro de Kautsky que, a pesar de haber sido redactado con posterioridad, venía avalado por su prestigio y quedaba como la obra central de crítica al revisionismo.

Sin embargo, había diferencias entre los dos enfoques, que en ese momento quedaban oscurecidas por el frente común en contra de Bernstein. Estas diferencias se van a agudizar con el tiempo hasta que, primero en 1910, posteriormente durante la primera guerra mundial y, finalmente, frente a la revolución bolchevique, se revelan claramente. Así, el centro partidario estaba representado por Kautsky y Bebel, en tanto que a la izquierda la expresaba muy bien la joven polaca en ese momento crucial del desarrollo de la estrategia y la táctica marxistas.

Después de la amplia descripción que hemos hecho de la crítica kautskiana al revisionismo, no es necesario extendernos en las posiciones de Rosa Luxemburgo en su libro *Reforma o revolución*⁹⁴. Nos bastará con señalar los puntos en los cuales esta crítica anunciaba ya las diferencias entre el centro y la izquierda.

Para nosotros, estos puntos son básicamente los siguientes:

En primer lugar, la insistencia de Rosa Luxemburgo en definir claramente las consecuencias finales del revisionismo. Para Luxemburgo, el gran peligro era que se presentaba como un cordero que no negaba los objetivos finales del socialismo; simplemente intentaba desvincular estos objetivos de ciertas afirmaciones económicas y teóricas, y excluir ciertos métodos de lucha que moralmente no eran recomendables y prácticamente se hacían innecesarios. El esfuerzo teórico de Luxemburgo se centrará en demostrar las consecuencias radicales del planteamiento revisionista y su radical oposición al marxismo y a la socialdemocracia entendida como el partido revolucionario de la clase obrera. Su crítica llevaba así a un enfrentamiento radical con el revisionismo, no sólo en lo teórico, sino en lo estratégico y táctico.

De esta manera, Rosa Luxemburgo busca identificar la esencia del planteamiento revisionista y despojarlo de su apariencia socialista:

⁹⁴ Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución*, ed. Grijalbo, México, 1967.

No obstante, el arco de bóveda del edificio o sistema de Bernstein no está localizado en su concepción de las tareas prácticas de la socialdemocracia. Se encuentra en su afirmación respecto al curso del desarrollo objetivo de la sociedad capitalista, que a la vez está estrechamente ligado a la concepción resultante en el terreno de las tareas prácticas de la socialdemocracia⁹⁵.

¿Dónde está la trampa? En la concepción de la capacidad de “adaptación” del sistema capitalista a las reformas obreras; en el abandono de la dialéctica marxista por una analítica burguesa que, sustituyendo el análisis de las contradicciones del capitalismo como fundamento del socialismo por un idealismo pragmático, termina por negar el sentido de la lucha socialista. De esta manera, ella define la esencia teórica del revisionismo al plantear:

La teoría revisionista se enfrenta así a un dilema: o la transformación socialista es, como se admite ahora, la consecuencia de las contradicciones internas del capitalismo, por lo que con el desarrollo de éste, maduran dichas contradicciones determinando inevitablemente en un momento dado el colapso (en cuyo caso los medios de adaptación son ineficaces y la teoría del colapso es correcta), o los medios de adaptación evitarán realmente el colapso del sistema capitalista y, consiguientemente, lo capacitarán para sobrevivir mediante la supresión de sus propias contradicciones. En este supuesto el socialismo deja de ser una necesidad histórica. Entonces vendrá a ser cualquier cosa menos el resultado del desarrollo material de la sociedad. Dilema que conduce a otro. O el revisionismo es correcto en su posición referente al curso del desarrollo capitalista y por lo tanto la transformación socialista de la sociedad es utópica, o el socialismo no es

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 13.

una utopía, y la teoría de “los medios de adaptación” es errónea. He aquí crudamente esbozado el quid del problema⁹⁶.

En sus críticas a las concepciones económicas de Bernstein, los planteamientos de Luxemburgo no se separan en lo esencial de los de Kautsky, excepto en un mayor énfasis —por parte de ella— en la presentación más claramente dialéctica de ciertos aspectos de la crisis y del proceso de concentración. Luxemburgo insiste más, también, en los límites del sindicalismo para controlar la producción y su papel complementario del sistema capitalista.

Donde su crítica se separa de la de Kautsky es en su análisis del Estado. Ella esclarece la naturaleza de las intervenciones económicas del Estado burgués cuya política de reformas progresivas se limita a los marcos establecidos por la ampliación del margen de actuación económica del sistema existente. En sus palabras: “El Estado actual es, primero que todo, una organización de la clase dominante. Asume funciones que favorecen el desarrollo social específicamente, y en la medida en que los intereses y el desarrollo social coinciden de una manera general, los intereses de la clase dominante. La legislación del trabajo es decretada tanto en el interés inmediato de la clase capitalista como en interés de toda la sociedad. Pero esta armonía dura sólo hasta cierto punto del desarrollo capitalista. Cuando ha llegado a determinado nivel, los intereses de la burguesía, como clase, y las necesidades del progreso económico comienzan a contradecirse aún en sentido capitalista. Pensamos que esta fase ha comenzado ya. Se muestra por sí misma en dos hechos extremadamente importantes en la vida social contemporánea: de un lado la política de barreras aduanales; del otro, el militarismo”⁹⁷.

De esta manera, el parlamentarismo y la extensión de la democracia sólo hacen reformas al Estado burgués existente, sin cambiar

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 18.

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 42.

su carácter de clase. Como Engels en 1895 y como Kautsky en su anticrítica, Rosa Luxemburgo reafirma la esencia de la tesis marxista:

en el momento en que la democracia se transforma en “instrumento de los intereses reales de la población toda, las formas democráticas son sacrificadas por la burguesía y por sus representantes del Estado”⁹⁸.

Se plantean aquí, radicalmente, los límites de la política de reformas, la cual tiene la función dialéctica de negarse a sí misma.

En la medida en que se hace eficaz, el método reformista plantea su negación, es decir, la contrarrevolución y, por tanto, obliga al cambio de táctica hacia la revolución. Luxemburgo lo expresa muy bien en su planteamiento.

Las dos concepciones son diametralmente opuestas. Viendo la situación desde el punto de vista de nuestro partido, decimos que como resultado de sus luchas parlamentarias y sindicales el proletariado llega a convencerse de la imposibilidad de realizar un cambio social fundamental a través de tales actividades, y llega a comprender que la conquista del poder es inexcusable. La teoría de Bernstein, sin embargo, comienza por declarar que esta conquista es imposible. Concluye afirmando que el socialismo puede establecerse como resultado de la lucha de los sindicatos y de la actividad parlamentaria⁹⁹.

De esta manera, reforma y revolución son métodos complementarios y no opuestos, como el mecanicismo revisionista lo pretende. Además, no son producto de una elección moral. Ambos métodos son producto del desarrollo de la lucha concreta que impone, en cada

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 46.

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 50.

momento, al uno o al otro. Vemos aquí una importante diferencia respecto a Kautsky: él también negaba la necesaria oposición entre ambos métodos, pero no afirmaba su necesaria complementación. Esta complementación quiere decir que la lucha por las reformas lleva, inexorablemente, a la revolución (o al triunfo provisional de la contrarrevolución, como lo destacó Luxemburgo posteriormente al establecer el dilema: socialismo o barbarie).

La diferencia entre el centro y la izquierda se revela aún más claramente en la concepción de la toma del poder y en el significado final de la lucha por las reformas. Luxemburgo muestra que, por más radical que se presente, esta lucha permanece en los marcos del sistema existente. La revolución social no puede ser el producto de una suma de reformas, pues sus contenidos son opuestos, a pesar de ser dialécticamente complementarios. Las reformas a un orden social existente están necesariamente en los marcos de este orden; sólo la revolución, con un cambio radical del Estado y del orden social, puede iniciar una etapa distinta de reformas que desarrollan el orden impuesto por la revolución.

Cada constitución política es el producto de una revolución. En la historia de las clases la revolución es el acto de creación política, mientras la legislación es la expresión política de la vida de una sociedad que ha surgido ya. La lucha por las reformas no genera su propia fuerza independientemente de la revolución¹⁰⁰.

Resulta antihistórico —continúa Luxemburgo— representar la lucha por las reformas como una simple proyección de la revolución y a ésta como una serie condensada de reformas. Una transformación social y una reforma legislativa no se diferencian según la duración, sino de acuerdo con su contenido¹⁰¹.

Ésta es la razón —concluye ella implacablemente— por la que la gente que se pronuncia en favor de un método de reforma legislativa en lugar de la conquista del poder político y de la revolución social y

¹⁰⁰ *Ibíd.*, pp. 88-89.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 89.

en contradicción con ellas, realmente no elige un camino más tranquilo, calmado y lento para el logro de la misma finalidad, sino que lo que elige es una distinta finalidad. En lugar de apoyar el establecimiento de una nueva sociedad apoya las modificaciones superficiales de la vieja¹⁰².

En el pensamiento revisionista, el salto dialéctico no se produce; de ahí que este pensamiento se oponga al método dialéctico. Sólo rompiendo con este método se puede concebir el reformismo como la vía del cambio de un sistema por otro superior, que sería impuesto por la moral y la ética, sin el uso de la fuerza.

La crítica de Rosa Luxemburgo va así al fondo de la cuestión: el revisionismo no es socialista; el reformismo no conduce al socialismo, esta corriente se encuentra en total oposición con el marxismo y el partido que se fundamenta en su pensamiento. No era sin razón que Bernstein había dicho que no le importaban los objetivos finales. Ésta era una manera disfrazada de convertir la socialdemocracia en un ala izquierda del liberalismo.

Si bien la crítica de Luxemburgo no explota todas las implicaciones tácticas del problema, revela la esencia, el núcleo que separa el revisionismo del marxismo.

Sólo en los años de la década de 1910, Rosa Luxemburgo y otros camaradas de la izquierda van a entender la implicación práctica de las diferencias apuntadas, que llevaban a la continua paralización del centro frente al revisionismo. En consecuencia se van a organizar en una fracción y posteriormente en un nuevo partido; primeramente con el centro, convertido en partido independiente contra la participación en la guerra; después en la Liga Espartaquista, y finalmente en la sección alemana de la III Internacional.

Esta evolución revela que Lenin había anticipado, de manera genial, las diferencias con los reformistas, conformando su propia fracción desde 1903, al no aceptar la participación de la minoría derrotada, en el II Congreso de la Socialdemocracia Rusa, en la dirección

¹⁰² Loc. Cit.

del partido. Esta división de aguas que no se había hecho en la fundación de la socialdemocracia alemana, ni en el debate con el revisionismo de Bernstein, permitió a los bolcheviques disponer de una organización revolucionaria, capaz de aprovechar las condiciones revolucionarias generadas por la primera guerra mundial.

Era pues natural que el leninismo suplantase a las otras corrientes de izquierda; no sólo por haber creado el primer Estado socialista, sino sobre todo, por la mayor claridad de sus posiciones estratégicas y tácticas.

V. La participación en los gobiernos burgueses

El debate estratégico y táctico, dentro del Partido Socialdemócrata Alemán y de la II Internacional, se había mantenido en el cuadro de la lucha legal hasta 1905, año en que la revolución rusa cambió profundamente los marcos de referencia del mismo.

Hasta entonces, las cuestiones del revisionismo, del reformismo, del oportunismo, se habían expresado en la práctica en torno a las alianzas electorales en el sur de Alemania y de la participación en el ministerio Waldeck-Rousseau en Francia. La posibilidad de participar en los gobiernos pasó a ser tema de discusión en la Internacional en 1900, en función de la experiencia francesa.

La influencia creciente del movimiento socialista en la vida de los países capitalistas avanzados planteaba una situación ambigua. Por un lado, el socialismo se presentaba como el representante del mundo obrero, en contra de la sociedad burguesa, de la cual estaba excluido y contra la cual debería levantarse revolucionariamente. Por otro lado, la propia fuerza del movimiento en el seno de la sociedad burguesa aumentaba su participación en ella, en sus instituciones, logrando resultados prácticos inmediatos. La tendencia a la unidad de la clase y su defensa frente al orden social burgués, planteaba otro problema: su creciente unificación en una fuerza sindical y política independiente que exigía una organización cada vez más burocratizada, rígida y estática, cada vez más concentrada en sí misma. El radicalismo revolucionario sectario, que apoyaba este ensimismamiento, terminaba convirtiéndose en un factor de consolidación del carácter estático y no revolucionario del movimiento.

Paradójicamente, este aislamiento de clase —que fuera en un principio revolucionario— se va convirtiendo en la base de una creciente integración al orden existente, al cual ya no se cuestiona. La gran cuestión táctica era, por tanto, la de conciliar esta participación creciente en el orden burgués— y las conquistas realizadas en una etapa de crecimiento económico y reformismo burgués con el objetivo revolucionario que era el fundamento último del partido.

La aceptación por parte del dirigente socialista francés, Mille-
rand, de participar en el gabinete ministerial de Waldeck-Rousseau,
apoyándose en el principio de defensa de la república en contra de
los conservadores, exigía un análisis sistemático al que se dedicó
Rosa Luxemburgo en su libro sobre La crisis del socialismo francés.

Esta crítica era tanto más necesaria porque, además de la inter-
pretación reformista —que transformaba la participación en el go-
bierno en un descubrimiento, de ligas comunes entre clases hasta en-
tonces opuestas que permitiría la unidad nacional— había una de-
fensa más izquierdista de esta participación, expresada por Jaurès.

Jaurès, quien ya despuntaba como el futuro líder del socialismo
francés, se distinguía de las tesis marxistas no sólo en el plano filosó-
fico, sino también en los aspectos políticos. Para él, la participación
de los socialistas en el gobierno se justificaba no sólo de acuerdo a las
razones tácticas de defensa de la república, sino también desde un
punto de vista estratégico. Según él, la revolución socialista suponía
el paso por un periodo intermedio, en el que se conformarían gobier-
nos burgueses obreros. Éstos permitirían el avance del movimiento
obrero y el desarrollo de la democracia, hasta el límite en que se crea-
rían las posibilidades del paso a una sociedad superior de tipo socia-
lista.

En el Congreso de París, en 1900, la II Internacional condenó for-
malmente la participación de Millerand en el gabinete Waldeck-
Rousseau, según una propuesta de Kautsky, que decía:

La conquista del poder político por el proletariado en un
Estado democrático moderno no puede ser resultado de un
coup de main, sino que ha de venir solamente como conclu-
sión de una larga y paciente actividad para organizar al pro-
letariado política y sindicalmente, para su regeneración fí-
sica y moral, y para ir consiguiendo gradualmente puestos
representativos en los ayuntamientos y en los cuerpos legis-
lativos.

Sin embargo, en donde el poder gubernamental está centralizado no puede conquistarse de esta manera fragmentaria. La entrada de un solo socialista en un ministerio burgués no puede ser considerada como el comienzo normal de la conquista del poder político: nunca puede ser más que un expediente temporal y excepcional en una situación de emergencia. Cuando en un caso dado existe una situación así, de emergencia, la cuestión es de táctica y no de principios. El congreso no tiene que decidir esto. Pero en todo caso este peligroso experimento sólo puede ser ventajoso si es aprobado por un partido unido, y si el ministro socialista es, y continúa siendo, delegado de su partido.

Siempre que un socialista llega a ser ministro independientemente de su partido, su entrada en el gobierno, en lugar de ser un medio para fortalecer al proletariado, lo debilita, y, en lugar de ser un medio que favorezca la conquista del poder político, se convierte en una manera de retrasarla. El congreso declara que un socialista debe dimitir de un gobierno burgués, si la organización del partido opina que ese gobierno se ha mostrado parcial y en un conflicto industrial entre el capital y los trabajadores¹⁰³.

En este voto, Kautsky reflejaba el punto de vista marxista ortodoxo en general; pero no entregaba elementos más concretos, para definir la estrategia y la táctica del movimiento socialista en una situación de lucha legal. El trabajo de Rosa Luxemburgo citado arriba será el esfuerzo más orgánico de crítica a la táctica de los socialistas franceses. En él, la teórica marxista distingue la política socialista de la burguesa, por su posición de enemiga declarada del orden existente; en consecuencia, los socialistas están obligados, por sus prin-

¹⁰³ Citado en G.D.H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1974, t. III, pp. 51-52.

cipios, a colocarse en el terreno de la oposición en el parlamento burgués. Según ella, la tarea primordial de la actividad parlamentaria de los socialistas era orientar a la clase obrera, ante todo, a través de la crítica sistemática a la política gubernamental.

El movimiento socialista debería asumir, en consecuencia, una perspectiva esencialmente crítica frente a los gobiernos burgueses. Para una visión estrecha, tal planteamiento significaría que al Partido Socialista le cabría solamente una política de denuncias, sin ninguna tarea concreta de participación en el proceso legislativo. Ésta no era, sin embargo, la posición de Luxemburgo. Para ella, lejos de imposibilitar los resultados prácticos y las reformas inmediatas de carácter progresista, la oposición de principios es para todo partido, hoy en día, en general, y particularmente para el Partido Socialista, el único medio eficaz de arrancar resultados prácticos. Estando en la imposibilidad de dar a su propia política la solución directa de la mayoría parlamentaria, los socialistas son obligados a arrancar a la mayoría burguesa concesiones en una lucha incesante. Para precisar esa idea decía que, gracias a su crítica de oposición, los socialistas alcanzan los objetivos prácticos por tres medios; primeramente, haciendo a los partidos burgueses una competencia peligrosa, por sus reivindicaciones más amplias, e impulsándolos con la presión de las masas electorales.

Enseguida, denunciando al gobierno ante el país, influyendo en él mediante la opinión pública. Y, finalmente, agrupando cada vez más en torno de ellos, por su crítica en el parlamento y fuera de él, a las masas populares, hasta convertirse de este modo en una potencia temida por el gobierno y la burguesía. Con la entrada de Millerand en el ministerio, los socialistas franceses, agrupados en torno de Jaurès, se privaron de estos tres medios. Luxemburgo no planteaba, entonces, una posición de crítica a la participación del movimiento revolucionario en la lucha por objetivos inmediatos. Ella insiste en que, al identificarse con el gobierno, es decir con el ejecutivo, el movimiento socialista pierde su fuerza, se debilita y se muestra incapaz de llevar

adelante, no sólo una política clara de desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, sino también la obtención de resultados prácticos inmediatos. Luxemburgo decía en otra parte de su trabajo: es sin duda evidente que la socialdemocracia, para que su acción sea efectiva, debe ganar todas las posiciones accesibles en el Estado actual y que debe ganar terreno en todos los lados. Pero con una condición, que esas posiciones permitan la continuación de la lucha de clases, la lucha contra la burguesía y su Estado.

Es así que, analizando la diferencia entre el parlamento y el ejecutivo en su época, Luxemburgo afirmaba:

en el parlamento, cuando los obreros elegidos no consiguen el triunfo de su reivindicación, pueden por lo menos continuar la lucha persistiendo en una actitud de oposición. En el gobierno, contrariamente, teniendo por tarea la ejecución de leyes, la acción no comporta en sus moldes una oposición de principios, y debe admitir una base de principios comunes, teniendo por fundamento al Estado burgués. Para ella, había una diferencia de principio entre la lucha parlamentaria y la participación en un gobierno burgués, en la cual establece un compromiso con su programa total. Es cierto que hay reivindicaciones del programa mínimo que pueden coincidir con el gobierno burgués. Pero, dice Luxemburgo, aun en este caso, viene a escena un hecho que la política burguesa siempre olvida; en la lucha de la socialdemocracia, no es el qué, sino el cómo lo que importa. Más específicamente, en el caso de obtener conquistas parciales, Luxemburgo afirma que los revolucionarios tienen que dar igualmente a la lucha por las reformas burguesas un carácter socialista y de principio, el carácter de lucha de clases proletaria. Al contrario, procurando introducir tales reformas como miembro del gobierno; es decir, sustentando al mismo

tiempo al Estado burgué, el socialdemócrata que lo hace reduce de hecho su socialismo en la mejor de las hipótesis a un democratismo burgué o a una política obrera burguesa.

Al condenar la participación de los socialistas en los gobiernos burgueses, Luxemburgo establece, sin embargo, un camino revolucionario que utiliza los instrumentos de la legalidad democrática. Ella dice: “en un solo caso pueden los representantes de la clase obrera entrar en un gobierno burgué sin renegar de su razón de ser; para posesionarse de él y transformarlo en gobierno de la clase obrera, señora del poder”. Luxemburgo enfrentaba así las situaciones tácticas concretas en que el movimiento socialista empezaba a llegar a las puertas del poder. Ella quería abrir un camino estratégico y táctico, formulando por primera vez, con claridad, una visión sobre una posible toma del poder por el Partido Socialista en las condiciones de una democracia burguesa.

Luxemburgo establecía, también, algunos casos específicos que podían justificar un apoyo inmediato de la clase obrera a un gobierno burgué. Por ejemplo, al tratarse de la defensa de la república, si la burguesía se mostraba incapaz de garantizar la libertad en el país, amenazada por la derecha y por las fuerzas antirrepublicanas, se justificaría la participación del Partido Socialista en un gobierno burgué, pero en una forma restringida. Para ella, “aun en este caso, la participación de los socialdemócratas en el gobierno debería ser hecha de forma de no dejar la menor duda, ni a la burguesía ni al pueblo, sobre el carácter pasajero y la finalidad exclusiva de su acción”. Y así concluía Luxemburgo su brillante análisis de los problemas tácticos planteados por la participación socialista en los gobiernos burgueses: en la sociedad burguesa, la socialdemocracia por su propia esencia está destinada a desempeñar el papel de partido de oposición. Sólo pasando por encima de las ruinas del Estado burgué podrá ella tener acceso al gobierno¹⁰⁴.

¹⁰⁴ Véase Rosa Luxemburgo, Obras escogidas, ed. Pluma, Bogotá, 1976, t. I, pp.119-35.

VI. La huelga de masas como instrumento revolucionario

El Partido Socialdemócrata Alemán se había desarrollado, desde el fin de la ley de excepción, en condiciones de legalidad; como también los demás partidos socialistas europeos. Excepto en Europa oriental y en Rusia, no se conocía hacía tiempo la experiencia de la clandestinidad y de la preparación insurreccional. La revolución rusa de 1905 trajo a la luz del día un movimiento obrero que había pasado inadvertido a los ojos de Europa. Una clase obrera combativa introducía nuevas formas de lucha y de organización, en el contexto de un movimiento revolucionario que se parecía en muchos aspectos a las antiguas revoluciones burguesas de Europa. Los partidos socialistas europeos —particularmente el alemán, que fungía como líder de la II Internacional— observaron con admiración esta nueva realidad que quebrantaba el imperio zarista, pero no esperaban recoger de ahí una enseñanza directa para su propia realidad. Lo que pasaba en Rusia se explicaba, sobre todo, por el atraso derivado del zarismo. Y a pesar de la fascinación que provocaban ciertas formas de lucha nuevas, como la huelga de masas con objetivos políticos, sólo se extraía de ella el aspecto exterior y no su enseñanza fundamentalmente revolucionaria: la huelga como instrumento político que podría ser adoptado en una circunstancia de amenaza de la legalidad.

Otra vez, cupo a Rosa Luxemburgo extraer, para los partidos socialistas europeos, especialmente el alemán, las enseñanzas más profundas de la experiencia revolucionaria rusa que ella había vivido directamente en Polonia, su tierra natal, con la cual no había perdido nunca sus vínculos políticos. Por encargo de la organización provincial de Hamburgo redactó en 1906 un folleto que se transformó en un clásico de la estrategia y la táctica del marxismo: *Huelga de masas, partido y sindicatos*¹⁰⁵.

¹⁰⁵ Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, ed. Grijalbo, México, 1970. La primera edición en castellano data de 1909.

La primera preocupación de la autora fue la de descartar la idea, muy aceptada entonces, que asociaba el fenómeno de la huelga de masas a las postulaciones anarquistas de la huelga general revolucionaria, que tanto critican Engels y la Internacional en el texto que resumimos en la sección anterior en el capítulo sobre la revolución española. La crítica de Engels se dirigía esencialmente contra la posición anarquista de despreciar la organización política y la acumulación de fuerzas de clase, para poner el centro de la lucha en la preparación de una huelga general que destruiría al Estado e instauraría la asociación libre de los trabajadores. Pero para preparar esa huelga se haría necesario organizar completamente a la clase obrera y contar con un fondo de resistencia repleto. En dicho caso, se supone una tal capacidad de organización y desarrollo de la clase que “si el proletariado lo consiguiera, no tendría necesidad del rodeo de la huelga general para alcanzar su objetivo”¹⁰⁶.

Este planteamiento de Engels tuvo un gran valor para mostrar a la clase la necesidad de la lucha política que se desarrolló en las décadas finales del siglo XIX. Pero la revolución rusa de 1905 puso a la orden del día una nueva concepción del fenómeno, mostrando que es posible la huelga general de masas, sin que esto se contraponga a las concepciones de Marx y Engels sobre el anarquismo. En Rusia, la huelga de masas se desarrolló bajo el liderazgo de la socialdemocracia y el anarquismo fue liquidado, a pesar de que aparentemente encontraba en el atraso ruso raíces muy profundas.

Luxemburgo concluye su análisis sobre la novedad del fenómeno de la huelga de masas en Rusia, en relación con el pensamiento anarquista superado por la historia con las siguientes palabras:

Por otro lado, las huelgas de masas no se produjeron en Rusia para saltar súbitamente, por arte de magia, a la revolución social, evitándole a la clase obrera la lucha política, en particular el parlamentarismo, sino como un medio para

¹⁰⁶ F. Engels, “*Los bakuninistas en acción*”, citado por Rosa Luxemburgo, op. cit., p. 10.

crearle al proletariado las condiciones de la lucha política diaria y, particularmente, la lucha parlamentaria. La lucha revolucionaria en Rusia, en la cual las huelgas de masas son utilizadas como el arma más eficaz, es obra de la población trabajadora y en ella ocupa la primera línea el proletariado precisamente para conquistar los derechos y las condiciones políticas cuya necesidad e importancia en la lucha por la emancipación de la clase obrera fueron por primera vez demostradas por Marx y Engels, los cuales las defendieron con todas sus energías en la Internacional frente al anarquismo. Así, la dialéctica de la historia, el fundamento sobre el cual descansa toda la doctrina del socialismo marxista, ha determinado que hoy el anarquismo, al cual la idea de la huelga de masas estaba indisolublemente ligada, haya entrado en contradicción con la práctica de la propia huelga de masas, mientras que, por el contrario, esta huelga, combatida tiempos atrás como contraria a la acción política del proletariado, aparezca hoy como el arma más potente de la lucha política por los derechos políticos. Si, pues, la revolución rusa hace indispensable una revisión a fondo del antiguo punto de vista marxista respecto a la huelga de masas, no se trata a fin de cuentas sino de que los métodos y los puntos de vista generales del marxismo conducirán a la victoria bajo una nueva forma. La mujer amada de Moor no puede morir sino a manos del mismo¹⁰⁷.

Luxemburgo exigía, entonces, que se superase la concepción anarquista de la huelga de masas como un simple “medio técnico”, que podrá ser voluntariamente “decidida” o, por el contrario, “prohibida”.⁴ Es un fenómeno histórico, producto de ciertas condiciones objetivas de la lucha de clases y como tal no puede ser “propagada”,

¹⁰⁷ *Ibíd.*, p. 18.

como la revolución tampoco lo puede ser. Era tan ilusoria la pretensión de ciertos camaradas alemanes de deflagrarla, en el momento que les pareciera conveniente; como la de los dirigentes sindicales burocratizados que pensaban impedir su realización por tratarse de una aventura, considerando la desproporción entre la fuerza de la clase obrera organizada y la de las bayonetas del militarismo prusiano.

Si la huelga de masas se ha convertido en ese momento en el centro vivo del interés de la clase obrera alemana e internacional, ello quiere decir que representa una nueva forma de lucha y, como tal, es el síntoma cierto de un profundo cambio interno en las relaciones de clases y en las condiciones de la lucha de clases¹⁰⁸.

A consecuencia de esa inquietud, el Partido Socialdemócrata Alemán se había inclinado hacia la izquierda y había tomado una resolución en Jena, en 1905, que sometía la huelga de masas a la lucha legal, particularmente a la sobrevivencia del voto universal. La resolución recogía la preocupación de August Bebel, dirigente del PSD alemán, por la sobrevivencia del voto universal en este país; y planteaba la necesidad de recurrir a la huelga política en el caso de una pérdida del derecho al voto universal (éste se veía entonces amenazado por un intento de imponer una representación proporcional y censal en el Reichstag, el parlamento). Luxemburgo había considerado que la resolución de 1905 era una victoria de la corriente de izquierda del partido —ya en proceso de configuración independiente— y trataba de rescatar todo su sentido revolucionario.

A pesar de su carácter moderado, esta resolución provocó una fuerte oposición por parte de los sindicatos y de los revisionistas. Bernstein escribe un folleto en 1905 sobre *La huelga política*, que dice: “La clase obrera no tiene razón alguna para jugar el todo por el todo con sus intereses vitales. Antes por el contrario tiene el deber de per-

¹⁰⁸ Citado en Jacques Droz, *Historia del socialismo*, ed. Materiales, Barcelona. 1968. p.52.

seguir lo que en la práctica se ha revelado fructífero”. El dirigente sindical Legien declaró: “He mostrado cuán débiles somos en el fondo, cuán débil es aún nuestra organización, cuán poco estamos en condiciones, en la situación actual, de emplear este medio de lucha. Por otra parte, nuestros adversarios conocen perfectamente nuestra debilidad y saben que no tienen por qué tener miedo de nosotros”.

La presión sindical llevó a la dirección del partido a iniciar discusiones cuyo resultado fue el acuerdo expresado en el congreso de Mannheim, en 1906, que sometía la posible convocatoria de la huelga política a un acuerdo anterior con los sindicatos. El acuerdo liquidaba, de hecho, la resolución de Jena e inauguraba un nuevo periodo para la oposición de izquierda dentro de la socialdemocracia alemana.

En este contexto, se puede entender la energía que pone Rosa Luxemburgo en su intento por rescatar la naturaleza social y profunda de esta forma de lucha. No se trataba, por lo tanto: de una cuestión organizativa y técnica sino de un proceso revolucionario; de una nueva etapa de la lucha de clases internacional que se había expresado más abiertamente en Rusia. De ahí el cuidadoso examen que realiza la autora de la huelga de masas tal como se desarrolló en ese país. De su análisis resultan tres características fundamentales del fenómeno. Primera: la huelga se había desencadenado espontáneamente, tras de varias explosiones parciales ocurridas desde fines del siglo XIX, en un largo proceso de aprendizaje. Los agitadores socialdemócratas sólo se pusieron a la cabeza, en el proceso de su desarrollo. Segunda: las huelgas se iniciaron a partir de reivindicaciones económicas que se hicieron políticas durante su desarrollo, o bien cuando la socialdemocracia asumió la dirección de reivindicaciones políticas que se dispersaron en varias reivindicaciones económicas. Lo principal fue que se hizo evidente la relación profunda entre la huelga económica y la política, así como el carácter artificial y pedante de las tesis que planteaban la realización de una huelga exclu-

sivamente política, metódica y planeada. Tercera: el estallido y desarrollo de la huelga de masas no podía ser pensado fuera de contexto del proceso revolucionario general en que se encontraba Rusia.

La defensa del carácter espontáneo de la huelga de masas dio origen a una interpretación especial del luxemburguismo como doctrina de la espontaneidad y del rechazo a la organización. De hecho, la argumentación de Luxemburgo se dirige claramente en contra del alegato sindicalista de que la organización de la clase obrera debe preceder a la lucha revolucionaria de masas. Su rechazo a la burocracia sindical y partidaria, que se había constituido en un factor del inmovilismo de la socialdemocracia alemana, era el punto fuerte de su argumento y tuvo un papel fundamental en el desarrollo de la oposición de izquierda en el partido y, posteriormente, en el movimiento espartaquista que ella dirigió. Pero Luxemburgo no pretendía anular el papel de la organización, sino vincularla a la lucha de masas; ella mostraba la relación dialéctica entre ambas:

Las sólidas organizaciones que, supuestamente, deberían ser constituidas previamente con una fortaleza inexpugnable, como condición sine qua non de una eventual tentativa, de una eventual huelga general en Alemania son, precisamente, por el contrario, hijas de la huelga de masas ¡en Rusia! Y en tanto que los guardianes de los sindicatos tienen pánico de que estas organizaciones sean, tal como riquísimas porcelanas, quebradas en multitud de trozos por un torbellino revolucionario, la revolución rusa nos presenta un cuadro completamente distinto: de la tormenta y el huracán, de las llamas y el fuego, de las huelgas de masas, de los combates en las calles, lo que emerge, como Venus de la espuma de los mares, vigorosos, jóvenes, fuertes y alegres de vivir son [...] los sindicatos¹⁰⁹.

¹⁰⁹ Rosa Luxemburgo, op. cit., pp. 49-50.

La lucha de masas no se oponía tampoco a las conquistas democráticas y económicas. Por el contrario, el proletariado ruso había alcanzado mayor participación política, la ley de ocho horas de trabajo, mejores salarios y varias reivindicaciones que elevaron enormemente su conciencia política, como fruto de la huelga general.

Tales luchas no entraban en contradicción con el carácter, cada vez más abiertamente revolucionario, que revistieron las tres grandes huelgas generales de 1905; la de enero que inicia el movimiento, la de octubre que obtiene la ley de ocho horas, y la de diciembre que choca en toda su extensión contra el muro inflexible de la fuerza material del absolutismo. Por evolución lógica interna de los acontecimientos que desarrollaban, la huelga general se transforma, esta vez, en revolución abierta, en lucha armada de calles y barricadas en Moscú¹¹⁰.

Luxemburgo muestra así la lógica general del movimiento huelguístico, como parte de un proceso de acumulación de fuerzas, concientización y organización que culmina en un enfrentamiento derrotado que lleva el movimiento a su reflujo, no para paralizarlo sino para reorganizarse y preparar una nueva ofensiva revolucionaria en el futuro. La larga cita que presentaremos enseguida resume esta lógica de la lucha de clases que pretende destruir, no el concepto de organizaciones y de preparación revolucionaria, sino su caricatura burocrática:

Los sucesos de Moscú muestran al mismo tiempo, en escala reducida, la evolución lógica y el futuro del movimiento revolucionario en su conjunto; su conclusión inevitable en una revolución abierta general, revolución que, por su parte, no puede alcanzarse sino pasando por la escuela de una serie de revoluciones preparatorias parciales, las que, precisamente por la misma razón, conducen a aparentes “derrotas”

¹¹⁰ *Ibíd.*, p. 58.

parciales y que, consideradas cada una aisladamente, pueden parecer “prematuras”.

El año 1906 lleva a las elecciones y al episodio de la Duma. El proletariado, por un agudo instinto revolucionario y una visión clara de la situación, boicotea la farsa constitucional zarista y el liberalismo ocupa por algunos meses el primer plano de la escena política. Parece reproducirse la situación de 1894: durante un cierto tiempo la palabra ocupa el lugar de la acción, y el proletariado entra momentáneamente en la sombra, pero para consagrarse con un mayor celo a la lucha sindical y al trabajo de organización. Las huelgas de masas se desencadenan mientras que, día a día, estallan los ruidosos obuses de la retórica liberal. Finalmente, la cortina de hierro baja súbitamente; de las andanadas liberales sólo queda el humo y el polvo; los artilleros son dispersados. Un intento del Comité Socialdemócrata para desencadenar en toda Rusia una cuarta huelga de masas, en apoyo de la Duma y para reconquistar la libertad de palabra, fracasa por completo. El papel de la huelga política de masas se ha debilitado por sí mismo, en tanto que la transformación de la huelga de masas en levantamiento general del pueblo en combates abiertos de calle no está todavía madura. El episodio liberal ha concluido; la ocasión para el proletariado no se da todavía. La escena queda provisionalmente vacía¹¹¹.

Pero, en tales condiciones, ¿qué papel se reserva al partido revolucionario? Lo más importante es que el partido entienda el verdadero significado de la huelga general; ésta no es una decisión partidaria sino una forma de expresión del proceso social revolucionario, de la lucha del proletariado como clase; de ahí su carácter “espontáneo”. Pero el partido tiene una función de dirección que no se resume

¹¹¹ *Ibíd.*, p. 58-59.

en su capacidad técnica para almacenar víveres y recursos financieros, sino en su capacidad política para dirigir el conjunto de la lucha y orientarla en una dirección táctica correcta. El papel del partido no queda así excluido, como podía concluirse de una concepción espontaneísta; ni el de los sindicatos, ni el de la organización. La concepción de Rosa Luxemburgo, en lo fundamental, no tiene nada que ver con un culto de lo espontáneo. Es preciso verla en el contexto de su lucha contra los sindicatos alemanes, que se oponían a la huelga de masas en nombre de la organización, y contra el comité central del PSD alemán, que había conciliado con los sindicatos en nombre de la unidad.

La cita que reproducimos enseguida muestra muy claramente el papel del partido revolucionario y de una concepción táctica que vincule la lucha de masas a la capacidad organizativa:

Pero si la dirección de la huelga general, en el sentido de llevar la iniciativa y de establecer el cálculo de lo que la huelga costará y de fijar las disposiciones convenientes, es un problema del mismo periodo revolucionario y de nadie más, no es menos cierto que, en otro sentido, la dirección, en las huelgas de masas, retorna al socialismo y a sus órganos dirigentes. En lugar de romperse la cabeza con el aspecto técnico, con el mecanismo de la huelga, el socialismo es llamado en el periodo revolucionario a tomar la dirección política. La tarea más importante de “dirección” en el periodo de huelga general consiste en dar a la batalla su consigna, su tendencia; en establecer la táctica de la lucha política de manera que en cada fase y en cada momento se movilice y sea activa toda la potencia de que el proletariado dispone; que esta táctica se manifieste en la actitud combativa del partido y que la táctica del socialismo no se encuentre jamás por debajo del nivel de las relaciones de fuerza existentes realmente, sino que, al contrario, se sitúe por encima de este nivel. Así, esta direc-

ción se transforma por sí misma, en cierta medida, en dirección técnica. Una táctica del socialismo consecuente, resuelta, situada en la vanguardia, provoca en las masas el sentimiento de seguridad, de confianza, de ardor en el combate; una táctica dubitativa, débil, basada en una subestimación del proletariado, ejerce sobre las masas una acción paralizante y perturbadora. En el primer caso, las huelgas de masas se desencadenan “por sí mismas” y siempre en tiempo oportuno; en el segundo caso, incluso los llamamientos directos de los dirigentes a la huelga de masas fracasan. Y la revolución rusa nos ofrece ejemplos aleccionadores de uno y otro caso¹¹².

Cabía a la autora resolver un problema implícito en su análisis: ¿hasta qué punto los fenómenos que ella describía reflejaban las condiciones específicas vividas por el proletariado en un régimen de absolutismo político y en una sociedad atrasada como la rusa?, ¿o hasta qué punto podrían reflejar una lógica general del proceso revolucionario en la sociedad capitalista avanzada? Para destruir el argumento de aquellos que veían en la revolución rusa una expresión del atraso absolutista, Luxemburgo desarrolla tres puntos: Primeramente, niega la concepción según la cual el proletariado ruso no tenía experiencia organizativa, citando el informe de la Segunda Conferencia de Sindicatos Rusos. En él se destaca que “nuestros sindicatos no son más que nuevas formas de organización de la lucha económica que el proletariado ruso mantiene desde hace muchos años” y que se había expresado en un fuerte y “complicado sistema de organizaciones de fábricas, de barrios y de distritos que ligaban por innumerables hilos al organismo central con las masas obreras”¹¹³.

¹¹² *Ibíd.*, p. 76-77.

¹¹³ *Ibíd.*, p. 83-84.

En segundo lugar, la autora también refuta la idea de que el proletariado ruso antes de 1905 estaba conformado por mendigos e indigentes. Luxemburgo establece comparaciones entre los obreros rusos y alemanes que reflejan en muchos sentidos una superioridad de los primeros, en lo referente a niveles salariales, jornada de trabajo, cultura y conciencia política. Tal prejuicio sobre los obreros rusos sólo se explicaba por la confianza en el parlamentarismo y en las organizaciones legales, como únicas formas de desarrollo de la conciencia y de la organización obrera.

Por último, Luxemburgo dedica una parte importante del capítulo a demostrar primeramente el atraso y miseria en que se encontraban las capas más desorganizadas de los obreros alemanes (como los mineros, ferrocarrileros y empleados del Estado). En contraste con el inmovilismo sindical, que se contenta con los avances alcanzados por capas restringidas del proletariado alemán, las movilizaciones de masas, desarrolladas en ocasión de la revolución rusa, permitieron a las capas atrasadas despertar a la vida política. Estas capas alcanzaron conquistas que las pusieron por encima, económica y organizativamente, de los sectores homólogos del proletariado alemán.

Precisamente una de las características esenciales de la huelga de masas es que libera las energías y la iniciativa de los sectores no organizados del proletariado. La huelga aumenta la intensidad de la lucha, imponiendo el ajuste de cuentas del conjunto del proletariado con la burguesía como clase. La lucha económica y la política se unen así, alimentándose recíprocamente, rompiendo los niveles atrasados de organización y planteando nuevas etapas de las luchas proletarias. Se supera el marco de los núcleos organizados de la clase y se incorporan a la lucha amplias capas populares antes excluidas de él. Así, “no es sólo la organización la que proporciona fuerzas para el

combate; es la lucha la que, en gran medida, abastece de nuevos elementos humanos para la organización”¹¹⁴, rebasándose los límites establecidos por la lucha sindical y parlamentaria.

La revolución rusa tenía “por primera misión suprimir el absolutismo y establecer un Estado legal moderno, parlamentario y burgués”. Ésta es su característica formal, que la liga a las revoluciones burguesas como se conocieron en Europa. “Pero, las condiciones, el medio histórico donde se realizaron estas revoluciones, análogas en la forma, difieren básicamente de aquellos en que se encuentra la Rusia de hoy.” La diferencia es ésta:

El desarrollo capitalista internacional en el periodo llevó a la Rusia absolutista la gran industria moderna y creó un proletariado concentrado y educado en el contexto del movimiento socialista mundial y de la decadencia de la democracia burguesa. El proletariado se convierte en el factor dirigente de la revolución, “las capas de la gran burguesía son las únicas directamente contrarrevolucionarias, las otras capas de la burguesía son tímidamente liberales y solamente la pequeña burguesía agrícola y la pequeña burguesía intelectual de las ciudades están resueltamente animadas de un espíritu de oposición; es decir, revolucionario”¹¹⁵.

Este carácter específico y doble de la revolución rusa está íntimamente asociado con la aparición, en ella, de la huelga de masas, táctica esencialmente proletaria. Por eso, la revolución rusa no es solamente un caso de lucha antiabsolutista, sino el primer capítulo de la revolución proletaria moderna: La revolución actual consume en el caso particular de la Rusia absolutista los resultados generales de la evolución capitalista internacional; aparece menos como una última

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 98.

¹¹⁵ *Ibíd.*, p. 107-108.

ramificación de las viejas revoluciones burguesas que como un primer eslabón de la nueva serie de revoluciones proletarias de Occidente. El país más atrasado, precisamente porque ha incurrido en un imperdonable retardo en realizar su revolución burguesa, muestra al proletariado alemán y de los países capitalistas más avanzados las vías y los métodos de la lucha de clases del futuro. Considerando las cosas de este modo, vemos también que es totalmente falso enjuiciar la revolución rusa como un hermoso espectáculo, como algo específicamente “ruso”, y admirar, como máximo, el heroísmo de sus combatientes; es decir, lo accesorio de la batalla. Lo que aquí es importante es que los obreros alemanes aprendan a estimar a la revolución rusa como su propia revolución, no simplemente en el sentido de la solidaridad internacional de clase con el proletariado ruso, sino ante todo como un capítulo de su propia historia social y política. Los jefes de los sindicatos y los parlamentarios que consideran al proletariado alemán como “muy débil”, y las condiciones alemanas como poco maduras para las luchas revolucionarias de masas, evidentemente no tienen idea de que el termómetro capaz de medir la madurez de las relaciones de clase en Alemania y la potencia del proletariado se encuentra no en las estadísticas de los sindicatos alemanes y en las estadísticas electorales, sino en los hechos de la revolución rusa” Este brillante análisis del carácter de la revolución rusa, y de sus implicaciones históricas, tiene un evidente tono profético.

El planteamiento del carácter de vanguardia de la revolución no podía menos que irritar al nacionalismo alemán; sobre todo para un partido que se consideraba como el modelo de la organización política del proletariado.

Los ataques de Luxemburgo a los dirigentes de los sindicatos, así como a su pretensión de independencia del partido, pretensión que había llevado al desastroso acuerdo del Congreso de Mannheim en el cual partido y sindicatos se presentaban como dos fuerzas paralelas, restringía enormemente su base de acción. Aplastada entre la burocracia partidaria y la sindical, la izquierda del Partido Socialdemócrata Alemán va a desarrollar una táctica de enfrentamiento entre

bases y cúpulas y un sentimiento antiorganizativo que quedará como una de las bases, en muchos sentidos falsas, de la concepción luxemburguista del espontaneísmo.

En la medida en que pasa el tiempo y se acumulan las experiencias históricas del proletariado, se hace posible rescatar los aspectos fundamentales de este pequeño folleto: la idea de que las masas son el factor fundamental de la lucha revolucionaria; la destrucción de una falsa oposición entre organización y lucha de masas, sustituyéndola por una dialéctica entre ambas y entre los sectores organizados y atrasados del proletariado; el reconocimiento del papel de vanguardia de la revolución rusa y de su doble carácter democrático y proletario; la idea de un proceso revolucionario desigual y complejo, a escala internacional, que superaba el esquematismo de la socialdemocracia alemana; la capacidad de encontrar, en las formas concretas de la lucha de clases, los fundamentos de las formulaciones estratégico-tácticas.

Al examen luxemburguiano de la revolución rusa y del papel que en ella jugó la huelga de masas, le faltan elementos importantes. Por ejemplo, la poca relevancia que da la autora a las luchas campesinas y a su forma de imbricación con la revolución proletaria. La concepción luxemburguista del problema de la burocracia sindical y partidaria no incluye un análisis de su fundamento social, que se encuentra en la aristocracia obrera y en las ganancias extras proporcionadas por el imperialismo. Su concepción de la lucha partidaria, aún poco desarrollada, no la lleva a enfrentar orgánicamente las tendencias políticas y sociales reales, que ligan el economicismo y el revisionismo a las desviaciones de la dirigencia sindical y partidaria. Su análisis de la revolución rusa no anticipa el papel fundamental de los consejos obreros y campesinos, los soviets, como fundamento de un nuevo Estado proletario. Su énfasis en la espontaneidad de las masas no se complementa con una concepción partidaria que sepa articular la militancia de los profesionales revolucionarios con las organizaciones de masa y con las capas menos conscientes y organizadas del proletariado y del pueblo, particularmente los campesinos.

Estas limitaciones van a pesar significativamente en el desarrollo de la izquierda socialdemócrata alemana, cuyo liderazgo asumió Rosa Luxemburgo; y retrasarán su capacidad de diferenciación orgánica e ideológica, así como limitarán la extensión y profundidad de su influencia partidaria y de masas: Esto explica por qué, frente a la bancarrota de la II Internacional y la traición del PSD alemán durante la primera guerra mundial, la izquierda, con Rosa Luxemburgo a la cabeza, se verá desprevenida para dar una salida revolucionaria a la crisis de la monarquía alemana en 1917. Explica asimismo la política aventurera e improvisada de los espartaquistas, en 1919, que conduce a una confrontación, radical pero débil y anárquica, con el Estado democrático, nacido del compromiso de la mayoría socialdemócrata con los liberales y, en cierta forma, con los conservadores.

VII. Imperialismo, nacionalismo, militarismo y guerra

La II Internacional alcanzó su auge en la primera década del siglo XX. Este periodo histórico lo signaron la expansión imperialista, el crecimiento del militarismo y del nacionalismo, y la amenaza creciente de una guerra mundial. En consecuencia, todos esos temas se reflejaron en el debate político de la época y dieron origen a distintas interpretaciones de los fenómenos, así como proposiciones estratégico-tácticas sobre los mismos.

1. LA CUESTIÓN DEL IMPERIALISMO Y DEL COLONIALISMO

La cuestión del imperialismo y de la política colonial se ubicaba en el centro de la historia europea del periodo, Los partidos de la II Internacional se veían poco a poco obligados a tomar posición no sólo frente a las tendencias económicas generales del imperialismo sino, sobre todo, frente a los hechos políticos y militares, que dividían profundamente los Estados europeos y la opinión pública de los distintos países.

Un desafío para el pensamiento de la izquierda era definir las tendencias económicas que llevaban a una expansión creciente del dominio europeo sobre África y Asia y su desarrollo en América Latina, así como la expansión norteamericana en América Latina, en el Caribe, en las Filipinas y en China. La aparición de Japón como potencia imperialista en Asia era otro factor.

A comienzos del siglo XX, el economista inglés John Hobson escribió una obra crucial para el estudio del tema: *Imperialismo*. En ella mostraba el estrecho vínculo entre la expansión colonial, iniciada en 1885, y las tendencias del sistema capitalista. Básicamente, Hobson explicaba la expansión colonial por la tendencia en los centros capi-

talistas a generarse excedentes de capital, los cuales estaban imposibilitados de emplearse internamente debido al subconsumo crónico a que tendían estas economías a consecuencia de la baja remuneración de los salarios. El imperialismo se explicaba, así, por la necesidad de buscar inversiones para este capital en el exterior, provocando una creciente tendencia al parasitismo en los países centrales, particularmente Inglaterra.

Posteriormente, el marxista austriaco Rudolf Hilferding amplió la base teórica del estudio del imperialismo al publicar en 1907 su libro *El capital financiero*. Hilferding mostraba la tendencia del desarrollo capitalista a completar el proceso de concentración económica, monopolización y centralización del capital, estudiados por Marx en *El Capital*, en un movimiento de fusión entre el capital industrial y bancario, bajo la hegemonía de este último. Tal proceso se proyectaba internacionalmente en la lucha por el control de los mercados nacionales a través del proteccionismo, y de los mercados coloniales a través del anexionismo.

Pero no será sino en 1916 cuando Lenin integre éstos y otros estudios sobre el fenómeno imperialista en una visión global. Esta visión interpretaba el imperialismo como una nueva fase del capitalismo, entendido como una formación socioeconómica basada en la concentración económica, el monopolio, la centralización del capital, la fusión entre el capital industrial y bancario, la exportación creciente del capital para compensar la caída de la tasa de ganancia, la formación de ganancias extraordinarias en el exterior que se revertían hacia la metrópolis, generando el imperialismo y al mismo tiempo permitiendo una elevación de los salarios de un sector privilegiado del proletariado: la aristocracia obrera.

En su conjunto, esta nueva etapa del capitalismo aumentaba el carácter desigual y combinado de su desarrollo, los antagonismos interimperialistas y la lucha por el dominio colonial, en la etapa en que se completaba el reparto territorial del mundo entre las grandes potencias y los necesarios intentos de su redistribución entre los centros imperialistas tradicionales y las nuevas potencias emergentes.

Tales tendencias se completaban con la necesidad de aumentar los ejércitos y la inevitable confrontación militar entre los centros imperialistas. Esta fase se definía esencialmente como el periodo regresivo y de descomposición del capitalismo, pero, a la vez, de inicio del socialismo como perspectiva histórica, aliado a la lucha de liberación nacional de las colonias.

La obra de Bujarin *Imperialismo y economía mundial*, escrita en el mismo año de 1916 y publicada en 1920, se inscribía en esta misma perspectiva. Por otro lado, los estudios de Rosa Luxemburgo sobre la *Acumulación del capital*, obra publicada en 1912, no sacaban consecuencias prácticas tan claras, ni lograban una visión de conjunto tan integrada como Lenin. Luxemburgo se preocupaba por mostrar las dificultades de realización de las ganancias capitalistas, debido a la desproporción necesaria entre el aumento de la parte del ingreso destinado a la ganancia y a los salarios.

En consecuencia, el modo de producción capitalista sólo podía continuar su crecimiento a través de la absorción de nuevos mercados precapitalistas, en escala internacional, que le permitieran colocar los productos excedentes y realizar nuevas inversiones que absorberían los excedente de capital. Rosa Luxemburgo mostraba así el papel de los gastos militares que, por su carácter de consumo destructivo, permitían abrir un nuevo campo de realización para las ganancias excedentes. El análisis de Luxemburgo provocó una reacción crítica a sus intentos teóricos de rectificar los modelos de reproducción de Marx en *El Capital*, lo que oscureció los aspectos políticos que implicaban. Sólo posteriormente se sacaron plenamente las conclusiones políticas de su investigación teórica, en lo que respecta a la lucha por los mercados coloniales, el militarismo como tendencia económica permanente del sistema, la expansión del consumo de las clases no fundamentales, los efectos de estas tendencias sobre la internacionalización de la lucha de clases.

La involución política de Hilferding y de Kautsky hacia el reformismo, en la década de 1910, llevó al desarrollo de la teoría del ultraimperialismo, que reivindicaba una separación entre las tendencias

económicas y políticas del capitalismo. La política imperialista aparecía, para ellos, en contradicción con las tendencias económicas del sistema. Éstas, en vez de conducir a un aumento de las contradicciones entre los grupos económicos y las naciones capitalistas, deberían llevar a la conformación de un trust único internacional, que disminuiría los conflictos intercapitalistas y acentuaría el conflicto entre el capital y el trabajo a escala internacional.

Lenin y Bujarin se dedicaron a atacar esta concepción, mostrando cómo, antes de conformarse un trust internacional único —y como resultado de este monstruoso intento al que tendía teóricamente el capital—, se acentuaban las contradicciones entre los distintos trusts y entre las naciones y bloques de naciones capitalistas, aumentando los conflictos interimperialistas y los de los centros imperialistas con sus colonias.

Esta amplia discusión teórica sobre las tendencias históricas del imperialismo se desarrolló en gran parte al margen de la evolución política de la II Internacional. En primer lugar, las obras más expresivas de Kautsky, Luxemburgo, Lenin y Bujarin sobre el tema se publicaron o en vísperas del hundimiento de la Internacional, o durante la guerra de 1914, o posteriormente a ella. En segundo lugar, las resoluciones de la Internacional reflejaban muy vagamente el debate teórico, concentrándose en problemas inmediatos o definiciones muy generales de la estrategia.

Pero es indudable que los acuerdos de la II Internacional sentaban una base política general para enfrentarse al problema del imperialismo y del colonialismo al definir claramente el campo del marxismo revolucionario frente al enfoque reformista del problema. En el seno de los partidos socialdemócratas había una significativa fuerza proimperialistas, defensoras de una colonización socialista que mantuviese el respeto a los derechos humanos. Ellas se identificaban en lo fundamental, en el plano político, con el reformismo que preconizaba una política de alianzas con la burguesía y la pequeña burguesía nacionales: lógicamente se simpatizaba también con las ambiciones expansionistas.

Son, pues, importantes los acuerdos establecidos por la II Internacional sobre el imperialismo y el colonialismo, acuerdos que formaron un acervo de la estrategia y la táctica marxistas sobre esta tendencia crucial de la historia contemporánea que cambió el carácter del movimiento revolucionario mundial y que se convirtió, en las décadas posteriores, en el aspecto principal del mismo, como lo entendió muy bien Lenin.

En los tres primeros congresos de 1889, 1891 y 1893, aún no aparecía la cuestión imperialista. En el mitin inaugural del IV Congreso, realizado en 1896, se asociaba el peligro de la guerra “a la avidez y el interés personal de las clases dirigentes y privilegiadas, con el sólo propósito de conquistar los mercados del mundo para su propio interés”¹¹⁶.

El V Congreso, realizado en París en 1900, enfrentó directamente el tema de los trusts, que provocó amplias discusiones; se aceptaba que eran “el resultado lógico del sistema de producción”, por lo que se hacía inútil oponerse a su formación: “la única salida real a la opresión actual de esas coaliciones es la nacionalización y, a un estadio consecutivo, la regularización internacional de la producción en los sectores donde los trusts internacionales han alcanzado su máximo desarrollo”¹¹⁷.

Tales discusiones reflejaban una preocupación creciente por la evolución del capitalismo, preocupación tangible también en una resolución sobre el imperialismo y el colonialismo que decía:

Considerando que el desenvolvimiento del capitalismo conduce fatalmente a la expansión colonial, causa de conflictos entre gobiernos;

Que es el imperialismo el que en consecuencia excita el chauvinismo en todos los países e impone gastos cada vez más grandes en provecho del militarismo;

¹¹⁶ Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*, cit., p.405.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 425.

Que la política colonial de la burguesía no tiene otro propósito que ampliar los beneficios de la clase capitalista y el mantenimiento del sistema capitalista, al mismo tiempo que agota la sangre y el dinero del proletariado productor y comete crímenes y crueldades sin nombre contra las razas indígenas de las colonias conquistadas por la fuerza de las armas;

El Congreso Socialista Internacional de París:

Declara que el proletariado organizado debe usar de todos los medios en su poder para combatir la expansión colonial de la burguesía y condenar en todas circunstancias y con toda su fuerza, las injusticias y las crueldades que, necesariamente, derivan de ella en todas partes del mundo entregadas a las ambiciones de un capitalismo sin vergüenza y sin remordimiento¹¹⁸.

El congreso establecía así las bases explicativas fundamentales del imperialismo; la lógica del desarrollo capitalista conducía al colonialismo y aumentaba los enfrentamientos internos entre los Estados burgueses. Mientras las clases medias europeas apoyaban alegremente las aventuras coloniales, los proletarios europeos se levantaban en defensa de los indígenas masacrados por los representantes de la “civilización” y llamaban a un Programa de acción a este respecto, proponiendo las medidas siguientes:

1] Que los diversos partidos socialistas pongan en estudio la cuestión colonial en todas partes donde las condiciones económicas lo permitan.

2] Animar de una manera especial la formación de partidos socialistas coloniales adheridos a las organizaciones metropolitanas.

3] Crear relaciones entre los partidos socialistas de las diferentes colonias.

¹¹⁸ *Ibíd.*, p. 421.

El Congreso de París enfrentaba otros aspectos derivados del desarrollo imperialista del modo de producción capitalista que alcanzaba su auge en esos años. Se condena el militarismo y se plantea la lucha de la juventud en su contra, así como el compromiso de los diputados socialistas “a votar contra todo presupuesto militar y todo gasto para la marina de guerra y las expediciones militares coloniales”.

El congreso condenó, también, la política de opresión del zarismo ruso para con los pueblos polaco y finlandés; las atrocidades del gobierno inglés con los bóers de África del Sur; y las violencias cometidas en Armenia. El proletariado europeo se levantaba, así, en favor de la autonomía nacional de los pueblos esclavizados y de la primera lucha de liberación nacional en las colonias europeas, a pesar de su contenido limitado pues se trataba de la lucha de independencia de los colonizadores blancos de África del Sur que oprimían a los africanos negros.

Los congresos posteriores reafirmaron estas concepciones generales del movimiento obrero, a pesar de la oposición creciente del ala revisionista que ya se había expresado en temas como la cuestión de las alianzas y la participación de los gobiernos burgueses; la autonomía política de los sindicatos; los aspectos positivos de los trusts; el socialismo municipal como tendencia a una toma del poder a través de una larga evolución.

En el VI Congreso, realizado en Ámsterdam en 1904, se reafirmaron los principios definidos en París en 1900 y se redondeó la posición sobre el problema colonial al “oponerse en absoluto a todas las medidas imperialistas o proteccionistas, a todas las expediciones coloniales, a todos los gastos para las colonias”; al “combatir todo monopolio, todas las concesiones de grandes territorios; vigilar cuidadosamente que las riquezas del mundo colonial no sean acaparadas por el gran capitalismo”; al “denunciar sin descanso los actos de opresión contra las poblaciones indígenas; obtener para éstas medidas eficaces de protección contra la barbarie militarista o la opresión capitalista; velar particularmente para que no sean despojadas de

sus bienes, ni por la fuerza, ni por el contrabando”; al “favorecer todo lo que sea capaz de mejorar las condiciones de los indígenas, trabajos de utilidad pública, medidas de higiene, creación de escuelas, etcétera, y esforzarse por sustraerlos a la influencia nociva de los misioneros”.

Pero sobre todo, se definió claramente el objetivo final de la estrategia de la clase, obrera en el mundo colonial:

Reclamar para los indígenas la mayor cantidad de libertad y de autonomía compatible con el estado de su desarrollo, teniendo presente que la emancipación completa de las colonias es el fin que se persigue”¹¹⁹.

Tales planteamientos generales suscitaron de inmediato una demanda para que Gran Bretaña abandonase el “actual, execrable y deshonesto” sistema de dominación en la India, para aceptar “el establecimiento de un *selfgovernment*, en la mejor forma practicable por los hindúes mismos, bajo soberanía inglesa”¹²⁰.

En este Congreso de Ámsterdam se reafirmaron los planteamientos de París sobre los trusts, mostrando la preocupación constante por la evolución reciente del capitalismo.

De congreso en congreso, continuaban presentes los mismos temas y se hacían cada vez más claros y radicales los planteamientos de la mayoría revolucionaria, en confrontación con la minoría reformista. Pero, al mismo tiempo, ésta aumentaba su fuerza en las votaciones, disminuyendo el margen de la mayoría revolucionaria. El VII Congreso de la Internacional Socialista, realizado en Stuttgart en 1907, representó una victoria aplastante para los puntos de vista revolucionarios, a pesar de la ofensiva creciente del revisionismo. En

¹¹⁹ Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*, cit., 1963, p. 18.

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 19.

este congreso tomó parte, muy intensamente, Lenin, quien representaba al Partido Socialdemócrata Ruso (entonces unificado) en el Buró Socialista Internacional.

La resolución aprobada sobre la cuestión colonial merece especial atención por su evidente contenido condenatorio de la política colonial y por la vinculación clara que establece entre la explotación capitalista en los países centrales y en las colonias. Condena violentamente los intentos ideológicos de disfrazar, bajo la máscara de tarea civilizadora, las atrocidades de la dominación colonial, y define claramente los límites de la expansión capitalista en las colonias:

La política colonial capitalista en lugar de aumentar las fuerzas productivas, destruye, por la esclavitud a que reduce a los indígenas, al igual que por las guerras asesinas y devastadoras, la riqueza natural de los países en los cuales ella trasplanta sus métodos. Por las mismas razones impide o frena el desenvolvimiento del comercio y de los mercados con los productos de la industria de los Estados civilizados. El Congreso condena los métodos bárbaros de civilización capitalista y reclama, en interés de la extensión de las fuerzas productoras, una política que garantice el desarrollo pacífico de la civilización, poniendo por todas partes las riquezas del mundo al servicio del progreso de toda la humanidad¹²¹.

La resolución manifiesta, con absoluta firmeza, el carácter antimperialista de la Internacional Socialista y asocia claramente al imperialismo, el militarismo creciente y la amenaza creciente de guerra. Reafirma también los objetivos de la lucha en las colonias: reformas en provecho de los indígenas, y su educación y organización para alcanzar la independencia.

En consecuencia con esas posiciones el Congreso se pronunció en contra de la intervención franco-española sobre Marruecos.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 36.

El VIII Congreso, realizado en Copenhague en 1910, no presenta avances sobre las resoluciones anteriores. Reafirma la defensa de Marruecos en contra de la intervención franco-española, apoyando la agitación revolucionaria realizada en España y Francia contra tal intervención.

La II Internacional no se significó especialmente por un crecimiento fuera de Europa y Estados Unidos. Esto era consecuencia del insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas en Asia, África y América Latina, y del retraso en sus luchas antimperialistas. Pero los textos que hemos citado muestran que hubo una auténtica y constante preocupación por las luchas, de los pueblos oprimidos y, sobre todo, una toma de posición clara en contra del imperialismo y del colonialismo.

En ésa como en otras cuestiones hubo una constante contradicción entre la correlación de fuerzas establecida en los congresos y aquella existente a nivel local y nacional, donde los revisionistas ganaban fuerza día a día. La prueba definitiva de la Internacional fue su posición frente a la guerra imperialista que se aproximaba cada vez más. En ese momento se pudo advertir claramente cuán vana era la mayoría de los congresos. Los partidos socialistas ya estaban minados en su interior. Esto tenía mucho que ver con las superganancias generadas por el imperialismo y con la absorción por las burguesías de un sector importante y muy decisivo de la clase obrera convertido ahora en una aristocracia obrera incrustada en los sindicatos y cada vez más influyente en la política y en la estructura de los partidos socialistas.

2. LA CUESTIÓN DE LA AUTONOMÍA NACIONAL

La expansión del orden económico burgués por Europa central, el dominio inglés sobre los irlandeses, la extensión del imperio ruso y del imperio austro-húngaro, la acentuación de las contradicciones entre los grupos económicos y políticos de la burguesía europea en el

plano nacional e internacional, creaban un ambiente adecuado para la agitación sobre el problema nacional, a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

La Internacional Socialista tomó tempranamente —desde su II Congreso, realizado en Berlín en 1891— una clara posición en favor del derecho de autonomía de cada pueblo. En su ponencia al congreso, Vaillant afirmaba: “El socialismo, en efecto, con su advenimiento asegurará a cada país su autonomía, así como el derecho de disponer de sí mismo”¹²².

Frente a la cuestión judía, el congreso tomó una resolución de principio que debería quedar como orientación sobre el problema nacional: Los partidos socialistas y obreros de todos los países siempre afirmaron que no podía haber para ellos antagonismos o combates de razas o nacionalidades, sino sólo la lucha de clase de los proletarios de todas las razas, contra los capitalistas de todas las razas. Condena las excitaciones antisemíticas y filosemíticas como una de las maniobras por las cuales la clase capitalista y los gobernantes intentan hacer desviar el movimiento socialista y dividir los trabajadores”.

A pesar de su carácter muy general, esa resolución muestra la clara orientación de la clase obrera hacia la autonomía nacional, así como su rechazo a cualquier nacionalismo agresivo que se introdujera en el movimiento intentando formar partidos y sindicatos por nacionalidades, en el seno de los imperios plurinacionales.

Estos planteamientos básicos se mantuvieron por varios congresos sucesivos, reflejándose en posiciones tácticas como la defensa de los polacos, los armenios y serbios, los finlandeses, los boers, etcétera, en contra de sus respectivos dominadores. En vísperas de la guerra mundial, la Internacional apoyó el intento de los países balcánicos de formar una federación de naciones autónomas.

Pero, frente a la posición de los sindicatos checos que, en consecuencia de su autonomía, pretendían constituir su propia central

¹²² *Ibíd.*, p. 377.

sindical en Praga, en oposición a la de Viena —donde predominaban los alemanes—, los delegados al VIII Congreso Socialista Internacional, reunidos en Copenhague en 1910, aprobaron el siguiente voto:

Si en los Estados políglotas los sindicatos unidos deben, evidentemente, tener en cuenta las necesidades lingüísticas de todos sus miembros, el Congreso, de otra parte, declara que toda tentativa por fraccionar los sindicatos internacionalmente unidos, en partes nacionalmente separatistas, va en contra de las resoluciones de los congresos internacionales¹²³.

Fue precisamente en el imperio austro-húngaro donde la cuestión nacional dio origen al debate teórico más amplio hasta 1910, protagonizado por el libro de Otto Bauer sobre *La cuestión nacional* y la socialdemocracia y el de R. Springer sobre *El problema nacional*.

Bauer y Springer caracterizaban la nación como un conjunto de personas unidas por una cultura, un carácter y un destino comunes, independiente de un territorio determinado. En base a este principio ellos planteaban la unión y organización de estas comunidades, para garantizar su autonomía nacional y cultural, según el principio personal.

“El principio personal —decía Bauer— presupone que la población se dividiera en nacionalidades [. . .] sobre la base de la libre declaración de los ciudadanos adultos, para lo cual deberán organizarse censos nacionales”. Por ejemplo, explicaba Bauer:

Todos los alemanes domiciliados en regiones nacionalmente homogéneas y todos los alemanes inscritos en los censos nacionales de las regiones mixtas, constituirán la nación alemana y elegirán un consejo nacional¹²⁴.

¹²³ *Ibíd.*, p. 378.

¹²⁴ Citado por J. Stalin, *El marxismo y el problema nacional*, ed. Cepe, Buenos Aires, 1973, p. 40.

El consejo nacional es, según Springer, el parlamento nacional-cultural, llamado a fijar los principios y aprobar los medios necesarios para velar por las escuelas nacionales, la literatura, el arte y la ciencia nacionales, la organización de academias, museos, galerías y teatros, etcétera.¹²⁵

El Partido Socialdemócrata Austriaco, de acuerdo con las tesis de Bauer y Springer, reconocía el principio de las nacionalidades que se representaban en una federación democrática, adoptando sólo secundariamente el principio del territorialismo que “entrega por todas partes a las minorías a la discreción de las mayorías”. Criticando esta tesis, el socialista checoslovaco E. Benés afirmaba que lo que se ponía en segundo plano era más que la territorialidad como problema económico; y la comisión sindical para el imperio de Austria había presentado, al congreso internacional de Copenhague, un informe que reconocía la imposibilidad de unificar a checos y austriacos:

Dado que no es posible reunir intereses mutuamente refractarios en formas de organización centralizantes y políglotas, surgen continuos conflictos internos de esta situación, que crean mutuo recelo y paralizan la energía combativa del proletariado entero¹²⁶.

El problema se presentaba también en Rusia, particularmente con los obreros polacos. José Stalin escribió, bajo la orientación de Lenin, el libro citado, publicado en 1913, que buscaba clarificar estas cuestiones y plantear los elementos para asumir una posición justa frente al problema.

¹²⁵ *Ibíd.*

¹²⁶ Textos tomados de Jacques Droz, *op. cit.*, p. 126.

Stalin sitúa el problema nacional en el contexto del desarrollo del capitalismo y de las burguesías nacionales en defensa de sus mercados internos. Muestra cómo, en Europa central, este desarrollo fue frenado por las burguesías ya desarrolladas, que sometieron bajo su dominio a las burguesías emergentes en las regiones más atrasadas. A pesar de la gran variedad de situaciones concretas que determinaban tácticas distintas frente a las reivindicaciones nacionales, se puede decir que en su esencia éstas corresponden a una lucha burguesa que busca arrastrar el proletariado, dándole a su lucha la apariencia de “popular general”. A pesar de definir correctamente el carácter burgués de esta lucha por la autonomía y por la defensa de las naciones oprimidas, Stalin afirma: “Pero de ahí no se desprende, ni mucho menos, que el proletariado no deba luchar contra la política de opresión de las nacionalidades”.

La restricción de la libertad de movimiento, la privación de derechos electorales, la persecución contra el idioma, la reducción de escuelas y otras medidas represivas afectan a los obreros en grado no menor, si no es que mayor, que a la burguesía¹²⁷.

Pero lo que el proletariado no podrá hacer nunca es asumir una posición nacionalista frente a tales hechos, aceptando el azuzamiento de unas naciones contra otras, cayendo en la órbita de una cultura nacional más atrasada, dominada por la burguesía, y sobreponiendo el problema nacional a la lucha de clase del proletariado. Los partidos nacionales del proletariado defienden el derecho de todas las naciones oprimidas, y el de la suya en particular, pero someten esta defensa a los principios del internacionalismo proletario, así como a las necesidades tácticas determinadas por las distintas condiciones locales e históricas.

¹²⁷ J. Stalin, op. cit., p. 24.

Stalin reafirma las tesis de la Internacional Socialista, a la cual pertenecía entonces el Partido Socialdemócrata Ruso y su fracción bolchevique:

Luchando por el derecho de la autodeterminación de las naciones (y no de las nacionalidades) la socialdemocracia se propone como objetivo poner fin a la política de opresión de las naciones, hacer imposible esta política y, con ello, minar las bases de la lucha entre las naciones, hacerla menos aguda, reducirla al mínimo. Esto distingue esencialmente la política del proletariado consciente, de la política de la burguesía, que se esfuerza por ahondar y fomentar la lucha nacional, por prolongar y agudizar el movimiento nacional¹²⁸.

El que tal lucha asuma un carácter separatista o una autonomía relativa dependerá de las condiciones concretas; del desarrollo de la burguesía y del proletariado políticamente independiente; así como de la democracia burguesa, la cual atenúa las contradicciones nacionales en su seno, permitiendo el libre desarrollo de las minorías nacionales, etcétera. Estas normas fueron la base de la estrategia y táctica bolcheviques frente al complejo problema de las nacionalidades en Rusia, y les permitieron erigir una comunidad socialista de naciones libres, a partir de sus luchas de liberación nacional, integrándolas en la lucha común del poder del proletariado y de los campesinos de toda Rusia. La defensa del criterio de las nacionalidades en el Imperio Austriaco, al permitir las representaciones nacionales en el partido socialista y en los sindicatos, llevó a su división; y condujo a los partidos obreros a correr la suerte del Imperio Austriaco, desgarrado durante la guerra mundial. Ello muestra lo acertado de la política nacional bolchevique. Por otro lado, la adhesión de los partidos de la II Internacional al chauvinismo burgués, durante la guerra mundial, los ahogará en una política que iba desde el proimperialismo hasta el

¹²⁸ *Ibíd.*, p. 27.

anexionismo desvergonzado; lo cual demuestra la necesidad de plantear claramente el problema nacional dentro del movimiento obrero internacional.

Las críticas de Rosa Luxemburgo a la política de autonomía nacional, pretendiendo mantener a Polonia y otras naciones como Finlandia en el cuadro de una unidad territorial rusa e insurgiéndose contra la reconstrucción de una Polonia unificada, van a estrellarse con la realidad histórica. La respuesta de Lenin a su folleto sobre el tema, será analizado en la tercera parte de esta obra.

3. EL MILITARISMO Y LA GUERRA

La acentuación de la política colonial, inserta en el cuadro de la conformación de una economía mundial imperialista —basada en la expansión del capital financiero, en el aumento de las contradicciones entre las políticas imperialistas por el reparto del mundo y en la opresión de las naciones menos desarrolladas, llevaba a las naciones europeas a un enfrentamiento.

A fin de prepararse para este enfrentamiento o simplemente para obtener mejores posiciones en una confrontación diplomática muy aguda, se hacía necesario un desarrollo militar creciente.

El crecimiento de Alemania, su transformación en una gran potencia económica y militar a fines del siglo XIX y principios del XX, era incompatible con su casi total exclusión de las conquistas coloniales. Su aislamiento diplomático, consecuencia de su intento de mantener las manos libres para buscar su propio imperio colonial, junto con la amenaza que para Inglaterra representaba su armada, —desarrollada desde el comienzo del siglo actual— profundizaban las razones para un conflicto bélico.

Estos fenómenos ya se percibían en la época de Marx y Engels, quienes previeron lo inevitable de una guerra mundial cuyo centro sería Europa. Frente a estas contingencias, el movimiento obrero debería oponer una resistencia tenaz al estallido de tal guerra y, en caso

de que se diera, debería luchar por transformarla en el punto de partida de una guerra civil revolucionaria.

Esta visión estratégico-táctica sobre la posición del proletariado frente a una guerra interimperialista, se desarrolló en el seno de la II Internacional a través de una sucesión de congresos en los que aumentaba la claridad de la política a seguir, pero aumentaba, a la vez, la oposición de los reformistas a tales planteamientos.

La posibilidad de que los partidos socialistas chocasen en el frente de batalla, enfrentando entre sí a los obreros de los países imperialistas, significaba el fin de la Internacional y un fuerte golpe al internacionalismo proletario. Por otro lado, se esperaba que las convulsiones provocadas por un enfrentamiento militar generalizado llevarían a una situación revolucionaria que anunciaría el fin del capitalismo.

Por esta razón, la cuestión militar y de la guerra aparece ya en el primer congreso de la II Internacional —París 1889— en la orden del día, bajo el título de “abolición de los ejércitos permanentes y armamento del pueblo”. Después de denunciar a los ejércitos permanentes como “expresión militar del régimen monárquico, oligárquico y capitalista” y como “negación de todo régimen democrático o republicano”, se afirmaba enseguida que “la paz es una condición indispensable a toda emancipación obrera”.

Pero el congreso no se hacía ilusiones sobre tal posibilidad y declaraba que la guerra, producto fatal de las condiciones económicas actuales, no desaparecerá definitivamente más que con la desaparición misma del orden capitalista, con la emancipación del trabajo y el triunfo internacional del socialismo¹²⁹.

En el segundo congreso, realizado en Bruselas en 1891, cupo a August Bebel asentar claramente la política revolucionaria del proletariado frente a la guerra:

¹²⁹ Amaro del Rosal, op. cit., pp. 366-67.

El triunfo del proletariado será la paz universal. Teniendo coraje, energía, perseverancia, la guerra no estallará. Los gobiernos declaran la guerra; los pueblos tienen el derecho y hasta el deber de responder con la revolución [. . .] Hace falta decir francamente que se debe preferir la guerra civil entre el proletariado y la burguesía a la guerra entre las naciones¹³⁰.

Estos principios generales fueron reafirmados en todos los congresos posteriores, perfeccionándose las definiciones de las formas de lucha y la decisión revolucionaria del proletariado.

El IV Congreso de la Internacional Socialista se realizó en Londres, en 1896, en un momento de graves confrontaciones interimperialistas. En él se adoptó un extenso acuerdo que definía las causas de la guerra como fundamentalmente económicas, denunciaba los peligros del militarismo creciente y establecía una política inmediata para impedir la guerra. Dicha política no debía ilusionarse con los sentimientos humanitarios de la burguesía, debía basarse en la lucha de la clase obrera por la toma del poder político y el establecimiento del socialismo.

El V Congreso, París, 1900, establece una política aún más definida para enfrentar el crecimiento del militarismo. Se basaba en la educación de la juventud contra el militarismo; en el compromiso de votar contra los presupuestos militares; en la realización de un movimiento de agitación internacional antimilitarista; y se definía también frente al problema colonial y las varias luchas de liberación nacional, como ya hemos destacado. Con todo, será en el VII Congreso, Stuttgart, 1907, donde la Internacional Socialista efectuará su debate más amplio sobre el mismo problema, que había ganado una gran actualidad debido a la guerra ruso-japonesa y al evidente deterioro de la paz en Europa. En ese debate participaron figuras destacadas en la socialdemocracia de entonces, como Bebel, Jaurès, Vaillant,

¹³⁰ Ibid., p. 377. Liebknecht afirmó en el mismo congreso: “Frente a la guerra, la huelga y la insurrección”.

Guesde y Hervé. Lenin, Rosa Luxemburgo y Mártov presentaron en conjunto una enmienda a la proposición de Bebel que sirvió de base para la discusión. La resolución del VII Congreso sobre “el militarismo y los conflictos actuales” reflejaba una posición marxista revolucionaria y quedó como marco de orientación general para la estrategia y la táctica del movimiento obrero frente a las guerras imperialistas. Según la resolución, no se podía separar la acción contra el militarismo de la acción contra el capitalismo, pues “las guerras entre Estados capitalistas son, en general., la consecuencia de su concurrencia sobre el mercado del mundo” con miras a conquistar los pueblos extranjeros y sus tierras. El armamentismo y el militarismo eran, en tal contexto, “uno de los instrumentos principales de la dominación de la burguesía y de la esclavización económica de la clase obrera”.

Se denunciaban los prejuicios nacionales como un instrumento bélico de la burguesía, cuyo objetivo era dividir la solidaridad obrera internacional.

Siendo las guerras un producto esencial del capitalismo, sólo terminarían con el fin de este sistema y la instalación de un nuevo orden internacional socialista. Se reafirmaba en seguida el programa de acción de Bruselas, basado en la educación antimperialista de la juventud, la oposición a los créditos de guerra y la agitación general antimilitarista. Se insistía en la denuncia del ejército regular y su sustitución por milicias populares. Se llamaba a una cierta flexibilidad de acción dentro de estos principios generales y se saludaban las acciones antimilitaristas realizadas por los obreros en cumplimiento de los acuerdos de Bruselas. Se reafirmaba, en fin, el papel dirigente de la Internacional y la necesidad de la presión del proletariado para utilizar el arbitraje internacional en la solución de los conflictos.

La resolución declaraba, al final, los principios tácticos fundamentales que orientarían al proletariado socialista en el caso de declararse la guerra:

Si una guerra amenazara con estallar, es un deber de la clase obrera en los países afectados, y de sus representantes en los parlamentos, con la ayuda del Buró Internacional, fuerza de acción y coordinación, el de hacer todos sus esfuerzos por impedir la guerra, por todos los medios que le parezcan mejores y más apropiados y que, naturalmente, varían según lo agudo de la lucha de clases y la situación política general.

No obstante, en el caso de que la guerra estallara, tienen el deber de interponerse para que cese inmediatamente, y de utilizar, con todas sus fuerzas, la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista¹³¹.

Esta declaración final reproducía el texto de la enmienda propuesta por Lenin, Luxemburgo y Márto. La Internacional Socialista se declaraba, así, no sólo contraria a la guerra interimperialista que se aproximaba; sino también —de estallar la guerra— decidida a transformarla revolucionariamente en base de una ofensiva hacia el poder.

El VIII Congreso, Copenhague, 1910, confirmaba esas posiciones, como también todas las declaraciones de los líderes socialistas y las conferencias particulares. En 1912, el Buró Internacional Socialista convocó a un congreso extraordinario que se realizó en Basilea en noviembre, en vísperas de los acontecimientos trágicos de 1914-18. A este congreso, cuyo único objetivo era tomar acuerdos de movilización contra la guerra, asistieron 555 delegados. Se inició con una gran concentración por la paz que llenó no sólo la catedral de Basilea, donde se realizó, sino también la plaza vecina.

La principal figura de esta manifestación fue Jean Jaurès, quien afirmó en su memorable discurso:

¹³¹ La resolución, la propuesta de Bebel y la enmienda de Lenin, Rosa y Márto se reproducen íntegramente en Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*, cit., pp. 29-34.

La Internacional debe velar por hacer penetrar en cada lugar su palabra de paz, desarrollar en cada lugar su acción legal o revolucionaria que impida la guerra o si no a pedir cuentas a los criminales que serán responsables de ella¹³².

El congreso extraordinario confirmó los principios establecidos en Stuttgart y Copenhague. Así lo indican las posiciones tomadas frente a la crisis de los Balcanes, llamando a constituir una federación balcánica y oponiéndose a la renovación de las antiguas enemistades entre serbios, búlgaros, rumanos y griegos, así como enfrentamiento entre turcos y serbios. El congreso apoyó la autonomía de Albania y Serbia y llamó a los socialistas de Austria, Hungría, Croacia, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina a oponerse a una invasión austriaca en contra de Serbia. El congreso advirtió también el peligro de la intervención de los intereses rusos en los Balcanes, oponiéndose así a los dos imperialismos que actuaban sobre la región y cuya confrontación terminaría por llevar a la guerra. La resolución llamaba además a la intervención activa de los trabajadores de Francia, Alemania e Inglaterra y denunciaba el peligro que representaba el antagonismo británico-alemán para la paz. La Internacional no tomaba partido por ningún régimen considerado progresista, en detrimento de otros considerados más reaccionarios. Su posición era de absoluto rechazo a todas las maquinaciones imperialistas y amenazaba con la revolución como respuesta al conflicto¹³³.

El próximo congreso, que sería el noveno, fue convocado para 1914, pero no pudo realizarse. A pesar de que proseguían las declaraciones contra la guerra, firmadas por el Buró Internacional Socialista, sus firmantes se convertirían —en su mayor parte— en los tentáculos de sus respectivos gobiernos, apoyando la política de unidad nacional para aplastar a los adversarios militares. La agitación contra

¹³² *Ibíd.*, p. 67.

¹³³ El texto completo de la resolución está en *ibíd.*, pp. 69-73.

la guerra duró hasta el último momento. El viraje de las direcciones partidarias, representaciones parlamentarias y sindicatos socialistas fue casi siempre brusco y sorprendente, sobre todo por la ausencia de una oposición de masas organizada. El 4 de agosto de 1914, los socialistas franceses y belgas votaron los créditos militares, incorporándose a los gobiernos de sus correspondientes países. En Alemania, ya el 31 de julio, una mayoría de parlamentarios del PSD había decidido votar los créditos de guerra. El 2 de agosto los sindicatos suspenden las huelgas en curso. El 3 de agosto, por 78 votos a favor y 14 en contra, se toma la decisión de votar los créditos de guerra. Los obreros franceses salían en defensa de la patria republicana, amenazada por la monarquía alemana. Los obreros alemanes defendían su cultura nacional contra la invasión del retrógrado régimen zarista. Sólo en Rusia, algunos sectores de los mencheviques y la fracción bolchevique, ya convertida en partido, se opusieron a la guerra. Esto, sin embargo, se hizo a costa de un inmediato aislamiento de las masas rusas. Vandervelde se incorporaba al gobierno belga; Guesde y Sembat al francés; no faltaban nuevos dirigentes socialistas para seguir su ruta, cuando las burguesías locales lo sentían necesario. La Internacional Socialista, fundada bajo los auspicios del internacionalismo proletario y del socialismo científico de Marx y Engels, se hundía de la forma más brutal bajo las botas de los ejércitos europeos, luchando de un lado o del otro en nombre de sus patrias burguesas. Los obreros que juraron no matarse entre sí, mataban por millones en las tierras europeas.

¿Qué determinó este fracaso?

¿La política reformista de los jefes? ¿La burocratización de los partidos? ¿La influencia de los sindicatos reformistas? ¿El cretinismo parlamentario desarrollado en años sucesivos? ¿La fuerza incontrastable del sentimiento nacional?

¿Cómo pudo ser que un pequeño partido en Rusia no temiera el aislamiento político inmediato que provocaría su posición a favor de

la guerra civil revolucionaria y del derrotismo revolucionario, mientras que sólo unas cuantas voces, como las de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo en Alemania, se levantaban en otros países?

La próxima parte de este libro se dedicará a buscar esas razones. El leninismo representaba, según lo indican los hechos, algo más que una fracción política rusa: representaba una contribución importante al pensamiento marxista y particularmente a la estrategia y táctica revolucionarias. Como veremos, Lenin vio la explicación del fracaso de la socialdemocracia europea en el contexto del imperialismo, particularmente en el papel desempeñado por la aristocracia obrera.

Lenin no dudó un solo momento del inminente fin de la II Internacional Socialista. En contra de toda perspectiva inmediata, escribía —el 10 de agosto de 1914— esta frase, que puede servir de prólogo al análisis de sus concepciones estratégico-tácticas y que expresa la original aportación del dirigente de la revolución rusa y fundador de la III Internacional:

La II Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo. ¡Abajo el oportunismo y viva la III Internacional, depurada no sólo de los tráfugas!

VIII. La II Internacional: Un balance

1. LA CRISIS DE LA II INTERNACIONAL

El fracaso histórico de la II Internacional en 1914 sigue desafiando al pensamiento marxista hasta nuestros días; en consecuencia, se han ofrecido múltiples explicaciones para esclarecerlo. El objetivo de este capítulo no es hacer una descripción de tales intentos explicativos, sino articular los elementos económicos, sociales, políticos e ideológicos que, según creemos condujeron a la destrucción de la II Internacional, elementos que llevaron asimismo a la involución de los partidos socialistas y socialdemócratas hacia un reformismo de graves consecuencias históricas tanto para el movimiento obrero como para la humanidad.

Las consecuencias históricas del reformismo deben ser medidas, sobretodo, en función de las terribles barbaries que engendró la conservación del capitalismo en su fase imperialista: principalmente, las dos guerras mundiales; el desempleo de millones de trabajadores como consecuencia de la crisis de 1929; el terror nazi-fascista; las guerras coloniales donde se utilizaron los métodos más enfermizos de tortura y represión; el hambre y la miseria de millones de individuos en las regiones subdesarrolladas y dependientes.

El reformismo no es el responsable directo de tales hechos, a pesar de su pusilanimidad y hasta complacencia frente a la política militarista y colonialista. Pero nadie puede negar que la conservación histórica de un régimen económico-social superado (debido a la falta de decisión y capacidad revolucionaria de las clases sociales, grupos e instituciones a los cuales les cabe destruirlo y sustituirlo por una sociedad superior) ahoga en el pantano de su decadencia a millones de seres. El reformismo tiene a su favor la apariencia de evolución histórica que presenta el capitalismo en los periodos de auge económico, cuando no sólo se implementan importantes cambios tecnoló-

gicos sino también se amplían las conquistas sociales de los trabajadores, así como sus niveles de vida. Pero, como hemos visto, los marxistas siempre llamaron la atención sobre los límites de esta evolución, la cual sólo se mantiene durante los periodos de ascenso económico; cuando el crecimiento de la productividad y del producto aumenta el margen de concesiones que puede ofrecer el capital; cuando el pleno empleo, resultante del auge de crecimiento, favorece la capacidad de lucha sindical y política de los trabajadores, dentro del modo de producción capitalista. Es pues natural que los periodos de auge económico generen una ilusión ideológica expresada por el reformismo; es decir, por la expectativa de la clase obrera de alcanzar un régimen económico y social superior mediante la continuación de esas reformas hacia una evolución histórica pacífica.

Como vimos, esta desviación ideológica era, y es, una tendencia espontánea del movimiento obrero, particularmente en su expresión sindical. Frente a esta tendencia espontánea, se presentaron a fines del siglo pasado tres respuestas.

La primera, el revisionismo de Bernstein, de Sorel, de Croce, etcétera; el economicismo de Struve, de los marxistas legales en Rusia y de los fabianos en Inglaterra; el determinismo económico de los posibilistas en Francia. El revisionismo impregna el pensamiento socialdemócrata al punto de terminar ganando el apoyo de muchos marxistas ortodoxos que, como Kautsky y los marxistas austriacos (Adler, Hilferding, Renner, etcétera), habían “defendido” el marxismo no como pensamiento revolucionario, en constante evolución, sino como principios abstractos.

El revisionismo, el economicismo, el reformismo, el centrismo, entendían las tendencias espontáneas del movimiento obrero —a acomodarse dentro del sistema capitalista— como un hecho positivo; como una expresión de las tendencias históricas de la lucha de clases, como una evolución de la clase obrera hacia una táctica correcta, ligada al desarrollo del capitalismo y de la sociedad liberal. Por esto, estas tendencias tenían que negar las crisis económicas, el

retraso y la barbarie resultantes de los enfrentamientos interburgueses (como las guerras imperialistas); tenían que negar, en fin, la posibilidad histórica del retroceso de las conquistas obreras. Por esto, desde el punto de vista filosófico, estas corrientes recorrían desde el evolucionismo, de un lado, hasta el idealismo kantiano, de otro, procurando dar a la historia y al socialismo el contenido de un avance lineal inexorable, o de un imperativo moral aceptado por la conciencia humana universal.

Frente a estas tendencias, la segunda respuesta era el marxismo revolucionario del Kautsky y del Plejánov marxistas, y de su discípulo Lenin. El marxismo revolucionario reconocía las tendencias espontáneas de la lucha sindical hacia el reformismo, pues son parte de la aceptación de la condición asalariada y de las luchas económicas dentro del régimen capitalista. Pero al hacer este reconocimiento no aceptaban este hecho como definitivo. Por el contrario, destacaban la necesidad de ligar las luchas espontáneas —de carácter económico— a la comprensión intelectual de la explotación capitalista y de su inexorable liquidación histórica por una sociedad superior; la socialista. Se hacía imprescindible, en consecuencia, el papel de la teoría y del partido revolucionario, capaz de agrupar a la clase en torno de una vanguardia consciente, estudiosa y experimentada. Las funciones de esta vanguardia eran múltiples: elaborar la concepción doctrinaria; analizar la evolución histórica de la sociedad; interpretar correctamente las luchas cotidianas de la clase; propagar y agitar los resultados de estos conocimientos; dirigir a la clase en sus luchas inmediatas y representar, en esas luchas, el futuro del movimiento: el socialismo y el comunismo. Como veremos en el estudio sobre Lenin, a esas difíciles tareas encomendadas al partido revolucionario se sumaban la habilidad y experiencia necesarias, por parte de sus jefes para conducir victoriosamente a la clase, en sus movimientos tácticos, hacia la toma del poder.

La afirmación del papel que le cabe a la teoría, a la doctrina, a la reflexión, ejercidas por la intelectualidad y los dirigentes, los cuadros y las vanguardias, que resultaba de esta concepción partidaria podría

llevar a una desviación “instrumentalista” que desconociera el papel del movimiento real de las masas y llegara a sustituirlas, teóricamente por el aparato partidario. Esta desviación, de hecho, existió en la socialdemocracia alemana y se transformó en un obstáculo para su desarrollo revolucionario, en un elemento conservador que terminó favoreciendo el reformismo y el oportunismo.

De ahí la aparición de una tercera concepción que favoreció una nueva desviación del marxismo. Se trata de la lucha de Rosa Luxemburgo contra el aparato partidario, y particularmente sindical, de la socialdemocracia alemana. Esta lucha llevó a Luxemburgo a acentuar exageradamente el espontaneísmo revolucionario de las masas, sobrevalorando la capacidad revolucionaria de la huelga de masas, sin preocuparse lo suficiente de su relación con la vanguardia partidaria, con su capacidad de conducción y su rigor teórico e ideológico. Esta subestimación del papel revolucionario de la vanguardia fue crucial para la revolución alemana, al retrasar la organización de la fracción revolucionaria de la socialdemocracia alemana; demorando su rompimiento con el centrismo; y resultando en la incapacidad del Partido Comunista Alemán para dirigir el movimiento revolucionario de 1918-23.

El énfasis de Rosa Luxemburgo en la lucha espontánea de masas, en la revolución rusa de 1905, era esencialmente correcto pero dejaba de lado el carácter cíclico de esta espontaneidad. Si en una situación revolucionaria, como la de Rusia en 1905, las masas cumplían un papel revolucionario, eran una fuerza de vanguardia, de la cual tendrían que partir necesariamente la acción del partido; en una situación contrarrevolucionaria, como la de 1907-1910 en la misma Rusia, era la capacidad teórica y orgánica de la vanguardia la que garantizaba el desarrollo futuro de la revolución. Por esto, es peligroso y antihistórico dar a la cuestión del espontaneísmo de las masas un sentido absoluto y antihistórico concreto. También es absurdo sobrestimar el aparato partidario, independientemente su vínculo real con la situación concreta.

2. LOS CAMBIOS DE LA ECONOMÍA INTERNACIONAL Y DEL CAPITALISMO A FINES DEL SIGLO XIX Y COMIENZOS DEL XX

La II Internacional se desarrolló en un periodo de profundos cambios de la economía internacional. En primer lugar, si bien surgió en una fase depresiva de la economía europea, su maduración se realizó entre 1890 y 1914. Este periodo se caracterizó por el auge económico permanente, apoyado en profundos cambios tecnológicos, en una estabilidad política creciente y en la confianza ideológica y psicológica de la burguesía, correspondiente a la estabilidad económica, social y política.

En segundo lugar, este nuevo periodo se caracteriza, también, por el auge de la expansión colonial de Europa, el desarrollo del gran capital industrial y bancario a escala mundial, el creciente nacionalismo y militarismo. El capitalismo entraba en una nueva fase histórica como formación social: surgía el imperialismo.

Los cambios revolucionarios que sufría el capitalismo alteraban las condiciones de la lucha de clases y exigían una elaboración teórica superior. ¿Estaban los partidos socialistas y socialdemócratas preparados para responder a este desafío? Para responder esa pregunta debemos analizar, con el mayor cuidado, las transformaciones estructurales ocurridas en este periodo:

a] En la segunda mitad del siglo XIX empieza un proceso de industrialización de las máquinas y herramientas que habían progresado enormemente en las décadas anteriores. La rebaja del costo de las máquinas, debida a esa segunda revolución industrial, aumentó enormemente su consumo, por parte de las industrias productivas de bienes finales, acelerando y generalizando en consecuencia el proceso de industrialización a escala internacional a fines del siglo XIX. Tales cambios fueron más estimulados aún por el desarrollo del transporte y de las comunicaciones a escala internacional, promoviendo el intercambio en todas sus formas. Estos hechos tecnológicos, que permitidos por el auge económico de 1893 a 1914 y al mismo

tiempo impulsados por él, tuvieron efectos contradictorios sobre el funcionamiento de la economía. La generalización del uso de las máquinas, si bien rebajaba los costos de producción, aumentaba el peso relativo de las inversiones en medios de producción y materias primas, en relación a los salarios. Es decir, como había previsto Marx, el desarrollo tecnológico, promovido por el capitalismo, llevaba al aumento de la composición orgánica del capital. Estos gastos crecientes, en maquinarias y materias primas, aumentaban en consecuencia los adelantos que tenían que realizar los capitalistas en relación a la masa de ganancias; es decir, tendían a hacer bajar la tasa de ganancia. Tales hechos obligaban al capital, por un lado, a centralizarse en grandes unidades financieras, grupos familiares, asociaciones de empresas, sociedades anónimas, etcétera.

Por otro lado, lo obligaban a luchar por los mercados coloniales, en busca tanto de materias primas más baratas como de bienes de consumo para sus trabajadores a precios más bajos. Esto permitía atender a la sed de medios de producción, materias primas y salarios más baratos y cada vez más numerosos, en los países industriales, y a la vez abría un campo para nuevas inversiones de los capitalistas, con tasas de ganancia más elevadas.

En consecuencia, la lucha por el dominio colonial pasaba a ser una parte intrínseca y esencial del desarrollo capitalista en los países industriales, conformándose una economía internacional única. Ésta se basaba en la expansión de los países capitalistas industriales y en la coordinación de las economías coloniales en función de esa expansión.

b] Los cambios tecnológicos señalados; los cambios de la estructura económica que los absorbió y estimuló, así como su contenido internacional imperialista, confluyen hacia un auge económico realmente espectacular. La estructura de las economías capitalistas cambia y se entra en un nuevo nivel histórico de concentración de la producción, de monopolización de los mercados, de centralización del capital que lleva a la unidad del capital monopólico industrial y el bancario, unificación que Hilferding llamó el capital financiero. La

internacionalización del capital y el aumento del mercado mundial agudizaron la competencia entre los grandes trusts y monopolios a tal punto que éstos apelaron a sus Estados nacionales para defender sus mercados en la metrópoli y en las colonias. Se produce una ola proteccionista creciente que incitaba al nacionalismo y que al mismo tiempo favorecía la política militarista, única capaz de asegurar los objetivos económicos, expansionistas por un lado, pero proteccionistas por el otro.

Al mismo tiempo, esas luchas entre países y grupos de países, este nuevo nivel de la competencia entre las naciones, favorecía a los centros capitalistas más jóvenes como Estados Unidos y Alemania, en un primer plano, y Rusia y Japón, en un segundo plano. Como consecuencia de estos cambios, la economía internacional asumía una faz enteramente nueva. En apariencia se producía un proceso de expansión capitalista que uniformaba la economía internacional, modernizaba las sociedades tradicionales y generalizaba la cultura y la ciencia occidental, conformando un mundo más indiferenciado e igualitario y una civilización única a escala mundial.

Sin embargo, detrás de esas tendencias tan halagadoras —elogiadas por los filósofos, sociólogos y científicos políticos del gran capital y del imperialismo como Weber y Durkheim—, se ocultaban crecientes antagonismos, contradicciones irresolubles por medios pacíficos y aumentaba la desigualdad tanto entre pueblos y naciones como en el seno de éstos. La lucha entre las clases asumía una dimensión internacional, no sólo en el restringido campo europeo y norteamericano abarcado por la II Internacional, sino también al nivel mundial al cual se había extendido la economía internacional capitalista a principios de nuestro siglo.

c] El movimiento obrero europeo se había fortalecido entre 1880 y 1895, en los últimos años de la depresión económica que duró de 1870 a 1892. En ese periodo, el fracaso de la Comuna de París y la debacle de la I Internacional habían hecho madurar a la clase obrera, aumentando el prestigio del Partido Socialdemócrata Alemán y sus

posiciones. Ideológicamente definido por el socialismo; organizativamente basado en una estructura de cuadros; desde el punto de vista de las masas, apoyado en una organización sindical y de asociaciones independientes, pero bajo la conducción del partido; políticamente dispuesto a utilizar los medios electorales como instrumento de su crecimiento, organización y concientización de la clase trabajadora este partido rechazaba sin embargo, la posibilidad de la vía electoral para llegar al socialismo. Por todas sus características, el PSD alemán mostraba la viabilidad de organizar la lucha de la clase obrera dentro de la sociedad capitalista y de arrancar importantes concesiones a la clase dominante en favor de mejorías económicas y el aumento del poder político de la clase obrera. Todo esto se hacía dentro de la perspectiva de acumular fuerzas para que la clase obrera asaltara el poder en el momento en que el capitalismo entrase en crisis revelando sus debilidades y su imposibilidad de garantizar las conquistas sociales y democráticas obtenidas en esas luchas. Tal era la concepción de Engels que estudiamos en la primera sección de este libro. No se puede separar el auge de las conquistas sociales y políticas alcanzadas por el movimiento obrero en los países industriales en este periodo, del auge económico capitalista internacional reseñado en los párrafos anteriores. Las posiciones de Engels, de Kautsky, de Plejánov, de Lenin, de Rosa Luxemburgo y de otros marxistas considerados "ortodoxos", apuntaban en esta dirección. Es decir, buscaban mostrar el carácter económica y políticamente precario de tales conquistas, anunciando la gran crisis futura, inevitable del sistema. Desgraciadamente, la teoría económica marxista de entonces no era capaz de explicar con suficiente rigor la esencia del periodo en cuestión, su posible duración, ni tampoco el carácter, extensión, duración y límites de la inevitable crisis del capitalismo. El planteamiento general del problema se apoyaba en conocimientos fundamentales, planteados por Marx en *El Capital*, pero insuficientemente desarrollados. Por otro lado, la viabilidad del planteamiento se apoyaba también en la experiencia histórica del proletariado, que había sufrido la crisis de 1870-1890.

Esa evidencia empírica desaparecía progresivamente de la percepción histórica de los obreros, cuya vida madura se realizó en el cuadro del auge económico de 1893 a 1914. El comportamiento político de esa generación era muy distinto, así como su grado de confianza en las posturas revolucionarias del partido.

Era pues natural que surgiera una interpretación distinta de los acontecimientos, interpretación que buscaba apoyarse en los hechos tal como aparecían, renunciando a su análisis dialéctico, a una economía política crítica y a una definición política revolucionaria que chocaría con las características reformistas de la lucha inmediata. El revisionismo, el economicismo, el reformismo, tenían así un campo fértil donde sembrar su empirismo teórico. Estos comicios ajustaban la conciencia del partido a todo un periodo histórico, a una coyuntura de auge económico, de reformas y conquistas que parecían iniciar una nueva etapa en la historia de la humanidad. Cuando dicha coyuntura se superó, estas ideas ya se habían convertido en dominantes en el partido, y ya habían creado un nuevo estilo, una nueva ideología, una nueva conciencia colectiva en la clase obrera europea. De ahí su impreparación para enfrentar la coyuntura revolucionaria de 1914 a 1921. Enseguida analizaremos las desviaciones ideológicas que se produjeron en este periodo.

3. LAS DEBILIDADES TEÓRICAS DE LA II INTERNACIONAL

La formación teórica de la brillante generación de intelectuales que, bajo la influencia de Engels, integró el núcleo de pensamiento de la II Internacional, adolecía de graves defectos desde el punto de vista de su comprensión del marxismo. Todos ellos habían tenido una formación filosófica y política distinta, y conocieron el marxismo ya maduros. En segundo lugar, no tuvieron acceso a toda la obra de Marx. Como hemos señalado, la obra de Marx sólo se publicó totalmente en el siglo XX. Muchos libros fundamentales para la compren-

sión de su teoría, como los volúmenes segundo y tercero de *El Capital*, la *Historia crítica de la plusvalía*, los *Fundamentos de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, no fueron parte de la formación básica de los fundadores de la II Internacional. Como hemos señalado, el *Anti-Dühring* era el libro básico de esta generación, así como el tomo I de *El Capital*. Kautsky, Bernstein, Plejánov, Labriola, Sorel, Paul Lafargue, Max Adler, Karl Renner, Wilhehn Liebknecht y August Bebel fueron importantes iniciadores del marxismo occidental. Ellos aportaron significativas contribuciones para la divulgación del materialismo, dialéctico e histórico, así como para el estudio de cuestiones fundamentales como la agraria, la historia del cristianismo, la cuestión nacional, la mujer y el socialismo, etcétera. Sin embargo, esa generación no pudo enfrentar con profundidad y rigor los nuevos problemas planteados por la evolución del capitalismo, el desarrollo del monopolio, la colonización y el surgimiento de una nueva fase imperialista. Fueron los discípulos más jóvenes quienes enfrentaron esos problemas: una segunda generación, donde despuntaban Lenin, Mártoov, Tugan Baranovsky, Rosa Luxemburgo, Parvus, Trotsky, Hilferding, Franz Mehring, Friedrich Adler. Estos intelectuales ya fueron formados en el marxismo y si muchos de ellos presentaron desviaciones graves, fue más por razones políticas que teóricas. A pesar de no tener acceso a algunas obras de Marx y Engels (que sólo fueron publicadas en los años 20 y 30 del siglo actual) esta generación conoció el núcleo de su pensamiento; además, contaba con los avances de la generación anterior y con la gran expansión de los estudios marxistas en la última década del siglo XIX y el comienzo del siglo XX. Sin embargo, la producción teórica de la II Internacional dejaba aún mucho que desear.

En el plano filosófico, no era fácil para los pensadores marxistas diferenciar radicalmente el pensamiento de Marx y Engels de las fuentes filosóficas precedentes. Es necesario señalar, sin embargo, que precisamente la fuente más fundamental, contra la cual se desa-

rolló a la vez crítica y positivamente el pensamiento de Marx y Engels, fue la filosofía de Hegel, prácticamente desconocida para la generación de los fundadores de la II Internacional.

El ambiente intelectual de fines del siglo XIX estaba profundamente marcado por la filosofía neokantiana y neopositivista. En la ciencia predominaban los descubrimientos geniales del evolucionismo de Darwin, que condujo a concebir un determinismo económico correlativo a los descubrimientos evolucionistas en el plano biológico. Spencer, en Inglaterra, había realizado importantes esfuerzos metodológicos para integrar el evolucionismo al campo de la ciencia social.

El materialismo mecanicista aún regía a ciertos autores, particularmente a Plejánov, quien deja una profunda marca en la socialdemocracia rusa. Había una tendencia a reducir el marxismo al materialismo premarxista o vulgar, donde la dialéctica perdía su fuerza e importancia. Hay que señalar incluso que Plejánov, al final de su vida, tuvo que hacer concesiones al neokantismo, para justificar sus posiciones nacional-chauvinistas y reformistas durante la primera guerra mundial.

El retorno a Kant era esencial para el reformismo. El revisionismo concebía el socialismo como un imperativo moral, un perfeccionamiento de las instituciones liberales que pasaban a ser una obra de la conciencia humana independiente de la lucha de clases. Eso permitía en primer lugar, disminuir el contenido de clase de la lucha por el socialismo; y en segundo lugar, defender las instituciones democráticas liberales, como eternas y perennes creaciones del espíritu humano. Asimismo, la adopción de una ética kantiana —basada en un imperativo moral que se confronta con los imperativos prácticos— permitía resolver la dualidad entre el ideal socialista; planteado como un objetivo utópico lanzado hacia el futuro, y la práctica reformista, que consolidaba el orden liberal-burgués y constituía el único objetivo real de la lucha de los reformistas.

En el plano metodológico, el neokantismo permitía arrinconar los grandes temas teóricos en el campo de una especie de metafísica, de

categorías abstractas, etcétera. Al mismo tiempo, permitía abordar lo histórico concreto como fenómenos empíricos y como tendencias que no se ligaban necesariamente al plano conceptual más abstracto abordado por la doctrina. Así, los marxistas se veían atrapados por el debate entre el neokantismo y el historicismo y producían una síntesis ecléctica y no dialéctica entre lo teórico y lo histórico, entre las categorías apriorísticas del kantismo y la fluidez histórica en su univocidad.

En el plano de la economía, se puede apreciar la aplicación de tales concepciones, particularmente en la tendencia a rechazar la teoría del valor-trabajo de Marx y a conciliarla con los costos marginales de las escuelas marginalistas en ascenso. La teoría del valor quedaba relegada al plano de las categorías puras a priori, mientras la realidad de los precios y los costos funcionaba según los principios marginalistas.

Pero en el análisis económico quedaron enormes vacíos sobre los temas candentes del periodo. La cuestión del monopolio fue planteada sólo en su aspecto general. La cuestión agraria fue tratada de manera genial por Kautsky, pero en una perspectiva histórica muy amplia que debería ser completada por estudios más concretos sobre la posibilidad de la alianza obrero-campesina apuntada por Engels. La cuestión del imperialismo no fue ni estudiada ni discutida con la fuerza necesaria. Esto sin contar que en los casos en que se presentaron los temas a discusión se pudo apreciar la existencia de enfoques claramente proburgueses. Como vimos, el monopolio y la “trustificación” fueron considerados por los reformistas como factores de equilibrio económico, capaces de superar la anarquía capitalista y establecer una economía capitalista postcíclica y planeada. La cuestión agraria fue enfocada desde el punto de vista de las ventajas de la penetración capitalista en el campo y del retraso de la economía campesina, abandonándose así los campesinos a la explotación capitalista. El imperialismo fue considerado una misión civilizadora del capitalismo sobre las regiones atrasadas, a la cual había solamente que vigilar para impedir sus desviaciones bárbaras. La cuestión nacional

terminó prevaleciendo, no como una lucha por la autonomía nacional, sino en apoyo al chauvinismo y al expansionismo económico y guerrero-militar expresado en la primera guerra mundial.

Pese a todos los esfuerzos por justificar teóricamente esas posiciones, es evidente que la generación de los primeros marxistas no resistió el embate de la historia, Cuando ésta exigió definiciones cruciales, salieron a la luz sus concepciones liberales e idealistas, burguesas o pequeñoburguesas.

Estas concepciones liberales se evidenciaban incluso durante el periodo de la ortodoxia marxista, en las vacilaciones de estos pensadores sobre las cuestiones del Estado, de la democracia y del socialismo, de la dictadura del proletariado. A pesar de que discutiremos esos temas en la quinta parte de este capítulo, es necesario señalar aquí las dificultades que se plantean para superar los enfoques democrático-burgueses y liberales sobre el Estado, si no se posee una comprensión muy profunda de la dialéctica materialista. Además, los propios fundadores del materialismo dialéctico no enfrentaron sistemáticamente la cuestión del Estado. Solamente Lenin enfrentó ese problema y será en polémica con él que Kautsky presentará, posteriormente, su concepción completamente desarrollada del problema. La lucha por las reformas fue otro punto de separación entre los marxistas. A pesar del desarrollo genial que le dio Rosa Luxemburgo, en el texto sobre *Reforma o revolución* que estudiamos en esta sección, era muy difícil comprender la relación entre reforma y revolución, en un contexto en que el método dialéctico era relegado a segundo plano, tergiversado o abandonado. La falta de comprensión adecuada de esta relación, junto al insuficiente desarrollo de la política de alianzas de la socialdemocracia, daban pie a un obrerismo que tendía a encerrar a la clase obrera en sí misma y dentro de su partido. En consecuencia, la socialdemocracia se transformaba en el partido de los obreros y no en el partido de la revolución obrera. La representación de la clase puede darse tanto para defender sus intereses dentro del sistema existente, como para proyectarse a la vanguardia del

conjunto de la sociedad, para así superar el sistema existente e implantar otro superior.

En este último caso, el debate teórico, la propaganda y la agitación, asumen el carácter de una amplia lucha del partido revolucionario y de la clase por su supremacía en la sociedad, por la imposición de un orden económico, social y político superior. La reflexión teórica, asume, en consecuencia, un carácter concreto con objeto de orientar la transformación revolucionaria de la sociedad actual en su conjunto. La prueba de la capitulación de la socialdemocracia alemana respecto de sus tareas políticas inmediatas, está en sus vacilaciones en la lucha contra la monarquía y los junkers terratenientes. Estas vacilaciones se traducían, por otro lado, en la debilidad de su lucha por la república y por la reforma agraria y en la incapacidad de aliarse a los liberales y a los campesinos (más aún, acicatearlos y dirigirlos) para alcanzar esos objetivos. Así, en nombre de los intereses puros de la clase obrera y del socialismo, se dejaban de hacer las tareas democráticas inmediatas, imprescindibles para alcanzar el socialismo. Bajo un disfraz izquierdista, clasista, socialista, se abandonaban— con un evidente oportunismo político— las tareas democráticas revolucionarias del periodo. Muy diferente era esta postura del radicalismo democrático de los bolcheviques, que vamos a ver en la próxima sección de este libro. Las diferencias entre este obrerismo socialista, principista, doctrinario y sectario, y el radicalismo democrático de Marx y Engels, quedaron muy claras en el transcurso de nuestras exposiciones en la sección anterior (sobre la estrategia y táctica en Marx y Engels). Ésta es una cuestión teórica y práctica crucial. Quedarían por examinar las debilidades teóricas de la II Internacional sobre la concepción del papel de la ideología y de la ciencia en la lucha revolucionaria.

La primera desviación sería estaba ligada a la tendencia determinista, preponderante en muchos pensadores. Al concebir el materialismo histórico como un determinismo económico, se hacía muy difícil entender el papel de la teoría, y del pensamiento en general, en la transformación social. El pensamiento tendía a aparecer como un

mero reflejo de las condiciones materiales concretas sin un papel definido y claro en el movimiento concreto de la historia. Esto también se expresaba en la concepción sobre el papel de la vanguardia revolucionaria, que perdía mucho de su sentido al desvalorizarse el papel de la conciencia en la transformación social. La idea de un determinismo económico que conduciría inevitablemente al socialismo, producía una espera “quietista” de la revolución, una atrofia de la voluntad revolucionaria de los dirigentes y de las masas, como lo señalaron muchos teóricos de izquierda de la II y III Internacionales.

La redacción de este apartado puede sugerir que la II Internacional fue un mar de oportunismos, confusión ideológica y teórica, dado que hemos cargado la tinta hacia los aspectos negativos. No se puede negar, sin embargo, la importancia histórica de la II Internacional para el avance teórico y práctico del marxismo.

Los trabajos teóricos de Kautsky y Plejánov ocupan un lugar definitivo en el avance del marxismo como un cuerpo teórico sistemático. Los estudios posteriores de Rosa Luxemburgo, de Lenin, de Hilferding, etcétera, cuando los dos primeros estaban aún en la II Internacional, constituyen hitos fundamentales en el desarrollo del marxismo. Sin esas investigaciones, el marxismo no hubiera avanzado. Y el hecho de que se hayan borrado durante un periodo esas contribuciones es una de las explicaciones fundamentales del rebajamiento del marxismo en la fase staliniana, con el agravante de que en esta fase se liquidaron incluso las contribuciones fundamentales de los bolcheviques derrotados en la lucha con Stalin.

En la II Internacional, y a veces aun en la producción de un mismo pensador, se daba una lucha ideológica entre lo nuevo, lo radical del materialismo dialéctico e histórico —que necesitaba y necesita aún seguir desarrollándose—, y las otras doctrinas y teorías que lo precedieron, o que se desarrollaron en nuevas expresiones del pensamiento burgués o pequeñoburgués. Ambas corrientes se impregnaron recíprocamente. A los marxistas les era imposible desconocer las aportaciones teóricas y empíricas que habían hecho —y aún hacían— los pensadores burgueses, sobre una cantidad enorme de

campos que el marxismo no había siquiera tocado. A los pensadores burgueses les era asimismo imposible desconocer los avances fundamentales que el marxismo había aportado a la comprensión del mundo contemporáneo. Pero esas influencias recíprocas han seguido dos caminos diferentes. Uno es el camino del eclecticismo que ha creado la confusión en ambos lados; el otro es el camino del desafío intelectual, del respeto al adversario, en su valor teórico y en el rigor de sus aportaciones al desarrollo del propio campo teórico respecto a las evidencias empíricas y sus implicaciones teóricas.

Este último camino fue el seguido por Marx en sus estudios de economía política clásica, por Lenin en un estudio sobre los teóricos burgueses del imperialismo; o inclusive, del otro lado, por Max Weber, en su comprensión del aporte de Marx.

Un estudio actual de la II Internacional, debe resaltar, por lo tanto, los avances teóricos del periodo; pero debe al mismo tiempo mostrar las limitaciones implícitas en estos avances, así como la relación que guardan con el fracaso histórico de la II Internacional, con el triunfo del reformismo y con la degeneración teórica del marxismo y del movimiento obrero acaecida con el triunfo del oportunismo de derecha durante la primera guerra mundial.

4. LAS DEFORMACIONES ORGANIZATIVAS Y SOCIOPOLÍTICAS

Ya a principios de este siglo la teoría política empezó a entregarse sistemáticamente a ese nuevo fenómeno de la vida política contemporánea: el partido político obrero. Esta institución elevaba a un nivel totalmente distinto la institución de los partidos burgueses, que se formaron como clubes donde se debatían puntos de vista a partir de una cierta identidad que se reflejaba en el parlamento o como sectas de conspiradores inspiradas en la masonería e instituciones similares.

El Partido Socialdemócrata Alemán superaba todas las experiencias anteriores. Era un partido organizado desde las bases en núcleos disciplinados, y disponía de un gran aparato de direcciones locales, regionales y nacionales. Además poseía una fuerte prensa y empresas importantes. Su relación orgánica con los sindicatos y las cooperativas y con organizaciones de masas femeninas, campesinas y juveniles le daba el carácter de un gran monstruo burocrático, disciplinado y orgánico, que suplantaba los objetivos electorales o conspirativos para convertirse en una organización permanente de la clase obrera alemana, una especie de Estado dentro del Estado. Si agregamos la influencia de la socialdemocracia alemana en la II Internacional, se nos presenta el cuadro de un poder internacional sumamente poderoso y difícilmente contrastable. Este poder se rompió en parte durante la primera guerra mundial, y posteriormente durante la victoria del nazismo, para renacer otra vez después de la segunda guerra mundial con gran fuerza y pujanza. En la evolución este poder se fue integrando cada vez más dentro de la sociedad capitalista de lucha así como ideológicamente.

La ciencia política se preocupó por explicar ese fenómeno ya a principios de siglo. Michael llegó a la conclusión de la inevitabilidad de la burocratización de la clase obrera y sus tesis sirvieron de base a planteamientos posteriores como los de Lipset sobre el “autoritarismo” obrero. Max Weber recoge el tema de la burocracia, a la que identifica en las sociedades industriales modernas con el carácter “nacional” de la organización social contemporánea.

La izquierda socialdemócrata y posteriormente la izquierda comunista dentro y después fuera de la III Internacional verán en el burocratismo de la II Internacional una de las razones fundamentales de su reformismo, de su pusilanimidad frente a la acción revolucionaria.

El hecho es que las tendencias hacia una estructura partidaria cada vez más orgánica, y de los partidos a convertirse en expresiones organizadas y permanentes de los intereses de clases y fracciones de clases, se han convertido en un fenómeno intrínseco a la sociedad

contemporánea, tanto capitalista como socialista. Y esto tiene algo que ver con la fuerza histórica que adquirió el reformismo.

La política reformista se vio impulsada dentro de la socialdemocracia fundamentalmente por el estrato de funcionarios, diputados parlamentarios y representantes en la administración local que crecía constantemente al aire de la construcción de los partidos. Tanto en Alemania como en Italia, los representantes parlamentarios de los partidos proletarios marxistas eran fundamentalmente comerciantes, fabricantes, abogados y periodistas de profesión. Eran particularmente receptivos al mensaje de un socialismo no revolucionario¹³⁴.

En este texto de Bo Gustafson se estudian muchos aspectos del problema de la burocracia partidaria. En primer lugar, se atribuye la tendencia al reformismo de la burocracia su carácter de estático y mediocre. En segundo lugar, se identifica esa tendencia reformista con el origen de clase pequeñoburgués que tenían esos cuadros burocráticos.

Pero el carácter burocrático ha sido considerado lo fundamental en autores como Schroedel que culpan más específicamente a la burocracia sindical por las tendencias reformistas de la II Internacional y particularmente del PSD alemán.

Otros autores, como Lenin, van a encontrar un origen social en este reformismo sindical y partidario al descubrir su origen en la aristocracia obrera formada merced a las concesiones que el capitalismo, gracias a las superganancias imperialistas, otorga a los sectores económicamente más avanzados de la clase obrera. De esta manera, la tendencia reformista no nace de un tipo de estructura de organización social (burocracia) sino de una capa social definida que tiene su origen en las condiciones históricas particulares de la acumulación capitalista, vista como fenómeno universal.

Ciertamente, cuentan mucho para el auge reformista las concesiones económicas más globales que pudo realizar la burguesía como

¹³⁴ Bo Gustafson, *Marxismo y revisionismo*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1975, p. 429.

consecuencia de la expansión económica a largo plazo iniciada en 1890. Pero no hay duda de que la llamada aristocracia obrera sirvió de correa de transmisión entre la ideología burguesa y pequeñoburguesa y el movimiento obrero real.

El cretinismo parlamentario se caracteriza por una siempre creciente confianza en el parlamento entendido místicamente como una fuerza en sí misma, independiente de la acción de las fuerzas sociales concretas y de la correlación de fuerzas real a nivel nacional. Al cretinismo parlamentario se suma el contexto provinciano de las luchas por los gobiernos locales donde se desideologiza grandemente la lucha política.

Por último, el aislamiento de la clase obrera dentro de su partido y de sus organizaciones de masa, de sus escuelas locales y de cuadros, de su mundo obrero unitario material y espiritualmente, hace de la clase obrera una clase volcada hacia su propia realidad y la defensa de sus intereses corporativos, en vez de asumir el liderazgo de la sociedad entera. Ésta es una de las fuerzas sociales más profundamente determinantes del oportunismo reformista, de la despolitización real en nombre de una política puramente principista en lo verbal y claramente oportunista en la acción.

La democracia obrera entendida como defensa de una clase y no como instrumento para la liberación de la humanidad: ésta es una de las fuentes del reformismo.

Por eso es esencial que hagamos un análisis más detallado de la democracia obrera en su dimensión revolucionaria y en las circunstancias históricas que le plantea la práctica política.

5. LA II INTERNACIONAL FRENTE A LA REVOLUCIÓN RUSA: EL CISMA HISTÓRICO

Así como la Comuna de París, fruto de la guerra franco-prusiana de 1871, dividió radicalmente las aguas entre el marxismo y por un

lado el izquierdismo de los anarquistas y blanquistas y por otro el reformismo cartista, así la revolución rusa, hija de la gran guerra de 1914-18, dividió radicalmente el movimiento obrero internacional entre el marxismo revolucionario, representado y reinterpretado por el leninismo, y las corrientes reformistas centristas y de derecha.

La cuestión fundamental en discusión era el carácter y las proyecciones históricas y revolucionarias de la revolución rusa de octubre de 1917, cuando los bolcheviques asumieron la dirección del Estado en base al poder de los consejos obreros formados durante la primera etapa democrática de la revolución rusa, ocurrida entre febrero y octubre de 1917.

La crítica centrista tuvo en Kautsky su más alta expresión, en sus libros *La dictadura del proletariado y Terrorismo y comunismo*. La esencia del debate no es ya de orden estratégico-táctico sino ideológico y doctrinario, y se desdobra en un conjunto de argumentos cuyo resumen nos permitirá comprender su verdadero alcance histórico.

Kautsky iniciaba su crítica al gobierno bolchevique y a sus pretensiones revolucionarias negando la existencia de la base material para construir el socialismo en la Rusia atrasada. Así, el proletariado ruso debería contentarse con el establecimiento de una democracia burguesa avanzada donde se desarrollarían las condiciones para la instauración futura del socialismo. El proletariado era minoría en la sociedad rusa y por consecuencia sólo podría gobernar e imponer transformaciones económicas, que por lo demás no se podrían sostener en el atraso ruso, más que por la vía de la dictadura y del terror. La pretensión de avanzar por sobre las bases materiales conducía pues a los bolcheviques a la dictadura, a su aislamiento y a su futura derrota.

Ésta era en esencia la argumentación kautskiana, pero se completaba con importantes planteamientos sobre la relación entre democracia y socialismo, sobre la definición de la democracia y sobre el fracaso histórico a que llevarían la dictadura y el terror soviéticos. Para el Kautsky de los años reformistas, la democracia era “objetivo permanente del proletariado”. Junto con el socialismo era un medio

para lograr la “abolición de todo tipo de explotación y de opresión, ya sea dirigido contra una clase, un partido, un sexo o una raza”, según el programa de Erfurt. Esta afirmación entraba en choque evidente con el pensamiento de Marx y Engels, para los cuales el fin de toda opresión sólo se podría lograr en una sociedad donde desaparecerían las clases sociales y en consecuencia el Estado, y por tanto la democracia como forma de gobierno y de Estado. Es también evidente que en esta sociedad sin explotación y opresión no existiría ya el principio de la distribución basado en la norma: “a cada uno según su capacidad” propia del socialismo, ni la dictadura del proletariado o democracia proletaria también propios del socialismo.

En consecuencia, para el marxismo tanto la democracia como el socialismo corresponden a etapas históricas de la evolución social y de la lucha de clases cuya superación será el producto del desarrollo de las fuerzas productivas que se promoverán bajo estas formas económico-sociales y políticas, así como será el resultado de la destrucción de las clases y otros antagonismos sociales propios de estas formaciones económico-sociales. La democracia y el socialismo son, pues, dos medios que deberán extinguirse al alcanzarse una sociedad superior.

Tenemos pues que aceptar la corrección teórica del análisis kautskiano cuando afirma en *La dictadura del Proletariado* que “no se puede oponer democracia y socialismo diciendo que una es el medio y el otro el fin. Ambos son medios para el mismo fin”.

Y continúa Kautsky: “La diferencia entre ambos reside en otra parte. El socialismo, en tanto que medio para la emancipación del proletariado, es impensable sin democracia”¹³⁵.

La argumentación nos quiere llevar a la idea de que un socialismo o comunismo, sin democracia sería propio de sociedades antiguas y altamente reaccionario. Y Kautsky cita el comunismo aldeano ruso o indio y el Estado de los jesuitas en Paraguay. Por otro lado, nuestro

¹³⁵ K. Kautsky, V. I. Lenin, *La dictadura del proletariado; La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, ed. Grijalbo, colección Teoría y praxis, México, 1975, p. 42.

autor también nos demuestra que es posible una democracia (por ejemplo de pequeños productores) basada en la propiedad privada. “Así pues, se puede decir que la democracia es posible sin el socialismo y que incluso puede ser realizada antes de él”¹³⁶.

La democracia no se reduce, por lo tanto, al régimen político generado por la moderna sociedad capitalista: es decir, la democracia liberal. Sin embargo Kautsky intenta demostrar que esta forma de la democracia es la única viable en la sociedad contemporánea y la única compatible con el socialismo. En consecuencia excluye la democracia soviética en base a los consejos obreros y campesinos, pues no asegura el acto universal, los derechos de las minorías, ni se apoya claramente en la expresión mayoritaria del voto.

Los juegos de razonamiento, las vueltas teóricas que tiene que realizar Kautsky para justificar la democracia liberal fueron violentamente denunciados por Lenin.

Nuestro interés en este capítulo sería solamente el demostrar los pasos que llevan al reformismo kautskiano a convertirse en un ala izquierda del liberalismo, como ya había pasado con Bernstein. La crítica leninista aparecerá con más claridad en la tercera parte de este libro. En este contexto será más fácil apreciar la fuerza teórica del pensamiento leninista a pesar de los importantes errores de apreciación de la situación europea del periodo posterior a la primera guerra mundial, que lo llevaron a un proceso autocrítico de los caminos estratégicos-tácticos de la Internacional Comunista un poco antes de su muerte.

Lo principal en la argumentación liberal de Kautsky reside en su defensa del sufragio universal, del pluralismo y del sistema parlamentario. Al mismo tiempo, está su crítica a la conversión del poder soviético en base del Estado suplantando sus fines originales como fuerza movilizadora y organizadora de las clases populares. Al hacerlo, Kautsky acusa a los bolcheviques de introducir la dictadura

¹³⁶ *Ibíd.*, p. 43.

partidaria en los consejos obreros, excluyendo progresivamente de ellos a los partidos obreros opositores.

El discurso de Kautsky falla fundamentalmente al no considerar las condiciones históricas particulares que impiden a una revolución convertirse en un Estado liberal. El sufragio universal no podía, por ejemplo, ser considerado una cuestión de principio. La eliminación del derecho de voto de los explotadores era, evidentemente, una medida transitoria hasta que se extinguieran los explotadores en la sociedad misma.

A partir de este momento, se haría posible (como se hizo, de hecho) retornar el concepto de sufragio universal. La discusión no podía ser por lo tanto sobre la legitimidad o no del sufragio universal, sino sobre la suspensión por un periodo determinado de los derechos políticos de una determinada clase social. Pretender que no se puede tocar ni con una pluma los principios liberales en un mundo donde la misma burguesía los pisotea cada día es amarrar las manos del proletariado para cualquier transformación revolucionaria de la sociedad. Hasta hoy, los discípulos del centrismo reformista lo han comprobado históricamente en más de sesenta años de historia.

Lo mismo se puede decir del principio de la mayoría expresada electoralmente. Kautsky dudaba de la capacidad bolchevique para representar esa mayoría y los retaba a la elección directa de tipo parlamentario, a la convocatoria de una constituyente, etcétera. Eso en 1918, en pleno periodo de guerra civil. La capacidad de los bolcheviques para representar la mayoría rusa se vería en su victoria en la guerra civil. Ese triunfo se hizo incluso sobre los amigos de Kautsky, los mencheviques y socialistas revolucionarios que no dudaron en tomar las armas contra los bolcheviques al lado de los más terribles explotadores y represores del proletariado y del campesinado ruso.

Decir que una mayoría electoral es más importante y significativa que la movilización armada de la mayoría del pueblo ruso para defender su revolución amenazada por la rebelión y la invasión reaccionaria, es caer en la desviación liberaloide más primaria, es perder toda objetividad, es hacer un peligroso juego político en favor de la

contrarrevolución. Por eso, no es extraño que Lenin y Trotsky hayan abandonado sus tareas en la administración y en los frentes militares para responder a estos ataques cobardes dirigidos por el más respetado marxista de los años de auge de la II Internacional. El odio de Kautsky a los bolcheviques y su defensa intransigente del liberalismo sin adherirse totalmente a la derecha socialdemócrata lo arrastraron al olvido por muchos años.

6. CONCLUSIÓN

El fracaso de la II Internacional durante la primera guerra mundial fue producto de un conjunto de circunstancias económico-sociales, políticas e ideológicas ligadas al desarrollo del capitalismo y de la clase obrera. El auge económico de 1893 a 1914 configuraba al marco general que hacía posible el avance de las conquistas materiales y políticas de la clase obrera dentro del capitalismo. La expansión internacional de este auge y su carácter monopolístico no solo crearon las condiciones favorables para un clima internacional donde había espacio para un movimiento obrero importante, sino que permitieron al mismo tiempo aumentar las ganancias disponibles por el capital para corromper a sectores significativos del movimiento obrero.

En el campo ideológico, esas conquistas empezaron a justificar las aspiraciones de una transformación pacífica de la sociedad capitalista por la vía de las reformas sucesivas del orden existente. Esta ilustración ideológica llevó a una vuelta al pensamiento premarxista, particularmente a Kant y una afirmación de la economía vulgar de tipo normativo y apologética del capitalismo. Se debilitaron la concepción del Estado como expresión de clase y el papel de la ideología y de la conciencia en la transformación social. Se defendió así el empirismo y el oportunismo pragmático como principio de la actuación política.

La burocratización de los sindicatos y partidos obreros, el cretinismo parlamentario, el privilegio de los poderes locales y el aislamiento de la clase obrera en el mundo de sus reivindicaciones gremiales, fueron el corolario y al mismo tiempo el ambiente adecuado para este proceso de envilecimiento de los partidos obreros.

El ala revolucionaria de la socialdemocracia alemana y de otros países se vio incapacitada para entender los peligros ideológicos que vivía el partido debido a las victorias alcanzadas en los congresos nacionales e internacionales. Además, esta ala contenía en su interior muchas desviaciones importantes que se manifestaron más claramente en 1914, cuando un sector centrista concilió con la derecha del partido en vez de condenar radicalmente su adhesión a la guerra y a su burguesía local.

El ala centrista se desvió aún más hacia la derecha al triunfar los bolcheviques en octubre de 1917. Se inició un combate radical en contra de los bolcheviques y la forma de Estado soviético en que se apoyaron para instaurar la dictadura del proletariado en la antigua Rusia de los zares, encaminada ahora hacia el socialismo por vías imprevistas y novedosas.

La postura centrista fue rígida en su anticomunismo hasta el punto de impedir la reunificación de las internacionales propuesta por la III Internacional en 1921. Durante años esperaron la caída de los comunistas y estuvieron dispuestos a colaborar con sus enemigos. De esta manera, el cisma producido por la victoria de los bolcheviques, la prohibición de la oposición menchevique y socialista revolucionaria, la fundación de la III Internacional, la guerra civil y la intransigencia contrarrevolucionaria de los centristas en contra del Estado soviético, se prolongó en la historia, representando un doloroso drama para el movimiento obrero.

Los cambios operados en la historia posterior del capitalismo, el avance del socialismo y de las luchas de liberación nacional en los países coloniales, han cambiado el cuadro económico social y político en que se plantea el conflicto. También en el plano ideológico ha habido cambios importantes en ambas partes. La comprensión del

origen histórico del conflicto sólo sirve para entender sus fuentes, pero no para explicar las divergencias actuales.

Pero una cosa queda clara: el reformismo como modelo estratégico-táctico no puede ocultar su fracaso histórico, ni tampoco su responsabilidad en el mantenimiento de un régimen económico-social que produjo dos guerras mundiales, el nazifascismo, guerras civiles y coloniales sumamente costosas, la organización de la represión y la tortura como formas normales de sobrevivencia frente a la rebelión social, las crisis económicas, el hambre, el analfabetismo, la desocupación, la criminalidad y la marginalidad como fenómenos masivos que enmarcan la vida de los millones de personas que viven bajo este sistema. La historia de la estrategia y táctica en la II Internacional y la lucha entre reformistas y revolucionarios que la marcó es así un antecedente necesario de un estudio del tema y al mismo tiempo un marco esencial para entender el desarrollo victorioso de la fracción revolucionaria de la socialdemocracia en un solo país: la Rusia de los zares. Pasamos así a la tercera parte de este libro (tomo 2)) donde estudiamos el pensamiento estratégico-táctico del gran conductor de esta revolución: Vladímir Ilich Lenin.

NOTA

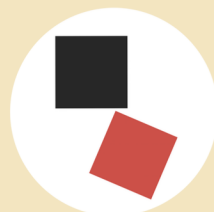
Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:

info@doscuadrados.es

El presente libro ofrece una inmejorable introducción a la hora de sumergirse en el pensamiento político revolucionario de Marx y Engels. Para los padres del comunismo revolucionario, las luchas reales son las acciones subjetivas en que se objetiva el conflicto de clases. Y son, en base a esas mismas luchas, como puede determinarse la variabilidad del contenido de la subjetividad (la conciencia, la coherencia de la acción) así como la dirección y la composición social presente. La correcta relación entre la estrategia y la táctica revolucionaria es lo que permite definir los ejes esenciales del proceso de constitución política en clase del proletariado, esto es, 1) su unidad inmediata de clase; 2) su capacitación política y; 3) su poder social efectivo. En base a ello se puede hablar de si el movimiento obrero es revolucionario o no.

Es de este modo, para Marx y Engels, como puede pensarse una política de clase que sea efectiva e independiente. Efectiva en un doble sentido de: 1) ser adecuada a las necesidades que están históricamente en conflicto y 2) efectiva por ajustarse a las condiciones en que la lucha ha de librarse. Independiente porque 1) supone una diferenciación política e ideológica; 2) conlleva autonomización formal (estructuración organizativa propia); y 3) forja la independencia de clase (o autonomía real).



EDICIONES
DOSCUADROS